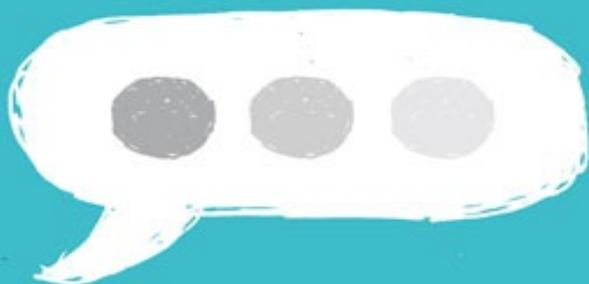


# Goodbye Days

*Un mensaje.  
Tres despedidas.*

*Jeff Zentner*



Jeff Zentner

# Goodbye Days

Traducción de  
**Noemí Sobregués**

*ellas.*  
montena

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mi bella Sara.  
Mi color de las nubes de invierno por la noche.  
Mi correcta música triste*

La muerte lo roba todo menos nuestras historias.

JIM HARRISON

Depende de quién —perdón, a quién— preguntes, puedo haber matado a mis tres mejores amigos.

Si preguntaras a la abuela de Blake Lloyd, Betsy, creo que diría que no. Lo digo porque cuando me ha visto hace un rato, me ha dado un fuerte abrazo y con lágrimas en los ojos me ha susurrado al oído: «No eres responsable de lo que ha pasado, Carver Briggs. Dios lo sabe y yo también». Y la abuela Betsy suele decir lo que piensa. Esto por una parte.

Si preguntaras a los padres de Eli Bauer, el doctor Pierce Bauer y la doctora Melissa Rubin-Bauer, supongo que dirían que quizá. Cuando los he visto hoy, los dos me han mirado a los ojos y me han estrechado la mano. He visto en sus caras más dolor que rabia. He sentido su desolación en sus débiles apretones de manos. Y supongo que parte de su agotamiento respondía a no saber si considerarme hasta cierto punto responsable de su pérdida. Así que cuentan como un quizá. ¿Su hija, Adair? ¿La gemela de Eli? Éramos amigos. No tanto como con Eli, pero amigos. Diría que ella es un «sin duda» por cómo me fulmina con la mirada, como si deseara que yo también hubiera estado en el coche. Eso hacía precisamente hace unos minutos, esperando el funeral, mientras hablaba con varios compañeros de clase.

Luego están el juez Frederick Edwards y su exmujer, Cynthia Edwards. Si

les preguntaras si he matado a su hijo, Thurgood Marshall «Mars» Edwards, supongo que oirías un firme «probablemente». Cuando he visto al juez Edwards hoy, inmaculadamente vestido, como siempre, me ha observado desde arriba. Ninguno de los dos hemos dicho nada durante un rato. El aire entre nosotros parecía duro y áspero como una piedra. «Me alegro de verlo, señor», le he dicho por fin tendiéndole mi mano sudorosa.

«Esto no tiene nada de alegre», me ha contestado con su voz majestuosa, apretando los músculos de la mandíbula y mirando por encima de mí. Más allá de mí. Como si pensara que si podía convencerse a sí mismo de mi insignificancia, podría convencerse a sí mismo de que yo no tenía nada que ver con la muerte de su hijo. Me ha estrechado la mano como si fuera una obligación y a la vez la única manera de hacerme daño.

Y luego estoy yo. Yo te diría que sin duda he matado a mis tres mejores amigos.

No a propósito. Estoy casi seguro de que nadie piensa que lo he hecho a propósito, que me metí debajo de su coche en plena noche y corté los cables de los frenos. No, esta es la cruel ironía teniendo en cuenta que quiero ser escritor: les escribí pidiéndoles señales de vida. Tíos, ¿dónde estáis? Contestadme. No fue un mensaje especialmente bueno ni creativo. Pero encontraron el teléfono de Mars (Mars conducía) con un mensaje a medias para contestarme, como les había pedido. Parece que eso estaba haciendo cuando se estrelló a casi ciento diez kilómetros por hora contra la parte de atrás de un tráiler parado en la autopista. El techo se desprendió y el coche acabó debajo del tráiler.

¿Estoy seguro de que fue mi mensaje lo que desencadenó la serie de acontecimientos que culminó con la muerte de mis amigos? No. Pero casi.

Estoy paralizado. En blanco. Todavía no sumido en el dolor intenso y abrasador que estoy seguro de que me espera en los próximos días. Es como

una vez que ayudé a mi madre a picar cebolla. El cuchillo se me resbaló y me hice un corte en la mano. Mi cerebro hizo una pausa, como si mi cuerpo tuviera que darse cuenta de que se había cortado. En ese momento supe dos cosas: 1) Solo había sentido un golpe rápido y una leve palpitación. Pero el dolor llegaba. Sí, llegaba. Y 2) supe que en un par de segundos empezaría a salpicar sangre en la tabla de cortar favorita de mi madre, la de bambú (sí, la gente puede coger mucho cariño a las tablas de cortar; no, no lo entiendo, así que no pregunto).

Así que estoy sentado en el funeral de Blake Lloyd y espero el dolor. Espero a empezar a salpicarlo todo de sangre.

Soy un experto en funerales de diecisiete años.

El plan era terminar el último año de instituto en la Nashville Arts Academy. Luego Eli iría al Berklee College of Music a estudiar guitarra. Blake, a Los Ángeles a estudiar comedia y guion. Mars aún no había decidido dónde iría. Aunque sabía qué iba a hacer: cómic e ilustración de libros. Y yo iría a la Sewanee o a la Emory a estudiar escritura creativa.

El plan no era que yo estuviera ahora esperando a que empezara el funeral del tercer miembro del Equipo Salsa. Ayer fue el funeral de Mars. Anteayer, el de Eli.

El funeral de Blake se celebra en su pequeña iglesia baptista blanca, una de las 37.567 pequeñas iglesias baptistas blancas de la zona metropolitana de Nashville. Apesta a galletas integrales, a pegamento y a alfombra vieja. Hay dibujos a plastidecor de Jesús en los que parece una piruleta con barba repartiendo peces azules y verdes a una multitud de monigotes. El aire acondicionado no funciona bien, y estamos a principios de agosto, así que sudo metido en el traje azul marino que mi hermana, Georgia, me ayudó a elegir. O, mejor dicho, Georgia lo eligió mientras yo estaba ahí pasmado. Salí un segundo de mi estupor para decirle que creía que debía comprarme un traje negro. Georgia me explicó amablemente que el azul marino era perfecto y que podría ponérmelo después del funeral. Mi hermana siempre olvidaba

decir funerales. O quizá no lo olvidaba.

Estoy sentado en uno de los últimos bancos de la iglesia, con la frente apoyada en el de delante. Observo la punta de mi corbata moviéndose de un lado a otro y me pregunto cómo las personas llegamos a una situación en la que decimos: «Uf. Espera. Para que pueda tomarte en serio tienes que ponerte alrededor del cuello un trozo de tela a rayas de colores y terminada en punta». La alfombra es azul con manchas blancas. Me pregunto quién diseña alfombras. Quién quiere dedicar su vida a diseñar alfombras. Quién dice: «¡No! ¡No! ¡Aún no está bien! ¡Hay que ponerle... manchas blancas! ¡Y ahora mi obra de arte está terminada!». Me dedico a dar vueltas a estas cosas porque la evidente ridiculez del mundo es una de las pocas cosas que pueden distraerme, y ahora mismo agradezco las distracciones.

Me duele la frente de tenerla apoyada en la dura madera. Espero que parezca que estoy rezando. No creo que esté fuera de lugar rezar en una iglesia/funeral. Además me libra de tener que charlar de cualquier cosa (que odio incluso en las mejores circunstancias) con la gente que zumba afligida a mi alrededor, como un enjambre de langostas en duelo. «¿No es horrible? ... Qué pérdida. ... Era tan joven. ... Era tan divertido. ... Era ... Era ... Era.» La gente se refugia en los tópicos. La lengua se queda sin recursos ante la muerte. Supongo que en estas circunstancias es demasiado pedir que dejen de lado las obviedades.

Hay mucha gente. La numerosa familia de Blake del este de Tennessee. Gente de la iglesia de Blake. Compañeros de trabajo de la abuela Betsy. Muchos compañeros de la Nashville Arts. No puedo decir que todos sean amigos míos, pero tengo buena relación con la mayoría. Algunos se acercan a mí, me expresan su apoyo rápidamente y se van, pero la mayoría me deja tranquilo, y se lo agradezco. Quiero decir que se lo agradezco si me dejan en paz por compasión, no porque Adair ya les haya convencido de que soy un

asesino.

Oigo un crujido a mi lado, el cojín del banco hundiéndose, siento una ligera calidez y luego un intenso olor a madreselva. Si algún olor desafía a la muerte, es el de la madreselva.

—Hola, Carver.

Alzo la mirada. Es Jesmyn Holder, la novia de Eli. ¿La exnovia? No habían cortado. Llevaban saliendo unos dos meses. Tiene ojeras. La pena le cubre la cara como si fuera polvo.

—Hola, Jesmyn.

—¿Puedo sentarme aquí?

—Claro.

«Me alegro de que haya al menos un futuro compañero de clase al que Adair aún no se ha ganado.»

—Me temo que ya estoy sentada.

—Alguien dijo una vez que es más fácil pedir perdón que permiso.

—¿Has venido solo? —me pregunta Jesmyn—. En los otros dos estabas con una chica.

—Era mi hermana, Georgia. Hoy tenía que ir a trabajar. Perdona que no hablara contigo en los otros dos funerales.

—No estaba de humor para hablar.

—Yo tampoco. —Tiro del cuello de la camisa—. ¿No hace muchísimo calor?

En general, prefiero que un dragón de Komodo me muerda en los huevos a hablar de chorradas. Pero a veces haces lo que tienes que hacer.

—Sí, pero para mis genes filipinos no hay problema —me contesta Jesmyn.

Nos quedamos callados un momento mientras ella echa un vistazo a la multitud.

—Me suenan muchas caras de los otros dos.

Levanto un poco la cabeza.

—Algunos van a la Nashville Arts Academy, la NAA. ¿Sigues pensando en ir?

—Claro. No pensarías que quería ir por Eli, ¿verdad?

—No. Bueno, no lo sé. No.

—El año pasado dos chicas de la NAA entraron en el programa de piano de la Juilliard. El porcentaje es enorme. Por eso decidí ir antes de conocer a Eli.

—Me alegro de que sigas pensando en ir. No pretendía dar a entender nada.

—Genial. Pero es un poco raro hablar de esto ahora.

—Ahora es raro hablar de cualquier cosa.

—Sí.

Al fondo de la sala, la abuela Betsy, llorando, se acerca arrastrando los pies al ataúd de cedro de Blake y pasa una mano por la lisa madera antes de que empiece el funeral. Yo he hecho lo mismo antes de sentarme. El olor del cedro. Intenso y limpio. No olía a algo que iba a ser enterrado bajo tierra. El ataúd estaba cerrado. Mejor no ver qué aspecto tiene una persona después de algo como el Accidente. Así que encima de la tapa del ataúd, en un atril de madera, hay una foto de Blake. Se hizo esa foto ridícula a propósito. Es un retrato de unos grandes almacenes, de un estudio de Olan Mills, Sears o algo así. Lleva un jersey de segunda mano de los años ochenta y pantalones anchos. Tiene en las manos un enorme gato persa que parece enfadado. No tenía ningún gato. Lo pidió prestado para la foto, literalmente. Típico de Blake. Una sonrisa auténtica y radiante en su cara redonda. Tiene los ojos cerrados, como si hubiera parpadeado. Creía que las fotos en las que la gente sale parpadeando eran divertidísimas.

No he podido evitar sonreír al verla. Incluso en estas circunstancias. Blake solo tenía que entrar en un sitio para que yo empezara a reírme, por si acaso.

—¿Por qué no están aquí tus padres?

La pregunta de Jesmyn me devuelve a la realidad.

—Están en Italia celebrando sus bodas de plata. Han intentado volver, pero han tenido problemas para encontrar billetes y además mi padre había perdido el pasaporte. Llegarán mañana.

—Qué mierda.

—¿Por qué no te has sentado con los padres de Eli?

Jesmyn cruza las piernas y arranca un trozo de hilo de su vestido negro.

—Me he sentado con ellos. Pero Adair me daba super mal rollo. Y entonces te he visto aquí y me ha parecido que estabas muy solo.

—Quizá siempre parezco solo.

Se echa hacia atrás un mechón de pelo caoba. Me llega el olor de su champú.

—Imagínate qué corte si hubiera venido por ser amable contigo y no lo hubieras necesitado.

—A Adair no le gustará que seas amable conmigo.

—Sí, bueno. Supongo que vivir es arriesgarse.

Me froto los ojos. Empiezo a estar agotado. En los últimos tres días apenas he dormido unas horas. Me vuelvo hacia Jesmyn.

—¿Has hablado mucho con los padres de Eli o con Adair desde el accidente?

Todavía no he terminado la pregunta cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde se posiciona Jesmyn en lo de la culpa. La falta de sueño ha reducido mis inhibiciones hasta el punto de que estoy haciendo preguntas que pueden llevar a respuestas que no estoy preparado para escuchar.

Abre la boca para contestar cuando empieza el servicio religioso. Inclínamos la cabeza mientras el pastor reza y luego ofrece palabras de consuelo de los evangelios. Me recuerda más al multitudinario funeral de Mars en la iglesia episcopal metodista Nueva Betel que al pequeño servicio privado de Eli en la funeraria Connelly Brothers. Los padres de Eli son ateos, y fue el primer funeral de mi vida en el que ni una vez mencionaron a Dios. Diecisiete años, y mi experiencia funeraria seguramente puede competir con la de personas que me doblan la edad.

Seis miembros del coro a capela de la Nashville Arts cantan un réquiem. También cantaron en los funerales de Mars y de Eli. Las lágrimas resbalan por la cara de Jesmyn, que parece un atlas de ríos. Se pasa por los ojos y por la nariz un pañuelo arrugado sin dejar de mirar al frente. No entiendo por qué yo no lloro. Debería. Quizá es como cuando hace demasiado frío para que nieve.

Un tío de Blake lee 1 Tesalonicenses 4:14-17 con su fuerte acento del este de Tennessee. Sus grandes manos tiemblan. Se le quiebra la voz. «¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con él. Conforme a lo dicho por el Señor, afirmamos que nosotros, los que estemos vivos y hayamos quedado hasta la venida del Señor, de ninguna manera nos adelantaremos a los que hayan muerto. El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre.»

Una mosca se posa en el banco de delante y se frota las dos patas traseras. Esta mosca está viva y Blake está muerto. El mundo está lleno de vida que palpita y resuena. Menos en la caja de madera al fondo de la sala. Allí todo

está inmóvil. Y lo que causó esa inmovilidad fue la acción más banal y cotidiana por mi parte. Mandar un mensaje a mis amigos. El equivalente humano a una mosca frotándose las patas traseras. Es algo que hacemos. Se supone que no va a matar a tus tres mejores amigos.

La abuela Betsy avanza con dificultad hasta el púlpito para hacer el panegírico. Le fallan las rodillas. Tarda un buen rato en recuperarse antes de hablar. No lleva nada en las manos, como si pensara decir lo que le saliera del corazón. Su mirada dice que en su corazón hay demasiadas cosas para poder elegir.

Intento no respirar demasiado o demasiado fuerte en el silencio. Tengo la boca seca y empieza a dolerme la nuca. La garganta me duele como si se me hubiera quedado algo atascado. El frágil muro que he levantado —que todos levantamos para evitar que los demás tengan que soportar el espectáculo de nuestro dolor— está empezando a desmoronarse.

La abuela Betsy carraspea y habla. «La vida de Blake no siempre fue fácil. Pero vivió feliz. Quería a su familia. Quería a sus amigos. Y ellos lo querían a él.»

El muro se derrumba y el turbulento mar gris que retenía se desborda. Apoyo la cabeza en las manos, y los codos en las rodillas. Me aprieto los ojos, y las lágrimas se filtran por los lados. Estoy temblando. Jesmyn me apoya la mano en el hombro. Al menos ya no me duele la garganta, como si hubiera expulsado un forúnculo de lágrimas.

«Blake era divertido», dice la abuela Betsy. «Si lo conocisteis, en algún momento os hizo reír.»

Las lágrimas me resbalan por las muñecas y me humedecen los puños de la camisa. Gotean hasta la alfombra azul con manchas blancas. Por un segundo pienso en todos los sitios que he convertido en una pequeña parte de mí. Ahora un trocito de esta iglesia contiene mis lágrimas. Quizá cuando me

muera puedan cortar la alfombra y extraer mi ADN de las lágrimas que he derramado para resucitarme. Quizá eso será la resurrección.

«Pensad en él cada vez que alguien os haga reír. Pensad en él cada vez que hagáis reír a alguien. Pensad en él cada vez que oigáis a alguien riéndose.»

Respiro hondo, y el aire se atasca y vibra entrando en mis pulmones. Seguramente he hecho demasiado ruido, pero no me importa. Por algo me he sentado en la parte de atrás. Al menos no veo a nadie girándose para mirarme.

«Estoy impaciente por volver a verlo y abrazarlo. Hasta entonces, sé que estará sentado a los pies de nuestro Salvador.» Hace una pausa para calmarse un poco antes de acabar. «Y seguramente también está haciendo reír a Jesús. Gracias a todos por haber venido. Habría significado mucho para Blake.»

El funeral acaba. Me levanto para llevar el ataúd. En los funerales de Mars y de Eli nadie me pidió que llevara el ataúd.

Jesmyn levanta el brazo y me toca la mano.

—Oye, ¿quieres que te lleve en coche al cementerio?

Asiento agradecido y me hundo en mí mismo. Como si despertara de uno de esos sueños en los que lloras y empapas la almohada. Tu dolor es salvaje, indeterminado, flota en la falta de lógica de los sueños. Te despiertas y no recuerdas por qué llorabas. O lo recuerdas, y llorabas porque te habían ofrecido la posibilidad de redimirte. Así que cuando te das cuenta de que era un sueño, sigues llorando porque también has perdido la posibilidad de redención. Y estás cansado de perder cosas.

Ayudo a llevar el ataúd de Blake al coche fúnebre. Pesa media tonelada. Tuve un profesor de ciencias que un día nos preguntó: «¿Qué pesa más, un kilo de plumas o un kilo de plomo?». Todo el mundo dijo que el plomo. Pero varios cientos de kilos de tu mejor amigo y su ataúd no pesan lo mismo que varios cientos de kilos de plomo o de plumas. Pesan mucho más.

Desde la iglesia hasta el coche fúnebre que está esperando no hay mucha distancia, pero el calor es tan sofocante que llego empapado a la destrozada camioneta Nissan de Jesmyn.

—Lo siento, el aire acondicionado no funciona —me dice apartando con el brazo los libros de piano del asiento del copiloto.

—¿No te mueres de calor cada vez que te metes en el coche?

—¿No podrías haberlo expresado de otra manera?

—¿No te sientes enormemente incómoda, aunque no te mueras, cada vez que te metes en el coche?

Subo al coche y bajo la ventanilla.

No hablamos en casi todo el trayecto. El aire húmedo nos da en la cara. Tengo las mejillas rugosas por la sal seca.

Cuando estamos a unas manzanas del cementerio, Jesmyn me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí —le miento. Y a los pocos segundos—: No.

Equipo Salsa.

Toda pandilla de amigos necesita un nombre. Nosotros éramos el Equipo Salsa.

Segundo año de secundaria. Falta tan poco para que acabe el curso que estamos todo el día atolondrados. Es viernes por la noche y acabamos de asistir a la función de *Rent* de la Nashville Arts. Ha sido genial. Pero en una noche de viernes de primavera —cada uno de nosotros rodeado de sus tres mejores amigos—, podría haber sido el peor descarrilamiento de un mojón humeante (poned de vuestra parte en el batiburrillo de la metáfora) imaginable y también habríamos estado eufóricos.

En fin, que estamos en el McDonald's poniéndonos las botas.

—Muy bien —dice Mars con la boca llena de hamburguesa, sin venir a cuento—. ¿Qué pasaría si tuvierais que clasificar todos los animales como perro o como gato?

A Eli le sale el refresco por la nariz. Estábamos ya riéndonos de la pregunta, y ahora nos reímos de la camiseta de *Wolves in the Throne Room* de Eli, empapada de refresco, que parece injertada en su pecho.

A Blake le cuesta respirar.

—Pero ¿qué dices?

Mars alarga el brazo para mojar una patata frita en mi ketchup.

—No, no, vale. Intentémoslo. Los mapaches son perros. Las comadreja son gatos. Las ardillas son...

—Espera, espera —dice Eli.

—Mars, tío —dice Blake—, está claro que los mapaches son gatos. Las comadreja son perros.

—No, espera —dice Eli—. Los animales a los que no se puede adiestrar son gatos. Los mapaches no se pueden adiestrar. Gatos. Las comadreja no se pueden adiestrar. Gatos.

—Espera, ¿cómo sabes que las comadreja no se pueden adiestrar? —le pregunta Mars.

—Los gatos se pueden adiestrar —digo yo—. He visto vídeos en YouTube de gatos utilizando un váter.

Ahora los tres gritan. Les cuesta respirar. Blake se parte de risa.

—Por favor, dime que cuando nos dejas tirados para ir a escribir, te sientas en casa a ver a gatos meando y cagando en un váter, y levantas el puño: «¡Sí! ¡Un gato utilizando el váter!».

—No, pero me los he encontrado. En algún momento de mi vida.

A Mars se le saltan las lágrimas.

—«En algún momento de mi vida.» Blade ha dicho «en algún momento de mi vida». Madre mía. Madre mía.

¿Lo pilláis? Como me apellido Carver (cuchillo de trinchar), a Blake se le ocurrió apodarme Blade (espada). Es divertido porque me visto como un tío que quiere ser escritor y cuya hermana mayor trabaja en Anthropologie y le ayuda a vestirse. A los tíos que encajan en esta descripción no se les suele llamar «Blade».

—Vale, tíos. Los hurones. Los hurones son gatos largos —dice Eli.

—He visto un hurón adiestrado, así que seguro que los hurones se pueden adiestrar —dice Blake.

—¿Para que utilicen un váter humano? —pregunta Mars.

—No sabía que había váteres para hurones —le contesta Blake.

—Si es verdad que los hurones pueden adiestrarse, retiro lo dicho, porque los hurones son sin duda gatos —dice Eli.

—Vale, las focas —digo.

—Mmm, gatos —dice Mars pensativo.

Eli pone cara de no creérselo.

—Espera, ¿qué?

—Seguro que las focas se pueden adiestrar, tío —dice Blake.

—No, espera —dice Eli—. Creo que lo que Mars quiere decir es que para él las focas parecen gatos.

Mars da un golpe en la mesa y hace saltar nuestras bandejas.

—Parecen gatos. Tienen cara de gato. Y les encanta el pescado. A los gatos les encanta el pescado. Las focas son gatos marinos.

La gente de las mesas de alrededor nos mira mal. Nos importa una mierda. ¿Lo recordáis? Somos jóvenes. Estamos vivos. Es la noche de un viernes de primavera. La mesa está llena de comida basura. Somos buenos amigos. Nos sentimos como dioses. No hay límites.

Blake se levanta y se acaba la bebida de un sorbo, haciendo mucho ruido.

—Caballeros, tengo que —hace el gesto de poner comillas— orinar, digamos. Si me disculpáis... Cuando vuelva, espero haber solucionado el tema de la foca-gato.

Mars me da una palmada en la espalda.

—Mejor vete con él y lo filmas.

—No lo entiendes, tío —le digo—. A mí solo me interesa cómo mean los gatos.

Carcajadas de Mars y Eli.

Estamos discutiendo sobre si los saltamontes, las medusas y las serpientes

son perros o gatos cuando nos damos cuenta de que hace rato que no vemos a Blake.

—Vamos a echar un vistazo, tíos.

Mars señala el parque infantil de al lado del McDonald's. Blake está balanceándose en uno de esos caballitos con muelle. Nos saluda con la mano, como un niño pequeño, y grita.

—Menudo gilipollas —murmura Eli.

—Vergüencea —dice Mars.

—Espera, ¿qué? —le preguntó—. «¿Vergüencea?» ¿De dónde lo has sacado? El verbo «vergüencear» no existe.

—Lo voy a poner de moda. Cuando alguien hace una chorrada, vergüencea. Cuando haces una chorrada, vergüenceas.

Niego con la cabeza.

—Nadie va a decir algo así.

Eli coge tarrinas de salsa de nuggets de pollo de Blake y le da un par a Mars.

—Venga, vamos a acribillarlo.

Salen corriendo y yo intento alcanzarlos.

—Blade, tú grabas —me dice Eli.

También disparo como un tío que quiere ser escritor.

Blake se balancea, grita, se ríe como un loco, agita un sombrero de vaquero invisible y nos saluda con la mano.

Le sonreímos, lo saludamos —Eli y Mars lo saludan con una mano, porque la otra la han escondido detrás de la espalda, con las tarrinas de salsa— y lo miramos un segundo mientras lo grabo con el móvil.

—Vamos —dice Mars entre dientes, sin dejar de sonreír y de saludar a Blake con la mano—. A la de tres. Una. Dos. Y tres.

Mars y Eli dejan de saludarlo y se abalanzan hacia él lanzándole tarrinas de

salsa. Mars tiene brazos potentes. Su padre lo obligaba a hacer todo tipo de deportes. Eli es delgaducho pero atlético. Seguramente podría ser un buen jugador de baloncesto si soltara la guitarra de vez en cuando y si no fuera tan alérgico a apartarse de la cara su largo y rizado pelo negro. Una tarrina de teriyaki y otra de barbacoa se estrellan en la cabeza del caballo, revientan y salpican a Blake. Sus gritos de alegría se convierten en gritos de indignación.

—¡Ayyyyyy, no, gilipollas! ¡Qué asco!

Mars y Eli chocan los cinco y luego me los chocan a mí con torpeza. Odio chocar los cinco. Se tiran al suelo y se revuelcan histéricos.

Blake se acerca con los brazos abiertos, chorreando salsa. Mars y Eli salen por piernas. Blake corre detrás de ellos intentando lanzarles salsa. Es demasiado lento, aunque Mars y Eli se ríen tanto que apenas pueden respirar. Al final se rinde y va al cuarto de baño. Vuelve frotándose la camiseta con una toalla de papel mojada.

—Muy gracias. El puto Equipo Salsa.

—Deberíamos llamarnos así. Equipo Salsa —dice Eli.

—Equipo Salsa —digo muy serio, y extendiendo la mano con la palma hacia abajo.

—Equipo Salsa —dice Mars con su espantoso acento, y pone la mano encima de la mía.

—Equiipo Saaalsa —dice Eli con voz de locutor retransmitiendo un combate de boxeo, y pone la mano encima de la de Mars.

—Equipo...

Blake va a poner la mano encima de la de Eli, pero de repente le da un tortazo de broma y luego va a por Mars. Los dos se ríen e intentan esquivar a Blake sin apartar las manos.

—Equipo Salsa —dice Blake, y pone la mano encima de la de Eli.

—¡Equiipo Salsa! —gritamos al unísono.

—Espero que alguno de vosotros lo haya grabado, cacho capullos. Quiero subirlo a mi canal de YouTube —dice Blake.

Observo cómo meten bajo tierra al tercer miembro del Equipo Salsa.

Ahora el Equipo Salsa soy solo yo.

Jesmyn me deja en mi coche a última hora de la tarde. El sol se filtra entre las hojas de los árboles, que brillan. Siento pinchazos en la cabeza. Me doy cuenta de que no es solo por la tensión que estoy soportando, sino también porque apenas he comido en todo el día.

Nos quedamos un momento sentados, con el calor apretándonos como un tornillo. Tras un día de ceremonias, no voy a salir de la camioneta sin más.

Apoyo el brazo en la ventanilla.

—Gracias. Por sentarte a mi lado en el funeral y llevarme al cementerio. Y por estar conmigo en el cementerio. Y por traerme aquí después. —Hago una pausa—. Perdona si olvido algo.

—Tranquilo.

La voz de Jesmyn parece cansada.

Voy a abrir la puerta pero me paro.

—No te he preguntado cómo estás.

Suspira y apoya la cabeza en las manos, que sujetan el volante.

—Hecha una mierda. Como tú.

—Sí.

Se seca las lágrimas. Se sorbe los mocos unos segundos. Luego la culpa vuelve a expandirse lentamente, coge el testigo del dolor y del agotamiento. Parece uno de esos momentos en que vas caminando por el campo y metes

los pies en un arroyo helado. El agua fría tarda un segundo en filtrarse y empaparte los calcetines. Quizá incluso ya has conseguido sacar los pies del agua. Pero ese frío se extiende por tus pies, y sabes que vas a pasarlo mal el resto del día.

Como Jesmyn es amable conmigo, me he permitido dar por sentado que no me culpa. ¿Y si su amabilidad no tiene nada que ver con eso, si lo que intenta es convencerse a sí misma de que no debe odiarme? No me cuesta imaginar a una persona siendo amable con otra para evitar odiarlo.

Estoy agotado. No tengo energía para enfrentarme a la verdad. No me queda sitio en donde meterla.

—En fin, gracias de nuevo.

Abro la puerta.

Jesmyn saca el móvil.

—Oye, no tengo tu número. Las clases empiezan dentro de unas semanas y necesito a todos los amigos que vayan a esa escuela.

Aunque lo diga así, me suena como una revelación.

—Sí, claro. Supongo que yo tampoco tendré muchos amigos.

Nos intercambiamos los números. Quizá era la ceremonia que necesitaba. Un pequeño rayo de esperanza.

De repente pienso en lo solo que voy a estar este curso. El Equipo Salsa estaba muy unido. Estábamos en nuestro mundo. A nadie se le ocurre llamarme un sábado por la noche. Pero mi mayor problema es Adair. Siempre ha tenido una enorme influencia en la NAA, mucha más que Eli. Muchísima más que yo. Si no deja de odiarme, mucha gente seguirá sus pasos solo para estar de buen rollo con ella.

—Bueno —dice Jesmyn—, al menos se han acabado los funerales.

—Algo es algo, supongo.

—Nos vemos.

—Sí, nos vemos.

Ahora viene lo más duro. Cuando no podemos perdernos en programas diseñados para nuestro dolor. Cuando estamos solos con nosotros mismos.

Pero para mí el día no ha acabado. La abuela Betsy me ha invitado a pasarme por su casa. Han organizado una cena sencilla, en la que cada uno lleva algo, para mandar a los familiares del este de Tennessee a su casa con la barriga llena.

La luz me ciega mientras rebusco mis llaves y pienso en lo mucho que brilla la luz del sol.

Al mundo que gira y al sol que brilla no les importa demasiado si nos quedamos o nos vamos. No es nada personal.

—Hola, Lisa —le digo a una chica del coro de la NAA, que entra en el aparcamiento en dirección a su coche.

—Ah, hola.

De repente siente un gran interés por su móvil. Es una de las personas que hablaron con Adair antes de que empezara el funeral. Y hasta donde sé, nunca le he caído especialmente mal. «Sí. Este curso va a ser genial.»

Estoy a punto de meterme en el coche cuando veo acercarse a un tío joven con barba, pantalones anchos, camisa de vestir remangada hasta los codos y corbata suelta.

—Disculpa. Perdona, disculpa —me grita moviendo la mano—. ¿Eres Carver Briggs?

«Al menos alguien quiere hablar conmigo.»

—Sí.

El hombre lleva una libreta y un boli en la mano. Del bolsillo de la camisa asoma algo que parece una grabadora digital.

Me tiende la mano.

—Darren Coughlin, del *Tennessean*. He cubierto el accidente desde el principio.

Le estrecho la mano de mala gana.

—Ah.

«Así que eres uno de los responsables del artículo de hace unos días, que decía que el accidente había sido consecuencia de un mensaje de móvil y que hizo que todo el mundo me señalara.»

—Lamento mucho las circunstancias. Estoy trabajando en un artículo sobre el accidente, y el juez Edwards me ha remitido a ti. Me ha dicho que podrías tener información. ¿Eran amigos tuyos?

Me froto la frente. Es literalmente una de las últimas cosas que querría estar haciendo ahora mismo.

—¿Podemos hablar en otro momento? Ahora no quiero hablar, de verdad.

—Lo entiendo, y no quiero parecer insensible, pero las noticias no se paran hasta que pase el duelo, ¿sabes? Me gustaría tener tu versión de los hechos antes de publicarlo.

«Mi versión de los hechos.» Respiro hondo.

—Hum, sí. Mis mejores amigos.

Asiente.

—Lo siento mucho, chico. ¿Sabes algo sobre lo que podría haber provocado el accidente?

—Creía que ya lo sabías.

—Bueno, parece que fue un mensaje de móvil, pero ¿sabes con quién estaba Thurgood...?

—Mars.

—¿Cómo?

—Lo llamábamos Mars.

—Muy bien, ¿sabes con quién estaba Mars mandándose mensajes?

Se me encoge el estómago alrededor de los bordes dentados de la pregunta. Siento un sudor frío. «Sí, la verdad es que lo sé.»

—No... No estoy seguro. Podría ser conmigo.

Darren asiente y toma notas.

—¿Estabas mandándole mensajes a la hora del accidente?

Podría intentar no ser tan brusco y poco delicado, pero lo es, y está poniéndome nervioso.

—Puede ser...

Hablo cada vez más bajo.

—¿Sabes si la policía va a investigar el accidente?

Me estremezco como si una avispa acabara de posarse en mi cuello.

—No. ¿Por qué?

Mueve la cabeza con indiferencia.

—Curiosidad.

—¿Has oído algo?

—No, pero me sorprendería que no lo investigaran. Tres chavales mandándose mensajes, ya sabes.

—¿Debería preocuparme?

Darren sigue tomando notas. Se encoge de hombros.

—Seguramente no.

—Bueno, dos polis hablaron conmigo justo después y les dije que Mars y yo nos mandamos mensajes esa tarde, pero no me... detuvieron.

—Sí, no sé.

Darren presiona el pulsador del boli.

—¿Podrías no escribir que quizá yo estaba mandándome mensajes con Mars?

Soy lo bastante inteligente para saber tanto que mi petición es inútil como

que estoy quedando fatal, pero a veces hago idioteces.

Levanta la mirada.

—Tío, no puedo...

Me muerdo una uña. No termina la frase.

Darren vuelve a subir la libreta.

—¿Y a qué hora...?

De repente pienso en lo poco que puedo ganar con esta conversación, y lo mucho que puedo perder.

—Tengo que irme. Tengo que...

—Solo un par de preguntas más.

—No, lo siento, ya tendría que estar en casa de Blake. Su abuela me ha pedido que vaya.

Me siento en el coche y cierro la puerta. Hace tanto calor que tengo que bajar la ventanilla para respirar.

Darren apoya la mano en la ventanilla.

—Mira, Carver, siento que tenga que ser ahora. De verdad lo siento. Pero es noticia. Y las noticias no esperan a que la gente supere el dolor. Así que puedes contarme tu versión de la historia o puedes esperar a leerla en el periódico. Una de dos.

—No leo el periódico.

Giro la llave de contacto.

Se saca una tarjeta del bolsillo de la camisa y me la ofrece por la ventanilla.

—En fin, tío, aquí tienes mi tarjeta. Llámame si recuerdas algo o si la policía empieza a hacerte preguntas.

Tiro la tarjeta al asiento del copiloto.

—¿Puedes darme tu número? —me pregunta Darren.

—Tengo prisa.

Subo la ventanilla. La mirada de Darren parece decirme: «Estás cometiendo un error». Como si no supiera que ya lo cometí.

Mientras me dirijo a la casa de Blake, siento un ácido subiéndome por la garganta y abrasándomela.

Seguro que Blake Lloyd es el único alumno en la historia de la Nashville Arts que se ganó que lo admitieran por la potencia de sus pedos en público. Vale, no solo por sus pedos en público, pero sin duda eran lo más famoso de su obra.

Blake era una pequeña celebridad en YouTube. Hacía vídeos humorísticos: sátiras, comentarios, impresiones, etc. Exageraba su acento para parecer un paleta. Pero lo que de verdad atrapaba la atención era su tendencia a ponerse en ridículo públicamente. Iba al supermercado y mientras sacaba un expositor de cajas de cereales se le caían los pantalones (siempre limpiaba sus trastadas). Pisaba caca de perro descalzo. Entraba en el Green Hills Mall, el centro comercial más pijo de Nashville, sin camiseta (y no estaba cachas).

Y luego estaban los pedos en público. En el cine. Durante una escena tranquila. *Prrrrrrr*. Una pausa. Luego otro. Más largo. *Prrrrrrrrrr*. Siempre muy serio. Uno de sus vídeos más vistos era uno en el que se tira un pedazo de pedo en la biblioteca y todavía no ha acabado de tirárselo cuando la bibliotecaria grita: «¡TE PERDONO, SO CERDO!».

Pero unos meses antes del Accidente había subido la apuesta a tirarse pedos en público en medio de una conversación. Es decir, está hablando con una dependienta muy estirada de una juguetería, fingiendo ser un perfecto caballero, y en medio de una frase se tira un pedo. La mujer intenta ser educada, porque todos cometemos errores, pero no puede evitar una mueca involuntaria. Y entonces Blake se tira otro, que suena como el grito de un

cerdo. Prrrrrrr. Y ahora la mujer está segura de que no ha sido un error.

—¿Necesitas ir al baño? —le pregunta con frialdad.

—¿Cómo dice, señora? —dice Blake.

No parece un currículum como para que te acepten en una prestigiosa escuela de arte. Pero Blake era inteligente. Estudió comedia. Escuchó a gente hablando del tema y desmenuzándolo, analizándolo en podcasts y en ensayos. Sabía lo que hacía y lo hacía en serio. Supo intelectualizarlo y plantear lo que estaba haciendo de forma que resultara atractivo para el comité de admisiones. Así que no era un chico aburrido tirándose pedos en público para hacer reír en internet. Era «un artista de performances que pretendía transgredir deliberadamente el contrato social y enfrentar a las personas que están en espacios públicos a la realidad del funcionamiento del cuerpo». Desafiaba a la gente y la obligaba a cuestionarse las barreras artificiales que levantamos entre nosotros y nuestro cuerpo. Subvertía las expectativas. Se sacrificaba a sí mismo diciendo las cosas como son. Hacía arte.

Y además, venga ya. Los pedos siempre son divertidos. Hasta para los comités de admisión.

Llego a la casa de la abuela Betsy y entro. Al cruzar la puerta hay un portátil en el que se ven vídeos de Blake. Así que entre la sombría quietud de las conversaciones se oye de vez en cuando un sonido flatulento procedente de los altavoces del portátil, seguido de las risitas de los grupos de dos o tres personas que van pasando por delante del portátil.

La foto de Blake que habían colocado encima del ataúd está ahora en la mesita. En la casa hace ese calor típico de los espacios cerrados llenos de gente. Huele a comida de todo tipo, a aftershaves y a colonias de esos que regalan los nietos.

Me paro un segundo en el salón, sin saber qué hacer. Nadie se da cuenta de mi presencia. Una ráfaga de culpabilidad me golpea con tanta fuerza que me

da la impresión de que los huesos de mis piernas resuenan a muy baja frecuencia. «Has llenado esta casa de gente de luto. Has provocado este momento.» Me siento como cuando crees que todos te miran, aunque ves que no están mirándote.

Veo a la abuela Betsy en la cocina, hablando con sus hermanos. Nuestros ojos se encuentran y me indica con un gesto que entre. Entro en la cocina y la abuela Betsy, sin interrumpir la conversación, me señala el comedor de al lado, donde hay una mesa llena de ollas de cocción lenta, cazuelas y bandejas de aluminio de usar y tirar. Pollo frito frío de supermercado. Calabacines al horno cubiertos con galletas saladas Ritz. Grelos con trozos de cerdo. Pequeñas salchichas ahumadas bañadas en salsa barbacoa. Macarrones con queso gratinados.

Es raro que esto sea lo mejor que podemos hacer. Ni siquiera tenemos unos macarrones con queso especiales para cuando alguien ha muerto. Solo tenemos la comida normal que te hace tu madre cualquier día, cuando no ha muerto alguien a quien querías.

Echo torpemente comida en un plato de papel, cojo un tenedor de plástico transparente y un vaso de plástico rojo de té con azúcar y busco un rincón en el salón. Como el sofá y casi todas las sillas están ocupados, me siento en un puf y me dedico a comer intentando hacerme invisible y dejando con cuidado el vaso en la alfombra. Tengo que hacer un esfuerzo para empujar cada mordisco por la garganta. Aunque tengo hambre, mi cuerpo me dice que no me lo merezco. Repetir mentalmente mi conversación con Darren cada dos minutos tampoco ayuda.

La gente se encuentra e interactúa. Un pez en una pecera. Los hombres llevan americanas arrugadas que no les quedan bien y corbatas mal anudadas. Parecen incómodos, como beagles con jersey.

Termino y estoy a punto de levantarme cuando la abuela Betsy entra

arrastrando los pies. Una mujer se levanta de la mecedora, y la abuela Betsy y ella se abrazan un buen rato y se dan un beso en la mejilla. La abuela Betsy se despide de ella y le dice que se lleve una bandeja de comida para el camino. Luego arrastra la mecedora hasta donde estoy yo y se sienta con un suave quejido. Parece agotada. Normalmente le brillan los ojos. Hoy no.

—¿Cómo estás, Blade?

La abuela Betsy era la única persona del mundo aparte del Equipo Salsa que me llamaba Blade. El apodo le hacía muchísima gracia.

—He tenido momentos mejores.

—Te creo —me dice.

—El funeral de Blake ha sido bonito.

Lo digo sin convicción. Ni siquiera me engaño a mí mismo. Un funeral bonito para tu mejor amigo es como beber un veneno delicioso o que te muerda un tigre precioso.

La abuela Betsy me lee el pensamiento.

—Bah, tonterías —me dice suavemente—. Habría sido funeral bonito si Blake hubiera vuelto a hacer reír a todo el mundo. Si hubiera estado su madre.

No había querido preguntarle por este tema. Pero la abuela Betsy lo dice con cierto anhelo, como si quisiera sacárselo del pecho pero necesitara que alguien se lo preguntara.

—¿Sabes dónde está?

Parpadea para que no se le salten las lágrimas. Une las manos en el regazo, como si fuera a rezar.

—No —me contesta en voz baja—. Solo tengo noticias de Mitzi una vez cada dos años, más o menos. Cuando el hombre con el que se ha juntado la deja tirada y necesita dinero para su adicción. Llama desde algún motel de Las Vegas o Phoenix en un móvil de usar y tirar. No tengo ningún número de

teléfono. Ni dirección. Imposible localizarla. Por si no tuviera bastante, supongo que tendré que contratar a alguien para que la localice y así poder decirle que Blake ha muerto.

—Vaya.

«¿Qué más puedes decir?»

—La verdad es que se quedará destrozada, aunque nunca le haya interesado ser una madre para él.

Un silencio pesado. Un oportuno pedo desde el portátil. La abuela Betsy se ríe entre lágrimas.

—Lo echo mucho de menos. No sé cómo vivir sin él. Ni siquiera sé cómo voy a quitar las malas hierbas del huerto de tomates con lo mal que tengo las rodillas. Siempre lo hacía Blake. —Saca un pañuelo y se seca los ojos—. Lo quería como a un hijo.

Tardo unos segundos en poder hablar. Me trago los sollozos intentando que no me salgan por la garganta.

—No creo que vuelva a reírme.

La abuela Betsy se inclina y me abraza. Huele a rosas secas y a poliéster caliente. No parece tener una sola parte del cuerpo angulosa. Nos abrazamos moviéndonos de un lado a otro durante un par de segundos.

—Mejor sigo haciendo la ronda —me dice—. Eres un buen amigo. Por favor, no dejes de venir por aquí.

—No dejaré de venir. Ah, mis padres me han pedido que te vuelva a decir que sienten mucho no haber podido venir. Han intentado volver de Italia, pero no han podido llegar a tiempo.

—Diles que los entiendo perfectamente. Adiós, Blade.

—Adiós, abuela Betsy.

Antes de marcharme, echo un último vistazo. Recuerdo cuando Blake y yo nos sentábamos en esta sala a planificar su siguiente vídeo. A jugar a

videojuegos. A ver una película o algún programa de humor.

Me pregunto si lo que hacemos y lo que decimos es como tirar piedrecitas a un estanque. Se forman ondas que se extienden desde el centro hasta que al final se rompen en la orilla o desaparecen.

Me pregunto si en algún lugar del universo hay todavía una onda de Blake y de mí sentados en este salón, riéndonos como tontos. Quizá se rompa en la orilla de algún punto del inmenso cielo que no podemos ver. Quizá desaparezca.

O quizá siga viajando por toda la eternidad.

Cuando llego a casa, Georgia me recibe en la puerta con un fuerte abrazo que me corta la respiración.

—¿Cómo te ha ido en las minas de velas aromáticas?

Aunque no estoy de humor para esta broma —una de las habituales entre nosotros—, asiento con poco entusiasmo, como si todo fuera normal.

Siento su media sonrisa en mi mejilla.

—Si finjo que sigue siendo una broma ingeniosa, ¿te sentirás mejor?

—Quizá.

Retrocede y me coge de las manos.

—Hola. ¿Has quedado colgado por ahí?

—Define «quedarse colgado por ahí». Estoy vivo. Me late el corazón.

—Solo el tiempo puede cambiarlo.

Mi hermana es solo un poco mayor que yo, pero a veces es más sensata de lo normal a su edad.

—Entonces quiero irme a dormir y despertarme dentro de diez años.

Nos miramos un segundo. Se me llenan los ojos de lágrimas. Esta vez no es tristeza ni agotamiento. Es la bondad de Georgia. Ante la bondad pura, me convierto en un niño. Me quedo sin habla cuando veo vídeos en YouTube sobre gente que dona un riñón a un desconocido, que salva a un perro que estaba muriéndose de hambre y cosas así.

—Sé que los echas de menos —me dice Georgia—. Yo los echaré de menos. Hasta a Eli, que siempre intentaba verme las bragas.

—Una vez Mars le regaló a Eli un dibujo de ti en biquini.

Georgia pone los ojos en blanco.

—Espero que al menos defendieras mi honor.

—Claro. En fin, el dibujo era muy bueno. Mars dibujaba muy bien.

Me aguanto la risa.

Georgia me mira como diciéndome «Estás fatal» y vuelve a abrazarme.

—Ha quedado un poco de lasaña.

—He comido en casa de Blake.

—Mamá y papá han llamado mientras estabas en el funeral. Querían hablar contigo. Llámalos.

—Vale. —Dudo antes de decirle—: Después del funeral... se me ha tirado encima un periodista.

Georgia pone mala cara.

—¿Qué? ¿Un periodista ha querido hablar contigo después del funeral de tu mejor amigo? ¿Me tomas el pelo? Mierda.

—Sí. Ha sido superprepotente. En plan —imito la voz de Darren—: «Mira, Carver, tengo que escribir sobre este tema, y las noticias no esperan a que pase el duelo, así que te conviene contarme tu punto de vista».

Mi hermana da un paso atrás, cruza los brazos y hace una mueca de cabreo con los labios que solo las chicas de cierta edad saben hacer.

—¿Cómo se llama ese capullo?

Conozco esa mirada. Es la que le veía cada vez que le decía que unos niños se habían metido conmigo en el colegio, justo antes de que fuera a «aclarar las cosas».

—No, por favor. Te aseguro que complicaría más las cosas.

—Para él.

No se equivoca.

—Para mí.

Nos quedamos los dos callados. Se acerca a mí y me olisquea.

—Hablando de noticias: apestas.

—He llevado traje todo el día y hacía muchísimo calor, pero lo que tú digas.

—Ve a ducharte. Te sentirás mejor.

—Estoy desanimado y al parecer huelo a entrepierna. ¿Cómo voy a poder sentirme mejor?

Georgia tiene razón: cuando salgo de la ducha, me seco y me desplomo en la cama desnudo, me siento mejor. Me quedo un rato mirando al techo. Cuando me hartó, me pongo unos pantalones y una camisa, que me remango.

Abro las contraventanas y dejo que los tonos melocotón del crepúsculo formen grandes sombras en mi habitación. Me siento a mi mesa y abro el portátil. En la pantalla aparece el relato que estoy escribiendo. Pero toda ilusión de centrarme en él tarda poco en desvanecerse.

Vivo en una zona de Nashville llamada West Meade. Mi calle tiene una característica poco habitual: del otro lado, sobre un montículo, hay una vía de tren. Los trenes pasan cada hora, más o menos. Oigo el pitido de un tren en la distancia. Observo la luz intermitente del atardecer entre los vagones, que pasan por detrás de las casas de los años sesenta que están al otro lado de mi calle. Cojo el teléfono para llamar a mis padres, pero no puedo. No estoy de humor para hablar con nadie.

Y de repente tengo la abrumadora sensación de girar en un torbellino infinito de hastío melancólico. No en plan «Quiero morirme. ¿Cuándo va a acabar esta clase?», sino lo que sientes cuando te das cuenta de que ahora

mismo tus tres mejores amigos están en el más allá o en el olvido, mientras tú tienes el culo pegado a una silla y observas pasar un tren hasta que la pantalla del ordenador se oscurece y se queda en suspenso.

«Se oscurece y se queda en suspenso.» Eso les ha pasado a mis amigos. Y no tengo ni idea de dónde están ahora mismo. No tengo ni idea de lo que ha pasado con su inteligencia, su experiencia y sus historias.

Creo en Dios de vez en cuando. Mi familia va a la iglesia de St. Henry unas cuatro o cinco veces al año. Mi padre dice que cree en Dios lo bastante como para sufrir, pero no lo bastante como para obligar a nadie a sufrir. Nunca he tenido que poner a prueba mis creencias. Nunca he tenido que interrogarme a mí mismo para saber si de verdad creo que mis amigos están ahora mismo ante un Dios bondadoso que los ama. ¿Y si no hay Dios? ¿Dónde están? ¿Y si cada uno de ellos está encerrado en una enorme habitación de mármol con paredes en blanco, y se quedan ahí por toda la eternidad, sin nada que hacer, sin nada que ver, sin nada que leer y sin nadie con quien hablar?

¿Y si existe el infierno? ¿Un lugar de tormento y castigo eternos? ¿Y si están allí? Ardiendo. Gritando de dolor.

¿Y si cuando me muera voy allí por haber matado a mis amigos? ¿Y si la abuela Betsy no tiene autoridad para perdonarme y exculparme?

Me siento como si observara algo pesado y frágil resbalando lentamente desde un estante alto. Los misterios me dan vueltas en la cabeza. La eternidad. La vida. La muerte. No puedo detenerme. Es como mirarse en el espejo demasiado rato o decir tu nombre demasiadas veces y acabar perdiendo toda conciencia de ti mismo. Empiezo a preguntarme incluso si sigo vivo, si existo. Quizá yo también estaba en el coche.

La habitación se desdibuja.

Siento un hormigueo en el cuerpo.

He traspasado una capa de hielo y he ido a parar a un agua negra y congelada.

No puedo respirar.

Mi corazón grita.

«No está bien. No estoy bien.»

Mi visión se reduce, como si mirara hacia fuera desde el interior de una cueva profunda. Frente a mis ojos se forman puntos negros. Las paredes me aplastan.

Jadeo. Necesito aire. «Mi corazón.»

Un temor gris y desolado desciende sobre mí, una nube de ceniza que tapa el sol. Una ausencia total de luz y de calor. Una oscuridad tangible que huele a moho. Una revelación: «No volveré a ser feliz».

«Aire. Necesito aire. Necesito aire. Necesito aire. Necesito.»

Intento levantarme. La habitación tiembla, pega sacudidas. Camino sobre una lámina de gelatina. Vuelvo a intentar levantarme. Pierdo el equilibrio y caigo hacia atrás, por encima de la silla, y me pego un batacazo contra el suelo de madera.

Es una de esas pesadillas en las que no puedes correr ni gritar. Y está pasándome en este momento, en la luz mortecina de este día de muerte. «Y YO TAMBIÉN ME MUERO.»

—¡Georgia! —grito con voz ronca.

«AIRE. NECESITO AIRE.» El pulso me martillea las sienes.

Me arrastro hacia la puerta. No puedo levantarme.

—GEORGIA, ayúdame. Ayúdame.

Oigo a mi hermana abriendo la puerta.

—Carver, ¿qué mierda te pasa? ¿Estás bien?

Su voz suena como desde lo alto de un pozo. Corre hacia mí. Sus pies descalzos golpean el suelo.

Sus manos en mi cara. Jadeo.

—Algo no va bien. Algo no va bien.

—Vale, vale. Respira. Tienes que respirar. ¿Te has hecho daño? ¿Te has hecho algo?

—No. Ha sido de repente. No puedo respirar.

—¿Has tomado algo? ¿Drogas?

—No.

Se levanta y se aprieta la cara con las dos manos.

—Mierda. Mierda. Mierda. ¿Qué hago? —dice, más a sí misma que a mí. Vuelve a arrodillarse a mi lado y me pasa un brazo por encima de su hombro —. Vale. Vamos a urgencias.

—Llama a una ambulancia.

—No. Llegaremos antes si te llevo. Vamos. Arriba.

Me ayuda a arrodillarme resoplando. Veo doble.

—Bien, Carver, tienes que intentar levantarte, y yo te sujetaré. Pesas demasiado para que pueda levantarte.

Consigo levantarme y me tambaleo como si estuviera borracho. Adelanto un pie y luego otro hasta salir de casa. Georgia me coloca en el asiento del copiloto de su Camry y entra en casa corriendo para coger el móvil, la cartera, unas sandalias para ella y unos zapatos para mí. Tengo ganas de vomitar. Cierro los ojos e intento respirar entre arcada y arcada.

Mientras espero, me pregunto si a Dios le fastidia que le falte el último miembro del Equipo Salsa en su colección. Me pregunto si morir ahora mismo no sería lo peor del mundo. Sin duda resolvería muchos de los problemas que veo venir en un futuro inmediato.

Cuando llegamos a las urgencias del St. Thomas West Hospital, a unos diez

minutos de casa (con Georgia a más de cuarenta kilómetros por encima del límite de velocidad), respiro mejor y no tengo tantas náuseas. Mi visión se ha ampliado un poco, el corazón ya no me late tan deprisa y en general estoy mucho menos seguro de que voy a morirme, lo que curiosamente me decepciona.

Consigo entrar en urgencias por mi propio pie. Mientras relleno el papeleo, Georgia saca el móvil y empieza a pasar su lista de contactos.

Me detengo en mitad de una pregunta del cuestionario.

—¿Estás llamando a mamá y papá?

—Claro.

—No los llames.

—Carver.

—¿Qué? No los preocupes. Además, en Italia deben de estar en plena noche.

—Sé que no eres idiota.

—Lo digo en serio... Se lo diremos cuando estén en casa.

—Muy bien. Estamos en urgencias porque te ha dado algo raro. Estoy llamado a mamá y a papá. Y se acabó.

—Georgia.

—No vamos a discutirlo. Me pregunto si legalmente puedo dar permiso para que te traten. Por suerte, parece que en urgencias no se preocupan demasiado por el permiso de los padres.

Georgia estudia segundo de biología en la Universidad de Tennessee y piensa hacer medicina. Seguramente está hasta cierto punto encantada con todo esto.

—No contestan —murmura Georgia—. Hola, mamá, soy Georgia. Estoy en urgencias del St. Thomas con Carver. Le ha dado una especie de... ataque después del funeral. Ahora está bien. Llámame.

Me dejo caer en la silla y miro al frente.

Georgia busca mis ojos.

—¿Por qué te cuesta tanto abrirte a mamá y papá cuando te sientes vulnerable?

—No lo sé. Me da vergüenza.

—Quieren formar parte de tu vida. Muchos chicos matarían por tener unos padres como los nuestros.

—¿Podemos dejar el tema para otro momento? Bastante mal me siento.

Tiene razón, pero no puedo cargar con otra culpa más.

—Bueno, quizá tengamos que esperar un rato.

—Pues hablemos de otra cosa.

—Lo único que digo es que cuando estamos mal, necesitamos a las personas que nos quieren.

—Entendido.

—Entendido —dice Georgia imitando mi voz.

Ahora me siento mejor, ya no me da la impresión de estar ante una muerte inminente o ante el confinamiento en un limbo terrorífico. Solo siento agotamiento mezclado con una angustia informe. Lo que supongo que es mi nueva normalidad. Sin embargo, estoy demasiado agotado para que me dé mucha vergüenza, y es un alivio.

Pasan unos minutos hasta que una enfermera viene a hablar conmigo sobre mis síntomas y a tomarme la presión. Me hacen un electrocardiograma. Al rato, la doctora viene a vernos. Da una tranquilizadora impresión de aplomo, aunque no parece mucho mayor que Georgia. Me resulta extraño imaginar a mi hermana con bata y atendiendo a pacientes dentro de unos años. Seguramente intentará que todos sus pacientes se sientan culpables.

—Hola, Carver. Soy la doctora Stefani Craig. Encantada de conocerte. Lamento que no te encuentres bien. Cuéntame qué te sucede.

Le explico lo que me ha pasado. La doctora Craig asiente.

—Ya veo. —Presiona el boli varias veces mirando mi historial—. ¿Has estado muy estresado últimamente?

—¿Aparte de que mis tres mejores amigos murieran en un accidente de coche la semana pasada?

Deja de presionar el boli, se queda paralizada y su animada seguridad se desvanece de golpe.

—Dios mío. ¿El accidente de los mensajes? Lo leí en el *Tennessean*. Lo siento. No puedo ni imaginármelo.

—Estaba en un funeral hace unas horas.

La doctora hace una mueca de dolor y suspira.

—Bueno, por lo que me has contado, los síntomas y el electrocardiograma, es un ataque de pánico de manual. En la facultad de Medicina tuve un compañero de habitación al que le daban ataques de pánico en las épocas de exámenes finales. Son frecuentes en personas que han pasado por un acontecimiento traumático. O por tres. Suelen producirse algo después y en el momento más inesperado, pero quizá en tu caso es diferente.

—¿Entonces...?

—Entonces, físicamente eres un chico de diecisiete años sano. No vas a morirte de esto. Incluso quizá no vuelvas a tener otro ataque de pánico en tu vida. Pero has sufrido un trauma psicológico y es importante tratarlo. Hay medicamentos, pero preferiría que te los recetara un especialista en salud mental. Tienes seguro médico. Yo echaría un vistazo a los especialistas de los que dispones e iría a ver a alguno. Es mi recomendación oficial.

—Conocemos a uno —le dice Georgia.

Miro a mi hermana, que me dice «Luego» moviendo los labios.

—Muy bien —dice la doctora Craig extendiendo la mano—. En fin, podéis marcharos. Carver, que te vaya bien. Y lamento mucho lo que te ha pasado.

Es muy difícil sobrellevarlo, sobre todo a tu edad.

«Sobre todo a mi edad.» Apuesto a que voy a escucharlo mucho en los próximos días. Le estrecho la mano.

—Gracias.

Sale a toda prisa para ocuparse de las personas que están de verdad heridas, no locas. Me pregunto si habría preferido tener algún problema físico. Algo que pudiera curarse con una escayola. Con puntos. Con una escisión. Lo único que me hace especial es mi cabeza. No puedo permitirme perderla.

Firmamos unos papeles y nos marchamos. En el aparcamiento suena el móvil de Georgia. Escucho su parte de la conversación. «Hola... No, está bien. Ha sido un ataque de pánico. Nos han dicho que es normal en situaciones de estrés... Vale... Sí... No, no. Ahora mismo estamos saliendo. Hablaremos cuando lleguéis a casa... Solo... Lo sé... Lo sé... Sí, hablaré con él. No, he dicho que hablaré con él. Vale. Vale. Os quiero. Buen viaje y no os agobiéis. Nos vemos en el aeropuerto. Vale. Espera.»

—¿Es mamá?

—Un teleoperador. Qué pesado, te lo juro.

—Qué risa.

Georgia me pasa el teléfono.

—Toma. Quiere hablar contigo.

Mi madre está muy nerviosa. Pone el altavoz para que me oiga también mi padre. Reúno todas mis fuerzas para decirles que estoy bien, que todo irá bien. Les digo que les veré pronto.

Georgia abre el coche y entramos. Fuera está oscuro, pero el coche sigue caliente y me conforta como una manta.

Me reclino en el asiento con los ojos cerrados, abrumado sobre todo por el esfuerzo de intentar que mis padres me vean lo mejor posible.

—Perdona por haber tenido que traerme por nada.

Georgia mete la llave de contacto y empieza a girarla, pero se detiene.

—No ha sido por nada. Te ha dado un ataque de pánico. No sabías si era un ataque al corazón o cualquier otra cosa.

—Quiero que se acabe el día. Quiero que se acabe esta vida.

—Carver.

—No voy a suicidarme. Tranquila. Solo me gustaría irme a dormir y despertarme con ochenta años.

—No, no te gustaría.

—Te aseguro que sí.

—Tenemos que hablar de lo que ha dicho la doctora. De lo de hablar con alguien. Y no hablas con mamá y papá. Con ellos eres como un agente secreto.

—Hablaré contigo.

Georgia arranca el coche y da marcha atrás.

—No funcionará. Para empezar, la universidad empieza dentro de dos semanas, así que no estaré.

—Podemos hablar por teléfono.

—En segundo lugar, no estoy preparada para manejar estas cosas. Tío, es algo serio. Necesitas un terapeuta.

—Mmm.

Apoyo la cabeza en la ventanilla y miro hacia fuera.

—¿Recuerdas el bache por el que pasé el último año de instituto? ¿Cuando Austin y yo cortamos?

—Parecías deprimida.

—Lo estaba. Y tenía trastornos alimentarios. Fui a un terapeuta, el doctor Méndez. Era un tío majo y me ayudó mucho.

—Nunca me lo contaste.

—No quería que se supiera.

—No quiero que me diga que estoy loco.

—Entonces mejor que lo estés, ¿no? Mira, no va a decírtelo. Y además no te dejarán ser escritor si nunca has pasado por terapia.

—Lo pensaré.

—Puedes contar conmigo, Carver, pero tienes que ver al doctor Méndez.

—Te he dicho que lo pensaré.

No digo nada más en el corto trayecto hasta casa. Pienso en la fragilidad. En la mía. En la de la vida.

Quiero volver a vivir sin este peso.

Mis padres están pálidos y demacrados cuando Georgia y yo paramos en el aeropuerto. Supongo que su aspecto armoniza con mis ojos huecos, vacíos. Los músculos de mi cara parecen haber olvidado cómo esbozar una sonrisa. Aunque lo intento, al salir murmuro «Hola, mamá y papá» y finjo ayudarlos a meter las maletas en el coche. Mi padre me coge de la muñeca y tira de mí con tanta fuerza que si no lo conociera me habría parecido brusco. Me abraza como si acabara de sacarme de unos escombros.

—Si te hubiéramos perdido... Si algún día te perdemos... —susurra con voz ronca, obstruida por las lágrimas.

El hecho de que pueda hablar significa que está mejor que mi madre, que me abraza por detrás —me tienen atrapado, como un sándwich— sollozando. Siento cálidas lágrimas en la cara y resbalándome por el cuello. Y para ser sincero, buena parte de esas lágrimas son mías.

—Os he echado de menos —les digo.

Nos quedamos abrazados hasta que un coche de policía del aeropuerto se para detrás de nuestro coche y nos dice por el altavoz que tenemos que movernos.

Me siento entre mi madre y mi padre en el asiento de atrás. Georgia conduce. De camino a casa, mi madre solo me pregunta cómo estoy, le contesto que no estoy bien, y no hablamos más. Mi madre me apoya la

cabeza en su hombro y me acaricia el pelo.

«Tíos, ¿dónde estáis? Contestadme.»

Me despierto jadeando y con el pulso acelerado. Las sábanas están empapadas en sudor y tengo la cara tensa por la sal de las lágrimas que he derramado mientras dormía. Por alguna razón, antes me gustaba llorar en sueños, quizá por la liberación que suponía llorar con una violencia que no te permitirías estando consciente. Despertarte con los ojos mojados, como charcos tras una tormenta nocturna. Eso era cuando no lloraba por nada concreto.

Creo que el sentimiento de culpa no duerme. Solo come.

Me siento a mi mesa y observo el documento en blanco de la pantalla del portátil. Se supone que debería estar haciendo el trabajo de admisión para la universidad, que he estado posponiendo casi todo el verano, hasta exactamente una semana después del último funeral de mis tres mejores amigos. Quizá no ha sido la mejor idea.

Ojalá hubiera tenido que ir a trabajar hoy. Trabajaba a tiempo parcial colocando libros en estantes en McKay's, una enorme tienda de libros, CD, DVD, discos, videojuegos y todo tipo de artículos de segunda mano cerca de mi casa. He trabajado allí los últimos veranos, pero suelo dejar el trabajo un par de semanas antes de que empiecen las clases. Este año me arrepiento de haberlo dejado.

No es solo que me encante colocar libros tanto como estar rodeado de ellos. Necesito ese tiempo sin interactuar con nadie. Necesito hacer cosas mecánicamente. Necesito ese olor a vainilla, hojas de tabaco secas, aire acondicionado y moho. Aunque me recuerda al Accidente. Estaba allí cuando sucedió. Por eso no estaba en el coche.

Empiezo a escribirle un mensaje a Jesmyn. Esta semana nos hemos enviado mensajes de vez en cuando. Seguramente no me contestará. Me comentó que está dando clases de piano y ensayando todo el día. Me encantaría verla tocando alguna vez.

Mi madre me interrumpe en mitad del mensaje.

—Carver —me dice—. Ven. Corre. El juez Edwards está en la tele.

Siento un subidón de adrenalina en el pecho. Se me revuelven las tripas. «Esto no pinta nada bien.» Al levantarme de un salto me doy un golpe en la rodilla y corro con las piernas temblorosas. Mi madre, mi padre y Georgia están de pie delante del televisor.

El juez Edwards está rígido. Lleva un traje gris a rayas que parece caro, perfectamente a medida, y una corbata rojo sangre. Habla al micrófono de una reportera.

—Por lo tanto, para mandar un mensaje a la comunidad y a la gente joven sobre los peligros de escribir mensajes en el móvil cuando se está al volante, pediría a la oficina de la fiscal del distrito que abriera una investigación sobre este tema y sopesara la posibilidad de presentar cargos penales.

—¿Ha hablado personalmente con la fiscal del distrito? —le pregunta la reportera.

—No, señora. Creo que no sería adecuado ni transparente. No querría que se pensara que interfiero en el criterio de la fiscal del distrito. Confío en que ejercerá adecuadamente su criterio para asegurarse de que se hace justicia.

Sinceramente, me cago en los pantalones. Mi madre se tapa la boca con las dos manos. Mi padre se queda petrificado. Dobla los brazos y se pasa una mano por la cara. Georgia observa la pantalla como si quisiera lanzar chorros de ácido sulfúrico de los conductos lagrimales a la tele, inundar al juez Edwards y convertirlo en un pringue humeante.

—Si la fiscal del distrito se niega a investigar el caso, o incluso si investiga, ¿presentará una demanda civil contra el cuarto menor implicado en el accidente?

—Bueno, no descartamos nada, todas las opciones están encima de la mesa. Nuestra prioridad, ahora y siempre, es la seguridad y el bienestar de

nuestros jóvenes.

Asiente con firmeza.

«Esto es todo, chicos. Está todo dicho.»

—Gracias, juez Edwards. Phil, devolvemos la conexión.

—Gracias, Alaina. Un trágico accidente y un padre destrozado... Los funcionarios del condado de Davidson han decidido no aprobar...

Apago la tele. Me dejo caer en el sofá y me sujeto la cabeza con las manos.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío —murmuro una y otra vez.

Nadie dice nada. Oigo a Georgia respirando por la nariz. No es un sonido agradable.

Señala la tele y le tiembla la voz de rabia.

—¿Esto qué es? Una puta mierda.

Su voz retumba en las paredes del salón silencioso.

—Georgia —dice mi madre en voz baja.

A Georgia le brillan los ojos. Una leona con camiseta y pantalones de yoga.

—No, nada de Georgia. Es totalmente absurdo. ¿No lo entiende? ¿No se da cuenta de que la culpa fue del gilipollas de su hijo? ¿Y quiere que Carver vaya a la cárcel? No. Lo siento. No.

Mueve la cabeza como si fuera a poner signos de dólar en los ojos de un quiropráctico.

Seguimos todos atónitos. En silencio.

Georgia nos mira uno a uno buscándonos los ojos. Buscándonos el alma. Las ganas de luchar.

—Carver, dame tu teléfono. Voy a llamar ahora mismo al gilipollas de su señora y voy a decirle que salga a dar una vuelta en bici sin sillín.

—Georgia —dice mi padre.

Mi hermana extiende la mano hacia mí con un chasquido.

—Dámelo.

Parece a punto de llorar.

—No tengo su número en el móvil —le contesto en voz baja, aturdido—. Solo tengo el de Mars. —Y añado en un susurro—: Obviamente tengo el número de Mars.

—Georgia, cálmate —le dice mi padre—. Es juez. Si lo llamas y lo insultas, irás a la cárcel.

—¿Y qué quieres que haga? —le replica mi hermana—. ¿Qué hacemos?

Mi padre respira hondo y se frota los ojos. Le tiembla la mano.

—No lo sé... No lo sé. —Mira a mi madre—. Lila, llama a tu hermano, a ver si puede recomendarnos a un buen abogado penal.

Las palabras «buen abogado penal» son tres rodillazos seguidos en los huevos.

Mi madre vuelve a su habitación a buscar el teléfono, pero antes veo lágrimas que brotan de sus ojos y resbalan por sus mejillas dejando un rastro brillante.

—Empiezo las clases dentro de tres días —murmuro.

Estoy tan paralizado como cuando me enteré del Accidente. Es como si hubiera salido de mi cuerpo y me observara a mí mismo recibiendo las noticias. Intento respirar hondo. «Que no te dé otro ataque de pánico, por favor. Aquí no. Ahora no.» Oigo a mi madre hablando en su habitación con su hermano Vance, que es abogado mercantil y vive en Memphis. Mi madre intenta parecer tranquila, pero fracasa estrepitosamente.

Georgia se sienta a mi lado. Veo que está haciendo un esfuerzo consciente por calmarse, por relajarse un poco. Me pasa la mano por la espalda.

—Carver... No te preocupes. Estamos contigo.

Mi padre me abraza. Huele a suavizante y a pimienta negra.

—Oye, Carver. No vamos a... no vas a tener problemas, ¿vale? Si es

necesario, buscaremos al mejor abogado de Tennessee.

—Dejaré la universidad y trabajaré a jornada completa para pagarlo —dice Georgia tensando la mandíbula.

—No, dejaré de estudiar yo —murmuro.

—Nadie va a dejar nada. Lo solucionaremos —dice mi padre.

—Os lo digo en serio. A la mínima que pase algo, meto a Carver en el maletero y me lo llevo a México. Me importa una mierda.

Georgia se pone muy rústica cuando se enfada. Y es divertido, porque es una chica de ciudad, que nació y creció en Nashville.

Mi madre vuelve. Intenta controlarse. Tiene los ojos rojos y húmedos. Suspira y habla en voz baja a mi padre.

—Callum, he hablado con Vance. Me ha dicho que va a preguntar por los mejores abogados penales de Nashville. Dice que lo único que podemos hacer es esperar.

—Esperar. Qué bien. Será divertido para Carver, su último año de instituto, cuando tiene que mandar solicitudes a universidades y ha perdido a sus tres mejores amigos. Esperando a que le corten la cabeza —dice Georgia—. Tremenda gilipollez.

Georgia dice exactamente lo que estoy pensando. Bueno, todo menos lo de «tremenda gilipollez». Me pregunto si no merezco pagarlo con mi libertad. Si alguien o algo no acabará viniendo a cobrar la enorme deuda que he contraído. Lo que convertiría esta situación no en una tremenda gilipollez, sino en una gilipollez normal, pequeña o incluso inexistente.

Me da vueltas la cabeza.

—Me voy a mi habitación.

Necesito pensar.

Mi madre, que lleva puesta su bata de fisioterapeuta, me abraza y me da un beso en la mejilla.

—No estás solo. Estamos contigo.

—Carver, ¿quieres ir al cine o hacer algo para despejarte un poco? —me pregunta mi padre.

—No serviría de nada. Pero gracias.

—Pues entonces estaré en la sala, trabajando en mi programa de estudios —me dice mi padre—. Por si cambias de idea.

—El padre de Emma es abogado —dice Georgia—. Voy a llamarlo.

Voy a mi habitación y me siento en la cama. Mando un mensaje a Jesmyn. ¿Tienes algo que hacer? Necesito hablar con alguien. Aunque creo que es importante escribir correctamente, incluso en los mensajes, no suelo ser tan formal. Pero por alguna razón siento que debo serlo. ¿Y si le ofende que le haya dicho «hablar con alguien», como si me sirviera cualquiera? Mierda. Además, ¿suena demasiado necesitado decir «Necesito hablar con alguien»? Bueno, claro. Por definición.

No me contesta. No me sorprende.

Camino de un lado a otro. No sirve de nada.

Rezo para mis adentros. Pero, como ya he dicho, solo creo de vez en cuando, así que rezar hace que me sienta un poco mejor, pero no mucho.

Me tiro al suelo y me pongo a hacer flexiones. No he hecho ni una flexión desde las clases de educación física del tercer año de secundaria. Me arden los brazos. Consigo hacer diez y tengo que descansar. Luego hago alguna más. No entiendo por qué lo hago. Pero hace que me sienta un poco mejor.

—¿Carver?

La voz de Georgia, desde el otro lado de la puerta, me sobresalta en medio de una flexión. Ojalá la hubiera cerrado del todo.

Me levanto y me sacudo el polvo de las manos.

—Hola.

—He hablado con Emma, y va a hablar con su padre.

—Genial.

—¿Qué estabas haciendo?

—Flexiones.

—¿Por qué?

A veces te enteras de las cosas en el momento en que salen de tu boca, como si la información hubiera estado escondida ahí dentro, a salvo de tu cerebro.

—Si... me meten en la cárcel, quiero ser capaz de defenderme.

Georgia mueve la cabeza y se le llenan los ojos de lágrimas, pero no dice nada. Oigo los latidos de mi corazón. Mi hermana me abraza.

—Tengo que trabajármelo un poco, o me pasaré el día contigo.

—Al menos no me ha dado otro ataque de pánico, ¿no? Me voy al Percy Warner.

El Percy Warner es un parque a unos diez minutos a pie de mi casa, varias hectáreas de bosque y kilómetros de senderos. A veces, la única manera de manejar mis problemas es rodearme de cosas más antiguas que yo y que mi tristeza, de cosas que me olvidarán.

Quizá cuando vuelva a casa, Jesmyn me habrá mandado un mensaje.

Están todos en el sofá de Eli, con los mandos a un lado, riéndose de mi última muerte, especialmente vergonzosa.

—¿Habéis visto dónde ha caído su cuerpo? —dice Blake limpiándose las lágrimas.

—Mirad, capullos, mis padres no me dejan tener consola. Y tengo vida, así que no me paso veinticuatro horas al día, siete días por semana, jugando a videojuegos. Me la suda. Me da igual —les digo.

Pero mi explicación solo sirve para que se rían más.

—Blade da vueltas, dispara y lanza granadas como un loco hasta que alguien aparece por detrás y le pega un golpe con la culata del rifle —dice Mars.

—Imagínate si estuviéramos de verdad en el ejército —dice Eli.

—No, por favor, todos en contra del gran perdedor de videojuegos —digo —. En cualquier caso, Mars, tú deberías ser mucho mejor, por razones genéticas. ¿Tu padre no fue marine o algo así?

Mars resopla.

—Sí, dirigió una compañía de marines en la primera guerra del golfo. Le dieron una medalla de bronce y un corazón púrpura por alguna mierda de la que nunca habla. Pero no intentes cambiar de tema. Estábamos hablando de que eres penoso.

Blake se levanta y empieza a dar vueltas gesticulando.

—Este es Blade: «... y una granada para ti, otra para ti y otra para ti, sin olvidarnos de ti» —dice en un tono exagerado de maestro de preescolar.

Casi se mean de risa.

—¿Y si Blade aplicara su talento con los videojuegos a otras cosas? —dice Mars intentando recuperar el aliento.

—Como a ser camarero —dice Eli.

—Comeos un saco de culos de elefante. Un enorme saco retro de arpillera lleno de culos de elefante. Con un culo de elefante impreso a un lado como un signo de dólar —les digo.

Todos aúllan.

Mars se levanta.

—Este es Blade haciendo de camarero. Está en medio del restaurante y lanza a cada uno su comida: «¡Estos panecillos para usted! ¡Y un café para usted! ¡Y un pastel de carne para usted! ¡Y un...».

Duda.

—No recuerda más comidas —dice Eli—. Mars ha olvidado las comidas.

—Cuesta mucho decir comidas a toda pastilla —dice Mars—. Venga, dime una comida ahora mismo. Vamos. Dime una comida.

—Sándwich de queso fundido —dice Eli inmediatamente.

—Otra —dice Mars—. Vamos. Deprisa. Otra comida. Cualquiera. Venga. Adelante. Di otra comida.

—Pues... sopa —dice Eli.

—Otra. ¡Deprisa! —dice Mars.

—Pueees...

Nos partimos todos de risa.

Esto es lo que hacía el año pasado por estas fechas. No estoy seguro de que fuera exactamente tres días antes de que empezaran las clases, pero más o menos.

Camino entre los árboles, sudando, sin dejar de dar vueltas a la inminente posibilidad de que me lleven a juicio. Pienso en Jesmyn. Me pregunto si seré capaz de pensar igual paseando en el patio de una cárcel. Pero sobre todo recuerdo ese momento, con todo el Equipo Salsa riéndose. Uno de tantos, nada especial.

No sé por qué ese momento arde como una antorcha en mi memoria, pero así es.

Cuando llego a casa, Jesmyn todavía no me ha llamado ni me ha escrito. Pero Darren Coughlin me ha dejado un mensaje preguntándome mi opinión sobre lo que había dicho el juez Edwards. Supongo que se las arregló para encontrar mi número. No se lo digo a mis padres y no lo llamo. ¿Qué podría decirle? «Espero de verdad no ir a la cárcel, aunque una parte de mí está convencida de que lo merezco. Siento haber matado a mis amigos. Lo

siento.»

Son las once y media.

Estoy casi dormido cuando suena el móvil.

Es Jesmyn. Perdona, acabo de ver tu mensaje. He estado ensayando todo el día.

¿Sigues necesitando hablar?

Pulso su número tan deprisa que se me cae el móvil. Consigo recogerlo mientras me contesta.

—Hola —le digo en voz baja.

—Hola —me contesta—. ¿Qué tal?

Me tumbo en la cama y me llevo una mano a la cara. Gimo y suspiro.

—¡Ay! Ahora mismo acojonado.

—¿Por qué?

—¿Te has enterado de lo que ha pasado?

—No.

—Bien, el padre de Mars es juez.

—¿El tío superintenso?

—Exacto. Pues esta mañana me llama mi madre. Están viendo las noticias. Y en la tele está el padre de Mars diciendo que quiere que la fiscal del distrito investigue el accidente por si pudieran presentarse cargos penales.

Hacia el final ha empezado a temblarme la voz. Ya he llorado delante de Jesmyn, pero no es necesario que se convierta en una costumbre.

—Espera, ¿qué? ¿Cargos penales? Pero ¿qué hiciste? No les disparaste. Qué locura.

«Otra persona que cree que soy inocente. Y una persona importante... el único amigo que me queda en el mundo.» El pulso se me estabiliza. Dejan de temblarme las manos y la voz.

—No sé lo que pasará —le digo—. Vamos a hablar con un abogado, por si acaso.

—Si me necesitas para algo, puedo testificar o lo que sea. Diré: «¡Protesto!».

Me río.

—Estoy seguro de que solo puede decirlo el abogado.

—Imposible. Quiero decirlo.

—En fin. Esta es mi fantástica vida. ¿Qué has ensayado hoy?

Suspira.

—Un nocturno de Chopin que estoy pensando en tocar en la audición de la Juilliard. Aunque quizá lo cambio por Debussy. O toco algo totalmente diferente.

—A ver, ¿cómo no vas a tocar Debussy si puedes tocarlo? Venga ya.

Se ríe.

—Cállate.

—¿Cuál es tu compositor favorito?

—Oh, por favor. ¿Por qué no me preguntas cuál es mi dedo favorito?

—¿Cuál es tu dedo favorito?

—Hmmm. La verdad es que el corazón. El corazón de la mano derecha.

—¿Lo ves? Compositor favorito.

—No. La comparación no es buena. ¿Cuál es tu escritor favorito? ¿Lo ves?

—Cormac McCarthy. Fácil.

—¿Crowmac McWhothy?

—Venga ya.

—¿Shermac McCathy?

—Para, tía.

No me puedo creer que esté consiguiendo animarme después del día que he tenido.

—Cormac es nombre de extraterrestre.

Jesmyn habría sido una estupenda miembro honorífica del Equipo Salsa.

—Jesmyn es un nombre de extraterrestre.

—No, en serio. ¿No suena Cormac a nombre marciano?

—Bueno, un poco. Y funciona porque es genial, como de otro planeta. ¿De verdad nunca has oído hablar de él?

—No.

—Pues tenemos que solucionarlo. ¿Qué piensas del canibalismo?

—Diría que... estoy en contra. En general estoy en contra.

—¿Qué te parece leer sobre canibalismo?

—Si la historia es buena... Si me identifico con los personajes...

—Muy bien.

Me quito un peso de encima mientras hablamos. Como si un montón de piedras me oprimiera el pecho y alguien me las quitara una a una. Como si las retirara gradualmente.

Hablamos hasta la madrugada. Tengo que enchufar el teléfono. Al final, tenemos los dos tanto sueño que decimos el nombre del otro de vez en cuando para rellenar el intervalo entre temas. Para asegurarnos de que los dos seguimos ahí.

Cuando entro en la cocina dando tumbos, mis padres están sentados a la mesa tomándose un café con cereales. Me miran como si les hubiera dicho que tengo un amigo invisible que me dice que colecciono cuchillos y que mee en frascos.

—Hola, cariño —me dice mi madre—. Te hemos oído esta noche.

Me froto la cara.

—Sí. No podía dormir.

—Hoy deberías descansar —me dice mi padre—. Falta poco para que empiecen las clases y últimamente no duermes bien. Y solo te ha faltado lo del juez Edwards.

—Hoy no puedo dormir. Además, voy a ayudar a la abuela de Blake a quitar las malas hierbas del jardín y a lo que necesite.

Mi madre me tiende un tazón de cereales.

—Aún no nos lo has contado todo. El funeral de Blake fue hace una semana. No es sano quedarse las cosas dentro. Si no vas a hablar con nosotros, queremos que hables con alguien.

—Lo he hablado con Georgia. Estoy bien.

Mi padre intenta adoptar un tono suave.

—No estás bien. Los que están bien no van a urgencias con un ataque de pánico.

Parece frustrado. No lo culpo, pero también él me frustra a mí algunas veces, así que ahora le toca a él

—Solo ha pasado una vez.

—¿Estás escribiendo algo nuevo? ¿Algún relato o poema? —me pregunta mi madre—. Supongo que te iría bien.

—No.

Que me lo pregunten cuando estoy totalmente bloqueado seguro que no hace que me sienta mejor. Quizá mi musa estaba en el coche, con el Equipo Salsa.

Mientras estoy sentado con ellos siento que están dándole vueltas, intentando aprovechar la ocasión. Buscando las palabras adecuadas. Sé cómo es el ambiente cuando estás con personas que intentan encontrar las palabras perfectas y no lo consiguen, así que como deprisa sin decir nada.

Cuando voy a lavarme los dientes, mi padre me dice:

—Te queremos, Carver. Es duro verte sufriendo.

—Lo sé —le contesto—. Yo también os quiero.

«Y si es duro verme sufriendo, imagina cómo es sufrir.»

—Muy bien, mirad todos. Rodeo de ardillas —dice Blake.

—¿Cómo? ¿Vamos a montar ardillas? —pregunta Mars.

—Sí, vamos a montar ardillas. No, idiotas, funciona así. Veis una ardilla a un lado del camino y os movéis para que se sitúe en el camino. Luego la seguís despacio. No muy deprisa, porque entonces se escapará y la perderéis. Cada vez que intente salirse del camino, os desplazáis para cortarle el paso y que siga en el camino. Tenéis que mantenerla en el camino ocho segundos. Rodeo de ardillas.

—Justo cuando temo que hayas llegado al límite del catetismo, te superas

—dice Mars.

—Al menos no nos propone que cacemos a las ardillas y nos las comamos —digo yo.

—Aún no —dice Mars—. Aún no lo ha dicho.

—Con esa actitud nunca vais a llegar al circuito profesional de rodeo de ardillas —dice Blake.

—Mira, tío, yo me he apuntado a un batido de mantequilla de cacahuete y plátano del Bobbie's Dairy Dip, no a cazar putas ardillas en mi última semana de vacaciones.

—¿Y si tu padre te viera persiguiendo ardillas por el Centennial Park? —le pregunta Eli.

—Me diría: «Thurgood, ¿con qué fin persigues esas ardillas? ¿Perseguir ardillas va a mejorar tus estudios y tus conocimientos? ¿Buscas la excelencia persiguiendo ardillas? Tu abuelo no se manifestó con el doctor King para que pudieras perseguir ardillas».

Mars lo dice en un tono imponente y muy serio.

Nos partimos de risa porque Mars exagera solo un poco.

Blake levanta la mano para que nos callemos y se acerca a una ardilla que está junto al camino asfaltado.

—Vamos —susurra sacando el móvil y grabando.

Desplaza con cuidado a la ardilla hacia el camino. Durante unos siete segundos, la ardilla trota delante de él. Blake maniobra para impedir que la ardilla se desvíe del camino hasta que al final escapa. Blake gruñe. Nos reímos.

En los siguientes quince minutos todos probamos suerte con el rodeo de ardillas mientras Blake nos graba. Ninguno de nosotros es muy bueno, pero nos divertimos.

Al final nos sentamos a la sombra de un gran roble, sudando en el

sofocante calor de la tarde. Blake edita vídeos y los cuelga en su canal de YouTube. Eli se mensaja con alguien. Mars dibuja. Yo trabajo en un relato en el móvil.

—Nueva tradición —digo al rato—. Cada año, a finales del verano, antes de que empiecen las clases, vamos a buscar unos batidos al Bobbie's Dairy Dip, venimos al Centennial Park y jugamos al rodeo de ardillas.

Si el Equipo Salsa tuviera cargos oficiales, el mío sería el de guardián de las sagradas tradiciones. Me encanta la idea de que las familias que elegimos tengan todas las características propias de una familia, incluyendo las tradiciones.

—Una tradición que rivalice con las Navidades y con Acción de Gracias —dice Mars.

—Mucho más divertida que Navidades y Acción de Gracias, tío —dice Blake.

—¿Y cuando estemos en la universidad? —pregunta Eli.

—Lo haremos en verano, cuando estemos todos en casa —digo yo.

Pasamos el rato en la relativa frescura de las sombras de los árboles esparcidos por la hierba. La puesta de sol es un fuego púrpura en las hojas. Las cigarras nos cantan al oído como si la Tierra vibrara.

Siento que nunca más estaré solo.

Que cada vez que hable, alguien a quien quiero y que me quiere estará escuchándome.

Ya en aquel momento sabía lo que tenía.

Llamo al timbre, y la abuela Betsy tarda un rato en llegar a la puerta.

—¿Blake? ¿A qué debo el placer?

El funeral de Blake fue hace una semana, y ella aún desprende un dolor

desaliñado. Estoy acostumbrado a verlo cuando me miro al espejo. La casa, detrás de ella, está más desordenada que nunca. El césped está descuidado.

Saco los guantes de jardinería de mi padre de un bolsillo trasero del pantalón.

—Me dijiste que Blake te ayudaba a quitar las malas hierbas y que a ti te costaba hacerlo. Así que he venido a ayudarte a limpiar el jardín y a lo que necesites.

—Oh, cielos. —Mueve la mano—. No es necesario. Puedo pagar unos dólares a un chico del barrio para que lo haga. Pero entra. Perdón por el desorden.

—Necesito hacerlo. —La miro a los ojos—. Por favor.

Me mira fijamente, aunque con expresión amable.

—No, no lo necesitas —me contesta en voz baja, aunque en tono firme.

—Sí, lo necesito.

Y de pronto tengo ganas de llorar, así que finjo toser y desvío la mirada. Siento la repentina necesidad de contarle lo de la posible investigación de la fiscal del distrito. En cuanto se me pasa por la cabeza, lo descarto. No puedo soportar que piense en mí como en un criminal.

Deja que me tranquilice antes de contestarme.

—Muy bien. Vamos al patio trasero. Te mostraré lo que hay que hacer. Mientras tanto, iré al supermercado a comprar varias cosas para hacer limonada casera y prepararte algo de comer. Mereces algo más que los restos de hace una semana que he estado comiendo.

«La verdad es que no lo merezco.»

—No es necesario.

—Blake, no vamos a discutirlo.

Salimos al patio. Me muestra dónde tengo que quitar las malas hierbas. Me da una cesta para los tomates maduros. Me muestra el cortacésped y la

gasolina, y cómo funciona. Se va en coche al supermercado, y yo empiezo a trabajar.

La sal del sudor hace que me ardan los ojos en el calor pegajoso y estancado de la mañana. Siento el olor ácido de las ramas de tomates. Me pierdo en el ritmo mecánico del trabajo. Me olvido del juez Edwards. Me olvido de Adair. Me olvido de Darren. Me olvido del Accidente. Quizá es una buena manera de hacer prácticas para cuando vaya a la cárcel y tenga que limpiar carreteras vestido con un mono naranja. «Agáchate. Arranca. Tíralo a un lado. Agáchate. Arranca. Tíralo a un lado. Agáchate. Arranca. Tíralo a un lado.» Al principio utilizo los guantes de mi padre, pero, como me sudan las manos, me los quito. Tengo las manos marrones de tierra y verdes de las hierbas que arranco. Ni siquiera me doy cuenta de que la abuela Betsy ha vuelto.

Estoy cortando el césped cuando la veo gesticulando en el porche. Apago el cortacésped.

—¡Hora de comer! Trae unos tomates.

Elijo varios tomates grandes y maduros, y entro al agradable fresco de la casa con aire acondicionado después de haberme limpiado cuidadosamente los pies.

—¡En la cocina! —me grita la abuela Betsy.

Me dispongo a entrar en la cocina, pero por alguna razón no lo consigo. Quiero volver fuera y seguir sudando, seguir castigando mi cuerpo. Quiero tener hambre y sed. No quiero que la abuela Betsy me ofrezca comodidad y comida.

—¡Ven ya! —vuelve a gritarme la abuela Betsy.

Salgo de mi ensimismamiento y me dirijo directamente al fregadero para limpiarme la tierra y las manchas verdes del césped de las manos. En la mesa de la cocina hay una barra de pan blanco, un bote de mayonesa Duke's,

salero y pimentero, una jarra de limonada recién exprimida con cubitos de hielo, un cuchillo de sierra y dos platos.

—Siéntate —me dice apartando de la mesa una silla de madera—. Nada del otro mundo, pero para mí no hay nada mejor en este mundo que un sándwich de tomate fresco los días que hace mucho calor.

—Estoy de acuerdo.

Se me pega al torso la camiseta empapada, fría por el aire acondicionado.

La abuela Betsy coge uno de los tomates más bonitos y lo corta en gruesas rodajas. Unta con mayonesa un par de trozos de pan y coloca encima de uno de ellos varias rodajas de tomate.

—Échate tú la sal y la pimienta.

Se hace otro sándwich para ella.

—Mmm —dice levantándose a buscar un rollo de papel para que nos limpiemos los chorretones rosados de tomate y mayonesa de las manos y la cara—. Los tomates frescos saben a sol, ¿verdad?

—Mmm-hmmm —digo dando un trago de limonada, que está tan ácida que me duelen las glándulas salivales—. Saben a verano.

«O se supone. Como no me lo merezco, el sándwich me sabe a arena, aunque está buenísimo.»

—Es exactamente lo que solía decir Blake. Le encantaban los sándwiches de tomate.

—A Blake le encantaba toda la comida.

Betsy se ríe entre dientes.

—Es verdad.

—Una vez, Blake y yo estábamos en mi casa, muertos de hambre, pero ninguno de los dos tenía dinero para ir a comprar algo. Y el frigorífico estaba lleno de col rizada y cosas así porque a mis padres les había dado por la comida sana. Buscamos por la cocina algo que supiéramos cocinar.

Encontramos un paquete de espaguetis, pero no teníamos salsa. Así que nos los comimos con ketchup y mostaza.

La abuela Betsy resopla y se tapa la boca. Tiembla de risa.

—En fin —sigo diciendo—, yo doy un par de bocados, pero ¿Blake? A Blake le encanta. Se come todo el cuenco. Y me dice: «Blade, Blade, deberíamos convertirlo en una receta. Deberíamos llamarla espaguetis hamburguesa. Espaguesa. Deberíamos vender la idea». Y yo le contesto: «Blake, la única razón por la que te parece comestible es porque tienes hambre. Es asqueroso».

La abuela Betsy resopla y se limpia las lágrimas, que son lágrimas de risa. Por un momento dejo de sentirme culpable. Un brevísimo sabor a redención. Y es un sabor dulce.

—Chico, entre lo que sabes tú y lo que sé yo, tendríamos un buen perfil de Blake, ¿verdad? —me dice.

Atrapo una gota errante de zumo de tomate.

—Sí.

—Tiene gracia que la gente pase por el mundo dejando pequeñas piezas de su historia a las personas a las que conoce, para que ellas las recojan. Hace que te preguntes qué pasaría si todas esas personas reunieran las piezas del puzle. —La abuela Betsy da un gran mordisco y mira al vacío con expresión pensativa—. Tengo una idea que es una locura. Creo que es una locura.

—Cuéntamela.

—Lo que más lamento es no haber tenido un último día con Blake. Nada del otro mundo. No hablo de subir al Everest ni de tirarnos en paracaídas. Solo de hacer las pequeñas cosas que nos gustaba hacer juntos. Una vez más.

Se balancea suavemente y por un segundo cierra los ojos. No como si durmiera. Como si pensara. Deja de balancearse y abre los ojos. Han recuperado el ligero brillo que tenían antes de todo esto, y es el único rayo de

esperanza que he sentido este último mes. Como si la felicidad fuera algo que no puedes apagar del todo, sino que sigue ardiendo bajo cenizas húmedas.

—¿Y si pasáramos un último día con Blake? Tú y yo.

—Creo que no te entiendo.

—Quiero decir que pasemos juntos el último día que Blake y yo no pudimos pasar, el día que tú y Blake no pudisteis pasar. Reunimos nuestras piezas de Blake y le permitimos vivir otro día con nosotros.

Me siento como si me dirigiera al coche con algo robado en una tienda y de repente un vigilante me gritara que volviera.

—Bueno... No sé... No sé si podría.

Se inclina hacia delante.

—Claro que puedes. Para empezar, erais uña y carne. Apuesto a que en muchos aspectos lo conocías mejor que yo.

—Puede ser.

—Y apuesto a que yo sé muchas cosas de él que tú no sabes.

—Seguro.

—En segundo lugar, Blake me dejó leer tu relato.

—¿De verdad? ¿Cuál?

—El que transcurre en el este de Tennessee después de que la erupción de un volcán haya matado a casi todo el mundo. Me encantó. Habría querido decirte algo antes.

—Vaya.

—El caso es que si alguien puede escribir la historia de Blake durante un día más, eres tú.

—Pero... ¿estás segura de que me quieres a mí?

«Porque yo no me querría.»

—Estoy segura. ¿Quién más podría hacerlo?

Una honda inquietud hace que sienta un nudo en el estómago.

—No lo sé.

—No tienes que contestarme ahora. Piénsalo. ¿Qué es lo peor que podría pasar? No será exactamente lo mismo que tener a Blake. Pero no podemos tener a Blake. Quizá podamos quedarnos con esto.

Sus ojos son dulces. Hay en ellos menos distancia que la última vez que la vi. No quiero decirle que no. Pero no consigo decirle que sí.

—No me debes nada —me dice—. Si no puedes hacerlo, lo entenderé. Quizá me despierte mañana por la mañana y piense que no es buena idea o que no podré soportarlo. Pero ¿lo pensarás?

—Sí, te lo prometo.

Observo su cara en busca de indicios de haber roto algo. No los encuentro. Algo es algo.

—Gracias por la comida. Mejor acabo de cortar el césped.

La abuela Betsy se inclina por encima de la mesa y me abraza un buen rato, con la mano apoyada en mi fría espalda.

—Gracias —me susurra.

Me tumbo en la cama, aún mojado porque acabo de ducharme, con el ventilador dirigido a mí. Me parece relajante. Me recuerda a cuando de niño sales tan feliz de la piscina y te secas al sol.

Hago planes para la noche. He pasado casi todas las noches viendo Netflix con Georgia. Pero mi hermana va a salir con unos amigos. De repente me doy cuenta de lo tranquila y estéril que ha pasado a ser mi vida. De lo poco que suena mi móvil con un mensaje o una llamada. De las muchas noches solitarias que me esperan.

No quiero estar solo. Normalmente no me parece mal. Pero esta noche no. Pienso en mi única posibilidad de compañía.

Empiezo a escribirle un mensaje a Jesmyn, pero dudo. «¿Es raro?» Hemos tenido cierta conexión emocional, pero ¿ha tenido que ver con el momento concreto? ¿Con la distancia que supone mandarse mensajes y hablar por teléfono?

En otras circunstancias me habría costado más decidirme. Pero la soledad genera un valor desesperado, un ¿qué puedo perder? Le mando un mensaje antes de que me arrepienta.

Hola. ¿Quieres que quedemos esta noche?

Suena el móvil.

Claro que sí. ¿A qué hora?

Suspiro aliviado.

¿A las siete? Puedo pasar a buscarte.

Genial. Harpeth Bluffs Drive 5342.

Es como si por fin hubiera abierto el precinto de un frasco de bálsamo.

Voy a la cocina y caliento un trozo de pollo asado del supermercado que encuentro en el frigorífico.

—¿Qué haces esta noche? —me pregunta Georgia.

Está sentada a la mesa de la cocina, tecleando en el móvil, vestida para salir.

—He quedado —le contesto con la boca llena.

—¿Con un amigo o con...?

—No, con Jesmyn. La novia de Eli. La chica que estaba con los padres de Eli en los funerales de Mars y de Eli.

—¿La que estaba tan buena? Deberías habérmela presentado.

—Tenemos más relación desde entonces.

—¿Qué vais a hacer?

—Tengo un par de ideas. Sobre todo charlar.

En este punto, lo normal sería que Georgia se burlara de mí. Que me

pasara la mano por el pelo. Que me chinchara. Y ojalá lo hiciera, porque eso sería una concesión a la normalidad. Suena raro decir en voz alta que he quedado con la novia de mi amigo muerto. Necesito las bromas de Georgia para saber que no pasa nada.

Pero mi hermana me da una palmadita en el hombro, en plan «Qué bien que sigas adelante».

—Es sano hablar con alguien.

Mi madre entra en la cocina.

—Hola, cariño, ¿cómo está Betsy?

—Muy bien —murmuro sin dejar de comer—. Triste.

—Tu padre y yo vamos a ver una película esta noche. Puedes apuntarte.

—Esta noche he quedado con alguien.

Su cara muestra una expresión de agradable sorpresa, como si dijera «No sabía que tuvieras más amigos».

—¿Lo conocemos?

—No.

—Muy bien. Si cambias de opinión o vuelves a casa temprano, aquí estaremos.

—Gracias.

Georgia me lanza una mirada, así que observo atentamente mi plato hasta que acabo de comer.

Jesmyn vive en Bellevue. Desde la puerta de mi casa hasta la suya hay que recorrer durante quince minutos uno de esos tramos anónimos y sin árboles de casas nuevas que salpican esa zona de Nashville.

Llego un cuarto de hora antes. Siempre llego antes. Estoy acostumbrado a esperar que las cosas empiecen.

Me quedo delante de la casa de Jesmyn hasta las siete, escuchando música y preguntándome qué pensó Eli la primera vez que aparcó aquí. Este barrio no podría ser más diferente del suyo. Eli vivía en Hillsboro Village, cerca de la Universidad Vanderbilt, en una bonita casa antigua, en una calle flanqueada por árboles. Por un segundo me pregunto si puede verme aquí, sentado delante de la casa de su novia. Espero que si puede, pueda también ver mi corazón y sepa cuánto me gustaría que él estuviera en mi lugar.

A las 7.02 (he observado que la gente se queda desconcertada cuando llegas a la hora exacta) llamo al timbre de la casa de Jesmyn. Abre la puerta un tío alto, blanco, con abundante pelo canoso.

—Oh... perdón, debo de haberme equivocado —le digo.

Sonríe.

—¿Vienes a buscar a Jesmyn?

—Sí.

—Soy su padre. Jack Holder. Encantado de conocerte.

Nos damos la mano.

—Soy Carver Briggs. Encantado de conocerle.

—Pasa.

La casa es amplia y está limpia. Predomina el color blanco. Techos blancos y paredes blancas. Huele a frutas del bosque y a manzanas verdes. El suelo de madera reluce. Todo parece nuevo. Un enorme piano de cola ocupa parte del salón.

—Su casa es muy bonita —le digo subiendo detrás de él por una escalera alfombrada.

—Gracias —me contesta el señor Holder—. Terminamos de instalarnos hace solo un mes. Llegamos a mediados de mayo, justo después de que Jesmyn acabara las clases.

—¿Por qué vinieron a Nashville? —le pregunto.

—Acepté un trabajo en la Nissan. Pensé que seguramente el sistema educativo del condado de Madison no era el trampolín hacia la Juilliard que Jesmyn necesitaba.

Cruzamos el salón. El señor Holder se vuelve hacia mí.

—Así que... ¿Eli era amigo tuyo?

—Éramos muy amigos.

Sabía que me lo preguntaría, pero aun así me escuece.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

Ojalá pudiera reunir en un estadio a todas las personas que en algún momento van a expresarme su compasión por mi pérdida. Así, tras contar hasta tres (y quizá tras un cañonazo), todo el mundo expresaría su compasión a la vez en treinta segundos. Yo me colocaría en medio del campo y dejaría que la compasión me anegara como un maremoto. Y acabaría de una vez por todas con el lento goteo.

—Para un padre, ningún chico es lo bastante bueno para su hija. Pero yo siempre pensé que Eli parecía un chico majo y con talento.

—Lo era.

Llegamos a un dormitorio con la puerta abierta. El señor Holder asoma la cabeza y da unos golpecitos en el marco.

—¿Jes? Cariño, está aquí tu amigo.

Asomo la cabeza yo también. Hay ropa tirada por todas partes. Las paredes están cubiertas de pósteres. Música moderna, música clásica, pósteres nuevos y antiguos. Jesmyn está sentada ante un sintetizador conectado con un cable a un ordenador. Oigo el sonido sordo de las teclas mientras toca con los ojos cerrados y con auriculares. Su expresión es beatífica, muy diferente del aspecto triste que tenía la última vez que la vi, en el funeral. Lamento interrumpirla. Pega un bote al oír la voz de su padre. Levanta la mirada hacia

nosotros y luego mira el ordenador. Pulsa el tabulador para detener lo que parece ser un programa para grabar. Se quita los auriculares y los deja encima del sintetizador.

—Hola, Carver. Perdona, he perdido la noción del tiempo.

—Tranquila —le digo.

El señor Holder se apoya en la pared.

—¿En serio, papá? —le dice Jesmyn.

—Jes.

Jesmyn pone los ojos en blanco.

—No vamos a quedarnos más de dos minutos, mientras me pongo los zapatos.

Me ruborizo.

—Puedo esperar abajo...

—No, está bien. Carver, encantado —me dice el señor Holder. Alza dos dedos en dirección a Jesmyn arqueando las cejas con expresión de advertencia—. Dos minutos y vuelvo.

Se dirige a la escalera.

Al darse la vuelta, Jesmyn vuelve a poner los ojos en blanco.

—Perdona.

—Los padres son padres. —Vuelvo la cara hacia el ordenador—. ¿Qué estás ensayando?

Hace un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Ah... Escribo canciones y las grabo. Solo es una prueba. Entra. Al parecer, el reloj avanza.

Paso por encima de unos vaqueros y me siento en la cama («en la cama que solía sentarse Eli»).

—Creía que solo tocabas el piano.

—Tocar el piano es lo único que hago bien. Eli me dijo que escribías.

—Sí. Pero no canciones. Eso es cosa de mi padre. Yo escribo relatos, poemas y cosas así. Algún día me gustaría escribir una novela.

—Me dijo que eras bueno.

—No lo sé.

—Entraste en la Nashville Arts.

—Sí.

Jesmyn va al armario. Se vuelve, se sienta y se pone unos calcetines y sus viejas botas camperas. Así suelo verla (si puede decirse que sueles ver a alguien a quien has visto unas siete veces). No vestida de luto. Con una blusa blanca ancha, sin mangas, y vaqueros cortados. Tiene las uñas de las manos y de los pies pintadas como teclas de piano: dos blancas, una negra, una blanca y una negra.

El hecho de que sean estas las circunstancias en las que observo a una chica guapa arreglándose para salir de su casa conmigo proyecta una sombra sobre mi corazón. En una vida normal y corriente, este momento anticiparía infinitas posibilidades. Sería el momento exacto en que surge la supernova del amor. Algo que cuentas a tus nietos más o menos así: «Recuerdo la primera vez que fui a buscar a tu abuela. Aún no estaba lista. Durante un par de segundos la vi tocando el teclado, parecía una hoja cayendo lentamente, arrastrada por el viento. Se detuvo, me senté en su cama y la observé mientras buscaba un par de calcetines limpios. Cogió sus botas camperas por las tiras laterales, se sentó en el suelo y se las puso. La piel crujió. La habitación olía a su loción de madreselva y a una especie de incienso embriagador cuyo aroma me resultaba nuevo y antiguo a la vez. La observaba haciendo aquellos movimientos cotidianos, e incluso en un momento tan normal era extraordinaria».

Este momento es una cruel parodia de eso. No me pertenece. Aquí no está empezando nada. Estamos despidiéndonos de algo, enterrando algo más.

Espero que algún día vuelva a sentirme bien yendo a buscar a una chica, comprando helados y comiéndonoslos en un parque.

Espero que haya principios en mi futuro.

Estoy cansado de enterrar cosas.

Estoy cansado de las liturgias del fin.

Estamos en mi coche, delante de la casa de Jesmyn.

—¿Has pensado en algo?

Jesmyn está sentada con las piernas cruzadas en el asiento del copiloto. Las chicas están a años luz de los chicos en formas innovadoras de sentarse en un coche.

—Sí, más o menos. ¿Qué te parece el Bobbie's Dairy Dip?

—Nunca he ido.

—Tu padre me ha dicho que acabáis de mudaros aquí. Recuerdo que Eli lo comentó.

—Sí, desde Jackson, Tennessee. Hace unos meses.

—¿Te gusta Nashville?

—¿Me lo preguntas en serio? Hay música por todas partes. Es mi sitio.

—Bueno, Bobbie's Dairy Dip es una heladería. Solíamos ir a comprar batidos de mantequilla de cacahuete y plátano.

—¿Te refieres a Eli, Mars, Blake y tú?

—Sí. Era una especie de tradición.

—Tanto a la sureña como a la filipina que hay en mí les encanta cómo suena eso de batidos de mantequilla de cacahuete y plátano.

Arranco el coche y me pongo en camino. Mi lengua se adelanta a mi cerebro.

—No me había dado cuenta de que...

—¿Qué?

«Mierda.»

—De que eres adoptada.

Levanta la cabeza con expresión perpleja.

—Un momento... ¿qué?

—Pues...

Se vuelve en el asiento.

—¿Qué... qué dices? —me pregunta en voz baja.

Estoy boquiabierto.

—Toda mi vida es una mentira —susurra con expresión muy seria—. Mi padre y mi madre, que es evidente que son blancos, ¿no son mis verdaderos padres?

Sigo sin palabras.

Se ríe. Un sonido limpio, brillante y plateado, como el de un móvil sonoro.

—Venga, tío. ¿Te suena Jesmyn Holder a filipino?

No puedo evitar reírme con ella.

—No soy experto en nombres filipinos.

—Holder. En inglés designa a alguien que posee algo.

—Muy bien. Vale.

—Vale.

—¿Tus antepasados se dedicaban a poseer cosas o qué?

—Supongo. Como... espadas, gansos, herraduras o cualquier cosa que en aquellos tiempos les interesara poseer.

—Fuera lo que fuese, poseyeron tanto que todo el mundo pensó que así debían llamarse.

Llegamos al Bobbie's.

—¿Y tus antepasados? —me pregunta sin soltarse el cinturón de seguridad.

—Mi padre es irlandés, literalmente de Irlanda, y mi madre es medio alemana y medio galesa, o algo así.

—¿En serio? Tienes el pelo y los ojos muy oscuros para ser irlandés.

—Mi padre dice que nos llaman «irlandeses negros».

—¿Tu padre tiene un acento bonito?

—Lleva mucho tiempo viviendo aquí, así que ya no se le nota tanto, pero sí.

Una punzada de culpabilidad me corta la respiración. Eli no está aquí por mí, y yo me dedico a bromear con su novia, a charlar de quiénes somos y de dónde venimos, compartimos una tradición que debería haber sido la de Eli. Siento una oleada de náuseas y de temor. «Dios, por favor, aquí no. Ahora no. Que no me dé un ataque de pánico en el aparcamiento del Bobbie's Dairy Dip con Jesmyn Holder sentada con las piernas cruzadas en el asiento del copiloto de mi Honda Civic.» Miro al frente y respiro hondo. Otra vez. Y otra. La voz de Jesmyn me devuelve a la realidad.

—Oye, Carver, ¿estás bien?

La miro, pero no me salen las palabras. Intento decidir hasta qué punto ser sincero, pero el cerebro no me funciona bien.

—Estás pálido —me dice—. ¿Va todo bien?

Asiento con poca convicción y vuelvo a respirar hondo.

—Sí. Es solo un... Estoy bien.

—¿Estás seguro?

Se desabrocha el cinturón de seguridad.

Empiezo a decirle que sí, pero una arcada me interrumpe, así que levanto el pulgar.

Cuando nos traen los batidos me siento mejor.

—¿Te habló Eli alguna vez del rodeo de ardillas? —le pregunto saliendo del aparcamiento del Bobbie's en dirección al Centennial Park.

Jesmyn me mira con la expresión que cabría esperar de alguien al que acaban de preguntarle si está al corriente de algo llamado «rodeo de ardillas».

—Ya veo que no —le digo—. Entre nosotros era una tradición venir a buscar batidos, ir al Centennial Park y jugar al rodeo de ardillas. Se trata de intentar que una ardilla corra por un camino.

—Imagino por qué Eli no presumía de estas cosas ante su novia guay —me dice.

—Es más divertido de lo que parece.

—¿Tú crees?

En las comisuras de su boca se esboza una sonrisa.

Sonrío.

—Bueno —le digo un momento después—. ¿Cómo estás?

—Tengo problemas para dormir —me contesta.

—Yo también. Me pregunto si algún día volveré a sentirme bien.

—Lo he hablado con mi madre. Perdió a un amigo en la universidad. Dice que se necesita tiempo. No hay una pastilla para estas cosas.

Aunque hubiera una pastilla, no sé si me la tomaría. No sé si sentiría que la merezco.

—Así que puedes hablar con tus padres... —le digo.

—Por supuesto.

—Qué bien.

—¿Tú hablas con tus padres?

—La verdad es que no.

—¿Por qué?

—Bueno, son unos padres geniales y siempre me dicen que puedo hablar con ellos. Pero no lo hago. Es raro.

Chupa una gota de su vaso.

—¿Tienes a alguien con quien hablar? Estás hablando conmigo, claro, pero...

—Sí, mi hermana Georgia. Estamos muy unidos. Pero se va a la universidad una semana después de que empiecen nuestras clases.

—Ojalá tuviera hermanos de mi edad. Tengo dos hermanos, Bo y Zeke, pero son diez y doce años mayores que yo.

—Vaya.

—Sí, están casados, tienen hijos y eso. Ni siquiera viven cerca. Soy básicamente hija única.

Cuando llegamos al Centennial Park está anocheciendo. Empezamos a andar.

—Muy bien, ha llegado el momento del rodeo de ardillas —le digo.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

Se lo explico.

—Así que tengo que conseguir que la ardilla se quede ocho segundos en el camino... —me dice Jesmyn.

—Exacto.

Dejamos atrás a gente de la mano, haciendo pícnic, haciéndose fotos de compromiso, besándose y lanzando a niños por los aires. En verano, los parques son los lugares en los que tienen lugar las más animadas muestras de la vida. Me pregunto si alguna vez observar a la gente viviendo volverá a pasar a segundo plano.

Busco en la cara de Jesmyn alguna pista de lo que está pensando. Aún no soy capaz de descubrirlo.

Me interrumpe.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Tengo algo en la cara?

—No.

—Muy bien —dice en voz baja señalando a una ardilla que mueve la cola a un lado del camino—. Empieza a contar.

Se mueve con cuidado y dirige a la ardilla hacia el camino. El animal salta unos metros y se para. Jesmyn la persigue con pasitos rápidos, sus botas camperas resuenan en el asfalto como cascos de un caballo. La ardilla brinca por el camino unos metros más y empieza a desviarse hacia la derecha. Ella le corta el paso, y la ardilla sigue avanzando por el camino.

Miro a Jesmyn en la luz amarillenta del anochecer. Se mueve con cierto ritmo natural, quizá porque se dedica a la música. Es un alivio encontrar belleza en algo.

Se vuelve hacia mí sonriendo.

—¿Cuántos segundos?

—¿Qué?

—Tío, se supone que ibas a cronometrarme.

—Me ha dado un ataque de pánico —le suelto sin tener claro por qué he elegido este momento para confesárselo.

Su sonrisa se desdibuja, como cuando una nube tapa el sol.

—¿Qué? ¿Cuando estabas cronometrándome?

—No, no. La noche del funeral de Blake. Tuve un ataque de pánico muy fuerte. Mi hermana me llevó al hospital.

—Mierda, Carver.

Se dirige a un banco cercano y nos sentamos.

—Ahora estoy bien. La doctora ni siquiera me recetó nada.

—¿Cómo fue?

Empiezo a contestarle, pero me detengo hasta que pasa una pareja con un cochecito de bebé.

—Como si me enterraran vivo. Como si atravesara una capa de hielo.

—¿Qué vas a hacer para tratar los ataques?

Me inclino hacia delante y me paso las manos por el pelo.

—Quizá... La verdad es que no lo sé. Creo que esperaré a ver si vuelve a pasarme, y en ese caso hablaré con alguien, supongo.

—¿Un psiquiatra o algo así?

—No quisiera.

—Es lo que haría yo en tu lugar.

—¿Tú hablas con alguien? ¿Profesional?

—No, solo con mis padres. Pero lo haría si tuviera ataques de pánico.

Nos quedamos un rato sentados sin decir nada.

—Siento que la noche se haya ido a la mierda —le digo—. Se suponía que iba a ser divertida. Volver un poco a la normalidad, a nuestra tradición.

—Conocías a Eli. ¿Creías que todas nuestras citas eran arcoíris, ponis y helados?

—No.

—No digo que esto sea una cita.

Me ruborizo.

—Ya lo sé.

Por suerte, Jesmyn no se da cuenta de mi vergüenza.

—Hablábamos de cosas que de verdad son importantes. No me asustan las conversaciones serias.

—A mí tampoco.

—Entonces llegaremos a ser buenos amigos, supongo.

—Eso espero.

Nos quedamos en un cómodo silencio y contemplamos el cielo oscurecerse a medida que se pone el sol. La brisa es suave, como si el día respirara más despacio antes de quedarse dormido.

Cuando por fin vuelvo a hablar no es para cubrir el impás, sino porque quiero.

—La abuela de Blake me ha invitado a pasar un día con ella. Supongo que quiere que hagamos las cosas que le gustaría haber hecho con Blake en su último día en la Tierra. Intentar recrear su personalidad, su historia o lo que sea.

—¿Cómo?

—Nunca lo he hecho.

—Me parece duro. Emocionalmente.

—Sí, ya lo he pensado.

—¿Vas a hacerlo?

—No estoy seguro.

Quiero decirle lo mucho que necesito cierta absolución. Pero eso supondría admitir mi culpa, y ahora mismo es mi secreto, una caja de serpientes debajo de la almohada. También quiero decirle que me da mucho miedo no ser capaz de hacer justicia a la historia de Blake, y que eso es lo que me hace dudar.

Me quedo un momento callado.

—¿Has ido alguna vez a la playa en noviembre? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Yo sí. Una vez. Mi tía iba a casarse en los Outer Banks de Carolina del Norte. En noviembre. Georgia y yo nos entusiasamos ante la perspectiva de ir a la playa. Metimos en la maleta los bañadores y todo lo demás.

—¿No hace un poco de frío?

—Nuestros padres intentaron decírnoslo, pero no les hicimos caso. En fin, llegamos allí y todo está cerrado. No hay nadie. En la playa te congelas. Pero no podías saber el frío que hacía en la playa solo con verla. No hay árboles sin hojas ni nada parecido. El mar está como siempre, todo está como siempre. Así que podría ser verano, salvo porque la playa está desierta y todo

está cerrado. Es una sensación de soledad muy triste.

Jesmyn se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Seguro que sí.

—Eso soy ahora por dentro. Una playa en noviembre.

Jesmyn se levanta.

—Ven conmigo.

—¿Quieres volver a casa?

—No, quiero ver el skyline. Aún no me he acostumbrado a ver rascacielos cada día.

Vamos al otro extremo del parque, desde donde se ve el skyline de Nashville brillando en la húmeda distancia. Jesmyn se sienta en el césped.

—¿No te preocupa que te piquen los ácaros rojos? —le pregunto.

—La verdad es que no.

Me siento a su lado.

—No me gustaría dejarte sola ante la adversidad.

—Ahora entiendo por qué le caías tan bien a Eli.

—¿Lo entiendes?

—Sí. Utilizas las palabras como los músicos los acordes sorpresa en las canciones.

—¿Eso es bueno?

—No voy a insultarte después de haber enriquecido mi vida mostrándome el rodeo de ardillas —me contesta Jesmyn con una media sonrisa.

—¿Hablabas mucho de música con Eli?

—¿El noventa por ciento del tiempo es mucho?

—Hablar conmigo debe de ser como una playa en noviembre.

Mueve la cabeza y mira fijamente los edificios, el blanco hueso elevándose al cielo. Parece lejana. Hechizada.

Observo su cara.

—Perdona si he dicho una tontería.

—No has dicho ninguna tontería.

—¿Entonces?

Mantiene los ojos clavados en el skyline. Respira hondo.

—Estoy asustada. Las clases empiezan dentro de dos días y ya no estoy segura de que esté preparada.

—Yo tampoco.

—Aunque Eli ya no esté, tengo un amigo más en la escuela de lo que esperaba. Pero aun así estoy aterrorizada.

—Yo tengo muchos menos amigos de los que esperaba. Así que te entiendo.

Jesmyn cambia de postura y cruza las piernas. Arranca briznas de hierba.

—Y ahora me da miedo morir antes de haber hecho todo lo que quiero hacer en la vida. Diecisiete años no bastan. Hay muchas obras que quiero aprender. Quiero grabar discos y tocar. La muerte nunca me había obsesionado.

—A mí tampoco. Ahora miro de vez en cuando mi estantería y pienso que algún día me moriré sin haber leído siquiera muchos de los libros que tengo. Y uno de ellos podría ser tan bueno como para cambiarte la vida, pero nunca lo sabré.

Jesmyn extiende el brazo y me retira con cuidado una mariquita de la manga.

—¿Vendrás conmigo el primer día de clase? Quiero decir si entrarás conmigo en la escuela.

—Iba a pedirte lo mismo.

Jesmyn se tumba en el césped con las manos detrás de la cabeza. Yo sigo sentado.

—Tengo una idea —murmura.

—¿Sí?

—Deberíamos ponernos la norma de que solo dedicaremos cierto tiempo a hablar del pasado.

—Seguramente es buena idea.

Me alegro de que lo haya propuesto ella, porque me da la sensación de que yo no tengo derecho a hacerlo.

—Eso no quiere decir que nos importen menos. Solo quiere decir que tenemos que seguir viviendo.

Por la carretera que está junto al parque pasa un coche con las ventanas abiertas y la música a todo volumen. Un grupo de siete u ocho chicos algo mayores que nosotros pasan riéndose y charlando. Un padre y una madre pasean por el camino, el padre lleva a hombros a un niño agotado.

La noche cae como una cortina. La ciudad es una constelación de luces, y cada una de ellas representa a una mano que giró la bombilla. Una mano unida a una cabeza que contiene un universo de recuerdos y de mitos, una historia natural de amores y de heridas.

Vida por todas partes. Latiendo y zumbando. Una enorme rueda que gira. Aquí se apaga una luz, allí otra la sustituye. Siempre muriendo. Siempre viviendo. Sobrevivimos hasta que dejamos de hacerlo.

Lo único infinito es todo este acabar y empezar.

Mando un mensaje a Jesmyn nada más llegar a casa, tras haberla dejado en la suya. Me lo he pasado muy bien esta noche. Debería esperar. No quiero parecer un bicho raro. Pero también ahora soy profundamente consciente de lo importante que es decir a la gente lo que quieres que sepan mientras puedas.

Unos segundos después: Yo también.

Tenemos que volver a quedar pronto. Me ha sentado bien hablar, le escribo.

Totalmente de acuerdo, me contesta.

Por un momento me invade una calidez dorada y rosada —de cualquier color que esté al otro extremo del color de la soledad en el espectro.

Y entonces me pregunto si Eli, esté donde esté, puede verme mandando mensajes a su novia, hablando de lo bien que lo hemos pasado sin él. Espero que no. No me gustaría que pensara mal.

Estoy sentado en casa. Es la mañana del día antes de que empiecen las clases. Estoy preparándome mentalmente para nuestro encuentro con mi abogado dentro de unas horas, y me da un extraño ataque de valentía. Me siento preparado para decirle a la abuela Betsy: «Sí, lo haré. Me despediré de Blake. Me siento lo bastante fuerte para sobrellevarlo».

Voy a su casa, aparco y recorro el camino hasta la puerta. Y entonces me acojono. Como si mi valentía estuviera gastándose una broma.

Me planteo llamar igualmente a la puerta y ver si necesita que la ayude a algo sin mencionarle el tema. Pero me asusta que lo saque ella. Verá la cobardía en mi cara y le llegará mi peste a culpabilidad. Así que me escabullo con la esperanza de que olvide volver a proponérmelo.

La sala de espera forrada de madera de roble del abogado huele a sillas de cuero, papel enmohecido y humo de tabaco de la ropa de quien haya estado antes aquí. En las paredes hay cuadros de jugadores de golf y de perros de caza con aves diversas en la boca. En una mesita rinconera hay revistas típicas de las salas de espera, pero ninguno de nosotros lee.

En general, es una manera bastante asquerosa de pasar la última tarde antes de que empiecen las clases, pero últimamente parece que todo lo que hago es bastante asqueroso.

Estoy sentado entre mi madre y mi padre. Mi padre se mueve en la silla y no deja de cruzar y descruzar las piernas. Apoyo los codos en las rodillas y observo el suelo de madera gastado. Me tiemblan las piernas. Mi madre me pasa suavemente la mano por la espalda. Su contacto me calma un poco. Gracias a Dios, Georgia está trabajando. Ahora mismo estaría cabreadísima y me cabrearía a mí. Lo único que se oye en la sala es el sonido de las uñas de la recepcionista, perfectamente cuidadas, tecleando en el móvil.

—Abogados, uf —dice Mars sentándose frente a mí.

—Sí —le contesto.

—No, en serio, tío. Te lo digo yo.

—Tu padre.

—Y mi hermano. No olvides a mi hermano. Es igual que mi padre. Tío, se aliaban contra mí, me sometían a juicio en las circunstancias más cotidianas que puedas imaginar.

—¿Por ejemplo?

—Pues estamos jugando a un juego de mesa y mi padre dice a mi hermano: «Marcus, no puedes hacer ese movimiento», y mi hermano dice: «Sí que puedo, porque si analizas la estructura de las reglas en general, expresan el postulado implícito de que debería poder hacer este movimiento», y mi padre dice: «Blabláblá, pero si vas más allá del enunciado de las normas escritas, blablá, qué sé yo».

—Deja que lo adivine: ganara quien ganase la discusión, tú perdías.

—Bingo.

—Pues aquí estoy, sentado en el despacho de un abogado, esperando a que me diga cómo va a discutir con otro abogado para intentar salvarme el culo. Y gane el abogado que gane, yo perderé. Hasta cierto punto.

—Exacto.

—Uno de los dos ganará, pero yo perderé.

—Es lo que estoy diciéndote.

—Pues eres de gran ayuda, tío.

—Lo intento.

—Menuda mierda.

—Lo sé.

Mars me lanza una de sus sonrisas torcidas y se ajusta las gafas.

—Quizá deberíamos haber estado juntos y nos habríamos evitado este desastre.

—Yo me lo he evitado.

—Bien visto. En fin, ¿cómo estás, tío? ¿Todo bien donde estás ahora?

Pero ya se ha ido.

Se abre una puerta al final de un pequeño pasillo, y un tío que parece un coyote antropomorfo, con ojos azules muy claros y tatuajes en la cara, sale con andares chulescos. Parece un forajido. Detrás de él sale un hombre alto y corpulento, con el pelo largo y blanco, vestido con un traje de tres piezas gris a rayas finas.

—¿Señor Krantz? Está aquí Carver Briggs —dice la recepcionista al hombre de pelo blanco.

El señor Krantz rodea el mostrador de la recepcionista con la mano extendida. Nos levantamos y se la estrechamos.

—Amigos, soy Jim Krantz. Llamadme Jimmy. Encantado. Por aquí.

Habla arrastrando las palabras empalagosamente.

Entramos en una pequeña sala de reuniones con una mesa redonda de caoba, estanterías llenas de libros de leyes verdes y marrones con letras doradas, más sillas de piel, lámparas con pantalla verde y más cuadros de caza y de golf.

—Sentaos, sentaos —nos dice el señor Krantz. Retira una silla, se sienta resoplando, se coloca unas gafas sobre la nariz y saca un bloc de notas y un bolígrafo dorado que parece caro—. Muy bien, amigos. Contadme de qué se trata.

Me siento y me quedo en silencio. Mi padre carraspea y le cuenta al señor Krantz lo del Accidente y lo de la petición del juez Edwards de que la fiscal del distrito abriera una investigación. El señor Krantz masculla y toma notas. Luego se inclina hacia atrás, me mira y asiente.

—Muy bien, hijo. Cuéntame cómo fue el accidente. Cuál fue tu papel, si lo tuviste. Recuerdo que leí algo en el periódico justo después, pero no recuerdo que dijeran a qué se debió exactamente. ¿Algo sobre mensajes de móvil?

Vuelven a temblarme las piernas. Me sube un ardor por la garganta, carraspeo y respiro hondo.

—Yo estaba en el trabajo... Se suponía que iba a salir con mis amigos, Blake, Mars y Eli. Ellos volvían del Opry Mills Mall, habían ido a ver una película en 3D. Iban a pasarse por mi trabajo, y luego íbamos a ir al parque. Así que mandé un mensaje a Mars: «Tíos, ¿dónde estáis? Contestadme». Solo eso.

El señor Krantz no levanta la mirada del bloc.

—¿Quién conducía?

—Mars. Edwards.

—¿El hijo de Fred Edwards?

—Exacto.

—¿Mars te contestó?

—No, pero en su teléfono había un mensaje a medio escribir para mí cuando... Bueno, cuando...

—Ya entiendo —me dice en voz baja el señor Krantz levantando la mirada—. Mira, Carver, todo lo que hablemos aquí está rigurosamente protegido por el secreto profesional entre abogado y cliente, lo que significa que nadie puede obligarte a contarle lo que hablamos. Y lo mismo en el caso de tus padres, porque necesariamente forman parte de tu defensa. Y el secreto profesional existe para que podamos hablar abiertamente y con total sinceridad, y así podré defenderte mejor si llega el caso, ¿de acuerdo?

Asiento.

—Entonces tengo que preguntarte si cuando mandaste el mensaje a Mars eras consciente de que seguramente te contestaría.

Siento que estoy a punto de resbalar en el hielo. Parpadeo para intentar evitar que se me salten las lágrimas, pero algunas resbalan por mis mejillas.

—Sí.

—¿Eras consciente de que Mars estaba conduciendo en ese momento?

—Estaba casi seguro —susurro.

Me duele decirlo delante de mis padres: los estoy hundiendo.

—¿Por qué mandaste el mensaje a Mars, y no a otro de los amigos que iban en el coche?

—Pues...

Me desmorono.

—Si necesitas un minuto.

—Pues porque Mars siempre contestaba enseguida. Aunque estuviera conduciendo. Yo estaba impaciente. No lo pensé.

Una lágrima cae en la moqueta verde de la sala de reuniones y se expande despacio. Mi madre me acaricia la nuca.

—Bien —me dice el señor Krantz en voz baja inclinándose hacia atrás.

Deja el bolígrafo, se quita las gafas y por un momento mordisquea una patilla, muy pensativo, lo que me permite recomponerme un poco. O al menos intentarlo.

—Es evidente que no pretendía hacer daño a nadie —dice mi madre—. Esto es ridículo.

—Bueno —dice el señor Krantz sin dejar de mordisquear la patilla de las gafas—. Sí y no.

Se levanta, se dirige a una estantería y coge un libro verde. Se pone las gafas y lo hojea rápidamente. Se sienta.

—Amigos, no voy a suavizarlo. Según la ley de Tennessee, hay un delito llamado homicidio imprudente por negligencia. Se le suele llamar homicidio involuntario. El homicidio imprudente por negligencia se produce cuando alguien corre «un riesgo importante e injustificable» y «no percibirlo supone alejarse seriamente del nivel de atención que una persona corriente ejercería en toda circunstancia desde el punto de vista de esa misma persona».

No termino de entender lo que dice, aunque entiendo lo que significan «riesgo injustificable» y «alejarse seriamente». Se me revuelve el estómago.

—¿Puede traducirlo? —le pregunta mi padre frotándose la frente—. Soy un puto profesor de lengua y me he perdido.

El señor Krantz vuelve a quitarse las gafas.

—Quiere decir que si eres consciente de estar haciendo algo que podría matar a una persona, y sigues adelante y lo haces, eres culpable aunque tu intención no fuera matar a alguien. Es en cierta medida nuevo para la fiscalía. En Massachusetts, intentaron acusar de homicidio involuntario a una chica que animó a su novio a suicidarse por mensajes de móvil. Es la misma idea.

Se me cae el estómago a los pies. Un silencio casi agresivo flota en la sala como una nube de gas nervioso.

—Así que no es ridículo. Y la mejor jugada para demostrarlo será intentar que Carver diga exactamente lo que me ha dicho a mí. Pero no tendrá que hacerlo, porque la quinta enmienda defiende el derecho a no autoincriminarse. —El señor Krantz me lanza una mirada esperanzada—. No has contado a nadie lo que acabas de contarme a mí, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—No exactamente.

El señor Krantz alza una ceja.

—Después del funeral de Blake, un periodista intentó hablar conmigo. Me dijo que el juez Edwards le había dado mi nombre.

—Y le dijiste...

—Que no sabía lo que había pasado. Que estaba mandándome mensajes con Mars la tarde del accidente.

El señor Krantz muerde la patilla de las gafas y se ríe de mala gana.

—Edwards. Qué hábil, el muy hijo de puta. Sabía que podía conseguir que te incriminaras voluntariamente, y como los periodistas no forman parte del poder judicial, podrían ser testigos en un juicio. ¿A alguien más?

—No.

—¿Tienes novia?

—Pues... no. Bueno. No. Tengo una amiga, pero es solo amiga.

—No le cuentes nada.

—Vale.

—¿Qué posibilidades hay de que la fiscal del distrito no presente cargos?

—le pregunta mi padre.

El señor Krantz infla las mejillas y resopla.

—El juez Edwards puede ser un personaje temible.

—Ya nos hemos dado cuenta —dice mi madre.

—Aquí se mezclan cuestiones delicadas a nivel político. La fiscal del distrito, Karen Walker, se presenta a reelección el año que viene. Para ganar necesita el voto negro del condado de Davidson. Edwards tiene una enorme influencia en este grupo de electores. Además, la gente de Walker está delante de Edwards cada dos por tres. Así que, desde el punto de vista político, este asunto es dos por el precio de uno. Se congracia con Edwards, y con ello se gana además el voto de los negros y puede perorar sobre los peligros de los mensajes de móvil entre adolescentes. Quizá incluso llamar la atención a nivel nacional. Presentarse algún día a senadora o gobernadora. Sale ganando solo con acusar, aunque lleve a juicio a Carver y pierda. Según un viejo dicho, un buen fiscal del distrito puede acusar hasta a un sándwich mixto.

—Qué tontería —dice mi padre en voz baja y temblorosa.

Nunca le había oído ese tono. Me asusta escucharlo asustado.

—Sí —dice el señor Krantz.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunta mi madre.

El señor Krantz se inclina hacia delante, apoya los codos en la mesa y junta las manos.

—Esperar. A ver qué hace la fiscal del distrito. Entretanto, Carver, no

hables con nadie de este tema sin estar yo presente, ¿entendido? ¿Que la policía te pregunta por tu color preferido? No quiero que contestes si no estoy sentado a tu lado.

—De acuerdo.

—Y entretanto Carver vive con esta incertidumbre —le dice mi padre.

—Pues sí —le contesta el señor Krantz—. Es una mierda, desde luego.

—¿Alguna buena noticia? —le pregunta mi madre.

El señor Krantz se inclina hacia atrás, junta las manos por detrás de la cabeza y se pasa la lengua por los dientes.

—Carver no iba en ese coche.

Damos por concluida la reunión y nos marchamos. Mi padre camina a mi derecha, y mi madre a mi izquierda. Yo avanzo cabizbajo.

—Papá, mamá, lo siento.

Mi padre me pasa un brazo por los hombros.

—No tienes por qué disculparte. No hiciste daño a nadie intencionadamente.

—Los accidentes son accidentes —dice mi madre—. Por terribles que sean.

—Todo esto debe de costar un riñón —digo.

—No te preocupes por eso —me contesta mi padre.

—¿Cuánto va a costar?

—No importa —me dice mi madre.

—A mí me importa.

—Bastantes preocupaciones tienes ya —me dice mi padre quitándome el brazo de los hombros y acariciándome la cabeza.

Lo he preguntado por curiosidad, pero ahora necesito saberlo.

—Yo os he metido en este follón. Creo que tengo derecho a saberlo.

Mi padre evita mis ojos.

—Mira, céntrate en la escuela, saca buenas notas y consigue estar en los primeros puestos para que te den una beca en la universidad. Así es como puedes ayudar.

Me detengo. Mis padres siguen andando hasta que se dan cuenta y se vuelven.

—¿Cuánto? —les pregunto en voz baja.

Intento que por mi cara entiendan que no voy a dar un paso más hasta que me contesten.

Mi padre mira a mi madre, que le hace un gesto ambivalente que viene a decir: «Si no queda más remedio...». Mi padre se pasa una mano por la cara.

—Me han dicho que, en total, entre cien y ciento cincuenta.

Algo brillante y caliente me explota en la cabeza.

—¡¿Ciento cincuenta mil?!

—Eso si vas a juicio, perdemos y tenemos que apelar —dice mi madre.

Cierro los ojos, mareado.

—Aun así.

—Hipotecaremos la casa si es necesario —dice mi padre.

—¿Podríamos perder la casa?

—Vamos paso a paso —me contesta mi padre.

—No lo veas así —dice mi madre—. Tenemos que ser positivos.

«A ver así: estoy positivamente jodido.»

Me desplomo en la cama y le mando un mensaje a Jesmyn. Bueno, ha ido como la mierda.

A los pocos minutos me manda una cara frunciendo el ceño seguida de Un

abrazo. ¿Quieres que hablemos?

Básicamente, pueden acusarme de homicidio involuntario.

En serio??? Mierda.

Sí. Ah, y va a costar un pastizal, así que mi familia acabará perdiendo la casa.

Si estuviera contigo, te daría un enorme abrazo.

Lo aceptaría encantado.

Mañana por la mañana. Cuando pase a buscarte.

Trato hecho.

Son las 7.17 de la mañana del primer día de clase en la Nashville Arts. Se supone que Jesmyn llegará dentro de tres minutos. Llevo despierto desde las 3.57. Si existe el infierno, lo imagino como un lugar en el que eternamente te despiertas dos horas y media antes de la hora a la que tienes que levantarte. Y eso sin contar la angustia por la posibilidad de acabar en la cárcel y la convicción de que hoy será como dejar al aire las terminaciones nerviosas de mi pérdida. Hoy van a recordarme al Equipo Salsa mucho más que durante los funerales. Y no sé cómo voy a reaccionar.

Estos son los contras. En cuanto a los pros, Jesmyn llegará en tres —no, en dos— minutos. Y estoy impaciente por verla aunque (¿porque?) es una de las razones por las que no podía dormir.

Estoy en mi habitación, terminándome la última galleta rellena. Expulso las migas de la cama. Georgia asoma la cabeza.

—Primer día de claseeeeeee —me dice—. Estás muy elegante.

Llevo una camisa por fuera de los pantalones, como siempre, y una chaqueta. Me he peinado cuidadosamente. Todo lo cuidadosamente posible, al menos.

—Tengo que dar buena imagen el primer día —le digo con una sonrisa forzada.

—Pues das una imagen increíble. ¿Las clases no empiezan a las ocho?

Mejor que vayas saliendo.

—Jesmyn va a pasar a buscarme.

—Me alegro de que quedes con ella, aunque no la conozca.

—Yo también. Te caería muy bien.

—La pena son las circunstancias, pero...

—Sí.

—¿Cómo estás esta mañana?

—Me he despertado a las cuatro.

Georgia se apoya en el marco de la puerta.

—Joder, Carver.

—No podía dejar de darle vueltas.

—Eres el único chico de diecisiete años en el mundo con ese problema.

Me encojo de hombros.

—Bueno.

—¿Por qué no te la has cascado y has seguido durmiendo? Es lo que hacéis los tíos, ¿no?

—¿Y si te digo que lo he intentado dos veces y no ha funcionado?

—¡Buaaaaah! Eres un cerdo.

—Tú has sacado el tema. Tú te lo has buscado.

Fuera, la vieja camioneta blanca de Jesmyn se detiene en el bordillo. La veo agacharse como si estuviera recolocando algunas cosas.

Salto de la cama y cojo la mochila. Georgia se aparta del marco de la puerta para dejarme pasar.

—Ven aquí —le digo—. Ven a darle un abrazo a tu hermanito.

Retrocede y levanta la pierna como si quisiera darme una patada.

—Qué asco, no. Aparta tus manos pajilleras.

Me llevo un dedo a la boca para indicarle que se calle, aunque mi madre está en su habitación.

—Era broma.

Georgia me abraza con cautela y haciendo muecas.

—No era broma —murmuro mientras me abraza.

Me aparta de un empujón.

—No seas tan cerdo con Jesmyn.

Hago una mueca alegre y le digo con voz de robot:

—Industrias Carver le agradecen su opinión. Sus comentarios son importantes para nosotros. Desgraciadamente, en este momento no aceptamos críticas personales.

—Lo bueno de esta broma es que nunca pasa de moda.

—Lo bueno de tu cara es que nunca pasa de moda.

—Muy bien, ha sido divertido. Que tengas un buen primer día de clase, idiota.

—Lo intentaré. ¡Adiós, mamá! —grito en dirección al dormitorio de mis padres.

Mi padre ya se ha marchado a la Universidad Belmont. También para él es su primer día de trabajo. Mi madre sale de su habitación, donde estaba preparándose para el trabajo, y me alcanza en la entrada cuando estoy saliendo. Me abraza y me da un beso en la mejilla. Desprende el aroma de una sencilla loción que huele a productos químicos pero que funciona muy bien.

—Que te vaya bien el día, cariño.

Su voz tiene un matiz melancólico. No me extrañaría que estuviera pensando en las dos madres y la abuela que no están despidiéndose de sus chicos antes de marcharse a la escuela.

Al salir de casa me quito la chaqueta porque recuerdo que el aire acondicionado del coche de Jesmyn no funciona. Abro la puerta y entro. Está mucho más limpio que la última vez. Parece que han pasado la aspiradora.

Huele a vainilla. Jesmyn lleva unos vaqueros negros ajustados, unos botines también negros y una camisa vaquera. Algo en su aspecto imaculado hace que el nerviosismo que bulle dentro de mí se agite. «Ah, bien. Hoy empiezan de verdad las clases.» No es que lo hubiera olvidado, pero...

—Doña Puntualidad —me dice—. Bien por mí. Y te debo un abrazo.

Se inclina hacia mí y nos abrazamos unos segundos. Mis nervios se relajan un poco y a la vez se ponen de punta.

—Tienes buen aspecto.

Me reclino hacia atrás y me abrocho el cinturón de seguridad. Jesmyn arranca.

—Gracias. Me sorprende que estos vaqueros me quepan ahora mismo. Mi madre me ha preparado mi desayuno favorito y me he puesto como una cerda.

—¿Qué era?

—Panecillos con salsa de carne, sémola de maíz y jamón ahumado. Y zumo de naranja natural.

—Es gracioso que ese sea tu desayuno favorito.

—¿Por qué?

«Oh, mierda. Debería pensar antes de hablar.»

—Porque...

—¿Porque soy de origen asiático y por lo tanto es gracioso que me guste la comida sureña? Soy de Jackson, Tennessee, tío. Racista.

Qué tonterías digo.

—No, perdona, no lo decía por eso, para nada. Bueno, quizá un poco sí, pero te juro que no pretendía ser gilipollas.

Se ríe.

—Solo estoy dándote el coñazo. Pero es racista.

—De verdad que no quería ofenderte.

—No te preocupes.

—Cuando estoy nervioso digo chorradas.

—Al menos no es tu primer día en una escuela nueva y en una ciudad nueva. —Se detiene y sonrío con suficiencia—. Llena de racistas.

—Me lo merezco. —Bajo del todo la ventanilla y apoyo el codo—. Precisamente estoy nervioso porque la escuela no es nueva. Todo el mundo sabe lo que ha pasado. Seguramente todo el mundo me mirará y murmurará.

Mientras lo digo, lo que bulle dentro de mí empieza a hervir con más fuerza.

—Eli me dijo que en general la gente es bastante maja.

—Sí. La mayoría.

«Sobre todo cuando Adair no les aprieta las tuercas.» Me muevo para que el aire tibio me dé en la cara.

—¿Te has dado cuenta de que cada vez que quedamos acabamos sudando como cerdos?

—Siempre hemos quedado en agosto.

—Bien visto.

—Tenías el Equipo Salsa. Ahora tienes el Equipo Sudor.

Dejo que las palabras se me fundan en la boca. Aunque Jesmyn está bromeando, disfruto de su sabor.

—Equipo Sudor. Sí.

—¿Tenemos alguna clase común? —me pregunta—. A ver.

Saco mi horario.

—Tengo literatura inglesa avanzada, escritura creativa, grupo de crítica de escritura, comida, historia avanzada, clase de refuerzo y biología avanzada. ¿Y tú?

Empieza a sacar el horario. La detengo con la mano instintivamente.

—Estás conduciendo.

—No te preocupes —me dice en tono tranquilo—. Iba a dártelo para que lo leyeras tú.

Me lo da y leo: teoría de la música, lectura de partituras, piano, comida, teatro musical, cálculo y yoga.

—No se parecen mucho.

No me sorprende. Casi nunca coincidía en clase con Eli, Blake o Mars. Casi todas las asignaturas de Eli eran de música y las de Mars, de dibujo y pintura. A veces Blake y yo íbamos juntos a clases de escritura, pero luego cursó asignaturas de audiovisuales, y yo no.

Le meto el horario en la mochila.

—¿Quieres que quedemos a la hora de comer?

—No, prefiero vivir ese momento en el que cruzo el comedor con mi bandeja y nadie me deja sentarme a su mesa.

«Empieza el espectáculo, amigos. No olvidéis dar propina al camarero.»

Sube el volumen de la radio.

—Esta canción es una de mis favoritas.

—¿Cuál es?

—«Avalanche», de Leonard Cohen.

—No sé quién es Leonard Cohen.

Pone cara de no creérselo.

—Buaaaah... Tío, tenemos que solucionarlo. Eres escritor. Leonard Cohen es el mejor escritor.

—No tengo ni idea de música. Escucho cualquier cosa que los demás —Eli, Georgia o quien sea— me pongan.

—Vale, pues empezarás a escuchar música que yo te ponga.

—Trato hecho. Lo gracioso es que mi padre escribía canciones. Por eso vino a Estados Unidos y se trasladó a Nashville. Incluso escribió una que tuvo bastante éxito en los noventa.

—¿En serio?

—Sí.

—Venga.

—Se titulaba «Cuando se me rompe el corazón». La escribió con Bowie Lee Daniels, que la cantó.

Golpea el volante con las dos manos. Observo que lleva las uñas pintadas con los colores de la NAA: azules, menos la del dedo corazón, que es amarilla.

—La he escuchado un millón de veces. De niña, en las clases de educación física, bailábamos country con esa canción.

—Lo siento.

—No, está muy bien. ¿Has dicho que escribía canciones?

—Ahora es profesor de lengua en la Belmont.

—Quiero conocerlo.

—Algún día.

Entramos en el aparcamiento de la NAA y se me dispara el corazón. Me he despistado con la conversación. Jesmyn se dirige a una plaza de aparcamiento, aparca y apaga la camioneta.

Se queda un segundo sentada.

—Oye, hablando de música, ¿conoces a Dearly? —me pregunta en tono vacilante.

—Sí. No lo he escuchado mucho. Georgia es muy fan suya.

—Tenemos mucho trabajo por delante —murmura moviendo la cabeza—. En fin. Tengo dos entradas para su concierto en el Ryman, en octubre. —Duda un momento—. Iba a ir con Eli. ¿Quieres venir?

Grito para mis adentros: «¡Sí, sí, claro!». Pero mi cabeza me dice: «Ejem. Ahora sí que vas a quedarte con algo que era de Eli. Es solo una entrada para un concierto, él ya no está aquí, no puede utilizarla y le gustaría que un amigo

lo hiciera, pero aun así vas a quedarte con algo que era de Eli y a utilizarlo para pasártelo bien con su novia mientras sus cenizas reposan en una urna».

—Sí —le contesto sintiendo una fulminante punzada de remordimiento en el estómago. Trago saliva—. Me encantaría.

Estamos en el aparcamiento, ante las puertas de entrada de la NAA, reuniendo la determinación de entrar en el moderno edificio de cristal y acero decorado con madera reciclada. Deben de faltar unos diez minutos para que empiecen las primeras clases.

—Vamos —dice Blake—. Tenemos que hacer una entrada triunfal. La gente la espera.

—De ti —le digo.

—No voy a entrar el primer día de clase tirándome pedos —dice Mars.

—Sí, no voy a quedar como un gilipollas en potencia delante de Olivia —dice Eli.

—Demasiado tarde... —le digo.

Eli me pasa el brazo alrededor del cuello y empieza a frotarme la cabeza con los nudillos.

—Para, tío, estás despeinándome. Imbécil.

Me suelto y lo empujo.

Blake se coloca entre nosotros con los brazos extendidos.

—Vale, tíos, cuando dejéis de hacer el gilipollas, quiero que revisemos el plan.

Me aliso el pelo con las manos.

—Te escuchamos.

—Entramos... Entramos todos muy despacio...

—Tío, eso es muy soso —dice Mars.

Blake levanta la mano para pedirle que espere.

—No, escucha. Entonces yo haré lo que tenía planeado. Pero vosotros no podéis reiros ni hacer nada. Tenéis que seguir andando. ¿Vale?

Rugimos y ponemos los ojos en blanco.

—Vale, de acuerdo —decimos todos, como si fuera una gran imposición, cuando nos morimos de ganas de ver qué ha maquinado Blake. Sé que yo me muero de ganas.

Esperamos a que haya hueco entre la gente que entra y nos ponemos en marcha. Blake delante, y nosotros dispersos detrás de él. Nos cuesta andar tan despacio, pero lo hacemos. Cruzamos las puertas de cristal. La gente que deambula por el vestíbulo charlando se para a mirar. En la NAA, cuando ves que Blake Lloyd se trae algo entre manos, te paras a mirarlo.

Veo que, un poco por delante de mí, los pantalones de Blake empiezan a descender. Caen por debajo del culo. Caen hasta las rodillas. Le cuesta andar. Intentamos hacer las cosas bien y seguimos avanzando muy despacio. Mars se tapa la cara con las manos a ritmo muy lento. Los pantalones de Blake llegan a los tobillos. Lleva slips blancos.

Interrumpe el movimiento ralentizado y salta hacia delante un par de pasos, tropieza, sacude los brazos y resbala hacia delante. Mientras cae, lanza la mochila por el suelo. Está abierta. Unos veinte ejemplares de la revista *Cat Fancy* se esparcen por el suelo.

Hemos dejado de hacer nuestro papel y observamos con todos los demás a Blake resbalando por el suelo como un cangrejo por el hielo, gruñendo, jadeando e intentando levantarse. Nos reímos a carcajadas. Blake casi se incorpora, pero apoya una mano en una revista, resbala y vuelve a desplomarse. Avanza a cuatro patas, con la cara roja, y recoge las revistas. Sus slips blancos relucen.

Al final se pone en pie, con los pantalones aún en los tobillos. Se dirige a



—Mentiroso.

Respiro hondo. El miedo ha empezado a filtrarse por mi cuerpo, como si me hubieran inyectado en el cerebro tinte índigo y púrpura y se extendiera por mi flujo sanguíneo.

—Estaba pensando en otra cosa.

—¿En ellos?

Asiento.

Su mano aporta luz y calidez a mi hombro, por encima de la tira de la mochila. Soy vagamente consciente de que a nuestro alrededor la gente entra al edificio mientras nosotros nos hemos quedado parados como palos atascados en el lecho de un riachuelo. Llevo la chaqueta enrollada en una mano. Ahora me doy cuenta de que lo que pensaba que me daba un aspecto guay, de escritor, me hace parecer fúnebre.

—Al menos no estás solo —me dice—. Y yo tampoco. Algo es algo.

—Quizá deberíamos entrar. Las clases están a punto de empezar.

—Bien. ¿Entramos? —me pregunta Jesmyn.

—Sí, supongo —le contesto como si me hubiera propuesto caminar por la fina capa de hielo de un lago helado.

Un ligero olor a productos químicos de limpieza (los padres de las escuelas de arte pueden ser como un grano en el culo) me golpea en la nariz. Salvia y cedro de color verde claro en lugar de jarabe para la tos cereza eléctrico y pino fluorescente de laboratorio. Un olor que me encantaba porque suponía la posibilidad y la promesa de un nuevo curso. Me lo pasaba muy bien los primeros días de clase. Cuando tenía al Equipo Salsa. El olor hace más nítidos mis recuerdos del primer día de clase del año pasado. Y eso intensifica mi sensación de miedo purulento.

El patio interior de la entrada es un hervidero. Mientras Jesmyn y yo avanzamos se produce un evidente silencio. Como si alguien hubiera girado

un octavo de vuelta la rueda del volumen. Intentan seguir con sus conversaciones, pero veo que me miran de reojo y cambian rápidamente de tema. Veo en sus caras: «Ahí está Carver. ¿Qué hacemos? ¿Hablamos con él? ¿Nos salpicará relacionarnos con él?».

Entonces veo a Adair, rodeada por tres amigos suyos. Me mira fijamente, lanzándome témpanos dentados. Murmura algo a uno de sus amigos. Imagino: «Mira, a Carver se le ocurre aparecer el primer día de clase con la novia de su mejor amigo muerto, mi hermano. Me pregunto si esperó a que mi hermano fuera incinerado para tirarle los tejos».

Vuelvo a sentir que avanzo muy despacio, pero esta vez no es intencionado. No es divertido. Blake no está delante de mí, bajándose los pantalones.

Noto que Jesmyn está a mi lado. Soy vagamente consciente de que ha dicho algo, pero mis oídos solo captan fragmentos de lo que susurra la multitud. «Aquí está... Parece que está bien... No me he enterado... La novia de Eli... No sé cómo se llama.» Oigo claramente a Adair entre los murmullos. «Bonito día para estar vivo, ¿verdad?», dice a un amigo.

De repente no puedo imaginar un solo momento de felicidad aquí en todo el año. Una anaconda invisible se me enrosca alrededor del cuello y me aprieta con fuerza. Mi corazón lucha contra la presión. Se me tensa la garganta. En la frente se me forma una pátina de sudor, como una capa de hielo en un puente. Tengo la boca seca.

Y entonces, como si la empujara una mano invisible, mi cabeza se vuelve involuntariamente hacia la derecha. Ahí, en una vitrina en la que solían poner premios, dibujos, fotos y obras de los alumnos, hay fotografías de Blake, Eli y Mars sobre un fondo negro. Por encima de ellos flotan las palabras «*In Memoriam*», espectrales y plateadas. «Aquí veis la obra de Carver. Su obra magna. Tiene gracia que, de todos sus escritos, la pieza que más impacto ha

tenido haya sido un mensaje letal que decía: “Tíos, ¿dónde estáis? Contestadme”.»

—¿Carver? —me dice Jesmyn.

Su voz me parece distante, como resonando en un cavernoso pasillo de mármol. Me toca suavemente el brazo izquierdo. Pero no le contesto porque mis siguientes pensamientos exigen toda mi atención: «Necesito aire. Mi fotografía debería estar también ahí. Necesito aire. Nunca volveré a ser feliz. Necesito aire. Voy a ir a la cárcel. Necesito aire. Adair me odia. Necesito aire. Todo el mundo cree que estoy tirándole los tejos a la novia de Eli. Necesito aire. Todo el mundo me odia. Necesito aire».

Muevo la cabeza como si estuviera en la cubierta de un barco. Luego esa sensación de atravesar una capa de hielo. Esa sensación de ver algo pesado y frágil resbalando desde un estante. Mi campo de visión se llena de puntos negros. Necesito aire. Necesito aire. «Aquí no. Ahora no. Esto no. No delante de Jesmyn. No delante de todo el mundo.» Pero es demasiado tarde para interrumpirlo. Avanza como un terrible orgasmo. En cuanto empieza, no hay vuelta atrás.

Se me cae la chaqueta de la mano. Mi mochila resbala y golpea el suelo. Llevo dentro el ordenador, cosa que me preocuparía si no fuera por el pequeño detalle de que «No puedo respirar me están enterrando vivo necesito respirar me muero».

Jesmyn se coloca frente a mí y me agarra por los dos brazos. Impide que la gente me vea.

—Carver —me susurra—, Carver, ¿estás bien? ¿Está dándote un ataque de pánico?

Veo a una multitud concentrándose detrás de ella.

Asiento rápidamente, para evitar el vértigo. No siento las piernas. El corazón me retumba. Me suben arcadas por la garganta.

—Vamos fuera —jadeo.

—Vale.

Jesmyn me rodea con el brazo y me ayuda a girarme para marcharnos. En cuanto me doy media vuelta, me inclino hacia un lado, doy un par de pasos tambaleándome y tropiezo con mis propios pies. Me suelto de Jesmyn, que me sujetaba muy suavemente, y caigo contra la pared. Mi cabeza impacta con un sonido sordo directamente debajo de las fotos del Equipo Salsa. Un grito ahogado recorre la multitud. Supongo que me daría vergüenza si mi necesidad de oxígeno no fuera mucho más importante que mi necesidad de dignidad. «Blake me miraría desde arriba y estaría orgulloso de mí.» Varias personas se acercan a mí indecisas, con expresión preocupada. «Llamad a la enfermera Angie», dice alguien. «Qué gran regalo debe de ser todo esto para Adair.»

Jesmyn se arrodilla junto a mí.

—Estoy aquí. Estoy aquí contigo —me susurra al oído.

El perfume a flores y fruta de su pelo pasa rozándome la cara.

Me ayuda a ponerme en pie, coge mi mochila y mi chaqueta, y salimos tambaleándonos. Miro al suelo e intento pasar por alto el ligero murmullo de desaprobación por no haber esperado a la enfermera Angie. Jesmyn me coge del brazo. Tiene los dedos fuertes, sin duda porque los ejercita muchas horas al día.

Me dan arcadas y me detengo un segundo.

—¿Estás bien? —me pregunta Jesmyn.

Respiro hondo varias veces y asiento. Los rezagados pasan corriendo y me lanzan miradas de preocupación. Jesmyn los aparta con los ojos.

Estaba ya sudando dentro de la escuela, con el aire acondicionado puesto. Fuera es una sauna. Me caen gotas de la frente. La camisa se me pega a la espalda como una hoja a una ventana mojada por la lluvia. Llegamos a la

camioneta de Jesmyn tras haber caminado una distancia que me parece un kilómetro.

Baja la compuerta trasera, que emite un ruido oxidado.

—Siéntate aquí.

Asiento rápidamente y gotitas de sudor salpican el suelo. Me siento con la cabeza gacha, como si estuviera rezando. «Gracias, Señor, por este bien que he recibido: tener una mierda de ataque de pánico mi primer día de clase delante de todo el mundo, incluida la hermana gemela de mi mejor amigo, que —al que— he matado, hermana gemela que ahora nos odia a mí y a mi nueva (y única) amiga, Jesmyn, que resulta que era la novia de su hermano. Mi humillación de cada día dámela hoy. Amén.»

Jesmyn rebusca en la cabina. Se acerca con una manta gris rasposa que huele a heno. La dobla en la plataforma de la camioneta para hacer un catre improvisado. Enrolla mi chaqueta y la coloca como almohada.

—Tumbate —me dice dando un golpecito en la manta.

Al tumbarme, entorno los ojos para evitar la luz.

—Siento estar empapando de sudor la manta —gruño.

—Me caes bien, no me importa que dejes hecha un asco mi manta para mirar las estrellas —me contesta—. Dobla las piernas. Bien.

Cierra de golpe la compuerta. Ahora nadie me ve.

Su cabeza aparece en mi campo de visión, por un lado de la camioneta. Veo su cara oscura a contraluz, con el cielo brillante de fondo. Me toca la mejilla con su mano fría y suave.

—¿Qué quieres que...?

—Vete. No te preocupes. Llamaré a Georgia o ya encontraré una solución.

—El primer día y llego tarde.

—Qué bien.

—Tienes mi número. Mándame un mensaje si me necesitas. Estaré atenta

al teléfono.

—¿Podrías intentar que la enfermera Angie no viniera por aquí? Dile que me he ido a casa.

—Entendido.

—Gracias.

—No hay problema. Vale, tengo que irme.

—Debo de parecer totalmente chiflado.

—Para nada. Ya hablaremos.

Vuelve a tocarme la mejilla y se va. Oigo sus rápidos pasos corriendo hacia la escuela.

Cojo el teléfono para llamar a Georgia, pero decido quedarme unos minutos tumbado hasta recuperarme un poco. No pienso en quedarme aquí hasta que terminen las clases. Estoy agotado. Estoy... «Ay, qué vergüenza.» Se me empieza a pasar. Me arden las mejillas. Como cuando llevas raquetas de nieve para repartir el peso del cuerpo y evitar hundirte en la nieve, es mejor dispersar la pérdida de dignidad entre varias personas para evitar hundirte. Ahora estoy solo.

Me palpita la cabeza. Me froto el chichón que empieza a salirme. Se me llenan los ojos de lágrimas. Una me resbala por la mejilla y cae suavemente en la manta de mirar las estrellas de Jesmyn. O mejor, en la manta de mirar las estrellas (¿y de qué más?) de Jesmyn y Eli. «Me temo que hoy te he quitado dos cosas, Eli. Tu entrada para Dearly y tu sitio en la manta de mirar las estrellas. Pero si te sirve de consuelo, estés donde estés, he pagado por las dos cosas un alto precio en dignidad. Y estoy seguro de que Adair se encargará de que pague aún más, eso si antes el juez Edwards no me mete en la cárcel.»

Levanto la mirada hacia el cielo luminoso, enmarcado entre las paredes metálicas de la plataforma de la camioneta de Jesmyn. Ahora los cuatro

miembros del Equipo Salsa estamos en cajas. Yo soy el único que no está en total oscuridad. Incluyo a Eli, aunque a él lo incineraron. Está en una urna. Que es una especie de caja. En cualquier caso, dentro está oscuro.

Me pregunto si en algún momento, antes de morir, pudieron mirar al cielo, como estoy haciendo yo ahora, a través del techo arrancado del coche de Mars. Me «aseguraron» que murieron en el acto. Como si eso fuera a reconfortarme.

Ojalá lloviera. Torrentes. Ojalá lloviera tanto que me limpiara la preocupación y los problemas, tanto que me arrancara la mancha de muerte y la arrastrara hasta los ríos y hasta el mar.

*Blake echa un vistazo por encima de la plataforma de la camioneta.*

*—Hola, capullo —me dice en voz baja.*

*—Hola —le contesto.*

*A su lado aparecen las caras sonrientes de Eli y de Mars.*

*—No ha estado mal —dice Mars—. No al nivel de Blake. Pero no ha estado mal.*

*—Yo soy lo único que está al nivel de Blake —dice Blake—. Pero, vale, pasable.*

*—Gracias —digo—. Quizá si hubiera sido intencionado, habría sido aún más divertido.*

*—El golpe en la cabeza del final ha sido lo mejor. Ha pasado de divertido a comedia —me dice Blake—. Ese es el secreto de la comedia, siempre tienes que dar un paso más.*

*—Pero la próxima vez intenta no hacerte daño de verdad —me dice Eli—. Es más divertido cuando la gente no se preocupa por tu seguridad personal. Nadie quiere sentirse culpable.*

*—Gracias, tío. Buen consejo —le contesto—. Sentirse culpable es una mierda.*

*Sigo masajeándome el chichón, cada vez más grande, por encima del ojo derecho. El dolor se extiende y me provoca un incipiente dolor de cabeza.*

Seguro que se me hinchará tanto la ceja que podré verla por la parte superior de mi campo de visión, y me volveré loco. Resulta que desplomarte delante de todos tus compañeros a los dos minutos de haber empezado el primer día de clase y estamparte de cabeza contra la pared no tiene lado positivo. Y mi mente se queda en silencio contemplando una nube de marfil que cruza el cielo. Es un perro. Después es una rana. Se me empiezan a clavar las barras de la plataforma de la camioneta en la columna vertebral. Me coloco de lado, saco el móvil del bolsillo y lo sujeto en la mano un segundo. Oigo pasos en la distancia. Luego un portazo y pasos corriendo. Y luego solo se oye el rumor lejano de neumáticos de coche y el zumbido de insectos en los árboles, la vida invisible que me rodea.

Llamo a Georgia.

—¿Carver? ¿No deberías estar en clase?

—No te pongas histérica —le digo con voz temblorosa.

—No voy a ponerme histérica, pero dime qué pasa.

—Me ha dado otro ataque de pánico.

Me doy cuenta de que Georgia hace grandes esfuerzos por no decirme: «Te lo dije».

—Mierda. ¿Estás bien?

—Hum.

—Y, claro, me llamas a mí en lugar de a mamá.

—Sí.

—¿Dónde estás? ¿En la enfermería?

—En el aparcamiento.

—Vale.

—Busca una camioneta Nissan blanca. Estoy tumbado en la plataforma.

Se ríe, pero inmediatamente se reprime.

—Tío, estás...

—En el primer día de clase más asqueroso de mi vida.

—En unos minutos estoy ahí. Pero tendré que irme enseguida. Tengo trabajo.

—Muy bien.

Colgamos y me quedo tumbado, con los ojos cerrados, observando las figuras caleidoscópicas que se forman en la parte interior de mis párpados. Al final un coche se detiene detrás de la camioneta. Sigo tumbado, aunque oigo abrirse la puerta. No puedo arriesgarme a que no sea Georgia. Dios sabe que bastantes batacazos me he pegado por hoy. No es necesario saltar de plataformas de camionetas y que desconocidos asustados llamen a la policía.

Oigo pasos, y la cara de Georgia aparece por un lado de la camioneta, oscura como la de Jesmyn, a contraluz. Pego un bote, aunque estaba esperándola. Nos miramos un momento a los ojos.

—Carver —dice en voz baja, extendiendo el brazo para tocarme el chichón.

Hago una mueca de dolor y le aparto suavemente la mano.

—No lo toques.

—¿Cómo te lo has hecho? Bueno, me lo cuentas en el coche.

Me incorporo y espero a que se me pase el mareo que me ha provocado el movimiento. Estoy muy débil. Me cuesta saltar de la plataforma de la camioneta. Me dejo caer en el coche de Georgia, apoyo la cabeza en el reposacabezas y cierro los ojos. Me doy cuenta de que me he dejado la chaqueta, pero no tengo fuerzas para ir a buscarla.

Georgia se sienta.

—Me debes una, tío.

Abro un ojo y la miro.

—¿Por qué me tocas las narices? Mis amigos han muerto.

—No te toco las narices, y no puedes seguir utilizando a tus amigos como excusa. Intenté convencerte de que buscaras ayuda, pero no. Pues ya ves lo que pasa.

Saca el teléfono, busca entre sus contactos, pulsa en uno, se lleva el teléfono al oído y arranca el coche.

—¿Quién eres para...?

—Hola, soy Lila Briggs. Quisiera pedir hora. —Imita bien el meloso acento de Mississippi de mi madre. En otras circunstancias, me daría un ataque de nervios—. Sí —sigue diciendo—. Para mi hijo, Carver. Con el doctor Méndez. Mi hija Georgia fue paciente suya. Lo antes posible... muy bien... muy bien... fantástico. Qué suerte. Perfecto. Mañana a las diez.

—Georgia —susurro, aunque sin convicción.

Cuando he perdido, sé admitirlo. Aun así, me lanza una mirada mordaz de reojo. Parece decir: «Ni se te ocurra». Me encojo de hombros.

—Muy bien, estupendo. Nos vemos mañana... Igualmente... Adiós.

Cuelga y mira fijamente la carretera.

—Georgia.

—No empieces. —Su tono, cortante al principio, se suaviza—. Lo siento, pero no estás bien. Sí, cuesta mucho admitir que necesitas ayuda. Lo sé. Así que voy a ser una buena hermana mayor y voy a ayudarte a que te ayudes a ti mismo.

—¿Estoy loco?

—¿Loco? No. Cargas con muchas cosas, estás sufriendo, y eso a veces nos lleva a hacer cosas raras.

—Me ha dado el ataque delante de todo el mundo —le digo en voz baja, mirando por la ventana.

Me resbala una lágrima por la mejilla. Me la seco con el dorso de la mano.

Mi hermana extiende el brazo y me coge de la otra mano.

—Cuando lleguemos a casa, tienes que ponerte hielo en la cabeza.

Asiento.

—Dentro de una semana estaré en Knoxville, empezando también yo las clases. En fin, podremos hablar por teléfono, mandarnos mensajes y esas cosas, pero...

—Lo sé.

—Entonces sabes que tienes que confiar en otras personas y abrirte a ellas. Tienes que hablar más con mamá y papá. Tienes que ser sincero con el doctor Méndez. Si puedes hablar con Jesmyn, tienes que hablar con ella. No te pongas chulo con estas cosas.

—La abuela Betsy me ha pedido que pase un día con ella. Como un último día con Blake, pero obviamente... sin él. Una especie de despedida.

—Vaya.

—Sí.

—Un poco fuerte.

—Mucho.

—¿Lo ves? Es el ejemplo perfecto —me dice Georgia—. No tengo ni idea de si es buena idea. Es exactamente lo que deberías comentar con el doctor Méndez. Es muy inteligente.

—Voy a ir. Has pedido visita. Tú ganas. Me rindo.

—Sí, te rindes.

—¿Puedes volver a hacerte pasar por mamá?

—¿Por qué?

—Tienes que avisar a la escuela de que estoy enfermo.

—Debería obligarte a que intentaras suplantarla tú.

—No, no deberías.

—Sería divertido.

—Para ti.

—Por eso debería obligarte.

—Por favor.

Suspira teatralmente y llama.

Durante el resto del trayecto hasta casa mantengo la boca cerrada, vencido. Supongo que al final he perdido una batalla contra mí mismo que necesitaba perder.

Ojalá la hubiera perdido con más elegancia.

—Tengo que irme corriendo a trabajar. Ya voy tarde. Tienes llaves, ¿verdad?

Asiento.

—Cuando mamá y papá lleguen del trabajo, se lo explicas. Sabes que tienes que contárselo, ¿verdad?

Asiento.

—Gracias, Georgia.

—Te llevaré mañana a ver al doctor Méndez. Quiero saludarlo.

—Vale.

Mi hermana arranca el coche y yo recorro a duras penas el camino hasta casa. Dentro parece una tumba. Odio el silencio de la casa cuando no hay nadie, cuando se supone que no deberías estar ahí. Todo resuena demasiado. El frigorífico abriéndose y cerrándose. El tictac de los relojes. El tintineo de vasos cuando los sacas del armario. Los latidos del corazón. El sonido de la sangre corriéndote por las venas.

Y eso en circunstancias normales. Ahora, siento el silencio como ausencias. Las ausencias, como pérdidas. Las pérdidas, como dolor. El dolor dispara la culpa. La culpa es angustia escarlata.

Me siento en mi habitación y estoy escuchando los ruidos de la casa cuando siento la imperiosa necesidad de no estar tan solo.

He escrito ya parte de un mensaje para Jesmyn cuando recuerdo: «Tienes muy mala suerte cuando mandas mensajes en momentos inoportunos. Las personas a las que se los mandas no salen bien paradas». Así que me tumbo en la cama con una bolsa de guisantes congelados en la ceja y miro al techo un rato. Resulta ser menos divertido de lo que parece.

Me siento a mi mesa y enciendo el ordenador. Quizá al menos pueda hacer algo productivo con el trabajo de admisión para la universidad. Quizá alivie mi sentimiento de culpa por estar en casa el primer día de clase. Acerco la silla a la mesa y empiezo a teclear.

Ya de niño quería ser escritor.

Vale. No es especialmente original ni interesante. Pero con algo hay que empezar.

Me fascinaba la posibilidad de crear nuevos mundos y personas.

Menuda mierda.

Como seguramente este texto ya les esté fascinando a ustedes. Vaya, otro chico que quiere ir a la universidad y al que fascinaba [*insertar intereses que puedan parecer atractivos a los comités de admisiones universitarios*] desde [*insertar la edad o la experiencia educativa que avale que el interés es auténtico, no un invento para impresionar a un comité de admisiones de la universidad*]. Pero adivinen cuándo la pasión

por escribir se apoderó de mí. Un día escribí un mensaje que mató a mis tres mejores amigos. ¿He conseguido ya llamar su atención? He escrito varios relatos, por supuesto, pero mi obra maestra fue un mensaje de dos frases que acabó con tres historias. Soy el único escritor del mundo que con lo que escribe hace desaparecer historias. ¿Y quién no querría tener a una criatura tan única y hermosa en su institución de enseñanza superior? Así que acéptenme en su universidad y les prometo que intentaré no matar a nadie más con mis escritos. Suponiendo, por supuesto, que el año que viene, por estas fechas, no esté en la cárcel.

Seguramente no es la mejor idea intentar escribir el trabajo con el que se supone que tienes que venderte a una universidad cuando te sientes peor que un zurullo de perro machacado.

Estoy agotado, pero no quiero descansar. Estoy preocupado, pero estoy demasiado cansado para hacer algo al respecto. Quiero perder estas horas de mi vida y que se acabe el día.

Estoy tumbado en la cama, leyendo, cuando suena el móvil. Ahora es más excepcional que antes. Salto de la cama, con lo que aparecen puntos negros en mi campo de visión, y cojo el teléfono. Es Jesmyn.

¿Cómo estás?

Superavergonzado. Perdona.

No tienes que pedir perdón

Miro el reloj. La hora de comer debe de estar a punto de terminar.

Espero que no hayas tenido que comer sola.

No, Alex Bishop me ha invitado a sentarme con él y con sus amigos

Se me encoge el estómago. Cómo no. Alex Bishop. Si me hubieran pedido que hiciera una lista de lo peor que podría pasar el primer día de clase, creo que habría contestado: 1) Que me diera un ataque de pánico delante de todo

el mundo, incluida Adair, y quedar como un gilipollas, y 2) Que Alex Bishop se acercara a Jesmyn. Alex es un bailarín que tiene mucho éxito entre las alumnas de la Nashville Arts, incluyendo a Adair, por cierto. No soy fan de Alex. Eli lo odiaba. Le habría asqueado la idea de que Jesmyn se sentara en la cafetería con Alex. Yo la odio en nombre de Eli.

Ten cuidado con Alex

Jaja, parecía majó

«Parecía» = palabra clave

Bueno, tú me has dejado colgada

No por mi voluntad

Lo sé. Era broma

Por cierto, me he dejado la chaqueta en tu camioneta

No hay problema, puedo llevártela esta noche después de ensayar

¿Quieres que salgamos por ahí cuando vengas?

Claro. Equipo Sudor, presente

Por un fugaz instante nuestro intercambio de mensajes hace que vuelva a sentirme normal. Como si llevara una vida rica, llena de amistad y de posibilidades. La sensación no tarda en disiparse y mi mente vuelve a la cárcel, al juez Edwards, a los ataques de pánico y a Adair.

Me pregunto si alguna vez el centro de gravedad de mi vida volverá a un punto en el que los breves momentos de olvido no sean espléndidos regalos.

No me entusiasma la idea de contárselo a mis padres, pero lo hago. Al final van a descubrir que hay médicos por medio. Parece aliviarles que por fin Georgia me haya convencido de buscar ayuda profesional. Mi madre ni siquiera se enfada al enterarse de que Georgia se ha hecho pasar por ella para pedir hora. «El doctor Méndez le fue de maravilla a Georgia», me dice. Ya se

lo he contado todo a mis padres cuando por fin suena el timbre. Corro a abrir.  
Jesmyn esboza una media sonrisa al verme.

—Hola.

Entonces ve el chichón de mi cabeza y su sonrisa se desvanece.

—Oh, tío —murmura.

Me toco el chichón.

—Se ha deshinchado mucho porque me he puesto hielo. Pasa.

—Toma, tu chaqueta.

—Gracias.

Le pido que me siga y asomo por la cocina, donde mis padres están preparando la cena y escuchando la radio.

—Mamá, papá, esta es mi amiga Jesmyn. Acaba de mudarse a Nashville y vamos juntos a la escuela. Nos conocimos por Eli.

Esta última parte suena extraña en voz alta. «Hola, Jesmyn, este es Carver. Carver, Jesmyn. Muy bien, voy a morirme y así podréis salir juntos.»

Mi madre se limpia las manos con un trapo y le estrecha la mano a Jesmyn.

—Hola, Jesmyn. Bienvenida a Nashville. ¿Quieres quedarte a cenar?

—Gracias, pero me esperan mis padres.

—Muy bien.

Mi padre, que está cortando zanahorias, la saluda desde lejos.

—Hola, Jesmyn.

Ella le devuelve el saludo.

—Hola, encantada de conocerle.

Me gustaría que Georgia estuviera en casa y conociera a Jesmyn. Después del día que he tenido, no me iría mal cierta credibilidad de mi enrollada hermana mayor.

Volvemos al salón.

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo? Me apetece andar y charlar —le

digo.

—Claro. Pero tengo que volver temprano a casa.

—¿No te importa acabar toda sudada?

—Por algo somos el Equipo Sudor.

Empezamos a sudar en cuanto salimos al húmedo calor del atardecer. Cuando solo hemos recorrido media manzana, tengo ya la camisa pegada al cuerpo. El aire brumoso huele a hamburguesas y a césped recién cortado.

—Tu padre tiene un acento bonito —me dice Jesmyn.

—Al parecer, tenía más acento cuando mi madre y él se conocieron. Con el paso del tiempo lo ha ido perdiendo.

—Qué pena.

—Sí. Cuando era niño me avergonzaba.

Jesmyn parece horrorizada.

—¿Qué? Es un acento muy sexy.

—¡Ufff! ¡Todas las chicas decís lo mismo!

—Simplemente soy sincera.

—Simplemente me asquea.

Me seco una gota de sudor antes de que me entre en el ojo.

—Te gustaría ser tan guay como tu padre.

—Me gustaría tener su acento, seguro. En fin, no es que no me guste pasarme el día hablando de lo sexy que es mi padre, pero ¿qué tal las clases?

Le brillan los ojos.

—Increíble. La escuela tiene un Steinway de cola. Sonaba increíble. En fin, tocar ese piano es orgásmico. ¿Cómo voy a conformarme ahora con el piano de mi casa?

«Oye, entiendo lo que dices... pasar de una situación increíble a otra que no lo es tanto.»

—Ya —le digo—. Tocar ese piano es lo mejor. Dicen que es como hundir

los dedos en mantequilla caliente.

—Sabelotodo. Así es. ¿Y qué tal tus novillos?

—Una mierda. Georgia me ha dicho básicamente «Te lo dije», y he intentado escribir mi trabajo de admisión para la universidad para no pasarme el día sin hacer nada, pero no he podido avanzar. ¿Qué te ha parecido la NAA?

—Bien, pero me ha asustado. En mi antigua escuela, era sin duda la mejor en música. Aquí soy del montón. He escuchado a otros tocando y son increíbles. Pero creo que me irá bien si entro en la Juilliard. Al menos, todo el mundo ha sido muy majó.

—¿Y qué tal la comida con Alex Bishop? ¿Ha compartido contigo su batido de semen de lobo o lo que coma? —le pregunto intentando que mi tono sea ligero y desenfadado.

Jesmyn suelta un gritito de repulsión, se ríe y se tapa la boca.

—Qué asco.

Aprovecho la ocasión y pongo voz de tío de anuncio:

—Simiente de lobo. El único batido energético que contiene un uno por ciento de esperma de lobo procedente de lobos ecológicos criados en libertad. Garantizado para dotarte de la vitalidad y el vigor necesarios para que puedas bailar todo el día y toda la noche. Pídalo ahora y recibirá un frasco de nuestro polvo proteico de pene de tiburón... totalmente gratis.

Se ríe más alto e intenta taparme la boca con las manos.

—Para. Vas a hacerme potar.

Observo que tiene los dedos torcidos, que solo parecerían rectos sobre las teclas de un piano. Son bonitos.

—En serio —le digo.

—Alex ha sido majó, pero tiene una foto suya sin camiseta como pantalla del móvil. No tengo tiempo para estas cosas.

—Eli odiaba a Alex.

La sonrisa de Jesmyn se desvanece.

—¿Por qué?

—Porque Adair salió con él, y él la dejó una semana después de que hubiera perdido la virginidad con él.

—Uf.

—Todo el mundo los llamaba «los AB». *Alex Bishop y Adair Bauer*. Y porque los dos tienen exagerados abdominales de bailarín. Durante un corto espacio de tiempo fueron una pareja de celebridades en la NAA.

—Eso explica por qué Adair no dejaba de mirarme como si quisiera cortarme la yugular con un cortaúñas para los pies. Pensaba que era porque había quedado contigo.

—Seguro que también por eso. Hoy no te has ganado ningún punto con Adair.

—Como si tuviera tantos... Siempre ha sido rara conmigo. Como si yo acaparara demasiado a Eli o algo así.

—Ella y yo nunca hemos sido íntimos, pero antes éramos amigos.

La conversación decae mientras recorremos los últimos metros hasta las puertas del Percy Warner Park, así que paseamos en silencio bajo el espeso dosel de ramas que cubre la carretera. La luz se filtra entre las hojas y adquiere un tono esmeralda pálido.

Jesmyn empieza a decir algo, pero se detiene. La miro. Ella mira fijamente al frente. Al final:

—Hoy, cuando estaba tocando, me he echado a llorar. Por nada en concreto. Quiero decir que no es que me haya acordado de Eli ni nada de eso. Es solo que... lo que estaba tocando ha abierto una puerta dentro de mí y de repente han salido cosas. La pena es extraña. Parece salir en oleadas de ninguna parte. En un momento dado estoy en el mar, todo bien. Y al minuto

siguiente estoy ahogándome.

—Me suena.

—Lo he visto.

Me ruborizo.

—Gracias por recordármelo.

—¿Qué tipo de persona serías si no sintieras su pérdida?

—¿Alguien que tiene una foto de sí mismo sin camiseta en la pantalla del móvil y que bebe semen de lobo?

—Exacto. —Y en voz baja—: Estás decidido a hacerme potar.

A lo que estoy decidido es a seguir haciéndola reír, porque su risa consigue que al menos por un momento olvide.

Me detengo y me vuelvo hacia ella.

—Me gusta hablar contigo.

—Y a mí —me contesta volviéndose hacia mí.

—Mañana también voy a perderme algunas clases, porque voy al terapeuta al que antes iba mi hermana. Parece que es bueno.

—Bien pensado —me dice.

—¿Tan loco parezco?

—No más que yo llorando de repente mientras toco el piano. Pero parece que estás sufriendo.

—Lo estoy.

—Los dos sufrimos.

Nos dirigimos a un tronco caído y nos sentamos.

—Quiero oírte tocar el piano —le digo.

—Vale. Si me dejas leer algo que hayas escrito.

—Si es que soy capaz de volver a escribir.

—Lo serás. Pero hasta entonces aceptaré textos antiguos.

—De acuerdo. Cuando volvamos te daré algo.

Observamos a un ciervo que aparece entre los árboles y empieza a pasar el hocico por las lindes del prado, se acerca con cautela al centro para comer y olisquea el aire.

—Ahora mismo eres lo mejor de mi vida —le digo en voz baja para no asustar al ciervo—. Me alegro de que seamos amigos.

Jesmyn cambia de postura en el tronco para ponerse cómoda y —quizá son imaginaciones mías— para sentarse más cerca de mí.

—Yo también.

La sala de espera de la consulta del doctor Méndez está llena de muebles modernos y elegantes que sin embargo parecen naturales y acogedores. En las mesas colocadas entre las sillas hay ejemplares del *Atlantic*, el *New Yorker* y el *Economist*. Todo es de tranquilizadores tonos marrones y grises. Nada parece arbitrario o azaroso.

Georgia está sentada a mi lado, escribiendo mensajes.

Se abre una puerta y sale un hombre delgado de unos cuarenta y tantos años, con un elegante traje beige de lino y sin corbata. Luce una pulcra barba gris y tiene las sienes canosas. Lleva gafas rectangulares de carey.

Le brillan los ojos al ver a Georgia.

—¡A ti te conozco!

Georgia se levanta.

—¿Puedo darle un abrazo, ahora que ya no soy su paciente?

El doctor Méndez abre los brazos.

—¡Ven aquí!

Cuando se separan, el doctor la mira de arriba abajo.

—Pareces sana y feliz.

Tiene un ligero acento hispano.

—Estoy sana y soy feliz. ¿Qué tal Steven y sus hijos?

—Bien, Aurelia acaba de empezar en la Harding Academy, y Ruben

empieza en la Stanford dentro de unos días. Y en cuanto a Steven...

El doctor Méndez levanta la mano izquierda para mostrar a Georgia un anillo de plata.

Mi hermana pega un grito y se lleva una mano a la boca.

—¡No me digas! ¡Felicidades! ¿Cuándo?

El doctor sonríe.

—En junio, en Sonoma, cerca de donde creció Steven. Georgia, fue muy bonito. Hasta mi madrecita, tan católica ella, estaba allí, y la pillé con lágrimas en los ojos.

—No podría alegrarme más por vosotros.

—Gracias, gracias. —Vuelve la mirada hacia mí—. Veamos, ¿a quién me has traído?

—Es mi hermano, Carver.

El doctor Méndez me tiende la mano.

—Carver, encantado de conocerte.

Me estrecha la mano un buen rato, con firmeza y calidez.

—Encantado de conocerle, doctor Méndez.

Señala su consulta.

—¿Entramos ya?

Entro. Detrás de mí, el doctor dice a Georgia:

—¿Te quedas? Si te quedas, dejamos la despedida para luego.

Georgia le contesta que se quedará esperando hasta que acabemos.

Miro a mi alrededor. Más muebles elegantes y modernos, mezclados con antigüedades. En las paredes, cuadros de mapas antiguos y de viejos grabados de botánica. Huele a especias y a madera, un olor cálido, tostado y limpio. Hay estanterías desde el suelo hasta el techo llenas de libros. Manuales de diagnóstico y volúmenes propios de su profesión, por supuesto, pero también libros de fotografía y pintura, novela y poesía. Clásicos encuadernados en

piel. Libros en español y en inglés. Estoy impresionado.

El doctor Méndez cierra la puerta y me señala dos sillones idénticos de piel marrón, uno frente al otro, y en medio una mesita con una jarra de agua, vasos y una caja de pañuelos.

—Ponte cómodo, por favor.

—Pensaba que tendría que tumbarme en un diván —le digo en broma.

El doctor Méndez se ríe. Una risa amable y cálida.

—Eso solo pasa en las películas. Aunque si lo prefieres, quizá podríamos montar una hamaca o algo así.

Me dirijo a un sillón y me siento.

—No, está perfecto. Sentarse en posición vertical también es divertido. Me gusta.

Cuando estoy nervioso hablo demasiado.

Me quedo en equilibrio al borde del sillón, como si estuviera viendo una película de terror, e intento que no me tiemblen las piernas. Cruzo los brazos y los descruzo. El doctor Méndez no tiene nada en las manos.

—¿No toma notas?

Se sienta frente a mí, relajado.

—Las tomo después de la sesión. Me da la impresión de que si escribo mientras los pacientes me hablan, no les presto tanta atención. ¿Te preocupa que no tome notas durante la sesión?

—No.

—Se nota que tu hermana te quiere mucho.

—Sí. Siempre está pendiente de mí.

—¿Y eso?

—Supongo que la cagué mucho en el colegio. Me entusiasmaban los libros, y eso no te hace muy popular entre los compañeros. En fin, Georgia me defendía.

—He observado que mirabas mis libros.

Me ruborizo.

—Me ha pillado.

Sonríe y hace un gesto con la mano para descartar mi preocupación.

—No pasa nada. Están aquí para que todo el mundo los vea. Pero casi nadie les presta atención. Tú sí. ¿Lees mucho?

—Y escribo.

—¿En serio? Fantástico. Llevo unos... veinte años escribiendo una novela muy aburrida. A estas alturas, disfruto más de la idea de escribir una novela que de escribirla. ¿Qué escribes?

—Relatos. Poemas. Tengo algunas ideas para novelas, pero aún no he empezado a escribir ninguna.

—Espero no haberte disuadido al comentarte mis dificultades para terminar lo que empecé.

—No.

—Bien. Pues permíteme que me presente. Me llamo Raúl Méndez. Nací en Juárez, México, y de muy joven me trasladé a El Paso. Crecí en Texas, estudié en la Universidad de Texas, en Austin, y después vine a la Vanderbilt, a la facultad de Medicina. Desde entonces estoy aquí. Dime, ¿has ido alguna vez a un terapeuta o te ha explicado Georgia cómo funciona?

—No, la verdad es que no. Bueno, supongo que hablamos, ¿no? ¿Le hablo de mi madre? ¿Buscamos penes en test de Rorschach?

Normalmente no haría este tipo de broma a un adulto al que acabo de conocer. Pero él hace que me sienta cómodo y además quiero evitar hablar de cosas serias e intensas el máximo tiempo posible.

Se ríe. Mueve los dedos y se inclina hacia delante ajustándose las gafas.

—Más o menos. Tú hablas y yo escucho. A veces comento algo que has dicho o te pido que desarrolles algo. Pero mi trabajo funciona mejor cuando

tú hablas y yo escucho. No estoy aquí para dar respuesta a tus problemas. Estoy aquí para permitirte que encuentres las respuestas por ti mismo. Así que a veces puede ser frustrante que no te diga lo que creo que deberías hacer, pero te aseguro que forma parte del proceso. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Supongo. Bueno, sinceramente, no es que me entusiasme estar aquí.

—Es normal.

—Al menos tengo algo normal.

—Bueno, Carver —un nombre interesante, por cierto—, háblame de ti.

Respiro hondo y me paso los dedos por el pelo.

—Mi nombre viene de Raymond Carver. Mi padre me lo puso porque es muy fan de sus relatos.

—Yo también soy fan.

—¿Del nombre o de Raymond Carver?

—De los dos. Parece que tu padre y tú tenéis algo en común.

—A los dos nos encanta leer. Mi padre es profesor de lengua.

—Perdona que te haya interrumpido. Sigue.

—Bueno, tengo diecisiete años y estudio en la Nashville Arts Academy.

—Es una buena escuela para un amante de los libros. Debes de ser un escritor excelente para haber entrado... Doy por sentado que te admitieron por lo que escribes y que no eres también un saxofonista de jazz buenísimo.

Dice la última parte de la frase alzando una ceja con expresión traviesa.

—Lo soy.

Empieza a levantarse.

—Pues resulta que tengo aquí un saxofón para mis pacientes, si quieres tocar...

Sonrío.

—Lo he dicho de broma.

—Yo también. —Le brillan los ojos. Hace una breve pausa—. ¿Y cómo estás?

Evito mirarlo a los ojos e intento hablar en tono despreocupado.

—Estoy bien. Sí, me va bastante bien.

—Me alegro.

—Sí.

Me repiqueteo en el brazo con los dedos, como hacen las personas relajadas... como hacen las personas que están bien.

—A muchas de las personas a las que atiendo les va bastante bien.

—¿Y entonces por qué vienen?

—Porque quieren que les vaya mejor.

—¿Y?

—A veces funciona. Otras no. Quiero pensar que son más las veces que funciona que las que no.

—Usted no es imparcial.

Se ríe.

—No. Es verdad.

—¿Alguna vez les va peor?

—¿Estás pasando por algo que te preocupa que empeore con la terapia?

—No lo sé.

—¿Estás pasando ahora mismo por algo de lo que te gustaría hablar?

Me planteo contestarle que no. Pero supongo que no sería del todo verosímil, porque, en fin, he venido a esta consulta.

—Me dio... un ataque de pánico.

Asiente.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿En qué circunstancias?

—¿No hay medicación para los ataques de pánico? —le pregunto.

—Sí.

—¿Y por qué no me la receta?

—Te la recetaré. Te mandaré hoy a casa con una receta de sertralina, un fármaco que he utilizado con éxito para tratar la ansiedad y los ataques de pánico. Pero prefiero empezar con dosis bajas, para que el cuerpo de los pacientes pueda aclimatarse, y hay que ir aumentándola hasta llegar a la dosis correcta. Podemos tardar semanas en ajustar la dosis. Entretanto, haremos terapia. En mi experiencia, este doble enfoque es el más efectivo.

—Solo quería ahorrarle tiempo.

—Te aseguro que mi tiempo no es tan valioso como para que puedas perderlo.

—Parece un desafío.

Sonríe.

—¿Sientes que corres peligro físico? Cuando conduces, por ejemplo.

—Bueno... la verdad es que no. Ahora sé lo que es un ataque de pánico.

—Lo más importante es tu seguridad. Si en algún momento sientes que corres peligro, quiero saberlo inmediatamente.

—Muy bien.

—¿Qué pasó ayer?

Suspiro.

—Fue entrando en la escuela el primer día de clase. Se me fue la o... la cabeza.

El doctor Méndez se encoge de hombros.

—Habla como quieras. No vas a ofenderme. Estoy curado de espanto.

—Se me fue la olla delante de todo el mundo. Me acojoné vivo. Me caí y me pegué un golpe en la cabeza. Volví a casa. No podía... Por eso estoy aquí.

Es agotador decir todas estas cosas en voz alta, pero sorprendentemente no

tanto como cargar con ellas.

—Entonces te da este primer ataque de pánico y...

Evito su mirada.

El doctor Méndez no sigue hablando.

—Me ha pasado antes.

Levanto dos dedos sin mirarlo a los ojos.

El doctor asiente, se reclina en el sillón y forma un triángulo con los dedos.

—¿Hay algún factor que te provoque los ataques de pánico? ¿Algo que últimamente te cause estrés?

Se gana puntos por haber utilizado la expresión «factor que te provoque». Parece haberse dado cuenta de que no tengo paciencia con las personas que me tratan con condescendencia. Pero eso no consigue que de repente me entusiasme hablar del factor que me los provoca.

Contemplo la alfombra oriental porque no sé qué expresión facial es la adecuada para hablar de la muerte de tus tres mejores amigos con un absoluto desconocido con el que preferirías no estar hablando. No me parece del todo bien mostrarme imperturbable. Sonreír queda totalmente descartado.

—Lo que hablamos aquí es superprivado, ¿no? No se lo contará a la policía —le digo.

Su cara no muestra el menor indicio de sorpresa.

—Totalmente privado. A no ser que tenga razones para creer que puedes hacerte daño a ti mismo o a otras personas. Cualquier cosa que te haya pasado queda estrictamente entre nosotros.

—Bien.

—No quiero que te reprimas porque pienses que no puedo manejarlo. Te prometo que puedo.

—Últimamente he estado muy estresado.

El doctor Méndez no dice nada.

—La verdad es que no quiero hablar del porqué.

Sigue sin decir nada. Se limita a escucharme.

—Ni siquiera lo he comentado demasiado con mis padres.

—¿Por alguna razón en concreto?

—No, la verdad. Son buenos padres. Simplemente, nunca he hablado demasiado con ellos sobre mis sentimientos y esas cosas. No sé por qué.

—Los padres pueden ser complicados.

Es difícil no hablar con este tío. Es como si las palabras se abrieran paso entre mis dientes y mis labios diciendo: «Lo siento, tíos, si no vais a ayudarnos a llegar a los oídos del doctor, nosotras nos ocuparemos de ello».

Cierro y abro los puños.

—Hace unas semanas mis mejores amigos murieron en un accidente de coche. Mis tres mejores amigos.

He mirado al suelo hasta llegar a «Mis tres mejores amigos». Entonces he levantado la cabeza y he mirado a los ojos al doctor Méndez.

Me sostiene la mirada. Sus ojos son una puerta abierta.

—Lo siento mucho —me dice en voz baja—. Qué horror.

Desvió la mirada y me frotó la cara porque estoy empezando a quedarme sin palabras. Espero que no siga preguntándome. Para empezar, no estoy preparado para contarle que me siento responsable y que el juez Edwards va a por mí. Aún no estoy preparado para escucharme a mí mismo diciendo estas cosas. Temo que decirlas en voz alta las convierta en más reales. Un conjuro que convoca a un demonio de una hoguera para que te succione el alma.

Respiro. Algo me oprime la garganta.

—Sí, muy mal. La noche del último funeral me dio el primer ataque. Esa vez fui a urgencias. Ayer, el primer día de clase, me dio el segundo. Estoy aquí porque no quiero que me dé un tercero.

El doctor Méndez asiente.

—Esto nos da una idea bastante clara de por dónde empezar. Háblame de lo que estás sintiendo ahora mismo. ¿Has reflexionado sobre el dolor que sientes?

La pregunta es muy sencilla, pero no tengo respuesta. El doctor Méndez tiene algo de cura que hace que quiera confesarme. Parece muy abierto, amable y no me juzga. Dudo entre no confiar lo suficiente en él para contarle que cargo con el peso de la muerte del Equipo Salsa y no querer decepcionarlo contándoselo.

—Los echo de menos.

Asiente, pero no dice nada. Está claro que no es de los que se ponen nerviosos y rellenan los silencios en una conversación. Deja que el silencio respire.

—A veces... olvido que ya no están aquí. Me sucede nada más despertarme. Durante unos cinco segundos al día. Por ese breve instante soy libre. Luego lo recuerdo. Y también a veces lo recuerdo cuando intento dormirme, y me desvela.

Me sirvo un vaso de agua y doy un trago. No es que tenga sed, pero no sé qué hacer con las manos.

—Una amiga, que salía con uno de los amigos a los que he perdido, me comentó que la pena le llega en oleadas y en momentos raros.

—¿Tu pena ha adquirido una forma similar?

—Sí.

—Esa chica de la que hablas ¿es un apoyo y un consuelo para ti?

—Sí.

—¿Puedes compartir tu pena con alguna otra persona?

—Hablé un poco con la abuela de uno de los amigos que murieron.

—Observo que no has dicho sus nombres. Te has referido a ellos como «amigo» o «amigos». ¿Te cuesta llamarlos por su nombre?

—Pues... sí. Supongo que sí.

—¿Sabes por qué?

Lo pienso.

—No estoy seguro de que sea por eso, pero no soporto decir sus nombres cuando estoy hablando de que han muerto. Es una tontería, pero creo que temo que si lo hago, lo convertiré en real.

El doctor Méndez asiente.

—He visto a personas que temían tirar la ropa o los zapatos de un ser querido porque les preocupaba que al hacerlo la muerte fuera definitiva. Innegociable. ¿Qué haría el ser querido si volviera a casa y necesitara sus zapatos?

Me tiemblan las manos, aunque imperceptiblemente. Como uno de esos tics raros en el ojo que no ves al mirarte en el espejo.

—¿Puedo decirle sus nombres?

La voz también me tiembla. Oigo el temblor.

—Si quieres.

Dudo.

—Blake Lloyd. Eli Bauer. Mars Edwards.

Digo los nombres como si los bendijera. Me sienta bien y me duele.

El doctor Méndez los asimila.

—Gracias por decirme sus nombres. Sé lo importantes que son para ti, que para ti son sagrados.

No sé por qué suelto lo siguiente:

—Hace poco estuve en casa de la abuela de Blake, ayudándola a hacer trabajos de jardinería que se suponía que debería haber hecho Blake... antes de morir. Y mientras estaba allí me propuso dedicar un día a despedirnos de Blake. Me pregunto si debo hacerlo.

—¿En qué consistiría?

—Por lo que dijo, pasaríamos un día juntos haciendo las cosas que habría hecho con Blake si hubiera podido pasar un último día con él. Supongo que intentaríamos dar vida a su historia un día más. Rendirle homenaje. Despedirnos. No tengo ni idea de cómo funciona.

El doctor Méndez se apoya en el respaldo de su sillón y mira al infinito dándose golpecitos en los labios.

—Hmmm.

A los pocos segundos le digo:

—En fin, doctor, hábleme de su madre.

Se ríe y se inclina hacia delante.

—Si lo he entendido bien, harías algo así como de sustituto de Blake.

—Más o menos. Bueno, no me pondría ropa de Blake ni nada de eso, pero...

—No, pero los dos interactuaríais de alguna manera con su recuerdo. Quizá intercambiando historias o experiencias que habrían sido significativas.

—Supongo.

Vuelve a darse golpecitos en los labios.

—Interesante.

Piensa frunciendo el ceño.

—¿Interesante para bien o para mal? ¿O un interesante que tengo que descubrir por mí mismo?

—El último. La pena es un valle con múltiples puntos de salida. No tengo experiencia con esta idea de despedirse, pero hay terapias que funcionan y que se basan en un principio similar, en darte a ti mismo un contexto nuevo para experimentar algo. Si, por ejemplo, te asusta mantener una relación, empiezas una relación e intentas vivirla de otra manera, más sana. Así que quizá interactuar con el recuerdo de Blake te proporcionaría un nuevo contexto para experimentar su pérdida.

—Entonces ¿lo hago?

—Me resultaría muy difícil saberlo aun cuando hubiéramos hablado más. Diría que es una decisión que tienes que tomar por ti mismo. La pregunta es: ¿quieres hacerlo? ¿Te parece bien? Si es así, y resulta no ser lo que esperabas, trabajaremos en ello. Lección aprendida. No se me habría ocurrido proponértelo, pero lo que se me ocurre a mí no es necesariamente el paradigma de la excelencia.

Sigo dándole vueltas mientras el doctor Méndez y yo hablamos de cómo lo llevo, cómo duermo y cómo como.

Acaba la sesión. El doctor Méndez y Georgia se despiden muy contentos. Él le desea suerte con el curso que está a punto de empezar. Ella le desea lo mejor en su recién estrenado matrimonio. Salgo con mi receta de sertralina en la mano.

Me siento más ligero. No como si me hubiera quitado un peso de encima, sino como si por un momento hubiera purgado un veneno. Vacío, hueco, en blanco.

Cuando salimos, el cielo es gris verdoso y el aire tiene una especie de vitalidad salvaje, como si se avecinara una tormenta. Una ráfaga de aire templado nos azota en la cara, y en la distancia oigo el sonido metálico del gancho de una bandera contra el mástil. Es el único sonido que llega a mis oídos aparte del viento.

Nos sentamos en el coche y de repente me echo a llorar. No tengo ni idea de por qué, y Georgia no me pregunta. Quizá por lo triste que sonaba la cuerda de ese mástil. Quizá el alivio. Quizá me ha ido bien hablar con alguien que pensaba que no estaba juzgándome. Quizá el duelo no necesita una razón para llorar. Se levanta la veda para llorar. Bufet libre de lloros.

Georgia me aprieta la mano.

—Hola.

—Hola. —Me seco los ojos—. Tenemos que ir a buscar esta receta.

—Eres valiente por dejarte ayudar.

Suelto el aire que estaba conteniendo.

—No lo soy. Me atormenta ir a la cárcel. Me siento asustado, como una mierda, triste y culpable a todas horas.

—Lo sé. Pero mejorarás. Haz lo que te diga el doctor Méndez. Sé sincero con él. Tómate la medicación.

Espero que tenga razón. Quizá el doctor Méndez pueda ayudarme con el duelo, pero ¿qué pasa con el sentimiento de culpa? A no ser que tenga una máquina del tiempo. Y seguro que no puede ayudarme desde fuera de la cárcel.

Georgia me lleva a casa después de pasar por la farmacia. Me armo de valor para mi segundo primer día —medio día, supongo— de mi último año en la escuela.

Cuando llegamos a casa, aún no ha empezado la tormenta. El cielo parece un martillo colgando de una cuerda deshilachada por encima de la tierra.

Blake, Mars, Eli y yo estábamos sentados en las dos últimas filas de la clase de historia de la civilización occidental del señor McCullough. Fue la única clase en la que coincidimos los cuatro. Y si algún profesor nos hubiera permitido estar juntos en alguna clase más, lo habrían puesto de patitas en la calle. El señor McCullough era un bendito, totalmente bienintencionado y sincero, pero no tenía sentido del humor. Se esforzaba por contestar honestamente a cualquier pregunta, por obvia y frívola que fuera. Así que nos turnábamos para hacerle preguntas cada vez más absurdas y arrogantes para interrumpirlo, perder el tiempo y no dormirnos.

«¿Los mesopotámicos hacían peleas de cosquillas?»

«¿Llamaron a Alejandro Magno Alejandro el Guapo y Alejandro el Hermoso hasta que tuvo algunas victorias más en la saca? (¿Y llevaba saca?)»

«¿Daban los mongoles calzoncillos chinos a los pueblos que conquistaban?»

«¿Le habrían interesado a Napoleón las motos?»

Etc., etc.

En fin, que Mars y yo estamos sentados uno al lado del otro, y Blake y Eli en los dos asientos de delante. Se dan la vuelta y murmuran mientras el señor McCullough suelta su rollo sobre los vikingos.

—Te toca, Blade —dice Eli.

—¿Estás seguro? Creía que le tocaba a Mars.

—No, ¿recuerdas? He preguntado si las pirámides tenían cuartos de baño.

—Sí, tiene razón —dice Blake—. Te toca, Blade.

—Vale, esperad. Un segundo.

—El secreto es no pensarlo demasiado —dice Blake.

Pasan unos segundos.

—Vale, lo tengo —susurro.

Levanto la mano.

El señor McCullough me mira por encima de las gafas.

—¿Carver?

—¿Habrían llevado los vikingos pantalones cortos vaqueros?

Blake, Mars y Eli pegan un bote sin hacer ruido. Apoyan la cabeza en la mesa, les tiemblan los hombros y les suben y bajan las costillas.

El señor McCullough carraspea.

—Bueno, pues la pregunta es muy interesante. Siempre... es fascinante especular sobre cómo los pueblos antiguos habrían adoptado las tecnologías modernas. Los... vikingos hacían ropa con lino, y debido a la escasez de recursos y a la dificultad de hacer la ropa...

Sigue hablando y hablando. La conclusión es que sí, seguramente los vikingos habrían llevado pantalones cortos vaqueros, al menos en verano, puesto que son prendas prácticas y duraderas que les habrían proporcionado libertad de movimientos para trabajar la tierra, navegar y luchar.

Pero no estoy escuchando. Estoy disfrutando viendo a mis amigos reírse. Hagamos lo que hagamos, parece no tener consecuencias.

Permitirme estos recuerdos antes de hacer el segundo intento de entrar en la

NAA es buscarme problemas. Al menos no me paro a observar antes de entrar. Agacho la cabeza y avanzo pasando por alto las caras sonrientes de Blake, Eli y Mars, que me imploran —nos imploran a todos— que los recordemos. Algunas personas con las que me cruzo en los pasillos de camino a la cafetería me saludan con la cabeza y sonrían incómodas, pero la mayoría desvía la mirada.

Entonces veo a Adair saliendo del baño, sola.

De hecho, estamos solos en el pasillo. Que Adair esté sola es muy poco frecuente, así que quizá no debería darme de bofetadas por hacer el estúpido gesto de llamarla impulsivamente, de aprovechar el momento, sin haber pensado con detenimiento qué voy a decirle. No sé de dónde me viene ese impulso. Quizá después de haber hablado con el doctor Méndez me siento en condiciones de escuchar.

Adair se gira sobre sus tacones —como una bailarina— y se acerca a mí indignada. En su cara pálida, sus ojos parecen más grises, más tempestuosos, que el cielo que he dejado atrás.

—¿Qué quieres?

Su voz suena como un cuchillo contra una piedra de afilar.

Lo cierto es que me alegro cuando me corta antes de que me haya dado tiempo a decirle: «No tengo ni idea».

—Menudo numerito te montaste ayer —me dice.

—Fue real.

—Ahora has conseguido que, en lugar de hablar de lo que hiciste, se hable de tu pequeño incidente. Qué oportuno.

—Para mí no fue oportuno.

—Vaya, ¿se supone que tengo que sentirlo por ti?

—No estoy pidiéndote que lo sientas.

—Qué generoso. Gracias.

—Mira, Adair...

«No digas: “Éramos amigos”. Cualquier cosa menos eso.»

—Éramos amigos.

Cruza los brazos y se ríe, una risa entrecortada y ácida, parpadea y me mira con expresión incrédula.

—¿En serio? ¿Para eso me paras en el pasillo? ¿Para recordarme lo amigos que éramos?

—¿No podríamos hablar en otro momento? Ir a tomar un café o algo así.

Le hablo en voz baja.

—No.

—Adair.

—Lo digo en serio. Ayer no te dio vergüenza ganarte la compasión de todo el mundo. ¿Y ahora te incomoda hablar del tema en un pasillo?

—No es eso.

—Claro que sí. Y deberías haberlo pensado antes de llamarme. En fin. ¿En qué estabas pensando? Si es que pensabas en algo.

—Solo he pensado que...

Me arde la cara.

—Sigue.

—Que...

—¿Qué? Pensado ¿qué? ¿Qué has pensado?

—He... pensado que podríamos, ya sabes, apoyarnos uno al otro.

Soy perfectamente consciente de lo idiota y pequeño que parezco. Veo de reojo a alguien apareciendo por el pasillo y cambiando rápidamente de idea. Recuerdo por qué me daba tanto miedo la gente que teme a Adair.

El tono de Adair se vuelve empalagosamente dulce e inocente. Parpadea.

—Ay. ¿Te sientes solo, Carver? ¿Ahora tu vida es dura? ¿Es una mierda estar vivo?

—Estoy...

Levanta un dedo.

—Mira, te lo voy a explicar: tengo muchos amigos. Pero solo tenía un hermano. Si tanto te preocupaba quedarte sin amigos, quizá deberías haber tenido más amigos de los que caben en un coche y quizá deberías haber tenido más cuidado y no mandarles mensajes cuando iban en ese coche.

—Sí. Seguramente tienes razón —murmuro.

Sus palabras están despellejándome.

—Pero no estás solo, ¿verdad? Por lo que veo, te has hecho amigo de Jesmyn.

—¿Tengo a alguien más? A ti no, obviamente.

—¿De quién es la culpa?

—No estoy tirándole los tejos a Jesmyn, si es eso lo que quieres decir.

—Todo un caballero.

—Adair.

Me mira con desprecio.

Me quedo ahí plantado como un idiota baboso y aturdido.

—Lo siento.

Adair se acerca a mí.

—¿El qué? ¿Eh? ¿Qué sientes?

Un espectral señor Krantz flota en mi mente. «Estás en terreno peligroso.»

—Siento lo de Eli, Blake y Mars. Yo también los quería.

—Bueno, ¿qué les hiciste a Eli, Blake y Mars para sentirlo tanto?

Trago saliva con dificultad e imagino mi nuez como en una caricatura.

—Siento que hayan muerto. Los echo mucho de menos.

Adair recupera su sarcasmo empalagoso.

—Ah. Sí, Carver. Yo también. Estoy segura de que es terrible para ti. Bueno, Eli y yo compartimos matriz y vivimos bajo el mismo techo diecisiete

años, pero no olvidemos tu dolor.

Su voz empieza a romperse y a temblar hacia el final.

—Lo siento.

Mi cara enrojece y me arde aún más. Otra persona pasa rápidamente por nuestro lado sin levantar la mirada del suelo. «Esto es lo que pasará en toda la escuela dentro de quince minutos.»

—Ya lo has dicho.

—¿Y qué hay de Mars? —le pregunto en voz baja.

Mi corazón se desmorona. «¿Qué hay de Mars? Incluso tú te culpas más a ti mismo que a él. Cobarde.»

Suelta una carcajada brusca, que más parece una exhalación incisiva, punzante.

—Oh, también podría decirle muchas cosas a Mars. Pero resulta que, bueno, no está aquí porque está muerto, y tú no.

Nos miramos a los ojos un segundo. Sus ojos grises echan humo como plomo fundido. Queman las palabras de mi cerebro. Pero, una vez más, Adair evita que tenga que decir algo.

—Espero que vayas a la cárcel. Lo espero de verdad. Espero que te mueras en la cárcel —me dice.

Luego se da media vuelta y se marcha.

Entro en la cafetería, llena de gente, y me dirijo a toda prisa hacia una esquina. Me pregunto cuántas de las conversaciones que forman el murmullo de fondo tienen que ver con mi discusión con Adair. Me apoyo en la pared y finjo echar un vistazo al móvil para leer inexistentes mensajes de amigos. Me pregunto también si algún ser humano ha tenido alguna vez dos primeros días de clase peores. Intento obligar a mi sangre a reabsorber la adrenalina. Un

momento después sigo con el estómago revuelto, dejo de tener la cara roja e intento encontrar a Jesmyn entre la multitud. Ella me encuentra antes y se acerca sigilosamente a mí por la izquierda.

—Hola —me dice.

Pego un bote.

—Hola.

Nos reímos, nerviosos.

Entonces Jesmyn me abraza. Es la primera sensación agradable en todo el día. Su cuerpo parece encajar perfectamente en el mío. Su fría mejilla se pega a la mía y veo la luz fluorescente de la cafetería a través de su pelo. Huele a detergente para la ropa y a caramelos de cereza. Ojalá pudiera disfrutarlo sin reservas y sin preguntarme si Adair lo ha visto.

«Deberías decírselo. Deberías decirle a Jesmyn que Adair nos está mirando, y que Adair cree que estás tirándole los tejos a la novia de su hermano muerto. Deberías darle a Jesmyn la posibilidad de escapar de esto, ahora que aún está a tiempo, y de hacer amigos en la escuela. Deberías permitir que eligiera no ser una paria y no ponerse a la gente en contra, como tú. Deberías...»

—Me ha parecido que necesitabas un abrazo. Y dime, ¿estás loco? —me pregunta Jesmyn.

—Qué brusco. ¿Y si me han dicho que sí? Sería incómodo para ti.

—Es broma. ¿Te sientes mejor?

Buena pregunta. ¿Antes de mi discusión con Adair? Un poco mejor. Y no me he venido abajo en cuanto he entrado en la escuela, así que:

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Acabo de pelearme con Adair. En realidad me ha puesto como un trapo.

—Uf.

—Sí.

—Necesita tiempo. Como todos nosotros.

—En su caso, muchísimo tiempo.

—Vamos a sentarnos. ¿Te has traído la comida?

—Sí.

Saco mi sándwich de pavo y aguacate y lo desenvuelvo, aunque se me ha quitado el hambre.

—¿Qué comes?

—Mantequilla de cacahuete, plátano, miel y beicon —me contesta Jesmyn tapándose la boca llena.

—Y yo preocupado por si no te gustaban los batidos del Bobbie's... ¿Quién eres, Elvis?

—Ojalá. Por cierto, después de clase tengo que ensayar la pieza para mi audición. Tengo que empezar a ensayar con público para no ponerme nerviosa cuando toque con gente mirándome. ¿Quieres venir? Puedes hacer deberes o lo que quieras. Necesito a alguien en la habitación.

—¡Me siento halagado! ¿De verdad necesitas que se siente en una silla un saco andante de carne y órganos humanos? Pues, hola, ese soy yo.

Protesta y me empuja.

—Y porque me dijiste que querías verme tocar, idiota. No estoy buscando a gente al azar que venga a verme tocar. Para eso entraría en un sitio web de anuncios clasificados.

Hablando de gente al azar y de sacos de carne: levanto la mirada y veo a Alex Bishop. Nuestros ojos se encuentran, y los míos dicen: «No es necesario que me tengas pena, gilipollas. He perdido muchas cosas, pero tengo esta. Estoy sentado al lado de Jesmyn, que está comiéndose su sándwich Elvis, y tú no. Así que bésame el culo». Había olvidado lo que es una victoria. Es fantástica.

Disfruto de ella unos tres segundos, hasta que veo a Adair mirándonos con el ceño fruncido y susurrando a sus amigos. Nuestra anterior discusión resuena en mis oídos.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Quieres venir?

—Sí, sí.

—¿En qué estás pensando?

—En nada —le miento—. ¿Por qué?

—Porque pareces más Carver que nunca.

Me río a mi pesar.

—¿Qué quieres decir?

—Perdido, más o menos.

—Ah, qué bien.

—No, quiero decir perdido en tus pensamientos. Como si los misterios del universo se revelaran ante ti.

Nunca me he acostumbrado a la idea de que la gente piense en mí cuando no estoy delante.

—Pues no. Cuanto más pienso en los misterios del universo, menos los entiendo.

—¿De eso has hablado con el terapeuta? ¿De los misterios del universo?

—Más de los misterios de mi propio cerebro.

—Fascinante —susurra.

—Qué sarcástica.

—Solo un poco. ¿Quieres un mordisco de mi...? —empieza a decir Jesmyn.

Pero un trueno la interrumpe. Lo oímos por encima del murmullo. Una descarga recorre la multitud. De repente a Jesmyn le brilla la cara.

Se levanta de un salto, me coge de la muñeca y tira de mí.

—Vamos.

—¿Qué pasa? —le pregunto con la boca llena.

—Corre. Tenemos que verlo.

Tira de mí hacia el pasillo que da a la cafetería, con ventanales desde el suelo hasta el techo.

Llegamos y Jesmyn me suelta la muñeca, lo que me deja la piel hambrienta. Apoya las manos en el cristal, como un niño en el zoo con expresión asombrada. Como si intentara absorber algo. Un relámpago seguido de otro trueno ensordecedor. Se sobresalta y se ríe.

La lluvia cae en torrentes inclinados. El viento que la empuja hace que los árboles se doblen casi por la mitad.

—Vaya —susurra.

Pero yo no presto atención a la tormenta y me maravillo ante su arrebato.

—Es como si estuviera viendo a alguien experimentando algo sagrado.

Le brillan los ojos.

—Estás viéndolo —murmura sin apenas moverse—. Me encanta la energía de las tormentas. Me recuerdan las poderosas fuerzas que hay ahí fuera.

Otro trueno. Me pregunto si en la cárcel se oyen las tormentas eléctricas.

—Si piensas en la naturaleza como una pieza musical, las tormentas son los movimientos de esa pieza —me dice.

Mi sesión con el doctor Méndez me ha dejado en un estado de ánimo proclive a escuchar, así que la escucho sin decir nada.

—¿Crees que soy una psicópata? —me pregunta.

Es evidente que no le importa si lo pienso.

—No. Bueno, no olvides que te llevé a un parque a perseguir ardillas, así que no soy quién para decir nada.

La tormenta es cada vez más intensa. Aunque son las doce del mediodía,

fuera parece que está anocheciendo. Otro relámpago, un trueno, y las luces parpadean.

Me acerco a ella y miro hacia fuera.

—Hablando de perseguir ardillas, ¿recuerdas que cuando fuimos te conté que la abuela de Blake me había propuesto dedicar un día a despedirnos de él?

Se da la vuelta hacia mí.

—Lo recuerdo.

—Se lo he comentado a mi terapeuta. Le he preguntado si debía hacerlo. Me ha dicho que tengo que decidirlo yo.

—¿Vas a hacerlo?

—Podría irme bien.

—En ese caso seguramente deberías.

Un relámpago ilumina la parte de su cara que da a la ventana. De repente soy sumamente consciente de lo vivo que estoy, de que respiro. Y también me da la fugaz sensación —como un rayo— de que aunque Mars, Blake y Eli ya no están aquí para hacer el gilipollas en las clases de historia del señor McCullough, ahora tengo algo diferente, que es contemplar una tormenta con Jesmyn Holder, y quizá está bien. Intento atrapar la sensación, pero es demasiado efímera y se disuelve en el aire.

Jesmyn me lanza una medio sonrisa y se vuelve hacia la tormenta.

Después de las clases la observo tocar. Nunca he estado tan cerca de alguien haciendo algo mejor. Se balancea y murmura para sí misma mientras sus dedos se deslizan por las teclas como alas. Se detiene de repente para anotar algo en la partitura.

Si Adair asomara la cabeza y nos viera, las cosas se complicarían tanto

para Jesmyn como para mí.

Ahora mismo debería estar en McKay's, pidiendo que volvieran a darme el trabajo y dedicándole unas horas después de clase para pagarme la defensa legal.

Pero lo que hago es observarla tocar. Si pudiera salir de mi cuerpo y verme a mí mismo, seguramente me parecería a ella observando la tormenta. Como si estuviera ante algo sagrado y verdadero. Como si fuera testigo de lo que alguien esconde en el corazón, de un ritual secreto. Por un momento me olvido de mí mismo y de todas mis cargas. La pena. La culpa. El miedo.

Sean cuales sean los misterios del universo, o de los recovecos de mi mente, lo que Eli vio en Jesmyn no se encuentra entre ellos.

Tengo una cuenta de Facebook con el único propósito de escribirme con mi abuela de Irlanda. Le pedí que se abriera una porque no dejaba de reenviarme mails con chorradas. Me llega una notificación de que tengo un mensaje suyo. Al ir a leerlo, veo las «páginas recomendadas» de la banda lateral de la página. Esta vez, entre las habituales, hay una página recomendada nueva: «Procesar a Carver Briggs».

El corazón me explota contra las costillas como un animal rabioso contra los barrotes de una jaula. En la página aún no hay muchas cosas. Un breve relato del Accidente. Varias estadísticas sobre accidentes de tráfico relacionados con los mensajes de móvil. El principal artículo del *Tennessean* sobre el Accidente. El post tiene cinco likes. Dos de ellos son de amigos de Adair. La página en sí tiene treinta y siete likes.

Cierro el portátil sin haber leído el mensaje de mi abuela, me levanto de la mesa y camino de un lado a otro. Por alguna razón cierro las persianas. Me siento desnudo y vulnerable.

El caso es que en ningún artículo sobre el Accidente habían dado mi nombre. Esta página lo da. Ahora, cualquier persona que quiera contratarme, cualquier universidad que busque mi nombre en Google, lo verá. Eso si hay alguien que quiera contratarme o alguna universidad a la que ir y no estoy en la cárcel.

Supongo que una parte de mí suponía que algún día dejarían de señalarme por la muerte de mis amigos.

Qué absurda suposición.

—¿Por qué tienes que irte tan pronto? La universidad empieza el lunes — le digo.

Estamos en el porche. El coche de Georgia está delante de casa, cargado hasta los topes.

—Sí, qué divertido. Despertarme el lunes a las tres de la mañana para llegar a la universidad a las siete, dejar las cosas y correr a la clase de química orgánica —me contesta Georgia.

—No digo eso. Pero podrías marcharte el domingo. Es viernes.

—No es el último día en tu vida que vas a verme. Estaré en casa en octubre, para el concierto de Dearly.

—Podríamos salir hoy. Y te vas mañana.

—Necesito tiempo para instalarme, de verdad.

—Quieres decir que necesitas tiempo para irte de fiesta —murmuro.

Georgia se inclina hacia delante con una mano detrás de la oreja.

—¿Qué? No te he oído. ¿Qué necesito? ¿Has dicho que quieres que te meta un dedo en el oído?

Se mete un dedo meñique en la boca, lo saca empapado y lo dirige hacia mi oreja.

—Georgia, no. Qué asco. No seas gilipollas.

Le agarro la muñeca.

Se ríe a carcajadas, se chupa el otro meñique y va a por mi otra oreja. Le agarro también la otra muñeca. Se suelta, intenta llegar a mi oreja, pero me rebota en la mejilla. Es una fanática del pilates, y yo no, así que me cuesta defenderme.

—Georgia, para. Venga, para.

Me tiembla el brazo intentando mantener su otra mano alejada de mi oreja.

—Vale, vale, ¿firmamos la paz?

Tiene las mejillas rojas. Se lo está pasando en grande.

—Vale, paz.

La suelto, aunque sé que va a jugármela.

Nos separamos y nos miramos con cautela. Entonces, como una impresionante cobra, antes incluso de que haya podido levantar los brazos, tengo su meñique húmedo en el oído.

Me quedo quieto. Estoy tan derrotado que ni siquiera intento apartarle la mano. Es muy incómodo mirar fijamente a alguien que tiene el dedo metido en tu oreja.

Saca el dedo.

—Todo irá bien —me dice en tono amable.

—¿Ah sí?

Quiero creerla, pero me cuesta imaginarlo.

—Estás hablando con el doctor Méndez. Es genial. Estás tomando la medicación. Es importante. Tienes a Jesmyn, que parece supermaja.

Jesmyn vino a la barbacoa que hicimos ayer para despedir a Georgia.

—Es maja —le digo.

—No la cagues, sea lo que sea.

El sentimiento de culpa se apodera de mí.

—Solo somos amigos.

—¿Me prometes que vas a seguir viendo al doctor Méndez, aunque en un

principio las cosas no vayan bien?

—Sí.

—Puedes llamarme o mandarme un mensaje cuando necesites hablar.

—Sí.

—¿Vas a intentar abrirte un poco más a mamá y papá?

—Lo intentaré.

—Mi oferta de darle una patada en el culo a Adair sigue en pie.

—Lo sé. No es necesario que vayamos los dos a la cárcel.

—Carver, ten cuidado, por favor. No facilites las cosas al juez Edwards.

No digas nada que no debas.

—Vale.

—Ven a darme un abrazo.

Me tapo las orejas con las manos y me coloco entre sus brazos abiertos. Cuando ya me siento a salvo porque está abrazándome, le devuelvo el abrazo.

—No me queda tanta gente.

Intento decirlo en broma, pero no lo consigo.

—Ánimo.

Georgia sube al coche, me dice adiós con la mano y se marcha.

Le digo adiós con la mano y siento que mi vida vuelve a encogerse.

Casi me falta el valor. Me tiemblan las manos mientras marco el número de la abuela Betsy.

—Blade —me dice en tono alegre—. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Sobreviviendo. Unos días mejor que otros.

—Ya te oigo. Bueno... te llamo porque creo que podríamos despedirnos de Blake, como me propusiste. No sé cómo funciona, pero quiero intentarlo.

Se produce un silencio al otro lado de la línea.

—Estupendo. Supongo que improvisaremos, ¿no?

—Es la mejor manera de rendir homenaje a Blake.

Se ríe.

—¿Qué te parece el sábado de la semana que viene?

—Perfecto.

—Empezaremos a primera hora de la mañana y acabaremos por la noche.

Será un auténtico último día con Blake.

—Muy bien.

—Significa mucho para mí. Significaría mucho para Blake.

—Eso espero.

Colgamos y me siento un rato en la cama, escuchando mi respiración. Me pregunto en qué me he metido. Me pregunto si soy la persona adecuada para llevar a cabo la labor de que mi amigo descanse de una vez por todas. Me pregunto si merezco que esto sirva para cerrar de alguna manera el tema.

Vuelvo a soñar con ellos. En el sueño estamos juntos, haciendo algo alegre —no sé exactamente qué, mis sueños no siempre dan detalles concretos—, y me siento aliviado porque no han muerto. Cuando me despierto, les suplico que se queden conmigo un poco más, pero no se quedan.

Como tantas veces, se disipan en la oscuridad de la madrugada y me dejan solo con mi desolación. Con mi abrasador sentimiento de culpa.

**En la vida, a menudo nos enfrentamos a un reto que parece superior a nuestras fuerzas. Yo me enfrenté a uno de esos retos justo antes de empezar mi último año de instituto. Tuve que aprender.**

**Tuve que superarme.**

**Me enseñó.**

**No. No puedo. Lo siento, señores del comité de admisión, pero la verdad es que debo dejar de engañarme a mí mismo en este estúpido trabajo, porque no he aprendido. No me he superado. Me dan ataques de pánico y no puedo dormir por las noches. Perder a mis tres mejores amigos no me ha enseñado una mierda, aparte de mi aptitud para la pena y el autorreproche.**

**Tgjgdssvhjinngdsbnkjmvcdfbnnnbcdfdkfsfdapsdofiasdpfo  
sa kdfsapdfjo**

**Voy a borrar toda esta mierda y voy a ir al Nashville State Community College a estudiar ciencias de la conserjería. Eso si no estoy en la cárcel.**

Me reclino en la silla y gruño al techo. Hasta ahora el día no había sido tan terrible. He estado viendo tocar a Jesmyn y he llegado a casa hace más o menos una hora. Ahora siento punzadas de dolor los días que no la veo. Y la música parece abrir alguna puerta oxidada dentro de mí. Las palabras están empezando a fluir de nuevo. Bueno, a gotear. Tengo dos páginas de un relato. Algo es algo, supongo.

Llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

Entra mi madre, seguida por mi padre. Están muy serios. Mi padre tiene un periódico en las manos. El corazón se me dispara.

—Hola, cariño —me dice mi madre—. ¿Podemos hablar un segundo?

Su voz tiembla ligeramente. Pero en el contexto de nuestra interacción, lo paso por alto.

—Hum. Claro.

Mi padre se sienta en la cama, y mi madre se sienta a su lado. Mi madre se dirige a mi padre.

—Callum, ¿se lo dices tú? Yo no...

Mi padre carraspea. Me mira fijamente un momento y luego baja los ojos hacia el periódico. Habla en voz baja. El mismo temblor que en la voz de mi madre.

—Carver, nos ha llamado el señor Krantz para contarnos que el *Tennessean* ha publicado un artículo. La fiscal del distrito ha decidido abrir una investigación sobre el accidente.

Los latidos de mi corazón se convierten en un redoble de tambor.

—¿Ha dicho algo más?

—Ha dicho que seguramente querrán hablar contigo. Así que asegúrate de no hablar con la policía si él no está contigo —me dice mi madre.

Tengo la boca seca. Me sudan las palmas de las manos. No puedo respirar. Una sensación horrible que conozco.

—¿Me dejáis solo un momento? Necesito... Necesito estar solo.

Intento que no parezca que estoy frenético, aunque siento que se me encogen los pulmones.

Me abrazan, salen de mi habitación y cierran despacio la puerta.

Me dejo caer en la cama, nadando en sudor. En mi campo de visión aparecen puntos negros. Por un instante me veo tumbado en el catre de una cárcel, dándome un ataque.

Supongo que estas muertes en miniatura son parte de mi nuevo paisaje. Al menos tendré mucho de lo que hablar con el doctor Méndez en nuestra próxima sesión.

Cuando lo peor ha pasado, mando un mensaje a Jesmyn pidiéndole que coloque el teléfono junto al piano y toque para mí. No le cuento por qué, y ella no me lo pregunta.

Hace que me sienta un poco mejor.

Cuando acaba, le digo que podría estar camino de la cárcel.

Casi siempre sucede cuando mi mente está más tranquila. Cuando estoy quedándome dormido. Cuando estoy oyendo tocar a Jesmyn. Cuando desearía que mi mente se llenara de palabras para mi nuevo relato, pero de lo que se llena es de un cielo gris oscuro.

Empiezo con los «¿y si...?». Con las segundas oportunidades. Con las repeticiones.

No actuar. No mando un mensaje a Mars. ¿Qué más? Supongo que, para empezar, podría intentar que no fueran al cine. Pero me cuesta más imaginarlo, porque eso implica convencerlos de no ir a ver una película que les apetece mucho ver, sin razones para creer que al hacerlo van a correr peligro.

No me imagino lo que podría haber hecho Mars. Yo no estaba allí. No puedo controlarlo. No me imagino lo que el conductor podría haber hecho. Solo puedo controlar lo que hago yo. Y en este escenario, no puedo hacer nada. No hacer nada es fácil. Puedo no hacer nada.

Así que no mando un mensaje a Mars. Me limito a esperar quince minutos. Me digo a mí mismo que no tardarán en llegar y que mandarles un mensaje no va a hacer que lleguen antes. Estoy tentado de hacerlo, pero no lo hago. No mando un mensaje a Mars.

Mientras espero, hojeo un libro que se supone que debería estar colocando

en la estantería. Al volver al trabajo, oigo una voz imitando fatal a una mujer.

—Perdone, joven, ¿dónde están los ejemplares de *Cincuenta sombras de Grey*? Solo ejemplares nuevos, por favor.

Es Blake. Eli y Mars están a su lado.

Me río.

—Sabe que ese libro lo protagonizan personas, no ovejas, ¿verdad?

—Oh... Entonces déjelo correr.

Nos partimos de risa.

—¿Qué tal la película? —les pregunto.

—Increíble —dicen Blake y Eli a la vez.

—Una mierda —dice Mars.

Lo miran. Mars se encoge de hombros.

—Marvel está apoderándose de DC.

Los demás ponen los ojos en blanco.

—Hay que ser friki para no pasártelo bien —dice Eli.

—Mira, me sorprende que hayas venido al cine. Pensaba que Jesmyn te había metido las pelotas en una cajita forrada de terciopelo —le dice Mars.

*Ohhhhhhhhhhhhh*, gritamos todos.

Eli nos hace callar.

—Tío, mis pelotas están exactamente donde tienen que estar, pregúntaselo a tu madre.

Gritamos todos más fuerte.

—Oh, mierda —dice Blake señalando a Mars y tapándose la boca—. Te has quedado sin palabras, tío.

Mars empieza a decir algo, pero me llevo los dedos a los labios sin dejar de sonreír.

—Chicos. Calma. Vais a conseguir que me despidan. Daremos por sentado que Mars tenía un insulto potente como respuesta.

Eli tiende la mano a Mars, que se la estrecha dando una palmada.

Blake echa un vistazo al móvil.

—Blade, acaba ya. Tenemos que perseguir ardillas y estoy a punto de colaborar a que un Bobbie's haga negocio.

Me quito el delantal verde y me dirijo a la trastienda. Oigo a Mars diciendo:

—Familia, tenemos que encontrar novia. Tú no, Eli, pero los demás sí. Perseguir a putas ardillas. Que os den a todos.

Sus voces ascienden hacia el cielo y se diluyen.

Esto es lo que se supone que debería haber sucedido aquel día.

Así que no mando un mensaje a Mars. Dejo el móvil en el bolsillo. Sigo colocando libros hasta que llegan, y charlamos, nos reímos y nos arrodillamos ante el altar de la vida sin ser siquiera conscientes de que lo estamos haciendo. Espero. No mando un mensaje a Mars.

Y ya yo están destrozados entre un caos de luces y gritos, con su sangre carmesí derramándose por el negro asfalto como si ese fuera su lugar.

Así que no mando un mensaje a Mars.

No mando un mensaje a Mars.

No mando un mensaje a Mars.

Estoy tumbado debajo del piano mientras toca, con las manos detrás de la cabeza. Desde mi posición, es como estar totalmente inmerso en un mar iluminado por las estrellas. Me tranquiliza.

Deja de tocar. Sigo aquí tumbado. Empiezo a levantarme, pero se arrodilla y echa un vistazo. Se mete debajo del piano, se tumba a mi lado y mira hacia arriba.

—Hola —me dice.

—Sonaba fantástico.

—No me digas que no me has oído cagándola en la última parte.

—Te lo digo. ¿Qué obras es? Es buenísima.

—«Jeux d'eau», de Ravel. Es imposible, pero me jode tocar algo fácil, aunque lo toque perfecto. —Cruza las piernas y se alisa el vestido por encima de los muslos—. De modo que así se ven las cosas desde aquí abajo...

—No estoy aquí por cómo se ve, sino por el sonido. Vas a ensuciarte.

Resopla.

—¿Y qué? Solía ir a cazar ranas con mis hermanos. Se me llenaban los pies de barro.

—¿Ibas a cazar ranas?

Suspira y pone los ojos en blanco.

—Ya empezamos otra vez con el racismo.

—¿Qué? No. Venga ya. ¿Por qué?

—Sí, cada vez que comento que soy de campo te sorprendes mucho porque los asiáticos no pueden ser de campo.

—No es eso.

—Entonces simplemente eres sexista.

—No.

—Si fuera un tío blanco de diecisiete años de Jackson, Tennessee, ¿te sorprendería tanto que te dijera que iba a cazar ranas con mis hermanos?

«Mierda. Se lo he puesto a huevo.»

—Sí...

—Mentiroso. Mentiroso sexista.

—¡No! Es porque eres pianista y doy por sentado que a los pianistas os preocupan vuestras manos.

«Muy bien. Has sido rápido.»

Reprime una carcajada y me da un manotazo en la barriga.

—¡Toma música!

Me encojo y me río.

—Ay. Ha dolido. Y no me sorprende en absoluto, porque las chicas también sois buenas pegando.

—Gilipollas —murmura sonriendo—. Bueno, quiero escuchar cómo suena desde aquí abajo. Toca algo.

—No sé tocar.

—Todo el mundo sabe tocar una canción al piano. Hazlo. Capullo.

Finjo enfadarme.

—Muy bien.

Me levanto y me sacudo el polvo. Me siento al piano.

*Eli se sienta a mi lado en el banco del piano.*

—Esto va a ser divertido.

—Tu cara va a ser divertida —le digo.

—Lo intenté contigo, de verdad.

—Lo sé. Te lo dije muchas veces: la música no es lo mío. Los genes musicales de mi padre pasaron totalmente de mí. No sé.

—¿Cuántas veces me ofrecí a enseñarte a tocar la guitarra?

—Tío, lo intentaste. Lo admito. Es como si no soportaras tener a alguien a tu lado que no supiera lo que es disfrutar de tocar un instrumento.

—Cierto. Y también es cierto que desgraciadamente no te preparé para quedar con mi muy musical novia después de que yo muriera.

—No es culpa tuya.

—Iba a enseñarle a tocar la guitarra. Habría sido buena.

—No lo dudo.

Eli se aparta el pelo de los ojos con un rápido movimiento de cuello.

—Dale a la tecla del do, tío. Sin sostenidos ni bemoles. Te los perdono.

—Estoy totalmente a favor del perdón.

—No entiendes nada.

—La verdad es que no.

—¿Cómo te libraste de las clases de piano de niño?

—Georgia se lo hizo pasar tan mal a mis padres que conmigo ni siquiera lo intentaron.

—Te hago mi recomendación oficial.

—Te escucho.

—Sé divertido. Es tu única opción.

—Es lo que me habría dicho Blake.

—Sí, bueno, sabemos cuáles son tus puntos fuertes y tus puntos débiles, Blade.

—Os echo de menos, tíos.

Y se va.

La voz de Jesmyn suena distante desde debajo del piano.

—Muy bien, sorpréndeme.

Finjo mi horrible acento británico.

—Pero ¿qué toco? ¿Qué puedo ofrecerte? ¿Mozart? Bah. ¿Beethoven?  
Chorradas. A ver, otro compositor.

—Bartók —dice riéndose.

—¿El Bartók? Tonterías sin sentido. No, voy a tocarte una obra maestra mía...

—Toca ya, idiota.

—Shhh... una obra maestra mía que se titula «Mary tenía un corderito».

Se ríe. Toco dubitativo, con torpeza. Termino con una floritura, me levanto y me inclino ante ella. Jesmyn aplaude.

Me meto debajo del piano y me tumbo a su lado.

—¿Qué tal?

—Bravo, maestro. —Me da palmaditas en el pecho—. Aquí abajo suena increíble. —Un momento después dice en voz más baja—: Me recuerda a cuando Eli tocaba para mí.

El aire entre nosotros es como cuando un viento fuerte se detiene y los árboles se quedan quietos.

—Sí —le digo, porque no sé qué otra cosa decir.

—¿Alguna vez tocó para vosotros?

Jesmyn se vuelve de lado, con las palmas de las manos debajo de la cara.

Me vuelvo también yo y me coloco frente a ella.

—A veces. Pero supongo que a nosotros no pretendía besarnos.

Nos sonreímos con nostalgia.

—Todavía no estoy bien —me dice Jesmyn—. Estoy mejor, pero aún no

he vuelto a la normalidad.

—El otro día, cuando te llamé y te pedí que tocaras para mí, estaba saliendo de otro ataque de pánico.

—Tú ganas. ¿Estás bien?

—Sí. Menuda mierda de competición que he ganado.

—Sigo llorando de repente —me dice—. Como el otro día, que mi madre me manda a comprar huevos, me pongo en la cola, y como la cola es muy larga, me echo a llorar. No solía llorar por tonterías.

—¿Recuerdas que te comenté lo de dedicar un día a despedirme de Blake con su abuela? Es mañana.

—Vaya —murmura—. ¿Estás nervioso?

—Sí. Hablé con ella anoche y tiene un plan, así que supongo que lo llevaremos a cabo. Es difícil saber cómo honrar la vida de alguien.

—Sí. Pero eres inteligente y sensible... Todo irá bien.

—No soy tan sensible.

—En primer lugar, la sensibilidad es un rasgo fantástico en los hombres. Y en segundo lugar, sí, eres sensible, y está muy bien. Intentaba piropoarte.

—Perdón. Acepto el piropo.

La parte «en los hombres» salva la parte de mi ego que se ha sentido herida al ser considerada excesivamente sensible.

—¿Qué hora es?

Miro el móvil.

—Las cuatro y cuarto.

—Mierda. Tengo un alumno dentro de media hora.

Jesmyn sale de debajo del piano y se levanta. La sigo.

Se da media vuelta, da un paso atrás, se sujeta la larga melena y la levanta.

—Sacúdeme el polvo.

Me resisto. Ella espera. Empiezo a sacudirle el polvo. Le paso las manos

por los suaves hombros, casi desnudos. Desprenden un olor a loción de madreselva. Por la zona en que el cuello se une a los hombros, aunque seguramente el pelo la cubría. Quiero hacerlo bien. No lo hago como si estuviera expulsando migas de galletas de la tapicería de un coche, sino como si estuviera sacudiendo la suciedad de un cuadro valioso descubierto en un desván. Su piel es cálida bajo mis dedos, como el primer día de primavera en que puedes abrir las ventanas.

Le sacudo los omóplatos. La espalda. La parte de atrás del brazo izquierdo. La parte de atrás del brazo derecho. La parte de abajo de la espalda, hasta donde me atrevo.

Siento el pulso en las puntas de los dedos.

—¿Las piernas también?

A las piernas llega ella misma, pero...

—No —murmura—. Quiero ir por ahí con las piernas sucias.

«Interesante.»

—¿Te das cuenta de que no he dado por sentado que querías que lo hiciera porque eres una chica que teme haberse ensuciado un poco?

Vuelve un poco la cabeza y puedo ver su sonrisa.

—No eres un caso desesperado.

Me inclino y sacudo la parte de atrás de sus suaves muslos por debajo del dobladillo del vestido. En cuanto lo hago, empiezo a sentir lo que podríamos llamar «cierto crecimiento personal». Intento de verdad que esto sea puro e inocente, y no estoy siendo un cerdo con una amiga, pero le toco las piernas y son realmente bonitas. Así que pienso en mi abuela cagando para cortarlo de raíz y evitar toda posible vergüenza cuando Jesmyn se dé la vuelta. Funciona bastante bien.

—Lo harás genial mañana —me dice Jesmyn sin venir a cuento.

Y recordarlo funciona incluso mejor que mi abuela cagando.

—Estás haciendo lo correcto. Seguro que te irá bien.

—No quiero empeorar las cosas.

—No las empeorarás. ¿Has acabado? ¿Estoy bien? —me pregunta soltándose el pelo.

—Sí —le contesto—. Estás bien.

De camino a casa me llama Darren Coughlin. Paro el coche a un lado de la carretera para contestar. Me pregunta si tengo algo que decir sobre la inminente investigación. Le contesto que no, me quedo sentado, respiro y escucho mis latidos hasta que estoy seguro de que no va a darme un ataque de pánico mientras conduzco.

Si tuviera un millón de dólares... bueno, en primer lugar pagaría al señor Krantz... pero luego daría todo el dinero que me quedara por una hora sin pensar en el Accidente, en el juez Edwards, en la fiscal del distrito, en Adair, en costes legales, en la cárcel, en nada de todo esto.

Una hora en la que pudiera sentarme y dejar que la calidez de la piel de Jesmyn se desvaneciera del recuerdo de las yemas de mis dedos, con la mente tan clara y serena como un mar sin olas en un día sin viento.

Estoy tumbado y el silencio brama en mis oídos. Los números verdes brillantes de mi despertador marcan las 2.45. Casi me había dormido cuando me ha despertado un tren. La abuela Betsy no bromeaba cuando dijo a primera hora. He quedado con ella a las siete de la mañana.

Intento reunir mis historias sobre él. No me ayudará a dormir, pero lo hago igualmente. Las alineo en mi mente. Las limpio y las pulo.

Me preparo para enterrarlas.

Es la tercera semana de mi primer año en la NAA (es una escuela en la que se estudian los cinco últimos cursos antes de la universidad). No conozco a nadie. He dejado atrás a mis pocos amigos y a los muchos compañeros que se metían conmigo en la Bellevue Middle. Es extraño estar en una escuela en la que todos los de tu clase son nuevos.

Estoy sentado al final de la clase de educación cívica, y la profesora, la señorita Lunsgaard, está soltando un rollo sobre el sistema de gobierno bicameral, controles y mayorías. Es la hora que se hace más larga porque es la de antes de comer. Miro al chico que está a mi lado. Parece majo y amable. Me sonrío y empieza a hacer elaborados movimientos con las manos. Se hace un nudo invisible alrededor del cuello, lo aprieta, tira hacia arriba y saca la

lengua de lado.

Reprimo una carcajada y finjo abrir un bote de pastillas y vaciármelo entero en la garganta.

Él no consigue reprimir la risa. La señorita Lunsgaard nos mira.

—¿Blake? ¿Carver? Esto entra en el examen.

—Perdón —murmuramos.

Volvemos a mirarnos. Blake finge cortarse las venas por debajo de la mesa.

Por fin suena el timbre. Empiezo a meter mis cosas en la mochila. Blake me tiende la mano.

—Hola, tío, me llamo Blake.

Le estrecho la mano.

—Carver.

—Cómo mola tu nombre, tío. Parece de asesino en serie. El Carver de Boston.

Habla arrastrando las palabras. No parece de aquí.

—Sí, me pusieron este nombre por un escritor de relatos.

—Ah.

—Un escritor de relatos muy aclamado.

—Ah.

Pone voz de señora impresionada y se tapa la boca abierta.

Me río.

—¿A qué colegio ibas antes?

—Uf, tío, no te sonará de nada. La Andrew Johnson Middle School. Está en Greeneville.

—¿Carolina del Sur?

—Al este de Tennessee. Mucho más cerca de Carolina del Norte que de aquí.

—¿Y cómo has acabado aquí?

—Vivo con mi abuela. Mi abuelo murió hace tiempo. Mi abuela necesitaba un cambio y quería que yo fuera a una buena escuela, así que nos mudamos aquí.

—Genial. ¿Te gusta Nashville?

—Sí. Ojalá conociera a más gente.

Salimos al pasillo.

—¿Te apetece que comamos juntos? —le pregunto.

Se le ilumina la cara.

—Claro, tío. Vamos.

Vamos a comer. Me muestra su canal de YouTube. Yo le hablo de mis relatos. Nos reímos.

La verdad es que nos reímos mucho.

Seguramente hubo un período en el que no éramos amigos íntimos e inseparables. Días. Quizá semanas. Pero, en mi recuerdo, desde aquel día éramos ya tan amigos como años después. Es curioso cómo la memoria elimina las partes aburridas. Y eso la convierte en un buen editor. Pero a veces quieres recordar todos los minutos que has pasado con alguien. Quieres recordar hasta los momentos más prosaicos. Deseas haberlos vivido más y que te hubieran marcado de forma más indeleble, no a pesar de su cotidianidad, sino precisamente por ella. Porque no estás preparado para que la historia termine. Pero solo lo descubres cuando es demasiado tarde.

Pienso en estas cosas tumbado, esperando a que salga el sol.

Aparco delante de la casa de la abuela Betsy a las 6.54 y me quedo en el coche hasta las 7.01. Un perro me ladra desde detrás de una verja metálica, al otro lado de la calle, y los insectos zumban, pero por lo demás el barrio

duerme plácidamente en una mañana de sábado. El aire sigue cargando la humedad del verano, aunque ya casi ha acabado la primera semana de septiembre. El rocío brilla en el césped, que empieza a estar demasiado alto. Tomo nota mentalmente de que tengo que volver pronto a cortarlo.

La abuela Betsy abre la puerta vestida con una camiseta con ositos de peluche estampados, una gorra de la Universidad de Tennessee, vaqueros de abuela y zapatillas de deporte blancas. Parece que lleva el cansancio tatuado en la cara. No es un cansancio momentáneo, transitorio, del que puedes librarte durmiendo. Pero en parte desaparece en cuanto sonrío.

—Blade. Pasa, pasa. ¿Qué tal?

—Bien.

Le devuelvo su sonrisa cansada y entro.

—¿Listo?

—Creo que sí.

—¿No te importa ensuciarte?

—No.

—Bien, porque he pensado que vamos a empezar por una de las cosas que más nos gustaban hacer a Blake y a mí los sábados por la mañana: pescar de pena. Luego saquearemos la Waffle House, nuestro lugar favorito para desayunar.

—Espera, ¿has dicho pescar lubina?

—Pescar de pena. Te lo explicaré en el coche.

Ayudo a la abuela Betsy a meter un par de cañas y de hamacas, una nevera y una caja de aparejos en el maletero de su destartado y descascarado Buick marrón. Me hundo en el asiento acolchado. Huele a pino y a tela polvorienta, y el salpicadero está iluminado por múltiples luces naranjas. El motor chirría al salir del camino marcha atrás. En la radio, sintonizada en WSM 660 AM, suena Johnny Cash a bajo volumen.

—El nombre se le ocurrió a Blake, por supuesto —me dice la abuela Betsy—. Yo no soy ni por asomo tan rápida con las bromas.

—Nadie es tan rápido como él.

—Es verdad. En fin, pescar de pena es sencillamente eso. Pescar de pena. Nunca se nos dio bien pescar. Cuando Blake vino a vivir conmigo, tenía ocho años. Nunca había hecho las cosas que un niño de su edad debería haber hecho. Mitzi siempre estaba borracha o colocada. Los únicos hombres que andaban por su casa eran sus novios, en el mejor de los casos. Así que sentaban a Blake delante de la tele durante horas y horas.

»Así se metió en el humor. Viendo tanta tele. Nunca me habló demasiado de su vida anterior, pero esto me lo dijo.

»En fin, que un día Blake me dice: “Abuela, quiero ir a pescar, como la gente que sale en la tele”. Bueno, a Rolly, mi marido, le encantaba pescar. Pero en aquella época ya había muerto. Así que pensé en buscar una solución. Voy a comprar un par de cañas y aparejos, y busco gusanos en la tierra. Lo haremos como en los dibujos animados, pienso. Así que vamos, pasamos toda la mañana y no pescamos nada. No pica ni uno. Pero, por Dios, lo que nos divertimos haciendo el payaso, charlando y bebiendo zarzaparrilla. Habíamos ido bastantes veces cuando Blake me dice por fin... —Empieza a temblar de risa y se le saltan las lágrimas—. Perdona, la verdad es que no da tanta risa. Pero me dice: “Abuela, no pescamos lubinas. Pescamos de pena”.

Me había preparado para la experiencia de pisar terreno sagrado. Pero la realidad es otra cosa. De repente quiero confesarle por qué exactamente no merezco estar aquí con ella. Entonces la voz del señor Krantz resuena en mi cabeza y me devuelve a la realidad. Solo una confesión parcial.

—Abuela Betsy, no estoy seguro de que sea la persona adecuada para hacer esto. Es muy especial.

Apaga la radio, que estaba ya muy baja.

—Es especial. Es lo más especial que podríamos hacer ahora mismo. Y eso quiere decir que yo decido quién merece hacerlo conmigo. Y si digo que tú, pues tú. ¿Entendido?

Su tono es amable, aunque con un punto de «No me discutas».

Me mira y asiento.

—¿Qué diría Blake si estuviera aquí? —me pregunta—. ¿Diría: «No, abuela, no lo merece»?

Niego con la cabeza. Pero sigo temiendo que su generosidad y la de Blake no basten para absolverme.

—La primera vez que me habló de ti fue yendo a pescar de pena —me dice.

—¿En serio?

—Le pregunté qué tal le iba en el colegio, si había hecho amigos. Tenía muchos fans de su canal de internet, pero no es lo mismo que amigos de verdad. Me preocupaba, porque no había tenido los mejores ejemplos.

—No se le notaba.

—Eso pensaba yo, pero acabábamos de mudarnos de un pueblecito del este de Tennessee a la gran ciudad, y lo había metido en esa escuela con todos esos chicos inteligentes y con talento. Sabía que Blake era inteligente y tenía talento, pero me preocupaba.

—¿Y qué te contó?

La abuela Betsy sonrío.

—Me dice: «Abuela, en la escuela he conocido a un chico muy majo que se llama Carver y he comido con él. ¡Vamos a ser amigos!».

—¿Lo dijo exactamente así?

Suena muy infantil.

—Exactamente. Lo recuerdo porque fue uno de los días que supe que habíamos hecho bien dejando atrás el pueblo y trasladándonos aquí. Era un

gran riesgo y estaba asustada.

Y entonces me doy cuenta, como en un flash: «El riesgo que asumiste dio como resultado la muerte de Blake. Si Blake y tú os hubierais quedado en el pueblo, él no habría muerto».

—¿Alguna vez te arrepientes de haber venido? —le pregunto en voz baja.

No consigo hacerle el resto de la pregunta y unir los puntos.

Pero ella parece haberlos unido igualmente. Sus ojos adquieren un brillo lejano y se llenan de lágrimas.

—No. Blake murió aquí. Pero si no hubiéramos venido, nunca habría vivido. Aquí encontró a su gente. La mano de Dios guía nuestras vidas, y creo que él nos guio hasta aquí. No sé por qué decidió quitarnos a Blake. Dios obra de formas misteriosas.

Por un momento el silencio se instala entre nosotros como una cortina colgando de un hilo. Luego la abuela Betsy enciende la radio.

—Hoy hablaremos mucho. Pero por ahora tenemos que cantar viejas canciones country a todo pulmón y desafinando. La tradición es la tradición.

Llegamos al lago Percy Priest, aparcamos y caminamos un rato hasta el lugar en el que pescaban. Abrimos las hamacas. La abuela Betsy me ayuda a poner el cebo en el anzuelo riéndose.

—Creo que he encontrado a la única persona en el mundo que pesca peor que Blade y yo.

—Has tenido suerte.

Lanzamos las cañas y nos sentamos.

Me da una palmada en la rodilla y señala hacia el lago.

—Mira —susurra.

Una elegante garza azul pasa planeando con las largas patas estiradas.

—Vaya.

—En buena medida también veníamos por esto. Nos sentábamos en este lugar tan bonito y pensábamos en lo que Dios ha creado.

La abuela Betsy contempla melancólicamente el lago. Empieza a decir algo. Se tapa la boca, pero tiembla de risa y resopla.

—Por supuesto, ni la más grande creación de Dios estaba a salvo de Blake. Una vez, cuatro o cinco ciervos se acercaron a la orilla del lago a beber, a menos de cinco metros de nosotros. Los miramos y Blake susurra: «¿En qué crees que pensaba Dios, abuela? Crea a estos bonitos ciervos marrones que combinan con todo, y de repente dice: No, aún no he terminado. Y les pone esos gloriosos culos blancos brillantes. Los culos más bonitos de todas las criaturas de Dios».

Nos reímos hasta que nos falta el aire.

—Seguramente por eso nunca pescamos nada. No nos callábamos. Asustábamos a los peces —me dice. Y tras reflexionar un momento—: Pienso a menudo en lo mucho que me cambió. ¿A ti te cambió?

Mi boca empieza a hablar antes de que mi cerebro sepa que está listo.

—Hizo que me diera menos miedo desnudarme.

La abuela Betsy parece ligeramente horrorizada.

—No es lo que piensas. Menos miedo a ser vulnerable. Perdón.

—Ah, porque con Blake...

—Sí, nunca sabías por dónde iba a salir.

Abre la nevera, saca una zarzaparrilla y me la ofrece.

La abro y doy un trago.

—Una vez fui con él a grabar un vídeo. El vídeo en el que entraba al Green Hills Mall sin camiseta.

La abuela Betsy se lleva las manos a la cara.

—Ay. Ojalá lo hubieras convencido de que no lo hiciera. Dios santo.

—Lo intenté, créeme. Me quería morir solo siguiéndolo con la cámara. Fue un alivio cuando por fin un vigilante nos echó después de entrar en Nordstrom.

—¿No preguntó al vigilante cómo se suponía que iba a ponerse una camisa si no le dejaban entrar en los sitios donde las venden?

—Algo así. En fin, salimos al coche y le digo: «Tío, Blake, ¿no te da vergüenza?». Me mira como si el loco fuera yo, y me dice: «¿Alguna vez has pensado mal de alguien por hacerte reír a propósito?». Lo pienso un segundo y le contesto que no. Y me dice: «La dignidad está sobrevalorada. Se puede vivir sin ella. Lo sé porque yo lo hago. Pero no se puede vivir sin reírse. Cambio encantado la dignidad por la risa, porque la dignidad es barata, y la risa lo merece todo».

La abuela Betsy contempla el lago moviendo ligeramente la cabeza. Carraspea un par de veces y se suena la nariz.

—Siempre me contaba la primera parte. La segunda, nunca. ¿Te contó algo de su infancia?

—No mucho. Estaba claro que no le gustaba hablar de este tema. Yo suponía que había sido dura.

La abuela Betsy se termina la zarzaparrilla, mete la botella vacía en la nevera y saca otra. Parece incómoda.

—Mitzi fue nuestra hija rebelde. Era la más pequeña, y supongo que para entonces estábamos demasiado cansados para ser tan estrictos como deberíamos haber sido, así que hacía lo que le daba la gana. Se quedó embarazada de Blake a los dieciséis años. No sabía quién era el padre. Podían ser cinco, todos mayores de treinta años. Eligió al que tenía la caravana más bonita y más coches, y lo convenció de que Blake era suyo.

—Entonces ¿Blake nunca supo quién era de verdad su padre?

—No. Y todas las posibilidades eran terribles.

—Vaya.

—Así que ellos —hace el gesto de poner comillas— criaron a Blake. Lo que quería decir que lo sentaban delante de la tele durante horas, sin cambiarle el pañal, mientras ellos se pegaban fiestas y esnifaban speed. A veces me dejaban llevármelo todo el día, y entonces lo bañaba, le daba buena comida e intentaba enseñarle a hablar, a leer y a todo en lo que iba retrasado.

—¿Alguna vez llamaste...?

—¿A Protección de Menores? Cielo santo, sí. ¿Al sheriff? Muchas veces. Pero estamos hablando de un condado rural con recursos limitados. No hacen nada.

—Perdona. Sigue.

—Las cosas siguen así hasta que Blake tiene ocho años. Lo dejan solo días enteros. No va a clase. Los novios de Mitzi le pegan. Y al final me decido. Voy a buscarlo sin pedir permiso a nadie. Supongo que si el sheriff y Protección de Menores no pueden proteger a Blake de Mitzi, tampoco podrán proteger a Mitzi de mí protegiendo a Blake.

Lo que me cuenta hace que recuerde algo.

—Blake intentó cambiarme en otra cosa —le digo en voz baja—. Estábamos en mi habitación. No recuerdo qué estábamos haciendo. El caso es que mi madre llama a la puerta para preguntarme algo y me pongo histérico... Me da vergüenza contártelo porque parezco el peor hijo del mundo.

—No voy a juzgarte. Y acabas de decir que Blake te enseñó a que no te diera miedo ser vulnerable.

—De acuerdo. Bueno, me pongo histérico con mi madre, que se marcha, y Blake me dice: «¿Por qué eres cruel con tu madre?». Y yo le contesto: «Lo que tú digas, tío, no lo entiendes». Y él me dice: «No, no lo entiendo, porque si yo tuviera una madre como la tuya, nunca sería cruel con ella. No tienes ni idea de la suerte que tienes, pero yo sí». En fin, que sí, que me da bastante

vergüenza haber tratado así a mi madre delante de él.

Nos quedamos un rato sentados, aplastando mosquitos a tortazos, bebiendo zarzaparrillas y charlando con el sol calentándonos la espalda. Un par de veces pensamos que han picado. Resulta que no, claro. El viento ha movido las cañas o algo así. No nos molestamos en recoger el sedal para ver si los anzuelos siguen teniendo cebo.

Al final la abuela Betsy mira el reloj.

—Blade, empiezo a tener hambre. Seguramente ha llegado la hora de despedirnos de pescar de pena. —Se le quiebra la voz—. Debo decirte que has sido muy buen compañero de pescar de pena. El segundo mejor que he tenido nunca.

—Podemos venir en cualquier otro momento.

Mira al suelo, hacia el lago y de nuevo al suelo, parpadeando rápidamente.

—Me temo que no. Me marchó.

De entrada no lo entiendo. Por un segundo creo que está diciendo que nos vamos ahora mismo.

—Un momento. ¿Qué?

—Vuelvo a mi pueblo. Echo de menos mis montañas. Solo vine aquí por Blake, por poner cierta distancia entre nuestra vida de antes y nuestra nueva vida. Mis dos hijos viven en Greeneville, y mi hija mayor vive en Chattanooga.

Me quedo callado.

—He trabajado para el estado suficientes años para jubilarme. El lunes pondré la casa en venta. No pido mucho. Lo bastante para cubrir los gastos del funeral y lo que me costará una casita en una ladera de la montaña, con vistas a un valle. Veré mis series, leeré mis novelas de misterio, comeré los domingos con mis hijos y viviré tranquila con mis pensamientos y mis recuerdos hasta que el Señor me llame.

No se me había pasado por la cabeza que la muerte de Blake tendría una consecuencia como esta. Pensaba que su impacto se limitaría a pena, culpabilidad, dolor y echar de menos. No a empaquetar y mudarse. Me pregunto qué más caerá ahora de este árbol sacudido.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me alegro de volver a mi pueblo.

—Quiero decir que siento haber causado que te traslades.

—Ya lo hemos hablado. No tienes que disculparte.

«Pero sí. Hice algo que se parece tanto al homicidio por negligencia que solo puedo contárselo al doctor Méndez y al señor Krantz. Si no fuera culpable, ¿por qué debería tener cuidado y no contar mi visión de la historia?»

—Vale —le digo por fin.

Empiezo a recoger mi caña.

La abuela Betsy apoya las manos en las mías.

—No. Déjala.

Saca una hoja de papel doblada del bolsillo delantero del pantalón y la desdobla. La alisa y la deja en una hamaca. Coge una piedra del tamaño de un huevo y la coloca encima de la hoja de papel.

Echo un vistazo a la nota, escrita a mano con letra clara, como de caligrafía. Dice:

*A quien encuentre estas cosas:*

*Por favor, quédatelas. Son tuyas.*

*Eran de mi nieto y mías.*

*Nunca se nos dio muy bien pescar,*

*pero las utilizábamos para crear recuerdos maravillosos.*

*Espero que tú hagas lo mismo.*

*En memoria de Blake Jackson Lloyd, con amor.*

Me pongo en camino esperando que la abuela Betsy me siga. No lo hace.

—Blade, ¿te importa seguir sin mí unos minutos? Necesito quedarme sola un momento.

Su voz es un susurro rasgado, el viento a través de la hierba alta. Me da las llaves del coche.

Antes de irme, la veo sentarse en la hamaca de al lado de la de la nota. Apoya los codos en las rodillas y hunde la cara en las manos.

Yo hago lo mismo cuando llego al coche.

Cuando se reúne conmigo, unos diez minutos después, los dos nos hemos calmado.

—Muy bien —me dice en un tono que parece de verdad alegre (o al menos como si se hubiera quitado un peso de encima)—. Podría comerme unos gofres con beicon, típicos de después de pescar de pena. ¿Y tú?

—Siempre.

Vamos a la Waffle House, que está cerca. Mientras aparca, la abuela Betsy se ríe.

—Puede parecer un último día poco glorioso para Blake, pero es lo que nos encantaba hacer juntos. Los últimos años, cada sábado por la mañana que podíamos. Supongo que es lo que él habría querido en su último día, pero sin duda es lo que habría querido yo.

—Como hoy soy Blake, digo que es lo que habría querido.

—Creo que si lo que harías en tu último día en la Tierra no se parece demasiado a un día normal para ti, seguramente tienes que replantearte tu

vida.

—Estoy de acuerdo.

Supongo que un Buick en el aparcamiento de una Waffle House es un sitio tan bueno como cualquier otro para hacerte una idea de una vida plena más partida por la mitad que el Gran Cañón.

—Vamos a comer unos gofres.

Una camarera rubia con voz de fumadora nos saluda.

—¡Buenos días, Betsy! Cuánto tiempo. Tienes nuevo acompañante para desayunar.

La sonrisa de la abuela Betsy se atenúa casi imperceptiblemente.

—Hola, Linda. Blake no podía venir hoy. Este es su mejor amigo, Carver.

—Hola.

La saludo con la mano.

—Encantada de conocerte, cariño —me dice Linda—. ¿Queréis la carta o vais a tomar lo de siempre?

La abuela Betsy me mira.

—Me va bien lo de siempre, sea lo que sea —le digo.

—Lo de siempre —le contesta.

—Ahora mismo —dice Linda—. Dile a tu nieto que hoy lo hemos echado de menos.

La abuela fuerza una sonrisa.

—Apuesto a que lo sabe.

Nos sentamos. Linda nos sirve una taza de café y se aleja corriendo. La abuela Betsy se inclina hacia mí y me susurra:

—No podía decírselo. Es muy agradable, no tendría sentido ponerla triste.

—A Blake le habría parecido divertido.

Le brillan los ojos.

—Lo imagino ahora mismo mirando desde el cielo y riéndose de la

mentirijilla que le hemos contado a Linda.

Sonrío y juego con el tenedor.

—¿Crees en el cielo? —me pregunta.

La respuesta más fácil es decir que antes creía, sin darle demasiadas vueltas, como en todo lo que tiene que ver con la divinidad. Un creer que no ponía a prueba, que no me planteaba, y que por lo tanto no me incomodaba. ¿Y ahora? Si me hubieran dicho: «Mira, Blake va a morir, pero no hay problema, porque crees en el cielo, ¿verdad?», mi respuesta habría sido que no.

—Sí. Más o menos —le contesto—. Pero nunca me lo había planteado tanto como ahora.

—Yo creo en el cielo —murmura—. Creo en la resurrección de la carne después de la muerte. Creo en todas esas cosas. Y podría pensarse que eso lo hace más fácil. Estar convencida de que algún día volveré a abrazar a Blake. Debería ser como si mandara a Blake de campamentos en verano. Pero no lo es.

Linda vuelve con dos platos llenos de gofres y un plato grande de beicon.

—Que aproveche.

—Puedes estar segura —le contesta la abuela Betsy.

Los dos observamos los coches pasar al otro lado de la ventana, la gente que va y viene. Escuchamos el tintineo de los cubiertos, el chisporroteo de la plancha y el crujido del beicon. El murmullo de las conversaciones y de vez en cuando las comandas a gritos.

Siento el deseo de confesarme.

—¿Qué crees que podría impedirte ir al cielo?

La abuela Betsy sostiene mi mirada sin dejar de masticar y luego da un sorbo de café.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que qué pasa si Dios pensara que tuve algo que ver...

Linda se acerca a nuestra mesa y nos llena los vasos de agua.

—¿Todo bien por aquí? —nos pregunta.

—Todo perfecto —le contesta la abuela Betsy.

Linda se marcha.

Me tiembla ligeramente la voz.

—¿Y si Dios me considera responsable del Accidente?

Quiero explicarme mejor, pero en mi cabeza resuenan las palabras del señor Krantz. Nunca he entendido por qué algunos criminales confiesan sus crímenes. En especial cuando ofrecen a la policía lo único que podría condenarlos. Ahora lo entiendo perfectamente.

—Permíteme que te hable del Dios al que yo conozco. —Mira un segundo por la ventana y vuelve a mirarme a mí—. Mi Dios juzga toda una vida y todo el corazón. No nos juzga por nuestros peores errores. Y permíteme que te diga algo más. Si Dios nos obliga a andar en la cuerda floja por encima de las llamas del infierno, entonces de perdidos al río, porque yo seré incapaz y saltaré de la cuerda.

En la última frase le tiembla la voz, pero el temblor no mitiga en lo más mínimo su convicción.

De repente me siento como si tuviera un cubito de hielo atascado en la garganta. Trago saliva para intentar que baje. Me encantaría tener su convicción, pero no la tengo.

—¿Puedo contarte algo que no tiene nada que ver con este tema? —le pregunto.

—Por supuesto.

—Recuerdo un día en que Blake estaba en mi casa. Georgia estaba con un par de amigas en su habitación, escuchando música con la puerta abierta. Blake y yo nos colocamos en el pasillo, desde donde pueden vernos, y nos

ponemos a bailar en plan chorra. Hacemos twerking, movemos las caderas, hacemos el baile de los pajaritos y esas cosas. Al principio nos gritaban que nos largáramos, pero al final se reían tanto que no podían respirar. En fin. Creo que contado no parece tan divertido. Tendrías que haberlo visto.

La abuela Betsy está temblando. Se ha tapado la boca con una mano y las lágrimas le resbalan por las mejillas. No sé si se está riendo o está llorando. Al final jadea, y parece un jadeo de risa.

—¿No son así casi todas las historias de las personas a las que queremos? Tendrías que haberlo visto.

Terminamos de comer y nos levantamos para marcharnos. La abuela Betsy saca otra hoja de papel del bolsillo y la deja en la mesa, junto con un billete nuevo de veinte dólares, y coloca encima un vaso vacío.

—¡Adiós, pasadlo bien! —dice Linda, que pasa corriendo con una jarra de café—. ¡Hasta la próxima!

—Adiós, Linda —le contesta la abuela Betsy—. Gracias por todo. Y gracias también de parte de Blake.

Linda parece no detectar el tono de despedida definitiva en la voz de la abuela Betsy, pero yo sí.

Nos dirigimos al coche en pensativo silencio. Yo pienso en el infierno. Me pregunto si no es un ardiente lago de fuego lleno de condenados que gritan, sino un pasillo infinito sin un sonido y sin ventanas. Y cada uno de los condenados está cómodamente sentado en una silla de despacho normal y corriente, contempla las paredes vacías y revive su peor error.

Una y otra vez.

Y otra.

Y otra.

La abuela Betsy lo ha planeado todo bien, porque sabía que a estas alturas necesitaríamos un poco de silencio. Así que vamos al cine, a una sesión matinal, cosa que encaja porque a Blake y a ella les encantaba ir al cine juntos.

Es una adaptación de *Danny, campeón del mundo*. De crío era uno de mis libros favoritos, y de todas formas quería verla. Por supuesto, solía ver películas con el Equipo Salsa y con Georgia. Otra cosa en la que me ha cambiado la vida que no se me había ocurrido hasta ahora. Quizá podría hacerlo con Jesmyn. De hecho, es probable. Posible ilusión por mi parte.

La abuela Betsy y yo compramos un cubo enorme de palomitas para compartir.

—No voy a quejarme si no puedes comerte ni una. Seguro que yo no puedo. Pero Blake y yo siempre compartíamos un cubo grande de palomitas, y la tradición es la tradición.

Al sentarnos en la oscuridad, pienso en los rituales cotidianos, realizados de principio a fin, que conforman una vida. Trabajamos para ganar dinero y después con suerte utilizamos ese dinero para comprarnos recuerdos con las personas a las que queremos. Cosas sencillas que nos hacen felices.

Como no dejo de dar vueltas a mis pensamientos, no presto mucha atención a la película y apenas me entero. Quizá vuelva a verla con Jesmyn.

Ninguno de los dos toca las palomitas.

Termina la película, y la abuela Betsy se levanta de su asiento gruñendo.

—Estos asientos me destrozan. Envejecer no es divertido.

«No envejecer tampoco es divertido.»

La abuela Betsy se dirige a la salida.

—Creo que a partir de ahora no voy a ir mucho al cine. Al menos hasta que mis otros nietos sean un poco más mayores. No me gusta ir al cine sola, y el que venía conmigo era Blake.

Abre la puerta, y al pasar de la oscuridad del cine a la luz brillante de la tarde entrecerramos los ojos. Por un segundo me pregunto si la resurrección es algo así. Salir de la oscuridad a la luz.

De camino al coche, la abuela Betsy se coloca una mano por encima de los ojos para hacerse sombra y dice:

—Siempre le decía a Blake que tenía que buscarse a una chica guapa y llevarla al cine en lugar de a mí. Y él siempre me contestaba: «No, abuela, prefiero ir contigo». Para ser sincera, me alegro de que no encontrara a la chica adecuada.

Empieza a abrir la puerta del coche.

Y ahora tengo un problema enorme. Enorme.

—Sí, bueno, eres más gay que... ir montado en un poni blanco por un campo de pollas —dice Eli a Mars.

Vuelven a partirse de risa. Eli da un manotazo a Blake en el brazo mientras aparco frente a la casa de Eli.

—Venga, tío, tienes que tener una.

Blake esboza una media sonrisa y se mueve en su asiento.

—No, habéis ganado.

—Venga —dice Mars—. Blade, machácalo.

—No, no se me ocurre nada.

—Estáis perdiendo facultades —dice Mars mientras Eli y él bajan del coche.

—Tu madre está perdiendo facultades —le contesta Blake.

—Eso no viene a cuento —dice Mars.

—Tu madre no viene a cuento.

Nos reímos, y Mars y Eli corren hacia la casa de Eli.

Arranco el coche y me dirijo a casa de Blake. Nunca lo he visto tan silencioso. Le doy un manotazo en el brazo de broma.

—No pasa nada, tío. Solo tenemos que entrenarnos en chistes de gais, tú cuando corres y yo cuando voy en bici, levantar pesas mientras soltamos chistes de gays, y así nos preparamos para desquitarnos de esta humillante derrota.

Blake se ríe, pero es evidente que sin ganas.

—Sí.

—Es broma, tío.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien. —Y a los pocos segundos—: ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —le contesto.

—No, da igual.

—Tío.

—No, es raro.

—Si preguntas tú, obviamente.

—¿Me prometes que puedo confiar en ti?

—Claro, tío. Totalmente. De verdad.

Suspira y se rasca la cabeza. Empieza a decir algo y se calla. Vuelve a intentarlo.

—¿Cómo... Cuándo descubriste que te gustaban las chicas?

Me quedo estupefacto.

—Uf. ¿Quieres decir sexualmente? Desde que tenía once años, más o menos. ¿Por qué?

En el fondo sé muy bien por qué me lo ha preguntado.

Respira hondo, temblando. Como si estuviera a punto de saltar de un barco

que se hunde.

—Porque a mí... nunca me han gustado las chicas... en ese sentido. Nunca.

Un largo silencio.

Quiero que sea Blake el que rompa el silencio cuando esté preparado, pero no lo hace, así que hablo yo.

—¿Te gustan...?

—¿Las ovejas? No.

Nos reímos.

—Sí —me dice Blake en voz baja—. Creo que... me gustan los chicos. —  
Y enseguida añade—: Tú no, tranquilo.

—Vaya.

—Bueno, está claro que me gustas como amigo. Pero nada más.

—Joder, ahora me pregunto si debería haberme puesto más crema hidratante o exfoliante. En fin, lo entiendo, aunque me cuesta —le digo.

—No, no lo entiendes —me dice Blake.

—Oye, perdona, tío —le digo poniéndome serio—. Perdona por todas las bromas de gays que he hecho. No han sido con mala intención. Mars y Eli lo sentirían si lo supieran. En realidad no son homófobos. Ninguno de nosotros lo es. Simplemente... no pensamos. Ha sido una gilipollez por nuestra parte. Estoy muy avergonzado.

—No pasa nada. Se lo diré algún día, pero de momento que quede entre nosotros, ¿vale?

—Sí, tío. Claro. Pero la próxima vez que hagan bromas de gays les voy a decir que se relajen y que lo dejen correr. De todas formas, esas bromas son una mierda.

—Eso no me importaría. Necesitaba contarlo. Eres la primera persona a la que se lo cuento. Gracias por escucharme.

—No hay problema. No vamos a ser menos amigos por esto. —Y al

segundo—: Pero, dime, ¿es por mi corte de pelo?

No se lo dijo a su abuela. Pensaba que después de habérmelo dicho a mí se lo había dicho a ella. Había sido hacía algo menos de un año. Y ahora tengo que decidir si permitirle conocer del todo a Blake.

«Si él hubiera querido que lo supiera, se lo habría dicho.»

«Si no hubiera querido que se supiera, no me lo habría contado a mí.»

«Quizá esperaba el momento adecuado para decírselo. Al final se lo habría dicho.»

«Ahora ese momento nunca llegará.»

«Nunca te dijo que iba a decírselo a su abuela.»

«Nunca te dijo que no iba a decírselo.»

«Ella será feliz con sus recuerdos de él si no lo sabe.»

«Sus recuerdos de él serán incompletos si no lo sabe.»

«Le dolerá saber que yo lo supe antes que ella.»

«Te ha invitado hoy porque tú sabes cosas de Blake que ella no sabe.»

«Decírselo es un error.»

«Decírselo es lo correcto.»

La abuela Betsy entra en el coche, y yo también.

—Muy bien, ahora...

—Tengo que decirte una cosa.

«No es una buena idea.»

—Muy bien. Dime.

Las palabras tropiezan en mi boca al salir.

—Blake... nunca encontró a la chica adecuada porque... no quiso.

—Tienes toda la razón. Parecía que salir con alguien era lo último en lo que pensaba.

Espero a que me mire antes de arrancar el coche.

—No es eso lo que quiero decir.

Durante unos segundos su expresión no cambia. Luego parece darse cuenta poco a poco. Mueve la cabeza como si estuviera medio dormida y quisiera despertarse.

—Era...

Mi corazón gotea algo frío y viscoso dentro del pecho, como claras de huevo resbalando entre los estantes del frigorífico. Me pregunto si he hecho lo correcto.

Suelta las llaves del coche y se desmorona en el asiento, paralizada. Lo único más asfixiante que el calor es el silencio. Se inclina hacia delante, arranca y el aire acondicionado es una bendición. Pero vuelve a reclinarsse en su asiento y no nos movemos.

—No tenía ni idea —me dice—. Vivimos juntos muchos años. No tenía ni las más mínima idea.

—Yo tampoco hasta que me lo dijo.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Hace poco menos de un año.

Se le arruga la cara y empieza a llorar.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Iba... Iba a decírtelo. Me lo dijo.

Es mentira, sin duda, pero necesaria para arreglar lo que he roto.

—Pero ¿por qué esperar?

—Creo que... sabía lo importante que es para ti tu religión, y le preocupaba cómo ibas a reaccionar.

Busca en el bolso un paquete de pañuelos de papel y se seca los ojos.

—Está claro que nuestra religión no aprueba ese estilo de vida, pero nunca he creído que las personas elijan ser así. Me pregunto... quizá si me hubiera

llevado antes a Blake de la casa de Mitzi...

—Estoy seguro de que las cosas no funcionan así. Creo que nació así.

—No me cabe en la cabeza. En buena medida era un desconocido para mí.

—Eso solo era una parte de él. Lo conocías mejor que nadie en el mundo.

—No tanto como tú, me temo.

—Pero tú sabes muchísimas cosas de él que yo no sabía. Creo que la única persona que conoce a alguien totalmente es ella misma. Y aun así, no siempre.

—Imaginaba su futuro de forma totalmente equivocada. Imaginaba a una chica vestida de novia y nietos.

—Puedes seguir imaginando una boda y nietos. Pero tendría que ser un esmoquin, no un vestido de novia.

«Por favor, que no lo empeore.»

—Solo he conocido a un gay. Mi peluquero en Greenville. Lo adoraba. Pero era fácil aceptarlo, siendo mi peluquero. —La abuela Betsy se suena la nariz y se presiona la frente. Su cara se desmorona y su llanto se convierte en un sollozo—. Muchas veces dejé que soltaran pestes de los homosexuales delante de Blake sin decir una palabra. No me extraña que temiera decírmelo.

Mi corazón sigue goteando.

—Perdona si te ha dolido que te lo contara. He intentado hacer lo correcto.

Le tiembla la voz.

—Has hecho bien. Estás aquí para ayudarme a contar la historia de Blake.

—Duda—. Blade, ¿crees que alguna vez llegó a amar a alguien como él quería?

—No lo sé. Espero que sí.

—Yo también.

Va a arrancar el coche, pero vuelve a detenerse.

—Puedes decirme que no, pero ¿te importaría hacer un poco de teatro

conmigo?

—Lo intentaré.

—¿Podrías hacer de Blake y contármelo para que yo pueda decir en voz alta lo que le habría contestado? Por si nos está escuchando...

—Podría. Vale. No será tan divertido como si fuera Blake.

—No importa.

—Muy bien. Hum. Abuela, ¿puedo hablar contigo de una cosa?

No sé cómo hacerlo. Supongo que no hay un manual para salir del armario en nombre de tu amigo fallecido.

Se pasa el pañuelo por los ojos.

—Sí, Blake, dime.

Los dos nos reímos, aunque no tiene gracia.

—Lo sé desde hace tiempo, pero necesito decirte que soy gay.

La abuela Betsy mira hacia arriba.

—Blake, cariño, si puedes escucharme, escúchame bien. —Me mira, traga saliva con dificultad y cuando habla su voz ha dejado de temblar y me envuelve como un edredón—. Para mí no cambia una mierda, absolutamente nada. Te quiero más a ti que a Dios. Así que si Dios tiene algún problema, que hable conmigo, porque te quiero como eres. Y ahora, si no tienes nada más que decirme, lo mejor que podemos hacer es ir a comernos mi pollo frito y mi pan de maíz caseros. Tu comida preferida.

Asiente una vez, como un juez dando un golpe con el martillo, arranca el coche y nos vamos.

No hablaba hipotéticamente cuando mencionó el pollo frito y el pan de maíz. Estamos sentados en la cocina mientras ella espera a que se caliente la grasa vegetal en una sartén de hierro. Hay otra sartén en el horno, calentándose

para el pan de maíz. En una fuente hay un montón de muslos de pollo rebozados. Al lado, un cuenco con masa amarilla de pan de maíz.

Mis emociones se enturbian. En cierto sentido, hoy se ha agudizado todo lo que he sentido estas últimas semanas. La culpabilidad. La pena. El miedo. Se han afilado hasta el límite. Pero en otro sentido se ha retirado ligeramente ese filo y ha quedado sustituido por una roma sensación de ausencia. La pena parece una emoción más activa —un proceso de negociación—, mientras que la ausencia es como la pena con cierta dosis de aceptación. Si la pena es un fuerte oleaje, la ausencia es un mar meciéndose melancólicamente.

—¿Te alegras de haberlo hecho? —me pregunta la abuela Betsy inesperadamente.

Mi cara debe de haber mostrado lo que siento.

—Sí.

Es básicamente cierto. La parte que no es verdad tiene que ver con mi deseo de no haber tenido la ocasión de estar sentado en la cocina de la abuela Betsy despidiéndome de Blake.

—Mi terapeuta pensó que sería buena idea.

Tampoco esto es del todo cierto. De hecho, es básicamente falso.

—Por Dios, ¿tu terapeuta? Pensaba que para mí había sido un golpe duro...

La abuela Betsy lanza una pizca del condimento del pollo en el aceite, que salta y chisporrotea. Con unas pinzas, echa con cuidado varios trozos de pollo en el aceite, que crepitan y burbujan.

Supongo que también podría decírselo. No habría mencionado al doctor Méndez si parte de mí no hubiera querido.

—Me daban ataques de pánico. Hasta ahora me han dado tres. El primero fue un par de horas después de que me marchara de tu casa, la noche del funeral de Blake. El segundo fue el primer día de clase, justo después de entrar. El tercero fue cuando me enteré...

La confesión está yendo más allá de lo que había previsto.

—¿Te enteraste de qué?

Se me queda la boca seca y me da vueltas la cabeza.

—Me enteré de que la fiscal del distrito quiere presentar cargos contra mí por el accidente.

—¿Cómo dices?

Se gira hacia mí boquiabierto, con las pinzas en alto.

Hablo en voz baja, como un niño que se ha meado en los pantalones en clase.

—El padre de Mars pidió a la fiscal del distrito que investigara el accidente y que viera si se pueden presentar cargos contra mí.

—Me tomas el pelo.

—Ojalá.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Hablamos con un abogado, que nos dijo que podrían acusarme de homicidio involuntario.

—¿Cómo?

—Supongo que intentando demostrar que mandé un mensaje a Mars sabiendo que él estaba conduciendo, sabiendo que iba a contestarme y sabiendo que escribir mensajes mientras conduces es peligroso.

Mi estómago es un amasijo de anguilas retorciéndose.

La abuela Betsy vuelve a volverse hacia la cocina y da la vuelta al pollo.

—Pero no sabías todo eso.

Estoy paralizado. No digo nada. No me muevo. La abuela Betsy me mira a los ojos. Siento que estoy acercando demasiado la mano al fuego. Nunca mejor dicho, porque esta conversación podría quemarme algún día. Pero de nuevo esa irresistible pulsión de purgarme del veneno de la culpa.

—Pero podrías haberlo sabido —me dice en voz baja.

Todavía paralizado, sin apenas voz, le digo:

—Mi abogado me dijo que la única manera de pillarme era si lo confesaba. Y no pueden obligarme a confesar. Pero me pillarán si se lo confieso a otra persona.

Acabo de joderme a mí mismo, rotundamente. Y por extraño que parezca, es satisfactorio. Como arrancarte una costra. Como introducirte un bastoncillo en el oído hasta el fondo. Un inexplicable deseo de saltar desde lugares muy altos o de dar un volantazo hacia los coches que vienen en sentido contrario. Es extraño que estemos programados para sentir placer destruyéndonos a nosotros mismos.

La abuela Betsy no dice nada por un momento. Abre el horno, saca la sartén, echa grasa de tocino, luego vierte la masa del pan de maíz y vuelve a meter la sartén en el horno. Se sienta a la mesa conmigo.

—Entonces supongo que esta conversación no se ha producido.

—No tienes que mentir por mí. Merezco ser castigado.

—¿Mentir sobre qué?

—Por eso creía que no merecía estar aquí hoy.

—¿Por qué?

Me cubro la cara con las manos.

—Estoy muy avergonzado. Me odio a mí mismo por lo que hice.

La abuela Betsy me retira las manos de la cara y me las sujeta. No puedo mirarla. Me arde la cara.

Espera, y al ver que no la miro, me dice:

—Cometiste un error. Pero esto necesita al menos un superviviente. Debes a Blake sobrevivir a esto.

Me suelta las manos, se levanta y con cuidado saca el pollo de la sartén dejando que cada trozo dorado gotee el aceite antes de dejarlo en un plato cubierto de papel de cocina.

Echa tres trozos más en el aceite y se sienta.

—Te digo quién no te habría echado la culpa —murmura.

Muevo ligeramente la cabeza.

—Blake. Nunca buscaba culpables. Ni una sola vez lo oí hablar mal de Mitzi. Y si a alguien podría haber culpado es a ella. Me enteré de todo lo que sé sobre su infancia observándolo o porque otra persona me lo contó. Pero nunca por él.

—A mí nunca me habló mal de ella.

—No se compadecía de sí mismo por cómo lo había tratado la vida. No creo que esté en el cielo compadeciéndose porque no está haciéndose mayor contigo.

El «no está haciéndose mayor contigo» es como intentar digerir un estómago lleno de clavos fríos.

La abuela Betsy se levanta para dar la vuelta al pollo.

—Hablando de hacerse mayor, ¿qué tal te ha ido estos días? ¿Has podido hacer nuevos amigos?

—¿Conociste a Jesmyn, la novia de Eli?

—¿La china tan guapa?

Me ruborizo.

—Asiática.

Se tapa la boca, como si hubiese eructado.

—Perdón. Asiática.

—Sí. Nos hemos hecho muy amigos últimamente. Pero poco más. Era amigo de Adair, la hermana de Eli, pero ya no lo soy.

—Al menos tienes a alguien.

—Tenía a mi hermana Georgia, y seguimos hablando por teléfono y mandándonos mensajes, pero no podemos ir juntos al cine porque ha ido a estudiar a Knoxville.

—¿Y tus padres?

Me retuerzo por dentro.

—La verdad es que no les hablo mucho de mi vida.

—Parecen majos.

—Lo son. Pensaba que se supone que tienes que tener vida privada, al margen de tus padres.

Se vuelve y se coloca una mano en la cadera.

—Te aseguro que eso no está escrito en ninguna parte.

Miro fijamente el suelo de linóleo beige.

—No sé qué hacer.

Por suerte, la abuela Betsy, quizá percatándose de mi reticencia a hablar de este tema, lo deja correr. Saca el resto del pollo, lo deja en el plato, abre el horno y saca el pan de maíz humeante.

Se acerca a la mesa con uno de los platos que ha preparado apoyado en el brazo y una jarra de té dulce en la mano. Se dirige al frigorífico y saca un bote de ensalada de col casera.

Bendice la mesa y empezamos a comer.

—Es exactamente la comida que le preparé para celebrar que iba a ir a la Nashville Arts. Le dije que podía elegir el restaurante que quisiera, pero esto es lo que eligió.

—Ya veo por qué —le digo con la boca llena—. Ni siquiera tenía hambre.

—Deja sitio... Hay tarta de limón en el frigorífico.

Comemos despacio, saboreando cada bocado como creemos que haría Blake, y hablamos durante horas. Comemos como si tomáramos la comunión, y supongo que de alguna manera eso hacemos. Nos instalamos en una cómoda charla sobre las pequeñas cosas cotidianas que recordamos de Blake.

Ella me cuenta que nunca mataba arañas porque comen insectos, que le daban más miedo.

Yo le cuento que siempre, desde que lo conocí, decía «biblioteca» en lugar de «biblioteca».

Ella me cuenta que le gustaba tanto chupar el batidor que si no estaba en casa, se lo dejaba en un cuenco dentro del frigorífico para cuando llegara.

Yo le cuento que ni una sola vez fue cruel con nadie en la escuela.

Ella me cuenta que odiaba las uvas pasas.

Yo le cuento que le dejaba conducir mi coche y que se entusiasmaba. La novedad de conducir nunca perdió su encanto.

Ella me cuenta que nunca aprendió a nadar ni a ir en bici.

Yo le cuento nuestra primera discusión, sobre si en Siberia seguía habiendo mamuts lanudos.

Ella me cuenta que, hasta que tuvo catorce años, le dejaba encendida la luz del pasillo cuando se iba a dormir.

Yo le cuento que cada vez que me despedía de él, su ausencia proyectaba sobre mi vida una tenue sombra, que apagaba todos los colores, hasta que volvía a verlo.

Cuando acabamos de comer y de charlar es de noche. Lo que queda de la tarta de limón está en la mesa, ante nosotros. Los dos nos reclinamos en las sillas para atenuar la presión en el diafragma.

—Bueno, ¿estás listo para la siguiente parte?

La abuela Betsy recoge migas con la mano y las echa en su plato.

—Siempre y cuando no sea comer. Y no es que la comida no haya sido excelente.

Sonríe y se levanta. La oigo revolviendo cosas. Vuelve con una especie de

pelota de goma deshinchada de color rosa. Veo en sus ojos un brillo travieso.

—¿Has jugado alguna vez con esto?

Niego con la cabeza.

—Es un cojín de pedorretas —me dice—. Mira.

Lo infla, lo deja en su silla, se sienta encima y se oye el sonido agudo de un pedo. Nos reímos.

—He leído algo sobre estos chismes —le digo—. Pero no había visto ninguno.

—He tenido que pedirlo por internet.

—Seguramente hay una app para móvil que hace lo mismo.

La abuela Betsy parece avergonzada.

—Estoy tan desfasada que ni lo pensé.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Vamos a ver el mundo con los ojos de Blake. Me puse en contacto con YouTube y conseguí los datos para acceder a la cuenta de Blake. Necesito que me ayudes a hacer un vídeo de despedida para Blake.

Ni siquiera había pensado en los seguidores de Blake en YouTube. Me pregunto si saben lo que ha pasado.

—Tengo mucha experiencia como cámara de Blake.

—Pues tenemos que hacerlo. Pero vamos por partes. Hay que grabar una introducción para el vídeo. Podemos hacerla aquí.

Empiezo a grabar. La abuela Betsy se traba y tartamudea. «Hola a todos. Soy la abuela de Blake. Mi nieto ha muerto y lo echamos de menos. Queríamos agradecerlos a todos que lo hayáis apoyado. Gracias. El siguiente vídeo es nuestro homenaje a Blake.»

Coge las llaves y el bolso, del que saca varias cosas para que quepa el cojín. Lo infla y lo mete en el bolso. Lo aprieta para probar si funciona. Funciona. Vuelve a inflarlo y a meterlo en el bolso.

—Muy bien. Vamos.

Nos dirigimos a un almacén de artículos para manualidades. La idea ha sido mía. A Blake le encantaban los dependientes estirados y correctos, y seguro que en este tipo de comercios hay varios a los que les gustan más los arreglos florales que los pedos.

—Uf —dice la abuela Betsy en el aparcamiento—. Siento mariposas en el estómago. ¿Cómo podía hacerlo Blake?

—Esto no ha sido idea de Blake, pero decía que el humor tiene que ver con controlar por qué la gente se ríe de ti.

La abuela Betsy asiente con firmeza. Parece más decidida. Respira hondo.

—Pues vamos a controlar por qué la gente se ríe de nosotros. Por él.

Entramos en el almacén, que huele a flores secas aromáticas. Ella sujeta con fuerza el bolso, como si contuviera un artefacto explosivo, y supongo que lo contiene. Aprieta los labios. Mueve los ojos rápidamente, de un lado a otro, buscando nuestro objetivo. Yo tengo el teléfono preparado.

Hay más chicas de veintipico años, con piercing en la nariz y pelo violeta, de las que esperaba. No nos interesan. Recorro el almacén con la mirada. Caminamos por el pasillo de las telas.

—Aquí —susurro.

Le señalo disimuladamente con la cabeza a una mujer mayor con el pelo corto y canoso. Lleva las gafas apoyadas en la punta de la nariz y está rebobinando un rollo de franela.

—Sí —susurra. Vuelve a respirar hondo—. Oh, Dios mío, ¿qué estoy haciendo? —murmura para sí misma.

Nos acercamos a la mujer. Saco el móvil del bolsillo y finjo estar absorto comprobando algo, pero estoy grabando. La abuela Betsy, a mi lado, traga saliva y da un paso adelante.

—Disculpe, señora —dice.

Su voz es débil, más aguda de lo normal. De hecho, como si tuviera un cojín de pedorretas atascado en la garganta.

La mujer levanta la mirada con expresión arisca y las cejas levantadas. «Buena elección.»

—¿Puedo ayudarle? —le pregunta.

—Sí, estamos buscando...

La abuela Betsy deja el bolso en una mesa y mete una mano, como si fuera a sacar un papel en el que ha anotado las medidas de la tela que necesita. Pero lo que hace es apretar el cojín, que emite un largo y sonoro chirrido flatulento. Luego todo se queda en absoluto silencio, que es el momento perfecto para dejar de grabar. La mujer abre la boca y nos mira alternativamente a la abuela Betsy y a mí.

La cara de la abuela Betsy está más roja que si se hubiera quedado dormida al sol y se hubiera despertado cinco horas después. Tartamudea una disculpa entre risitas nerviosas y apoya la mano en el brazo de la mujer.

—Señora, lo siento muchísimo. Le aseguro que no pretendía ser grosera. Hemos...

La mujer la mira como si de verdad acabara de tirarse un pedo delante de ella.

—Tengo mucho trabajo, así que si no les importa...

La abuela Betsy se recupera enseguida. Me recuerda a su actitud en el funeral de Blake. Habla más despacio y más tranquila.

—Le pido disculpas sinceramente, señora. Perdí a mi nieto hace unas semanas. Era un bromista y le encantaban las escenas en las que hacía el tonto en público. —Vuelve la cara hacia mí—. Su mejor amigo y yo nos hemos reunido para dedicarle un día de despedida. Necesitaba ver una parte de su mundo con sus ojos.

La expresión de la mujer se relaja.

—Lamento su pérdida.

La abuela Betsy vuelve a rebuscar en su bolso y saca un billete de veinte dólares. Se lo tiende a la mujer.

—Cójalo, por favor. Pretendíamos quedar como tontos nosotros, no que lo pareciera usted.

La mujer niega con la cabeza y aparta suavemente el billete.

—No, señora. Hace unos años perdí a un sobrino en un accidente de moto. El dolor nos convierte a todos en tontos.

La abuela Betsy vuelve a meter el billete en el bolso.

—Así es. En fin. Vuelvo a pedirle disculpas si la he ofendido.

—No es necesario que me las pida. Espero que les vaya muy bien esta noche.

Volvemos al coche.

—No ha estado mal —le digo—. Aunque los pedos reales funcionan mejor que el cojín. Es más fácil mantener el contacto visual, que Blake decía que era básico.

La abuela Betsy sonrío.

—A mi edad mejor no arriesgarse, aunque pudiera hacerlo como Blake.

Abre el coche y entramos.

—¿Has grabado un buen vídeo?

—Sí. ¿Quieres que los suba yo?

—Perfecto. Toma.

Me da una hoja de papel con los datos para acceder al canal de YouTube de Blake. Entro desde mi móvil y subo los dos vídeos que hemos grabado.

—Ha sido duro. No me gustaría tener que volver a hacerlo. Pasamos por la vida haciendo todo lo posible para no parecer tontos —me dice.

—Es miedo. Sencillamente nos da miedo.

—Para Blake, este impulso de hacer algo ridículo para alegrar el día a otra

persona era su vida. Lo hacía una y otra vez, se enfrentaba al miedo para hacer reír. No sé cómo lo hacía. Yo casi me muero.

Nadie sabe cómo alguien puede vivir por algo. Pero así es.

Cuando volvemos a casa de la abuela Betsy, las sombras son alargadas, y la luz, difusa y dorada.

Ahora parece más seria y pensativa. Quizá grabar el vídeo ha derribado el último muro dentro de ella.

—Estoy destrozada —me dice—. Pero había planeado una cosa más.

Vamos a la cocina, donde abre una bolsa de papel marrón que está en la encimera. Está llena de grandes mazorcas de maíz.

Saca una olla de un armario y la llena de agua. No me mira. Algo le da vueltas en la cabeza.

—Cuando Blake tenía ocho años, Mitzi me prohibió verlo. Me dijo que estaba harta de que me metiera en sus asuntos. Se trasladaron a Johnson City, a una hora de distancia, para complicar más las cosas.

Habla tan bajo que me cuesta oírla.

Pone la olla en el fogón y lo enciende. Coge una mazorca de maíz de la bolsa y empieza a pelarla.

—¿Puedo ayudarte?

Cojo otra mazorca y me pongo a pelarla a su lado.

—Gracias. En fin, una noche estoy en casa y me llama Blake. Nunca olvidaré su vocecita. Me dijo: «Abuela, mi madre lleva tres días sin venir a casa y tengo miedo». Le dije: «Cariño, se acabó. La abuela va a buscarte».

Coge las mazorcas peladas y las mete en la olla. Se sienta a la mesa y me uno a ella.

—Así que cargo una escopeta Rolly y la meto en el coche. Si es necesario,

estoy dispuesta a llevarme a mi nieto a punta de pistola delante de mi propia hija y de cualquiera. ¿Te lo imaginas?

—No.

Nos reímos, aunque no tiene ninguna gracia.

—Conduzco más deprisa que nunca. Cuando llego... qué peste al abrir la puerta de la caravana. Aún la recuerdo. —Se estremece—. Basura mezclada con humo de tabaco, ropa sucia, leche agria y carne podrida. Y era raro, porque no vi un solo producto comestible natural. Botellas de refrescos, cajas de pastelitos y bolsas de patatas fritas por todas partes. ¿Sabes lo que es vivir en un vertedero? Pues te aseguro que aquello era peor que un vertedero. Todavía ahora no me explico cómo podían vivir allí seres humanos.

—Jesu... Joder.

—Llamo a Blake, y al final lo encuentro escondido debajo de la cama. Bajo la escopeta para no asustarlo. Sale y está sucio. Huele como si no se hubiera duchado en un mes. Y no me sorprende, porque abro un grifo y no sale nada. Está cubierto de llagas y de picaduras de insectos. Tiene en la espalda un morado con forma de mano y otro que parece ser de una patada.

Creo que no es el mejor momento para hablar, así que no digo nada. Las cosas terribles pueden ser tan sagradas como las hermosas, a su manera. Además, no tengo palabras. Esta historia es tan nueva para mí como la información sobre la sexualidad de Blake lo ha sido para ella, y lo único que puedo hacer es escucharla.

Echa un vistazo a las mazorcas y vuelve.

—Nos marchamos a toda prisa. Les dejé la escopeta cargada de regalo. Sencillamente la olvidé. Seguramente la vendieron y con el dinero compraron droga antes incluso de darse cuenta de que Blake no estaba. Cuando llegamos a mi casa son más de las doce de la noche. El supermercado está cerrado, y de todas formas estoy demasiado cansada para ir. Pero quiero que Blake

coma algo. No quiero que una vez más se vaya a la cama con hambre. Quiero darle algo que haya crecido en la tierra, que haya absorbido el sol. Y tenía una bolsa de maíz que había comprado el día anterior en un puesto de verduras. Fue bonito. Comimos las mazorcas calientes con mantequilla y sal. Estaban dulces como la miel. Se comió tres.

Me da la sensación de que un alambre me rodea el corazón y me lo desgarrar cada vez que late.

—Y así acabaremos esta despedida. Comiendo este bonito maíz que tiene el sabor de la noche que empezó la vida de Blake. Espero que te quede sitio en el estómago.

Me queda sitio.

Echamos mantequilla y sal a las mazorcas, nos sentamos en el porche, en mecedoras, y nos las comemos mientras el sol se hunde en el horizonte, y el cielo se disuelve en un pálido degradado azul y rosa. Alrededor, el olor de las hojas y el césped despojándose del calor.

—¿Quieres que te cuente la vez que Blake me hizo reír más?

Se lo pregunto sin saber qué le voy a contar, porque es evidente que la abuela Betsy se ha puesto triste.

—Claro.

Me lanza una sonrisa que deja sus ojos atrás.

—Pues voy con Blake a uno de esos pícnicos que organizáis con la iglesia. No recuerdo si estabas tú. En fin, un niño coge el micrófono para bendecir la mesa y empieza a decir: «Señor, te damos las gracias por la hierba, los árboles y los mares», y básicamente da las gracias a Dios por todas y cada una de las cosas de la Tierra. Nosotros estamos muertos de hambre, por supuesto. Entonces Blake dice en voz alta: «Avanza, niño. No tengo todo el día».

Ahora que lo pienso, no estoy seguro de que sea la vez que más me hizo

reír —al fin y al cabo, hay muchos otros momentos que podrían competir con este—, pero me hizo reír muchísimo.

La abuela Betsy se ríe entre dientes, pero sigue destilando melancolía.

—Ojalá me aferrara a cada momento que he vivido con él como un náufrago se aferra a un salvavidas.

Durante un rato hurgamos en los cajones de nuestra memoria, sacamos las historias más brillantes y agudas, afiladas como cuchillos, y las colocamos en fila. Avivamos las brasas de fuegos que ardieron. Y luego nos quedamos en silencio e inmóviles porque el mero hecho de escuchar nuestra respiración es como un rito sagrado en salas de la muerte.

Parece tan cansada como yo. No me decido a dar por finalizado el día, pero alguien tiene que hacerlo.

—No es que quiera marcharme, pero creo que debería —le digo inclinándome hacia delante en la mecedora—. Ha estado bien. Me alegro de haberlo hecho. Ahora conozco mejor a Blake.

—Yo también suelo estar durmiendo a estas horas. —Apoya una mano en la mía y siento que tiembla—. No puedo agradeceréte bastante. Hoy hemos hecho cosas sencillas... las cosas que Blake y yo hacíamos en una semana normal. Pero así habría querido pasar mi último día con él.

—Yo también. —Empiezo a levantarme—. Volveré pronto a cortar el césped.

—No es necesario. Me va bien tomar el aire.

—Lo sé, pero... —Me quedo de pie, con la comida asentándose en el estómago—. Todo esto aún duele. Aunque no tanto como antes.

—No —me contesta en tono distante.

Su voz tiene un timbre nuevo. Nervioso. Tenso. Se mueve en la silla como

si quisiera decir algo. No me mira.

—¿Abuela Betsy?

Me mira a los ojos y veo miedo en su cara.

—Carver, quiero pedirte algo más.

—Claro.

«Me ha llamado Carver, no Blade.» Ahora me ha contagiado su temor. Me siento.

Resopla con fuerza y se mete una mano en el bolsillo. Saca otra hoja de papel doblada. Le tiemblan tanto las manos que casi se le cae. La desdobra y veo un número de teléfono.

—Contraté a un investigador privado para que buscara a Mitzi. La localizó hace unos días y me dio este número. Todavía no la he llamado para decírselo. Pensé que el día de hoy me daría fuerzas y que podría hacerlo sola, pero no me siento lo bastante fuerte. ¿Puedes entrar conmigo y quedarte unos minutos más para cogerme de la mano mientras la llamo?

Empujo el oscuro temor que me sube por las costillas.

—Sí.

Arruga la cara. Lloro.

—Me dirá: «Te llevaste a Blake y por eso ahora está muerto». Y no sabré qué contestarle, porque tendrá razón.

—No. Pero... No... No es así. Es ridículo. Es culpa mía. Te lo he dicho.

La abuela Betsy se ríe amargamente sin dejar de llorar.

—Ay, Blade. No habría estado en ese coche si antes no nos hubiéramos trasladado aquí. No estoy preparada para oírsele decir. Pero nunca lo estaré, así que supongo que ha llegado el momento.

—No es culpa tuya.

La miro a los ojos y espero que los míos le transmitan mi convicción.

Al final asiente.

—Vale.

Lo dice como si no quisiera discutir, no como si la hubiera convencido. Entramos y nos sentamos uno al lado del otro a la mesa de la cocina, a oscuras. Supongo que si hubiera querido luz, la habría encendido.

Respira hondo.

—Señor, dame fuerza.

Coge el teléfono y marca. Alargo el brazo y la cojo de la mano. Se aferra a la mía como el náufrago del que hablaba antes.

Oigo el teléfono sonando al otro lado. Una vez. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. La abuela Betsy mira hacia arriba. La veo murmurar algo. Seis. Siete. Cada tono es un cuervo picándome en el oído. Ocho. Nueve. Me aprieta más fuerte la mano.

Y entonces, cuando está apartándose el teléfono de la oreja, alguien contesta.

Vuelve a colocárselo en la oreja.

—¿Mitzi? ¿Mitzi? ¿Eres Mitzi? Mitzi, soy mamá. Mamá. Mitzi, ¿puedes... puedes bajar la música, por favor? Baja la música, por favor. No importa de dónde lo he sacado. Tengo que hablar contigo. Lo sé. Lo sé, pero... Cariño, tienes que escucharme, por favor... Porque es sobre Blake. Es sobre Blake.

Está desmoronándose. Es como intentar sujetar un puñado de arena del mar cuando hay olas.

Intenta decir algo más, pero las palabras se le atascan en la garganta. Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—No puedo —me dice moviendo los labios—. No puedo.

Deja caer hasta el regazo la mano del teléfono, cuya pantalla nos ilumina con un resplandor etéreo. Mitzi grita algo. La abuela Betsy se tapa los ojos y mueve la cabeza.

Siento que es inminente. Algo resbalando desde un estante. Pero no cae. Se

queda tambaleándose al borde, esperando a caer. Pero no cae.

«Hazlo. Es lo mínimo que puedes hacer por ella.» Le suelto la mano y la extiendo lentamente hacia el teléfono. Sigo oyendo los gritos de Mitzi. Sería casi cómico si no tuviera tan poca gracia. La abuela Betsy apenas se resiste antes de dejarme coger el teléfono.

Me lo llevo a la oreja.

—Hola, ¿Mitzi?

Trago saliva. Empiezan a temblarme las piernas. El corazón me va a mil.

—¿Quién coño eres?

La voz de Mitzi es un graznido químico. Siento cucarachas corriéndome por debajo de la piel, me arde la cara y se me pudren los dientes solo de oírla. Los bordes dentados de su voz tienen gangrena. De fondo oigo una tele o música alta, y a un hombre hablando.

—Soy... Soy un amigo de Blake. Carver. El mejor amigo de Blake.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llama mi madre para hablarme de Blake? ¿De dónde ha sacado mi teléfono?

—Te... Te hemos llamado para decirte que Blake murió en un accidente de coche hace poco más de un mes.

La garganta me palpita de contener el llanto.

—¿Qué? No es verdad. ¿Es una broma?

Sus palabras son desafiantes, pero su voz se debilita. Como la de un niño al que le han dicho que un juguete que le gusta mucho no se puede arreglar. O quizá como alguien a quien le han dado una bofetada. Lo oigo también en su voz.

Niego con la cabeza y caigo en la cuenta de que Mitzi no puede verme.

—Blake ha muerto. Celebramos su funeral. Lo enterramos. La abuela... tu madre intentó encontrarte, pero no lo consiguió a tiempo. Lo... Lo siento. Lo siento mucho. Tu madre quería decírtelo antes.

—No. —La voz de Mitzi es aún más débil—. Ni siquiera sé quién eres.  
Vuelvo a oír al hombre, más cerca.

—Lo siento.

Me tiembla la voz.

—Diooos nooo.

Su lamento se convierte de inmediato en un alarido incoherente y amorfo.

Tengo que apartarme el teléfono del oído. La abuela Betsy se tapa las orejas y apoya los codos en la mesa. Lloro y respiro con dificultad.

Cuando vuelvo a acercarme el teléfono, Mitzi está soltando una letanía:

—Pásamela. Pásamela. Es culpa suya por habérselo llevado. Quiero decírselo. Pásamela. Pásamela. Es culpa suya. Ha muerto por su culpa. Oh, Dios mío. Oh. Oh. No puedo. No puedo. Oh.

—No —le digo con todo el valor que consigo reunir—. No voy a pasártela. Le gritarás.

La abuela Betsy levanta la cabeza y extiende el brazo para coger el teléfono. Pero su intento es poco entusiasta, así que me pongo en pie y me aparto. Como Mitzi se ahoga en sollozos, hablo yo:

—No es culpa suya. Nadie tiene la culpa... Es culpa mía. Es culpa mía. Puedes gritarme a mí. Hazlo. Grítame. Es culpa mía.

Gime:

—Dejaste que se hiciera daño. No lo cuidaste.

—Lo sé —le digo. Se me saltan las lágrimas—. Lo siento.

Pero algo se revuelve dentro de mí. Algo arde y se convierte en rabia. Sé que estoy a punto de decir algo que lamentaré, y sé lo que es lamentarse.

—Pero tú tampoco. No pudo contar contigo. Ni siquiera estuviste aquí en su funeral. Tu hijo tuvo una buena vida gracias a tu madre. Tuvo amigos y gente que lo quería. Deberías estarle agradecida...

Cuelga, y lo único que oigo son los débiles sollozos de la abuela Betsy.

Dejo lentamente el teléfono en la mesa. Me siento como si me hubieran colgado de la rama de un árbol metido en un saco y me hubieran golpeado con un palo.

—Iba a pasarte el teléfono. No quería que te echara la culpa. No esperaba que colgara.

Asiente con la cabeza.

—Gracias por decírselo.

De repente me doy cuenta de que más o menos he confesado ante Mitzi. Seguramente no debería volver a hacerlo. Pero ahora mismo no me importa. Que intenten encontrar a Mitzi. Algo me dice que ni siquiera va a vivir veinticuatro horas. Y mejor, que me crucifiquen. Sería un alivio.

La abuela Betsy parece hueca y vacía. Parece que le cueste levantar la cabeza.

—Estoy agotada. No me quedan fuerzas.

—Me voy.

Me dirijo a la puerta.

—¿Blade? —me llama—. ¿Puedes representar otra escena conmigo?

—Sí.

—Deja que me despida de verdad de Blake.

—Vale.

Me armo de valor.

Se levanta y se coloca frente a mí.

—Blake, te quiero y me encantaron los días que pasé contigo. He guardado cada uno de ellos en mi corazón. Algún día, cuando suene la trompeta, volveré a abrazarte.

Y me abraza.

Me quedo sin palabras.

Tras una larga pausa, me dice:

—La despedida ha merecido la pena. Espero que estés de acuerdo.

—Lo estoy.

—Blake era un chico fantástico y lo echaré de menos.

—Yo también.

Y con esto me marchó.

Mis padres están viendo la tele en su habitación. Apenas les había hablado de lo que iba a hacer hoy. Solo les había dicho que la abuela Betsy y yo íbamos a pasar el día juntos recordando a Blake.

Entro en su habitación, les doy un abrazo más largo de lo habitual y les digo que los quiero. Me preguntan cómo me ha ido y les contesto que no quiero hablar. Estoy muy cansado. Hablaremos en otro momento.

Me tumbo en la cama y mando un mensaje a Jesmyn preguntándole si puede hablar.

Mientras espero su respuesta, mis recuerdos se doblan y se recolocan en el baúl del que los he sacado. Hoy ha sido catártico como cuando vomitas hasta vaciar completamente el estómago. No es que te sientas bien. Pero has purgado algo.

—Se ha comprado unas gafas nuevas —le digo.

El doctor Méndez lleva unas gafas redondas de color negro.

—Sí y no —me contesta—. No, porque hace tiempo que tengo estas gafas. Sí, porque cada dos por tres me compro gafas que no necesito. Me compro gafas como algunas mujeres se compran bolsos y zapatos.

—Mi amiga Jesmyn diría que eso es sexista.

El doctor Méndez sonrío y asiente.

—Y tendría razón. Debo cuidar estas cosas.

—No se lo diré a nadie.

Se quita las gafas y las levanta hacia la luz para ver si están sucias.

—Lo curioso es que no veo el mundo diferente con gafas nuevas. Solo veo las cosas de diferente manera cuando me miro al espejo.

Me doy golpecitos en la nariz con la yema del dedo índice.

El doctor se ríe.

—En la nariz. Está bien. Si te prometiera que no pretendía hablar como un psiquiatra, ¿me creerías?

—Bueno, seguramente es difícil. Es lo que hace todo el día.

—Es verdad. Si no me permites eludir mi responsabilidad, me ayudas a que no me preocupen tanto mis defectos. Quizá deberíamos intercambiarnos las sillas.

Esbozo una media sonrisa.

El doctor Méndez se reclina en la silla y cruza una pierna sobre la otra.

—Bueno, lamento que no hayas podido venir en un par de semanas. Estábamos de vacaciones. ¿Cómo estás?

Respiro hondo y contengo el aire todo el tiempo que puedo para ordenar mis pensamientos.

—La semana pasada hice lo que le conté. La despedida con la abuela de mi amigo Blake.

—¿Sí? ¿Qué tal fue?

—Bastante bien. Creo que quizá me sirvió para cerrar un poco el tema. Tuve que decirle a la madre de Blake que su hijo había muerto porque la abuela fue incapaz.

—Tuvo que ser difícil.

—Lo fue. Casi me dio otro ataque de pánico mientras se lo decía, pero no.

—Bien.

—Sí. En fin, conocí mejor a Blake. Le conté a su abuela algunas cosas de Blake que no sabía. Quizá le dije más de lo que habría debido.

—¿Te sientes culpable?

—No tanto como de otras cosas.

—¿Otras cosas?

Miro al suelo y me froto la cara. Quiero y no quiero contárselo. No es que me preocupe que me juzgue. Lo que me preocupa es que no me juzgue. Y entonces me pregunto si el ataque de pánico que no llegó a darme antes de la llamada a Mitzi significa que estoy mejor o si significa que voy a volver a las andadas si no se lo cuento.

Así que se lo cuento.

Todo. Todos los detalles que recuerdo. Me confieso totalmente, como hice con mi abogado. Más, porque añado sentimientos, mientras que con el señor

Kratz me limité a los hechos. Le cuento al doctor Méndez lo de la investigación de la fiscal del distrito. Me escucha sin parpadear. De vez en cuando mueve ligeramente la cabeza, asiente y murmura «Mmm».

—Bueno —me dice apoyando un brazo en el otro y dándose golpecitos en los labios con el dedo índice. Levanta tres dedos—. Parece que hay tres elementos en tu situación emocional actual. Sientes dolor: has pasado por una pérdida y por todo lo que eso conlleva. Tienes miedo de que investiguen el accidente. Y, lo más importante, te sientes culpable, crees que tus amigos murieron por tu culpa. ¿Te he entendido bien?

—Bastante bien. También me da miedo lo que todo esto costará a mis padres. Tienen que pagar al abogado.

—Muy bien.

—Además, la hermana de uno de mis amigos me la tiene jurada en la escuela.

—Ya veo. Y supongo que en este caso el dolor, el miedo y la culpa tienen un efecto sinérgico. Uno más uno más uno es igual a diez, no a tres.

—Algo así.

—Mmm.

Se reclina y se tapa la boca con los dedos. Nos miramos unos segundos escuchando el tictac del reloj y nuestras respiraciones. Dejamos que el silencio se extienda.

—Cuéntame una historia —me dice en voz baja.

—¿Una historia cualquiera?

—Una historia sobre la muerte de tus amigos en la que estés al margen de lo que la provocó.

—Nos llamábamos el Equipo Salsa.

Sonríe.

—Seguro que esa también sería buena.

—Lo es. ¿Puedo contársela?

—Algún día, sí. Pero por ahora cuéntame lo que te pido.

—¿Quiere que le cuente una historia en la que no sea el culpable?

—Exacto.

Mi cabeza da vueltas en busca de algo a lo que aferrarse. Algún fragmento que pueda desenmarañar y rearmar de otra manera. Pero no lo encuentro.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no. No fue eso lo que pasó.

—Venga ya —me dice—. Escribes relatos. Eres escritor.

—Lamento decepcionarle.

—Cuéntame algo. ¿Qué tiene de malo intentarlo?

—Me gusta hacer cosas productivas.

—Has sufrido, ¿verdad?

—Sí.

—Pues eso es lo productivo que has conseguido. Y no porque lo necesitaras.

Pongo los ojos en blanco y levanto las manos.

—Muy bien. A ver. Ese día, en lugar de mandar un mensaje a Mars, espero a que lleguen a mi trabajo y salimos juntos. Todos están vivos y yo no estoy aquí sentado. Fin.

—No, no. ¿Recuerdas las reglas? Ese relato sigue girando alrededor de tus acciones. Lo que no hiciste salvó a tus amigos. Quiero que me cuentes una historia en la que no tengas nada que ver con el accidente.

Gruño desde lo más profundo de la garganta.

—Vale. El camión contra el que se estrellaron no debería haber estado ahí. El conductor se retrasó y... sucedió. Y si no hubiera estado ahí, mis amigos estarían vivos.

El doctor Méndez frunce el ceño y asiente.

—No está mal. Pero no he conseguido... identificarme con los personajes. ¿Cómo has dicho que se llamaba el conductor?

—No lo he dicho.

—Quizá por eso la historia no me ha atrapado. —Parpadea—. Puedes hacerlo mejor.

Vuelvo a poner los ojos en blanco, me dejo caer sobre el respaldo de la silla y miro al techo. Hablo mirando al techo.

—Muy bien. El conductor del camión se llamaba... Billy... Scruggs. Es un buen nombre para un camionero, ¿verdad?

Sigo sin mirar al doctor Méndez.

—Excelente.

—La mujer de Billy acababa de echarlo de casa. Le dijo que quería el divorcio porque estaba harta de que se pasara la vida en la carretera. Billy estaba deprimido. Se marcha de... Macon, Georgia, donde vive. Está bien que un camionero sea de Macon, ¿verdad?

—Billy Scruggs de Macon. Bien. Quiero más.

—Billy transporta un cargamento de...

Miro al doctor Méndez, que levanta las manos, como dándome a entender que no lo sabe, que es mi relato.

—... de manuales de psiquiatría y gafas a Denver.

Casi quiero que me diga que no me pase de listo.

Pero el doctor Méndez se ríe y comenta:

—Ahora sí que me has atrapado.

Es extraño, pero me siento bien.

—Billy nunca fue un conductor responsable y se ha retrasado un poco. Se ha parado a desayunar en un área de descanso de Chattanooga. Sabe que tiene que ponerse en camino, pero no puede, por la camarera. Se llama... Tammy

Daniels. Tiene treinta y nueve años, aunque no aparenta más de cincuenta.

El doctor Méndez se ríe.

—Fantástico.

—Ya no es tan guapa como antes, y se maquilla demasiado para que no se note. Pero aun así Billy la encuentra guapa. Porque solo tiene que ser guapa comparada con el asfalto infinito, las vallas publicitarias y la parte de atrás de otros camiones.

El doctor Méndez asiente.

—Sí —me dice en voz baja—. Bien.

—Billy intenta reunir el valor para pedirle su número de teléfono. Como la camarera le ha sonreído y le ha guiñado un ojo, cree que tiene alguna posibilidad. Se bebe una taza de café tras otra —más de las que quisiera— porque así ella se acerca a su mesa. Se pregunta cuándo volverá a verla si no reúne el valor. Al final se acojona y se rinde. Billy es no solo un mal camionero, sino también un rajado. Deja una buena propina y antes de ponerse en camino escribe «Eres muy guapa» en la cuenta.

—Cruzo los dedos por Billy —me dice el doctor Méndez—. Ahora se ha retrasado y no se ha llevado a la chica.

En algún momento de mi relato me he colocado en el borde de la silla sin darme cuenta.

—Y además tiene que parar a mear cada dos por tres porque mientras esperaba la ocasión de hablar con Tanya no ha dejado de beber café.

—Tammy.

—Ah, sí. Tammy. Así que ahora se ha retrasado mucho. Cuando llega a Nashville, se supone que debería haberla dejado atrás hace mucho. Pero no es así. Está donde el Equipo Salsa chocó con él. Tiene delante una furgoneta cargada de almohadas y bolitas de corcho blanco para paquetería. Si el Equipo Salsa hubiera chocado con la furgoneta, se habría salvado. Pero

chocaron con Billy. Con el inútil de Billy.

Me quedo en silencio un buen rato. Me froto una mancha de los pantalones.

—En esta historia no eres la causa de sus muertes —me dice el doctor Méndez.

—Supongo que no. En esta historia.

—¿Cómo te sientes después de haberla contado?

—Siento que le miento a usted y me miento mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque no fue lo que pasó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé.

—¿Cómo?

—Porque sí.

—¿Cómo?

Suspiro.

—Muy bien. No lo sé.

Otra larga pausa para pensar hasta que el doctor Méndez habla.

—Nuestra mente busca la causalidad porque sugiere un orden del universo que en realidad quizá no existe, aun cuando creas en un poder superior. Muchos preferirían compartir sin razón su parte de culpa en un acontecimiento trágico a aceptar que las cosas no responden a cierto orden. El caos es aterrador. Una existencia caprichosa en la que a los buenos les pasan cosas malas sin razón aparente es aterradora.

«Lo es, sin duda.»

—Pareidolia —le digo.

—¿Cómo dices?

—Pareidolia. Una de mis palabras favoritas. Es cuando tu mente ve una

forma que reconoces donde no la hay. Como ver una cara en la luna. O formas en las nubes.

El doctor Méndez sonrío y dice, básicamente para sí mismo:

—Pareidolia. Qué palabra tan bonita.

—Para algo que no siempre es bonito.

—Para algo que no siempre es bonito.

A veces olvido por unos segundos que han muerto. Oigo algo en la escuela sobre un baile o una obra de teatro que están organizando. Leo que van a estrenar una película o que va a salir un videojuego. Algo que compartíamos. Un destello de entusiasmo. Y tan deprisa como llega se desvanece, como si el aire tuviera más que objetar a mi felicidad que yo mismo. Cabría esperar que me sucediera cada vez menos con el paso del tiempo. Pero me da la impresión de que me sucede cada vez más a medida que el verano se rinde al otoño.

He oído que las personas que pierden una extremidad tienen una «extremidad fantasma», que les pica y les duele como si su cuerpo hubiera olvidado que ya no la tiene.

Yo tengo una trinidad de fantasmas.

Estamos rodeados de paredes, aunque no deberíamos. Deberíamos estar disfrutando de la perfecta tarde a veintidós grados. El final del verano es mi miniestación favorita, con sus días templados: noches suaves y frescas con grillos cantando suavemente, y mañanas como frío satén en la piel. En esta época suelo andar por ahí feliz, sin razón. Este año no.

Estamos en la biblioteca Bellevue. Es un edificio nuevo, moderno, y decenas de pájaros de madera, tallados con los árboles que talaron para construir la biblioteca, flotan por encima de nosotros, colgando de cables. Lo mismo que hacemos con nuestros recuerdos cuando nos talan la vida y nos pasan la apisonadora. Tallamos pájaros con ellos y los colgamos, como si siguieran volando.

Jesmyn está sentada frente a mí. Observa y escucha atentamente algo en su portátil con auriculares. Yo debería estar haciendo un trabajo sobre Toni Morrison para literatura inglesa, pero Jesmyn me distrae. Me da la impresión de que lleva todo el día cabreada. Intento descifrar su expresión, pero aún estoy poco familiarizado con sus matices.

Empieza a sollozar. Se seca rápidamente los ojos con los pulgares. Dudo entre fingir no darme cuenta y decirle algo. Decido decirle algo.

—Hola —susurro.

—Hola —murmura con voz temblorosa, y vuelve a secarse los ojos.

—¿Quieres que salgamos un rato?

Asiente y cierra el portátil. Lo mete en la mochila sin mirarme y dejando que el pelo le cubra la cara. Recojo rápidamente mis cosas y la sigo. Se sienta en un banco, con la mochila a los pies.

Espero a que empiece, pero no dice nada.

—¿He hecho algo? —le pregunto.

Se queda unos segundos en silencio, mirando los coches que pasan. Al final:

—Quiero que seas totalmente sincero conmigo.

—Muy bien.

Me muevo, nervioso.

—¿Has ido diciendo por ahí que estamos enrollados?

Me quedo helado y se me seca la boca.

—No. No. ¿Qué demonios? ¿Y a quién podría decírselo?

—«A quién podría decírselo» no es muy tranquilizador. Si un tío quisiera presumir de que está liado con una chica, se lo diría hasta al repartidor que le trae la pizza.

Soy consciente de que quiero parecer sincero, y lo soy. El problema es que cuanto más creíble intentas parecer, menos lo pareces.

—Jesmyn, te lo juro. ¿Qué te han dicho?

—Hoy, en teoría de la música, Kerry me ha dicho que había oído que tú y yo estábamos enrollados y que lo nuestro empezó incluso antes de que Eli muriera.

Nada te arranca más la ropa y te deja tirado, desnudo y magullado, que descubrir que alguien ha mentido sobre ti con mala intención. Supongo que por eso lo hacen. Los que te odian. Una oleada de rabia y de humillación me invade el pecho.

—Mierda, me pregunto quién puede extender un rumor así.

—¿Adair? ¿Tú crees?

—Nos odia a los dos.

—Pero ¿por qué mentir?

—¿Porque quiere hacernos daño? Me fastidia mucho que hayas pensado en mí antes que en ella.

—Bueno.

—No, en serio. Aun en el caso de que estuviéramos enrollados, no se lo diría a nadie.

—Todavía estamos conociéndonos.

—A estas alturas deberías conocerme lo suficiente para saber que no puedo haber dicho algo así. Georgia me ha enseñado bien.

Jesmyn parece ligeramente aliviada.

—Perdona. Es que me pasó en la última escuela. Empecé a salir con un tío, y su ex se dedicó a decirle a todo el mundo que yo era una puta.

—¿Lo ves? Las chicas sois tan capaces de extender rumores de mierda sobre otras chicas como los chicos.

—No he dicho que no lo fuéramos.

—Sexista.

—Lo que tú digas.

—Siento mucho haberte metido en esto.

«Aunque no tanto.»

—¿En qué? ¿En ser amigos? Cállate. Seré amiga de quien yo quiera. Me da igual Adair. No me gusta la gente que dice mentiras sobre mí.

Pero, pese a su tono desafiante, sigue pareciendo agobiada.

—¿Era esto todo lo que te molestaba?

Juguetea con su pulsera. Lleva las uñas pintadas de color gris oscuro, casi negro.

—No.

—¿Quieres contármelo?

—Solo si me prometes que no intentarás solucionar el problema. Los chicos siempre queréis solucionarlo todo.

—Te lo prometo. De hecho, no solo no voy a intentar solucionarlo, sino que te prometo que lo joderé aún más.

Se ríe.

—Tampoco se trata de eso. Solo escúchame.

—Te escucho.

—Tengo una enfermedad neurológica llamada sinestesia.

—Es... cuando...

—Cuando un sentido desencadena otro. Así que cuando toco o escucho música —en realidad cualquier sonido—, veo colores.

—Oh. Vaya. Es increíble. He oído hablar del tema.

—Supongo. Es increíble a veces. No siempre. En fin, ¿recuerdas la obra que estoy preparando para la audición en la Juilliard? ¿«Jeux d'eau»? Estaba viendo a Martha Argerich tocándola. Se supone que debería sonar azul cobalto, cristal. Como... vidrio azul en una ventana. Así suena cuando ella la toca. Pero cuando la toco yo suena verde amarronado. Como moco. Es asqueroso y horrible. Escucharme a mí misma me duele físicamente.

—A mí me suena increíble.

—No te ofendas, tío, pero tengo que tocarla para gente con oídos más exigentes que los tuyos.

—Lo harás muy bien.

—Bueno, desde hace casi dos meses, todo lo que toco suena a color moco. Es como si la muerte de Eli hubiera roto algo dentro de mí, y ahora veo ese raro filtro amarillo verdoso sobre todo lo que hago. Es horrible que la sensación de algo que amo tanto sea tan absolutamente mala.

—Lo entiendo.

—No sé qué hacer.

Me quedo callado y no me muevo lo más mínimo, a propósito. Jesmyn me lanza una mirada expectante.

—Este soy yo no haciendo nada para solucionar el problema —murmuro sin abrir apenas la boca.

Se ríe. Un sonido que se ha convertido en un santuario para mí.

—Vale, puedes darme un abrazo. Ya no has solucionado bastante.

Nos levantamos y nos abrazamos balanceándonos ligeramente.

—Abrazas bien —me susurra al oído.

—Cuidado, no me dejes solucionar algo por accidente.

—No te dejaré.

—Siento que últimamente veas el mundo a través de cristales de color moco.

—Yo también.

Se aparta, y quizá son imaginaciones mías, pero al hacerlo arrastra ligeramente los labios por mi mejilla. (Crecimiento personal, así que tengo que sentarme con cuidado.)

Jesmyn se sienta.

—¿Crees que me iría bien despedirme de Eli, como hiciste tú con Blake? No quiero bromas sobre que se supone que no tienes que solucionar nada.

Dados los últimos acontecimientos, no esperaba esta pregunta.

—Es posible. Es decir, ahora sin duda pienso en Blake con más tranquilidad que antes.

—Quizá tú y yo deberíamos despedirnos de Eli con sus padres. Podríamos bien.

No se me había ocurrido por Adair. La idea me resulta extraña.

—¿Quieres que les pregunte si les interesa?

Espero que me diga que no.

—Quizá.

—¿Y qué pasa con Adair?

—Si para Adair es un problema, dirán que no.

—¿Qué hacemos con Adair en general? ¿Deberíamos intentar hablar con ella?

—Lo he intentado una vez y no creo que sirva de nada.

Nos quedamos pensativos, sin decir una palabra. Mis pensamientos borbotean y afloran a la superficie.

—¿De qué color es mi voz? —le pregunto por fin—. Cuando hablo.

Se frota la barbilla y me mira de reojo.

—Hmmm. Normalmente color gilipollez.

No reconozco el número de teléfono.

—¿Hola?

—¿Carver Briggs?

Al otro lado de la línea la voz es brusca. No una voz que va a darte la noticia de que has sido seleccionado al azar para nadar con crías de delfín mientras alguien te grita piropos por un megáfono. Suena como una cartuchera de piel negra.

—Soy yo —le contesto por encima de los cláxones que resuenan en mi cabeza.

—Soy el teniente Dan Farmer, del Departamento de Policía Local de Nashville. Nos gustaría hablar contigo sobre el accidente de coche del 1 de agosto de Thurgood Edwards, Eli Bauer y Blake Lloyd. Tenemos entendido que eras amigo suyo. ¿Cuándo podrías pasarte con tus padres por la comisaría para hablar con nosotros?

Deseo que deje de temblarme la voz, pero fracaso estrepitosamente.

—Pues... La verdad es que antes tengo que hablar con mi abogado.

—No estás detenido. Solo queremos hablar contigo.

Es evidente que le ha fastidiado.

—Mi abogado me dijo que no hablara con ningún policía si él no estaba presente. Mi abogado es Jim Krantz.

El fastidio del teniente Farmer se convierte en cabreo en toda regla. Lo disimula tan mal como yo mis nervios.

—Muy bien. ¿Tienes mi número?

—Sí.

—Llama a tu abogado y dime algo.

—Muy bien.

El teniente Farmer cuelga sin despedirse.

Se lo digo a mis padres. Luego llamamos al señor Krantz.

Está sucediendo.

Una parte de mí, vaga y remota, le da la bienvenida.

Al día siguiente, después de la jornada escolar más larga de mi vida, nos sentamos a la mesa de reuniones del señor Krantz. Mis padres están a mi izquierda. A mi derecha hay una silla vacía para el señor Krantz. En una esquina hay una cámara de vídeo en un trípode. Nadie dice nada.

Oigo voces, fuera intercambian formalidades. La recepcionista hace entrar a dos hombres con pantalones de pinzas y americana. Llevan pistola y placa en el cinturón. Detrás de ellos entra una mujer joven trajeada y con el mismo aspecto profesional que los anteriores.

El mayor de los dos hombres se presenta.

—¿Carver? Teniente Dan Farmer. Gracias por venir.

«¡Oh, de nada! ¡Encantado de estar aquí!»

El más joven se presenta.

—Sargento Troy Metcalf.

La mujer da un paso adelante.

—Carver, soy Alyssa Curtis. Ayudante de la fiscal del distrito del condado de Davidson.

—Ha aparecido el equipo al completo —dice mi padre.

Intenta parecer indiferente, como si no tuviéramos nada de lo que preocuparnos, pese a cierto tono de desprecio en su voz (el acento de mi padre es perfecto para despreciar). Una risa incómoda. No de nuestro lado de la mesa. Mi estómago es un avispero.

Se sientan frente a mí. Miro fijamente mis manos sudorosas. Nadie dice nada. Al final el señor Krantz entra a toda prisa, con las gafas apoyadas en la punta de la nariz y un bloc en la mano. Ni los policías ni la señorita Curtis parecen alegrarse demasiado de verlo. Pero todos le estrechan la mano.

—Muy bien —dice el señor Krantz. Se sienta resoplando y mira el reloj—. Estoy muy ocupado. Mi cliente está muy ocupado. Todos ustedes están muy ocupados... o al menos deberían estarlo. Que empiece pues el espectáculo.

—Me parece bien —dice el teniente Farmer presionando el bolígrafo—. Carver, estamos investigando el accidente que acabó con las vidas de Thurgood Edwards, Elias Bauer y Blake Lloyd el 1 de agosto de este año. ¿Por qué no nos cuentas todo lo que sabes sobre las circunstancias en torno al accidente?

Trago saliva. Cuando estoy a punto de hablar, interviene el señor Krantz. Se quita las gafas y las deja encima del bloc.

—No, no, no. ¿Tiene alguna pregunta concreta? Hágala. No voy a dejar que mi cliente les cuente historias de fuegos de campamento improvisadas.

El teniente Farmer hace una mueca de disgusto y se retuerce en la silla.

—Carver, ¿eras consciente en el momento en el que tuvo lugar el accidente de que los tres fallecidos iban en coche?

Empiezo a contestar, pero el señor Krantz me corta.

—Mi cliente se acoge a su derecho a no contestar, según la quinta enmienda de la Constitución de Estados Unidos, y el artículo primero, sección novena, de la Constitución de Tennessee.

El teniente Farmer respira con fuerza por la nariz, como diciendo: «Ya empezamos».

—¿Mandaste un mensaje a Thurgood Edwards inmediatamente antes del accidente?

—Yo...

—Mi cliente se acoge a su derecho a no contestar, según la quinta enmienda y el artículo primero, sección novena.

—¿Eras consciente de que Thurgood estaba conduciendo cuando le mandaste un mensaje?

Espero unos segundos antes de hacer siquiera el intento de contestar. Y hago bien.

—Mi cliente en ningún momento le ha dicho que mandara un mensaje al señor Edwards. Lo ha dicho usted. Y también se acoge a su derecho a no contestar, según la quinta enmienda y el artículo primero, sección novena.

El sargento Metcalf suspira.

El teniente Farmer habla en voz baja.

—Mira, Carver, solo pretendemos aclarar todo esto. No pretendemos confundirte.

El señor Krantz se ríe entre dientes.

—Dan, no puedes hacer ahora el papel de policía bueno cuando has empezado con el de policía malo. Además, lo que dices son tonterías. Pretendes acusar a mi cliente —un niño— de algo para que el juez no tenga que hacerlo. Llamemos a las cosas por su nombre.

—No estamos disfrutando con todo esto, Jimmy.

—No he dicho que estuvierais disfrutando. Siguiendo pregunta. No me queda mucho tiempo.

—Carver, ¿con quién has hablado del accidente?

Pausa. Espero el...

—Mi cliente se acoge a su derecho a no contestar, según la quinta enmienda y el artículo primero, sección novena. Siguiendo pregunta.

—Jim —dice la señorita Curtis—, la cooperación de Carver ayudaría a calmar la situación y a darte ventaja en las futuras negociaciones. Especialmente si al final nuestra investigación da algún resultado. Entonces será demasiado tarde.

—También ayudaría que os regalara el único gancho en el que podéis colgar vuestros sombreros. Esta es vuestra única oportunidad de hablar con Carver, así que os sugiero que sigáis adelante.

Los ojos del teniente Farmer me atraviesan. Como si me retaran a enfrentarme al señor Krantz y soltar algo.

—Carver, ¿hay algo que desearías haber hecho de otra manera el 1 de agosto?

«Ay, cuántas cosas podría contestar. Ay, cuánto determina esta pregunta toda mi existencia.» Y mi impactante y sorprendente respuesta es...

—Mi cliente se acoge a su derecho a no contestar, según la quinta enmienda y el artículo primero, sección novena.

Ya estamos otra vez.

La señorita Curtis toca al teniente Farmer en el brazo y se levanta.

—Muy bien. Todos tenemos cosas más productivas que hacer. —Me mira fijamente—. No puedo prometerte nada respecto a cómo la fiscal del distrito reaccionará a tu negativa a colaborar si decidimos seguir adelante con el caso.

Su tono me provoca un escalofrío.

El señor Krantz suelta una risa tonta.

—¿Qué caso? —Se levanta—. Amigos, un placer, como siempre.

No les tiende la mano. Tampoco lo hacen los dos policías y la señorita Curtis.

—Seguiremos en contacto —dice la señorita Curtis dirigiéndose hacia la

puerta.

—Eso espero. Y, amigos...

Los dos policías y la señorita Curtis se vuelven.

—Más os vale que no me entere de que intentáis engañar subrepticamente a Carver para que diga algo que no debería. Nada de chicas policía encubiertas con blusas escotadas. Nada de cuarentones fingiendo tener dieciséis años en chats. Ni chanchullos, ni gilipolleces. De ahora en adelante, mi cliente se acoge inequívocamente a su derecho a permanecer en silencio. No le interesa colaborar en que Fred Edwards lo machaque. ¿Nos entendemos?

Ninguno de los tres contesta. Salen del despacho.

El señor Krantz mira el reloj mientras recoge sus cosas.

—Perdonad que tenga que irme corriendo. Cuando les he dicho que no me quedaba mucho tiempo, no era un farol. —Me da una palmada en el hombro y me lo aprieta—. Ánimo, hijo.

«Ánimo.» Un consejo que siempre ayuda, sobre todo porque siempre te lo dan cuando sientes que estás en el patíbulo.

Cuando llego a casa, le digo a Jesmyn que voy a tantear a los padres de Eli sobre lo de la despedida. Lo que no le digo es que he decidido hacerlo porque me preocupan dos cosas: 1) ir a la cárcel antes de haber podido hacerlo, y 2) no ir a la cárcel, pero reconcomerme por dentro antes de haber podido hacerlo. En cualquier caso, necesito hacerlo más pronto que tarde.

Llamarlos me pone nervioso hasta que me recuerdo a mí mismo que hace poco informé por teléfono a una madre de que su hijo había muerto. Si puedo hacer algo así, supongo que puedo hacer cualquier cosa. Por teléfono. Aun así, sigo preocupado por Adair, pero que lo decidan ellos.

Creía que tendría que darles más explicaciones, pero no. Hablo con la madre de Eli. Me dice que la abuela Betsy la llamó poco después de la despedida de Blake y le recomendó la experiencia como terapéutica. Así que se lo han estado planteando, pero no sabían cómo proponérmelo. Y es el momento perfecto, porque tienen previsto esparcir las cenizas de Eli en Fall Creek Falls este otoño. Creen que a él le habría gustado. Me pide que invite a Jesmyn. Le digo que lo haré.

No le digo que espero que esto permita que Eli descanse por fin en mi mente, porque la muerte solo se convierte en real cuando la gente descansa por fin.

—Cuéntame una historia.

Es lo primero que me dice el doctor Méndez cuando nos sentamos. Nos saltamos la charla previa.

He llegado preparado. ¿Por qué no? Sabía que al final me lo pediría y que tendría que hacerlo sobre la marcha.

—En 2001, Hiro Takasagawa era ingeniero de seguridad de la Nissan. En realidad era artista, hacía esculturas móviles. Pero nadie se las compraba, así que tuvo que aplicar su talento a un trabajo de verdad.

—El mundo es un lugar difícil para los artistas.

—Sí. Pero a Hiro le encantaba su trabajo, porque sus padres habían muerto en un accidente de coche cuando él era muy pequeño. Chocaron con un camión en una carretera helada. Hiro quería evitar que le pasara a nadie más. Por eso diseñó un sistema de seguridad para coches que consistía en un par de alas blancas mecánicas —alas de grulla— plegadas debajo del coche. Tenía... un sensor o algo así en la parte delantera, y si te acercabas demasiado deprisa a un obstáculo, las alas se abrían, se movían y elevaban el coche por encima del obstáculo. El coche planeaba un rato, y el volante seguía funcionando por los aires. Hasta que encontrabas un sitio en el que aterrizar sin peligro.

El doctor parece absorto en mi relato.

—En el año 2001. Lo has especificado.

—Hiro presentó la idea a su jefe. Pensaba en empezar a aplicar su sistema en los Nissan de 2002. Pero su jefe se puso furioso. «Takasagawa, ¿se hace una idea de lo que costaría?», gritó. «Pero funciona», le contestó Hiro. «He construido un prototipo y lo he probado. ¿Cuánto vale la vida de las personas?» Y el jefe le dijo: «¡Es usted idiota! Esto es un negocio. ¿Ha desperdiciado tiempo y dinero en esto? ¡Está despedido!».

Me he metido en la historia. He hecho voces distintas para Hiro y para el jefe.

—¿Cómo se llama el jefe? —me pregunta el doctor Méndez.

—Yoshikazu Hanawa. Presidente de la Nissan en 2001. Lo he buscado.

—Bien —me dice el doctor Méndez en voz baja—. Muy bien. Perdona. Me indica con un gesto que continúe.

Respiro hondo.

—Entonces Hiro sale del despacho destrozado. Cree que ha fallado a sus padres y que ha perdido el honor. Sube a su coche y arranca. Su intención es suicidarse. Intenta chocar con un edificio, pero en el último segundo las blancas alas de grulla se despliegan de debajo del coche. Y el caso es que no era su prototipo. Simplemente aparecieron. Lo elevaron por encima del edificio, hasta el cielo. Y nunca bajó. Sigue planeando con esas alas.

Nos quedamos un buen rato en silencio, y al final el doctor Méndez me dice:

—Y Mars conducía...

—Un Nissan Maxima de 2002.

—Que no estaba equipado con las alas de Hiro.

—Habría sido demasiado caro.

—Pero si el señor Hanawa hubiera aceptado la idea de Hiro...

—Entonces, aunque Mars hubiera estado escribiendo un mensaje, las alas

lo habrían elevado por encima del camión.

—Del camión de Billy Scruggs.

—Exacto.

—Tanto si le hubieras mandado el mensaje como si no.

—Exacto.

—¿Cómo te has sentido contando esta historia?

—Como si siguiera mintiéndome a mí mismo e intentara echar la culpa a otro.

—¿Por qué?

—Porque sí. La historia de Hiro no es real.

El doctor Méndez inclina la cabeza con los ojos brillantes y entiendo la pregunta.

—Muy bien —murmuro—. No lo sé.

El doctor Méndez sonrío de oreja a oreja.

—¿Y cómo estás?

Me muerdo el labio.

—El otro día hablé con la policía sobre el accidente. Bueno. Me senté en un despacho con policías que me hacían preguntas que mi abogado decía que no iba a contestar.

—No suelo felicitar a mis pacientes por negarse a hablar, pero buen trabajo.

—¿Por qué buen trabajo?

—¿Recuerdas lo que comentamos en tu última visita? ¿Que buscamos causalidad donde quizá no la hay?

—Usted cree que no debo aceptar mi culpa ahora mismo.

—Lo que yo creo no importa. Lo que importa es lo que crees tú. Estoy intentando ayudarte a hacer lo que creas que es mejor. Antes de que des un paso que podría tener consecuencias drásticas, quiero asegurarme de que has

tenido en cuenta otros puntos de vista.

—Estoy asustado.

—¿Qué te asusta?

—Ir a la cárcel.

—Lo imagino.

Frunce el ceño.

Me dejo caer en el respaldo de la silla.

—¿Sonaría muy raro que le dijera que también me asusta no ir a la cárcel?

—¿Sabes por qué te da miedo esto último?

—No del todo.

—¿Es en parte porque sientes que no ir a la cárcel te privaría de la oportunidad de expiarlo?

—Puede ser.

El doctor Méndez no dice nada, pero su expresión me dice que debería seguir por este camino.

—Hablando de expiar —le digo—, voy a hacer otra despedida. Con los padres de Eli.

—Me dijiste que la experiencia con la abuela de Blake fue positiva.

—Lo fue.

—Ahora que han pasado unos días, ¿has reflexionado sobre esa experiencia?

Observo la estantería de detrás del doctor Méndez, como si el lomo de un libro encerrara la respuesta a esa pregunta.

—Me... ha hecho desear aún más haber valorado el tiempo que pasé con ellos mientras estaba con ellos.

—Es muy normal que te lo reproches. No quieres vivir todo el tiempo a la sombra de la muerte, pero, a menos que lo hagas, casi siempre habrá cosas que no has dicho o cosas que no has valorado del todo. Si te parece que la

experiencia de despedirte fue básicamente terapéutica, te digo que sigas adelante con los padres de Eli.

—Sí.

Me lanza la mirada que antecede al momento en que se mete en mi mente.

—Pero tienes dudas.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque la familia de Eli es muy diferente de la abuela de Blake.

—¿En qué sentido?

—Pues... filosóficamente, supongo. Su mundo es mucho más complicado. Los dos son personas con formación. Con la abuela de Blake, está Dios, el cielo, el infierno, y nada más. Los padres de Eli... dudo que crean que van a volver a ver a Eli como la abuela de Blake tiene fe en que va a volver a ver a su nieto. Sin duda no van a la iglesia. Y además Eli tiene una hermana gemela. Adair. Que me culpa a mí.

—Mmm.

—No sé dónde se sitúan los padres de Eli en esto de la culpa.

—Doy por sentado que si te consideraran responsable, no estarían dispuestos a hacer la despedida, y se acabó.

—Supongo. Otra cosa es que me he hecho muy amigo de Jesmyn, la novia de Eli. La exnovia. La novia viuda. Lo que sea.

—¿Y por qué te preocupa?

—No quiero que parezca que intento sacar algo de Eli. No es así. Ya han corrido rumores en la escuela. Sospecho que son cosa de Adair.

—¿Es la Jesmyn que me habría llamado la atención, con razón, por mi desafortunada broma sexista en tu anterior visita?

—Exactamente. Buena memoria.

El doctor Méndez forma un triángulo con los dedos delante de la boca.

—Por lo poco que me has contado de ella, no creo que permitiera que le pusieras o le sacaras nada.

—Seguro que no.

—Así que lo que pienses tú o lo que piensen los padres de Eli sobre tu relación con ella es irrelevante. Nunca se permitiría a sí misma estar en una relación en la que no quisiera estar. ¿Puedo decirlo así?

—Sin duda. Pero solo somos amigos.

Siempre suena mal decirlo. A pesar de las erecciones (seamos sinceros: en las circunstancias adecuadas, un anuncio de lencería Kmart puede poner cosas en movimiento), creo que no somos más que amigos. Pero hemos compartido una intimidad emocional que nunca antes he tenido con un amigo, así que no estoy seguro de si «solo amigos» describe del todo lo que somos.

—Entiendo.

—Hablo con ella de todo esto mucho más que con mis padres.

—¿Están tus padres dispuestos a escucharte?

—Sí. Pero apenas hablo con ellos. Me cuesta mucho mostrarme vulnerable con mis padres. No es cosa suya. Supongo que... no quiero decepcionarlos o algo así. O que simplemente quiero ser independiente. Que me gusta tener mi espacio. Quizá soy raro, no sé.

El doctor Méndez niega con la cabeza.

—No, para nada. Mira, yo me dedico profesionalmente a hablar con las personas, y aun así, mi hijo, Ruben —es algo mayor que tú—, no suele hablar conmigo. Eso no te convierte en raro. —Hace una pausa—. Permitirte a ti mismo ser vulnerable con tus padres y abrirte a ellos es algo en lo que podríamos trabajar.

—Sí. Pero ahora mismo ya tengo bastante con lo que tengo.

—Lo sé. En un futuro.

—¿Alguna vez volveré a estar bien? —le pregunto.

—Eso espero. Exigirá tiempo y trabajo. Pero un día tu mundo se arreglará. Nunca he pensado que se trate de eliminar tus sentimientos, sino de aprender a vivir con ellos. De convertirlos en una parte de ti que no te duela tanto. ¿Sabes cómo las ostras hacen perlas?

Asiento.

—Pues igual —me dice—. Los recuerdos de nuestros seres queridos son la perla que formamos alrededor del grano de pena que nos hace daño.

Lo pienso un momento antes de volver a hablar.

—He recordado algo divertido y no premeditado.

—Me gustan las cosas divertidas y no premeditadas.

—El padre de Jesmyn trabaja en la Nissan. Como Hiro. Por eso se vinieron a vivir aquí.

El doctor Méndez se limita a sonreír.

La abuela Betsy vende su casa en cuestión de semanas. Consigue el suficiente dinero para comprarse otra y para pagar el funeral de Blake. Espero que le quede algo para el de Mitzi, que no me pareció muy lejano.

Paso un día, junto con sus hijos, ayudándola en la mudanza. Tiramós más cosas de las que cargamos en el camión de alquiler. Jesmyn se pasa por allí cuando termina de dar clase y nos ayuda con los cachivaches.

Cuando hemos acabado, los hijos de la abuela Betsy suben al camión y se ponen en camino hacia Greeneville. Ella los seguirá en su coche. Jesmyn se va a casa a ensayar. La abuela Betsy y yo nos sentamos una vez más en los escalones de la entrada, al fresco atardecer azulado de octubre, que huele a hojas quemadas. Unos quince minutos, más o menos. Tiene que marcharse. Pero nos despedimos.

Me dice que la policía ha pasado a hablar con ella sobre el Accidente. Me dice que no les ha contado nada de lo que yo le había dicho y que nunca lo haría.

Se lo agradezco. Y siento un enorme vacío en el estómago al pensar que la he convertido en una mentirosa ante su Dios. Al pensar que estoy viviendo bajo una sombra que se extiende.

Me pide que vaya con ella a llevar flores a la tumba de Blake cuando vuelva para el Día de los Caídos. Le digo que iré.

Me pide que sea feliz, que tenga una vida llena de risas, amor y amistad.  
Le digo que lo intentaré.

Han pasado dos meses desde el Accidente y ya estoy llegando al punto en el que sospecho que mi cerebro crea falsos recuerdos de ellos. Relatos del Equipo Salsa. En los que no recuerdas si lo has soñado o si realmente sucedió. Crees en sueños.

Ahora nos «recuerdo» constantemente a todos en un patio de colegio una tarde templada, quizá uno de los últimos días de clase, cuando la primavera cede el paso al verano.

Por alguna razón, uno de nosotros lleva un radiocasete al que se puede conectar un iPod. Estamos sentados en el patio, escuchando música. Esto es todo. No recuerdo nada más.

No consigo imaginar cuándo o por qué pudo suceder. No recuerdo ninguna otra ocasión, aparte de esta, en la que hiciéramos lo mismo. No recuerdo ningún otro detalle.

Pero mi mente está convencida de que sucedió.

Si mi cerebro quiere fabricar nuevos recuerdos de ellos, lo aceptaré sin hacerme demasiadas preguntas.

Jesmyn y yo intercambiamos unas palabras en mi coche, delante de la casa de Eli, antes de entrar.

—¿Va a venir Adair? —me pregunta Jesmyn.

—Recemos para que no.

Empiezo a abrir mi puerta.

Jesmyn se ríe sola.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—En realidad no tiene gracia. Simplemente acabo de darme cuenta de que, como con Eli solo estuvimos juntos en verano, nunca me vio con chaqueta. Me encantan las cazadoras. Me ha recordado el poco tiempo que tuvimos para conocernos. Un verano.

Lleva una cazadora de motorista gris con cinturón, con una hilera de botones ligeramente inclinada en lugar de cremallera.

—Le habría gustado esta cazadora. Te queda bien.

Me sonrío, nerviosa.

—Vamos por ello.

—Yo también estoy nervioso.

—Tú al menos ya lo has hecho una vez.

—Aun así.

—Solo estuvimos juntos un par de meses. Estoy segura de que sé cosas de

él que sus padres y tú no sabéis, pero no quiero decepcionar a nadie.

—Dudo que decepciones.

Nos miramos, me inclino y la abrazo. Más para consolarme yo que para consolarla a ella. Me encanta estar cerca de ella. No en sentido lascivo. En el sentido en el que me encantaba frotarme satén entre los dedos cuando era pequeño. Tiene algo de inexplicablemente agradable.

Respiramos hondo y nos dirigimos a los escalones de la entrada. Es la primera vez que vengo a casa de Eli desde antes del Accidente. El agudo dolor de la nostalgia me oprime el corazón.

Miro a mi alrededor, anonadado. Siempre he oído decir que en Hillsboro Village había casas bonitas, pero nunca había entrado en ninguna. Está llena de libros colocados en estanterías limpias y modernas desde el suelo hasta el techo. Hay una pared de ladrillo en el salón, en la que cuelgan varios cuadros abstractos. No tengo ni idea de arte, pero no me cuesta imaginarlos en un museo y no me sorprendería que valieran más que mi casa.

En una pared hay un enorme plano antiguo de Londres. En otra pared, una amplia vista en blanco y negro del skyline de Nueva York. Los muebles se parecen a los que vi cuando fui con mi familia a Ikea, aunque más consistentes y lujosos.

—Tío, qué casa más guapa —digo.

—Gracias. No es mérito mío —me contesta Eli.

—¿Tus padres son artistas, arquitectos o algo parecido?

—No. Mi madre es neurocirujana en el Vanderbilt Hospital. Mi padre es profesor de historia en la Vanderbilt. Investiga la Guerra Fría. Deberías escuchar su loca teoría sobre el incidente OVNI de Roswell en 1947.

Me río.

—Mi padre es profesor de lengua en la Belmont. Mi madre es fisioterapeuta.

—¡No me digas! Tenemos familias paralelas.

—Tengo una hermana.

—Yo también, tío. De hecho, una hermana gemela. Adair. Estudia en la misma escuela que nosotros. Está haciendo danza.

—Qué bien.

—¿Quieres comer o beber algo?

—Siempre.

Eli me lleva a la cocina, que no es menos impresionante que lo que he visto hasta ahora. Vidrio, acero y granito por todas partes. Hay un botellero enorme, y del techo cuelgan cazos y sartenes de cobre. Eli abre un armario y empieza a sacar bolsas de patatas, palomitas, fruta deshidratada y frutos secos del Trader Joe's.

—Coge lo que quieras —me dice.

Abre el frigorífico y coge un par de botellas de un refresco de cola que no me suena de nada, pero que afirma ser de «elaboración artesanal a pequeña escala».

—Gracias. —Observo la etiqueta—. ¿Cómo puede elaborarse un refresco de cola de forma artesanal?

—Raro, ¿no? Me imagino a un tío con un delantal de herrero dando martillazos a un tanque de cola.

—A un carpintero pasando el serrucho por la cola.

Nos reímos. Cojo una bolsa de mandarinas deshidratadas. Vamos a su habitación.

Aquí veo el primer indicio de que en la casa vive alguien menor de cuarenta años. Las paredes están pintadas de color gris oscuro y cubiertas de pósteres de grupos que no conozco, de grupos de black y death metal cuyos

logotipos retorcidos son en su mayoría ilegibles. Una pared parece un museo de guitarras, con cuatro eléctricas y dos acústicas colgadas.

Vaqueros negros y camisetas negras con nombres de grupos de música por el suelo.

Entro intentando no pisar la ropa.

—Músico, ¿no?

—¿Cómo te has dado cuenta? ¿Y tú? ¿Qué te ha llevado a la NAA?

—Escribir. Ficción.

—Genial. ¿Quieres ser el escriba tú?

—Claro.

Saco el portátil y me siento al escritorio de Eli.

Eli coge una guitarra acústica de la pared y se sienta en la cama.

—¿Te importa? Me concentro mejor cuando toco.

—Adelante.

Empieza a puntear con los dedos. Inmediatamente me queda claro por qué entró en la NAA.

—Veamos —me dice—. Tenemos que predecir una futura tecnología...

—Y el impacto que tendrá en nuestra vida.

—Tío, me alegro de que me haya tocado hacerlo contigo. Es bastante de tu rollo.

—Lástima que no escriba ciencia ficción.

—¿Qué escribes?

—Sobre todo rollo gótico sureño.

—Bien. Me gusta lo gótico.

—Nunca lo habría pensado.

Se ríe.

—Quizá algún día deberíamos trabajar juntos. Tú escribes la letra y yo hago la música.

—Me apunto.

—Muy bien. A ver. En el futuro. Mi madre me contó el otro día que unos científicos hicieron crecer una oreja humana en la espalda de un ratón. Lo publicaron en una revista médica.

—¿Qué? Qué asco.

—Sí, pero mola.

—¿Y si algún día hacen crecer una polla de tamaño humano en un ratón?

Y eso fue todo. Al día siguiente Eli comió con Blake y conmigo en lugar de con Adair. Y desde entonces todos los días.

Melissa abre la puerta. Va vestida como para ir al campo. Pantalones de senderismo, zapatillas de running y chaleco polar. Lleva el pelo, oscuro y rizado, recogido en una coleta. Recuerdo que Eli me dijo que a su madre le gustaba mucho correr. Su mirada es muy parecida a la de la abuela Betsy, distante y atormentada.

—Entrad. Me alegro de veros.

—Hola, Melissa —le digo.

No parece adecuado llamar a una neurocirujana por su nombre de pila, pero Eli y Adair siempre llamaban a sus padres Melissa y Pierce, así que...

La casa está básicamente como la recuerdo. Incluso huele igual —a la madre de Eli le encantan las velas que huelen a una mezcla de té negro, hojas de tabaco y piel—, lo cual abre aún más puertas de mi memoria.

Veo un dolor que conozco en la cara de Jesmyn.

—Hola —le susurro.

—Hola —me contesta, también en un susurro.

Seguimos a Melissa hasta la cocina. En una bandeja hay un surtido de bollería y de cruasanes. Nos indica con un gesto que cojamos lo que

queramos.

—Son de la panadería Provence, los que más le gustaban a Eli. Solíamos ir los sábados por la mañana cuando yo no trabajaba y hacía buen tiempo. Seguimos yendo con Adair. Jesmyn, una vez viniste con nosotros, ¿verdad?

Jesmyn asiente.

—Pedí un cruasán de chocolate.

—Hemos traído unos cuantos —le dice Melissa.

Jesmyn y yo cogemos un cruasán de chocolate cada uno y empezamos a comérselo mientras Melissa, sin decir una palabra, hace zumo de naranja natural y nos deja un par de vasos en la mesa.

—¿Va a venir Pierce? —le pregunta Jesmyn.

—Oh... sí. Ha ido a hacer unos recados. Supongo que llegará en unos minutos.

—¿Y Adair? —le pregunto, vacilante—. ¿Va a venir?

Melissa suspira y se queda un momento en silencio.

—Adair es... complicada.

«Vaya, ¿tú crees?»

—La hemos invitado. No ha querido venir. Esta noche ha dormido en casa de una amiga —sigue diciendo Melissa—. Se ha quedado con ella. No está preparada. Con los gemelos es diferente. Pierce y yo nunca entendimos del todo su vínculo. No podíamos entenderlo.

—¿Esto complicará las cosas con ella? —le pregunta Jesmyn.

Melissa se vuelve y pasa un trapo por la encimera de granito, que estaba ya limpiísima.

—En realidad es curioso. Insistía en que fuéramos, aunque ella no quería venir. Pero hemos decidido no esparcir las cenizas de Eli, como habíamos previsto. No sin Adair. Lo haremos en otro momento.

«¿Por qué quería Adair que sus padres lo hicieran?» Debería hacer que me

sintiera mejor, pero no es así.

—Podemos cancelarlo si quieres —le digo.

—No —me contesta Melissa en voz baja pero firme—. Quiero hacerlo. Confrontar sentimientos es bueno. Los dos sabéis cosas de Eli que nosotros no sabíamos, Adair incluida. —Coge un frasco lleno de arena de colores—. Esparciremos esto en lugar de las cenizas. Es una de las primeras cosas que Eli hizo para mí en preescolar. Contiene su energía creativa. Esa será nuestra ceremonia.

El ambiente es tenso. La familia de Eli no era cariñosa siquiera antes. Así que comemos, y Jesmyn y yo nos lanzamos de vez en cuando miradas de apoyo.

Unos cinco minutos después oímos la puerta de la calle y entra Pierce, vestido para ir al campo. Está ojeroso. Parece agotado. Consumido, sobre todo la cara.

—Hola a todos —dice.

Aunque no sufro la sinestesia de Jesmyn, su voz me suena gris.

—Hola —murmuramos Jesmyn y yo casi al unísono.

Pierce se acerca y da un beso en la mejilla a Melissa. Ella le lanza una sonrisa que consiste más en apretar los labios que en elevar las comisuras de la boca.

—Come algo —le dice Melissa.

—Estoy bien —le contesta Pierce.

—Os lo agradezco a los dos —les dice Jesmyn—. Me alegro de volver a veros. Os he echado de menos.

Melissa le sonrío con calidez.

—Nosotros también te hemos echado de menos. Nos encantaba tenerte por aquí.

—Bueno —dice Jesmyn—, no estoy segura de cómo funciona esto, pero

puedo contaros cómo Eli y yo nos conocimos, si os interesa.

—Nos encantaría escucharlo —le contesta Pierce—. Tenemos una ligera idea, pero solo por Eli. No por ti.

Jesmyn da un sorbo de zumo de naranja y se limpia la boca.

—Me fijé en Eli el primer día del Campamento de Rock Juvenil de Tennessee. Nos pidieron que nos sentáramos en el escenario del auditorio. Los monitores intentaban enseñarnos «aeróbic punk rock», pero yo me distraía mirándolo. Estaba justo delante de mí. Pensé que tenía un pelo bonito. Largo, oscuro y rizado. Me recordaba a Jon Snow, de *Juego de tronos*.

—Temía que sacara mi pelo —dice Melissa—, y por supuesto lo sacó. Cuando era niño, peinarlo era un drama infinito.

Jesmyn continúa:

—Pero no me obsesiono porque estoy allí para hacer música, no para encontrar novio. En fin, nos ponen juntos en un grupo, y claro...

—Vosotros dos estáis en el mismo grupo —dice Pierce—. Es lo único que nos contó Eli.

—Yo pienso «Pues vale», porque los guitarristas suelen ser lo peor. Vale, está bueno, pero ¿y qué? Empezamos a trabajar en nuestra canción, y de repente me viene con una idea. Tocaremos una línea de guitarra y teclado ascendente y descendente, y él armonizará conmigo. Lo elaboramos y ensayamos. Es rojo fuerte, naranja y rosa.

—Carver, ¿sabes lo de la sinestesia de Jesmyn? —me pregunta Melissa.

Asiento, extrañamente herido porque la madre de Eli se enterara mucho antes que yo. Es una tontería, porque es la madre de Eli y una maldita cirujana del cerebro, pero...

—Me encantaba ese color, así que le pedía a Eli que tocara esa pieza conmigo una y otra vez. Y nunca me dio la impresión de que me tirara los

tejos. Era un perfecto caballero. En todo caso, la que lo perseguía era yo. Al final de la semana éramos inseparables. Deberíais haber visto lo que flipé al enterarme de que íbamos a ir a la misma escuela.

Lo que cuenta es un picahielos hundiéndose lentamente entre mis costillas. Pero de diferente manera que lo que la abuela Betsy me contaba sobre Blake. Observo fijamente mi plato como si en las migas estuviera escrita la respuesta a algún misterio. Me da miedo levantar la mirada, porque no quiero que nadie me pregunte lo que siento. No sería capaz de responder.

Los siguientes minutos comemos entre comentarios triviales que afloran a la superficie y vuelven a hundirse rápidamente. Cuando Pierce sugiere que nos pongamos en camino, casi estoy deseando que Jesmyn cuente otro episodio de cómo perseguía a Eli, porque el primero, aunque me ha hecho sentir incómodo, también ha liberado la tensión del ambiente.

Envolvemos los bollos. Ya casi hemos salido de la casa cuando Pierce nos detiene.

—Esperad. —Su voz parece aún más plomiza, como nubes cargadas de lluvia a punto de diluviar—. Vamos a llevarnos parte de Eli de su casa por última vez. Esta es la casa en la que creció. El día que lo trajimos, a él y a Adair, del hospital, recién nacidos... —Se detiene y tose intentando recomponerse. Vuelve a empezar, pero duda. Al final carraspea y dice—: Melissa estaba dando de mamar a Adair. Yo me senté en el porche con Eli y dejé que el viento le rozara la cara por primera vez. Lo vi escuchando los árboles moviéndose y susurrando por primera vez. Es impresionante ver a un ser humano sintiendo el viento por primera vez. Abrió los ojos una sola vez y me miró. Me pregunté cuántas cosas más de este mundo le mostraría.

No había tenido en cuenta una diferencia entre la despedida de Blake y la de Eli: los padres de Eli pueden contar anécdotas de cuando era un bebé.

Salimos al porche, donde se ha levantado una brisa que nos despeina.

Pierce se para.

—Chicos, el plan era esparcir la arena en Fall Creek Falls, pero ¿podríamos esparcir un poco aquí?

Todos asentimos. Melissa ha estado impasible. Como cirujana que se enfrenta a diario con la muerte y con personas que se mueren, supongo que no queda en ella demasiado espacio para el sentimentalismo. Pero las lágrimas le resbalan por las mejillas.

Pierce abre el frasco, mete la mano y saca un puñado de arena. Luego devuelve esa pequeña parte del espíritu de Eli al viento que un día le rozó la cara.

Jesmyn y yo estamos sentados en el asiento trasero del Volvo de Melissa, que conduce. Pierce está a su lado, mirando fijamente el bote, que ha colocado sobre sus rodillas. Los árboles pasan a toda velocidad en la carretera. De vez en cuando, un árbol vestido de rojo, amarillo o naranja. Aunque en su mayoría son de un verde pálido y monótono, con el recuerdo del verano aún en ellos.

Veo de reojo a Jesmyn mirándome. Acerca la mano a mí, levanta el pulgar y alza las cejas. Yo acerco la mano a ella y hago un gesto que viene a decir «así así». Luego levanto el pulgar y alzo las cejas. Ella me devuelve el gesto de «así así».

Avanzamos en silencio. Hay algo francamente peor que los comentarios triviales.

—Nos encantaba esta excursión —dice por fin Melissa—. Era una de las pocas ocasiones en que Eli bajaba la guardia y nos contaba cosas.

—Quizá es porque soy historiador —dice Pierce—, pero no puedo evitar contemplar los momentos singulares —la proverbial mariposa batiendo las

alas— que tienen consecuencias imprevistas. En una de estas excursiones decidimos entre todos que Eli y Adair tenían que ir a la Nashville Arts.

«Oh, mierda. La conversación no va por buen camino.» Miro fijamente al frente, no me atrevo ni a moverme y siento la adrenalina corriéndome por las venas. Jesmyn me lanza una rápida mirada de reojo.

El tono de Melissa tiene un punto malhumorado.

—Bueno, la consecuencia fue que Eli tuvo una formación maravillosa e hizo grandes amigos.

—Oye, Mel, ¿podrías no ponerte a la defensiva? Ha sido un simple comentario.

—Bueno, me ha parecido detectar cierto reproche en tu «comentario».

«Ya somos dos.»

—Te equivocas.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. No estoy otorgando valor moral a nada. Me he limitado a exponer un dato histórico: si Eli no hubiera ido a la NAA, no habría estado en el coche con Mars y Blake.

Por un fugaz momento me planteo cuánto daño me haría si abriera la puerta de golpe y saltara a la carretera.

—Puede que no te des cuenta de que los «datos» conllevan ciertas dosis de juicio moral, pero así es. Incluso este comentario es un juicio moral. En fin, ¿podemos evitar estas cosas delante de nuestros invitados? —le dice Melissa.

Me arrugo en el asiento. Jesmyn acerca disimuladamente un pie al mío y me da un golpecito. «Estoy aquí», me dice con su gesto. «Estoy a tu lado.»

Pierce vuelve la cabeza y nos mira.

—¿A alguien le parece mal que celebremos hoy la vida de Eli siendo emocionalmente honestos y abriéndonos con los demás? ¿A alguien en este coche le parece sano reprimir las cosas? ¿Alguien cree que haríamos un favor

a su memoria reprimiéndonos?

Veo por el retrovisor a Melissa poniendo los ojos en blanco.

—Sería perfecto, y respetuoso con la memoria de Eli, que celebráramos su vida y no intentáramos desenterrar la causa o causas de su muerte. Aquí no se trata de descubrir quién construyó Stonehenge.

«Pues sí. Esta despedida está resultando ser bastante diferente de la de Blake.» Estar delante de adultos peleándose es una mierda. Estar delante de los padres de tu amigo muerto peleándose es más mierda aún. Estar delante de los padres de tu amigo muerto peleándose por si has matado a tu amigo muerto es la peor mierda de todo.

Pierce empieza a contestar.

—¿La primera vez que Eli y yo nos besamos? —lo interrumpe Jesmyn antes de que haya podido decir nada.

Nos quedamos todos callados. Me siento aliviado, aunque a la vez sospecho que la anécdota va a incomodarme.

—Fue después de actuar en el campamento. Estábamos todos en el backstage y la gente se marchaba. Éramos muchos, pero, por alguna razón, cuando fui a la sala a buscar mi teclado, vi que Eli estaba solo. Estaba cogiendo la guitarra y el amplificador. Nos dijimos uno al otro «buen trabajo», y no sé por qué nos quedamos ahí de pie, cada vez más cerca. Yo estaba muy nerviosa, pero me encantaba. Como estar en el escenario. Y entonces... nos besamos. No recuerdo quién dio el primer paso. Quizá los dos. Fue un beso rápido, porque oímos que venía alguien. Pero recuerdo que me pasé el día riendo sin razón. Mis padres seguramente pensaron que estaba colocada.

La anécdota me incomoda profundamente, sí. No estoy seguro de por qué. No es sentimiento de culpa ni dolor. Es algo aún más crudo e intenso.

Pero parece que en Pierce y Melissa tiene el efecto contrario. A Pierce se le

ilumina ligeramente la cara. Melissa se ríe.

—Recuerdo ese día precisamente por eso. Eli estaba tan sonriente que pensamos que algunos de los chicos se habrían fumado un porro después del espectáculo. ¿Lo recuerdas, Pierce?

—En el coche, ni siquiera tuvimos que pelearnos por la música. Cosa rara. Yo no pensé que estuviera colocado. Pensé que estaba eufórico por la actuación.

Jesmyn tiene una expresión melancólica y distante. Parece mirar fijamente el frasco de arena.

—Nunca había besado a un chico al que conocía desde hacía solo una semana. Nunca. Y seguramente nunca volveré a hacerlo.

—Sabía que lo nuestro era especial —dice Melissa—. Parecía que entre vosotros había una química y una amistad increíbles.

—Nos encantaba estar juntos hasta... que dejamos de estarlo.

Siento que estoy sangrando. Quizá curarse es como una operación quirúrgica, en la que hay que abrir nuevas heridas para reparar las antiguas. Espero que todo esto sirva de algo.

La conversación decae y muere. Paramos en un área de descanso para ir al baño y estirar las piernas, aunque solo llevamos una hora en el coche.

Pierce se queda junto al coche, con el frasco contra el pecho.

Lo veo observando la lejanía con los ojos empañados y me doy cuenta de que en esta despedida hay algo más que es diferente. No quiero confesar, como hice con la abuela Betsy. Aunque siento que Pierce quiere que lo haga. Aunque sé que comparte el deseo de Adair de oírme confesar.

Pierce se sienta al volante y Melissa coge el frasco de Eli. Me pregunto qué puedo aportar. Qué puedo contarles que no sepan. Estoy en blanco. Tengo la mente vacía y no puedo atrapar mis pensamientos porque no llegan a adquirir forma.

Pierce se mueve en su asiento como si quisiera decir algo.

—Ahora, cada vez que conduzco, no dejo de dar vueltas a sus últimos momentos.

Melissa hace un ruido de disgusto.

—Pierce.

—Imagino lo que Eli vio en la fracción de segundo desde que el tráiler apareció en su campo de visión hasta que no vio nada más.

—No seas macabro, por favor. Hoy no.

Pierce suelta una risita amarga y sarcástica.

—Claro, porque a nuestro hijo, Eli, que no tenía ni una prenda de ropa que no fuera negra y que empezó a pedirnos que le leyéramos *Relatos escalofriantes para contar en la oscuridad* a los cuatro años, le ofendería mucho que yo fuera macabro.

—No estoy hablando de Eli.

—Perdona, ¿no estamos haciendo esto por él?

Melissa mueve la cabeza y levanta las manos en un gesto que viene a decir: «No puedo más».

Adopto el papel del doctor Méndez.

—Está bien —digo—. Nos las... Me las arreglaré si hablar de esto sirve de algo. No os preocupéis por mí.

—Por mí tampoco hay problema —dice Jesmyn.

Pierce me mira por el retrovisor y asiente con firmeza. Luego lanza una mirada triunfante a Melissa.

Melissa mira al frente y finge no verlo.

—Pues di lo que necesites decir —contesta en tono gélido.

Había visto a Pierce y Melissa discutiendo por temas intelectuales. Siempre formaba parte del paisaje en casa de Eli. Pero esta vez su discusión es más incisiva y personal. De repente me gustaría que el doctor Méndez

estuviera realmente aquí en lugar de intentar sintonizar con él. Como él también es un intelectual, podría apaciguar las cosas.

—Me pregunto si fue consciente de lo que estaba pasando, si su consciencia sobrevivió aunque solo fuera unos segundos. O si en un momento dado todo era luminoso y normal, y al minuto siguiente todo era negro.

—Bueno, A) ¿en qué te cambiaría la vida saber la respuesta?, y B) ¿cómo demonios se supone que estos chicos van a ayudarte a responderte?

—No estoy haciendo una pregunta, Mel, simplemente estoy enunciando que me lo pregunto. ¿No puedo expresar curiosidad respecto de algo ante nadie que no pueda disipar definitivamente dicha curiosidad?

Melissa empieza a contestar.

—Eli creía en Dios —digo de repente.

Nos quedamos todos en silencio. Conseguiremos arreglarlo si, cada vez que Pierce y Melissa empiecen a lanzarse a la yugular entre ellos, Jesmyn y yo introducimos temas importantes. Incluso Jesmyn parece expectante.

—Quizá —sigo diciendo—. Más o menos.

Pierce parece desconcertado.

—A nosotros nunca nos lo dijo.

—Quizá porque te burlabas de los creyentes y no perdías ocasión de tratarlos de idiotas —le replica Melissa.

—Eso es absolutamente injusto.

Elevo el volumen.

—Un día, no recuerdo lo que estábamos haciendo, íbamos al cine o algo así, Eli y yo hablábamos en el coche. No sé cómo fuimos a parar a este tema, pero empezamos a hablar de Dios. Yo sabía que vosotros erais ateos, así que me sorprendió que Eli me dijera: «¿Y si hay un dios más grande y más poderoso que cualquier otra cosa, que construye universos como barcos en

una botella y, por más que mires o te muevas, no puedes ver ni tocar el otro lado de la botella? Entonces no tienes ni idea de que Dios existe. No hay manera de demostrar que Dios existe. Pero ahí está. O quizá tu universo no es más que un gran programa de ordenador que Dios pone en funcionamiento». Así que sí. Quizá creía en Dios.

—Bueno, contemplaba la posibilidad de la existencia de un dios. Lo cual no lo convertiría necesariamente en teísta. Lo convertiría en agnóstico.

Pierce parece herido, enfadado. Por mi experiencia cuando conté a la abuela Betsy cosas que no sabía, imagino lo que está pensando.

La expresión de Melissa es similar a la de Pierce.

—Lo que Carver quiere decir —dice secamente—, si no lo he entendido mal, es que Eli no necesariamente compartía nuestras creencias y que había construido las suyas. Yo no lo sabía. Y obviamente tú tampoco.

—Ojalá lo hubiera comentado con nosotros —dice Pierce.

—Ojalá hubiéramos creado un entorno que lo hubiera posibilitado —dice Melissa.

Pierce niega con la cabeza.

—No creo que sea culpa de nadie —digo yo—. Había cosas que eran de Eli y solo de Eli. O de las que hablaba solo con un par de personas.

—La verdad es que Eli y yo nunca hablamos de Dios —dice Jesmyn—. Pero le encantaba plantearse cosas inescrutables. Llevábamos unas dos semanas saliendo cuando me llevó al Centennial Park. Yo nunca había ido. Nos sentamos, nos abrazamos y miramos el skyline... Perdón, espero que no os incomode que hable de nuestras muestras de cariño en público.

Pierce y Melissa niegan con la cabeza. Yo miro al frente. Lo que me incomoda no son las muestras de cariño en público (¿por qué iban a incomodarme?), sino que el momento en el que Jesmyn y yo nos sentamos en el parque y contemplamos las luces de la ciudad parpadeando como una

constelación de estrellas humanas no tuviera nada de especial. Lo que me incomoda es saber cuánta magia, de la que yo estaba al margen, tenía lugar en el mundo entre las personas que estaban cerca de mí.

Jesmyn sigue hablando:

—En fin, de repente Eli me pregunta: «Si pudieras enterarte de los nombres de todas las personas que te han querido alguna vez, ¿querrías saberlos?».

Esperamos, pero Jesmyn no dice nada más.

—¿Y? —pregunta Melissa.

Jesmyn sonrío melancólicamente.

—Le contesté que no lo sabía. Sigo sin saberlo. Lo último que querría sería descubrir que alguien que creía que me quiere nunca me ha querido.

—¿Qué te dijo él? —le pregunta Pierce.

—No me lo dijo. Me prometí a mí misma que algún día se lo sacaría.

No podría imaginarme este día sin Jesmyn. Pero cada vez que habla de Eli, es como si me ataran la parte derecha del corazón al parachoques de una camioneta. Y cada vez que Pierce y Melissa hablan de él, es como si me ataran la parte izquierda a otra camioneta. Cada uno tira en sentido contrario y se me parte el corazón por la mitad.

Y por supuesto, cuando ninguno de los tres habla, pienso en otros dos camiones. El tráiler de la fiscalía acercándose a mí. Y el tráiler que ocupó el campo de visión de Eli en sus últimos segundos vivo en la Tierra.

Jesmyn mueve sigilosamente la mano hasta la mía. La miro a los ojos. Cuando Melissa y Pierce están mirando hacia delante, estira el meñique y me da dos golpecitos en el mío. «Hola. ¿Estás bien?»

Le devuelvo los dos golpecitos. «No. La verdad es que no. Pero fingiré que sí hasta que mi fachada se derrumbe completamente y me quede desnudo ante todos vosotros.»

Teóricamente, Hara y yo no hemos roto. Decimos que seguiremos en contacto después de que su familia se traslade a Chicago, blablablá, pero vamos. Tenemos dieciséis años. No vamos a pasar los fines de semana juntos. De modo que sí, prácticamente hemos roto en el minuto en que veo el camión de mudanzas de su familia desapareciendo de mi vista.

Así que me siento solo. Hasta el punto de que ni siquiera quiero mandar un mensaje a ningún miembro del Equipo Salsa para que quedemos porque temo que me digan que no. Georgia ha salido con su novio. Mis padres están en un acto de la facultad en la que trabaja mi padre. Yo estoy sentado en mi habitación e intento terminar un texto, pero, sorpresa, sorpresa, no avanzo.

Suena el timbre. Es Eli.

—Tío, qué cara de culo.

Entra antes de que le haya invitado a hacerlo.

—Del culo de tu madre —murmuro.

—Mucho peor que el culo prieto de mi madre. Bueno, ¿qué tal te va?

—Se ha ido hace un rato. Fatal.

—Me lo imaginaba.

Sonríe con suficiencia, saca tres DVD de Netflix del bolsillo de la sudadera y los agita como si fuera a ganarme la mano con un póquer.

—¿Qué son?

—Espantosas películas de terror francesas. Gente despellejada viva y esas cosas. Para animarte.

—Qué bien.

—Sí.

—Pero no podemos verlas aquí. Si llegan mis padres o Georgia, estamos jodidos.

—No pensaba verlas aquí. He venido a buscarte porque ya suponía que tu naturaleza sensible de poeta de los cojones estaría demasiado deprimida para conducir.

Sonríó por primera vez en todo el día y le hago una peineta.

Él se ríe, se mete los DVD en el bolsillo y me hace una peineta con cada mano.

—Deja que coja la chaqueta —le digo.

—Coge también cinco pavos, porque no voy a compartir mi pizza del Roma's contigo.

—¿Nunca has pensado que la pizza del Roma's es un timo, por mucho que cueste cinco pavos?

—Claro que no, tío. ¿Cómo podría una pizza ser asquerosa?

—El Roma's es el laboratorio que trabaja para responder a esa pregunta.

Eli abre los brazos.

—¡Oye! Perché parlare male del Roma's, eh? Questa pizza picante porta generazioni in la mia famiglia, ¿eh? —dice en italiano macarrónico.

Junta los dedos y se los besa, como hacen los italianos.

—Eres un pedazo de capullo.

—A ti te encanta este capullo. Bueno, menos charla y más coger la chaqueta. Más pizzas del Roma's. Y más ver *torture-porn* francés.

En general, no llevas a las personas a las quieres en tu corazón porque te rescataron cuando estabas ahogándote o te sacaron de una casa en llamas. En su mayoría las llevas en el corazón porque te salvaron, de un millón de maneras silenciosas y perfectas, de estar solo.

En algún momento, en el coche, sin que me haya dado cuenta (sorprendentemente, mi mente estaba en otra parte), el cielo se ha puesto gris

oscuro. Cuando llegamos al aparcamiento de Fall Creek Falls y al comienzo del camino, ha empezado a caer esa llovizna que te va empapando pero que no justifica utilizar paraguas. Eso significa que el aparcamiento está vacío. Y está bien, porque lo último que cualquier persona normal necesita es encontrarse con nuestro feliz grupito de alegres excursionistas esparciendo la arena de Eli.

—Bueno, aquí estamos —dice Pierce sin dirigirse a nadie en concreto y mirando al vacío. Se pone la capucha del anorak para protegerse de la lluvia—. ¿Alguno de los dos había estado aquí?

Jesmyn y yo negamos con la cabeza.

—La primera vez que trajimos a Eli tenía nueve años —dice Melissa—. Se quedó totalmente fascinado. Le encantaba que pudiéramos subir al coche, viajar un par de horas y ver algo tan majestuoso.

Pierce se ríe. Su risa suena hueca y triste, aunque es evidente que no lo pretende.

—Cuando empezó la secundaria, solíamos hacer escapadas, él y yo solos, al oeste de Carolina del Norte. Nos alojábamos en un hotel de Asheville y pasábamos el día andando hacia las cascadas. Hablábamos de todo tipo de temas. —Hace una pausa—. Pero es obvio que no de todo.

Pierce coge el frasco de Eli, que tenía Melissa, y empezamos a avanzar con cuidado por el camino resbaladizo y embarrado. Pierce va en cabeza. Melissa lo sigue a unos pasos, luego Jesmyn, y yo me quedo el último, bastante rezagado.

—Me da la impresión de que a ninguno de los dos les gusta lo que estamos haciendo —susurro a Jesmyn.

Asiente.

—Los había visto discutiendo por muchas cosas, pero con más... con más cariño, supongo.

—Debe de ser muy duro para ellos.

—No podemos reprochárselo.

—No.

Jesmyn tropieza con una raíz y sale disparada un par de pasos. La sujeto por el codo.

—Gracias —me dice.

Casi de inmediato resbalo en un montoncito de hojas mojadas. Jesmyn me agarra de los tríceps y evita que me caiga. La miro.

—Karma.

Las copas de los árboles están cubiertas de un encaje de gotas de lluvia que cae hecho jirones. El viento que sopla entre las ramas emite un sonido como el de olas rompiendo en una playa. «Una playa en noviembre.»

Me pregunto si en la cárcel se puede sentir la lluvia.

—Esto me recuerda a la cubierta de un disco de black metal —le digo—. Es perfecto para Eli.

Unos segundos después, Jesmyn me dice:

—Así sonaba la voz de Eli. Lluvia en pinos en octubre. Oscuro, verde y plateado.

Siento una aguda punzada al recordar su broma (al menos espero que fuera una broma) cuando le pregunté de qué color era mi voz. Estoy regodeándome en mi dolor cuando me doy cuenta de que está tiritando. Su cazadora no es impermeable. Me quito el anorak.

—Toma.

Se lo coloco en los hombros.

—No, no. Estoy bien. Vas a coger frío.

—Estoy bien. Llevo sudadera con capucha.

—¿Estás seguro?

Me aseguro de que Pierce y Melissa están lo bastante lejos.

—No quiero que se me mueran más amigos.

Es una broma macabra, sin duda. Pero Eli soltaba bromas macabras, así que supongo que no le importaría. Veo en la cara de Jesmyn que a ella no le importa.

Cuando rodeamos la curva hacia la cascada, el viento se ha intensificado y la neblina es más densa.

Pierce y Melissa se han detenido al borde del estanque, a unos metros de distancia, y contemplan la cascada, que ruge. Jesmyn y yo nos unimos a ellos en silencio. Estar aquí es bonito y terrible. Estar cerca de cascadas siempre me recuerda lo pequeño, frágil y finito que soy.

Melissa carraspea.

—Bueno... No sé muy bien qué tengo que hacer. Haré lo que me parezca y espero que esté bien.

Asentimos.

Se acerca a Pierce, que abre el frasco. Ella coge un puñado de arena y lo mantiene un momento en la palma de la mano. La humedad de la cascada y de la llovizna no tarda en empaparla, resbala por su muñeca en riachuelos y cae como lágrimas irisadas. Melissa se tapa los ojos y la nariz con la mano libre. Aprieta los labios temblorosos.

Se acerca al estanque.

—Cuando Eli tenía cuatro años, solía entrar en nuestra habitación los sábados por la mañana y saltaba a nuestra cama. Luego me decía al oído «Plátano», en voz alta. Al final decidimos dejar un cuenco con plátano para que pudiera cogerlo él solo. Lo llamábamos nuestro monito. Nuestro Jorge, el curioso.

Su voz suena como si cargara con un saco de piedras. Vuelve a dar un paso adelante, se agacha, mete la mano en el estanque y deja que la corriente arrastre la arena.

—Adiós —susurra.

Pierce coge un puñado de arena del frasco. Lo observa desmoronarse y gotear al absorber la lluvia y la humedad de las cataratas. Empieza a decir algo, pero se detiene. Vuelve a intentarlo y se detiene.

—Me paso el día, todos los días, estudiando y enseñando la historia de las cosas. La vida humana de principio a fin. Una generación pasa la antorcha a la siguiente. Los padres, a los hijos. Hilos intactos la recorren. Y... —Se detiene y carraspea un par de veces—. Ahora aquí estoy, escribiendo el último capítulo de la parte de mi hijo en la historia de mi vida. Nunca imaginé que mi historia incluiría la historia completa de mi hijo, desde el principio hasta el final. Pero así es.

Se acerca a la orilla del estanque y se arrodilla. Mete la arena en el agua, como ha hecho Melissa. Se levanta y vuelve con nosotros. Nos habla sin mirarnos.

—El agua tiene su ciclo. Nunca desaparece. Nunca muere ni se destruye. Simplemente cambia de una forma a otra en un ciclo continuo, como la energía. Un día de verano habéis bebido agua que bebió un dinosaurio. Podéis haber llorado lágrimas que lloró Alejandro Magno. Así que estoy devolviendo la energía de Eli —su espíritu— y todo lo que ella contenía. Su vida. Su música. Sus recuerdos. Lo que amaba. Y todas las cosas bonitas que había en él. Se lo entrego al agua para que ahora pueda vivir así. Para que pase de una forma a otra. De una energía a otra. Quizá volveré a ver a mi hijo en la lluvia, o en el mar. Quizá no me ha tocado la cara por última vez.

Melissa se vuelve hacia Jesmyn y hacia mí con el frasco.

—Si queréis.

Jesmyn y yo intercambiamos una rápida mirada. Ella traga saliva con dificultad y da un paso adelante. Coge un puñado de arena y lo mira fijamente, como si intentara encontrar en él algo de Eli.

—Me encantaban sus manos. Eran fuertes y dulces, y estaban llenas de música. Me encantaba que me cogiera de la mano. Me encantaba hacer música con él.

Su voz suena débil ante la agitada cascada. Introduce la arena en el estanque.

Melissa me ofrece el frasco. Pierce mira al suelo. Cojo un puñado de arena con mano temblorosa y la contemplo. El corazón se me dispara de una forma que conozco y me impide respirar de una forma que también conozco. «Ahora no. Ahora no. Ahora no.» Lo contengo. Pierce, Melissa y Jesmyn me miran expectantes. Carraspeo.

—Hum. Una vez, Eli y yo —habíamos dormido poco— empezamos a hablar de lo que son las emociones y los recuerdos, físicamente. De que toda emoción y todo recuerdo se almacenan en nuestro cerebro como sustancias químicas. El amor, la rabia... el arrepentimiento... son sustancias químicas. Y las sustancias químicas pueden descomponerse y echarse a perder si no las almacenamos adecuadamente. Así que almaceno las sustancias químicas de Eli en la parte más segura de mi cerebro, a buen recaudo, para que no se echen a perder. Pero no tan a buen recaudo para que no pueda acceder a ellas todos los días.

Introduzco mi parte de Eli en el estanque. Siento el mordisco del agua helada en la mano.

Uno a uno, vamos echando un puñado de arena en el estanque y diciendo algo que nos gustaba de él.

No le costaba nada ser divertido.

Cuando estaba triste, nunca lo utilizaba como una ocasión para poner triste a otra persona.

Olía a jabón neutro.

Cerraba los ojos cuando tocaba la guitarra.

Tocaba la guitarra como si le hubieran confiado un fuego sagrado.

Era enormemente inteligente.

Trabajaba incansablemente para ser mejor en lo que le gustaba hacer.

Seguimos hasta que el agua se ha llevado toda la arena de Eli.

Cada vez que me toca, mi boca dice una cosa, pero mi mente susurra otra:  
«Lo siento».

Aunque estamos empapados y tiritando, seguimos inmóviles y en silencio junto a la orilla del estanque, observando la cascada. Melissa apoya el frasco vacío contra el pecho, como si diera de mamar a un niño por última vez.

Jesmyn mete las manos dentro de las mangas de mi anorak. Su cara es imprecisa a la luz velada. Tiene esa mirada de asombro que vi en su cara cuando observaba la tormenta, ahora atemperado por la tristeza.

En este momento crudo e ingenuo es como si la lluvia hubiera arrastrado de mis ojos escamas que me impedían ver y entender con claridad.

Pensaba que lo que yo sentía por ella era sencillamente cariño y afecto, intensificados por el hecho de que ahora es mi única amiga. Pensaba que el dolor cuando hablaba de Eli era sencillamente sentimiento de culpa y pena, intensificados por la magnitud de mi pérdida y mi responsabilidad. Nada de eso.

Me he enamorado de ella poco a poco. Sin darme cuenta. Como no me doy cuenta de que el sol cruza el cielo. Se ha enredado en mi corazón como parras trepando por una pared de piedra. Me ha atrapado como un río que aumenta con la crecida.

Quizá el amor, como el agua, sigue un ciclo infinito y solo cambia de forma.

Durante el intervalo de tiempo entre un latido y el siguiente no pienso en

las consecuencias, y tener algo tan verde y vivo entre lo gris y ceniciento hace que vuelva a sentirme bien, como si a veces lo que parece ser un camino hacia el ocaso pudiera ser un camino hacia el amanecer.

Solo durante el intervalo de tiempo entre un latido y el siguiente.

Un gorjeo de voces alegres procedentes del camino nos arranca de nuestras reflexiones. Nos dirigimos al aparcamiento. Pierce va el primero. Luego Melissa. Luego Jesmyn. Y luego yo. Saludamos con la cabeza a los alegres excursionistas, que avanzan por el camino riéndose.

Pero es una distracción momentánea de lo que me consume ahora mientras miro a Jesmyn. «No puedes enamorarte de ella. No puedes enamorarte de ella. No puedes enamorarte de ella. Acabas de disolver la energía creativa de Eli en el agua como si fuera un refresco en polvo. No tienes derecho a enamorarte de ella. No puedes enamorarte de ella.»

Jesmyn se vuelve, como si sintiera mi mirada en la espalda.

—Luego recordaré un montón de cosas que habría querido decir.

Me espera para que sigamos andando juntos. Pierce y Melissa nos esperan al principio del camino.

—Necesito ir al baño antes de que nos metamos en el coche —dice Melissa.

Jesmyn y ella se dirigen al baño de mujeres.

—Vamos nosotros también —me dice Pierce.

Él y yo nos dirigimos al baño de hombres. Hacemos nuestras necesidades y nos lavamos las manos en los lavabos, uno al lado del otro. Busca mi mirada en el espejo. Tiene los ojos apagados y hundidos.

—Me alegro de que podamos estar a solas unos segundos —me dice—. Hay un par de cosas que necesito sacar del pecho.

Lógicamente, me cago encima. Suerte que tengo un váter cerca. Cierro despacio el grifo.

—Ah. Bien.

Pierce sigue mirándome por el espejo. Se frota la cara.

—Tengo que ser sincero contigo, porque entiendo que hoy no es un día para chorradas.

—De acuerdo.

—No termino de aceptar tu papel en la muerte de mi hijo.

«Bueno, ya somos dos. Y hablando de morirse, ahora mismo no me parece mala idea.» Pero sintonizo con el doctor Méndez, escucho y hago un gran esfuerzo por mantener su calma.

Pierce sigue hablando:

—En ningún caso pienso lo mismo que Adair. No me sentiría mejor viéndote juzgado y sufriendo consecuencias legales. Pero, Carver, ¿tenías que mandarle un mensaje a Mars? Me paso el día estudiando causas y efectos históricos. ¿Crees que es fácil para mí pasarlo por alto?

La sangre me bombea en el pecho y vuelvo a sentir algo pesado resbalando desde un estante, pero aun así nada que ver con la necesidad de confesar que sentí con la abuela Betsy y con el doctor Méndez. Lo que quiero es hablarle de Billy Scruggs. De Hiro Takasagawa. Es ridículo. Pero quiero defenderme.

Abro la boca para empezar a decir algo.

Pierce me sostiene la mirada en el espejo con ojos lacerantes.

—¿Y bien?

—No... No... Lo siento. Lo siento.

—Ya.

Me dirijo hacia la puerta.

Se vuelve, me mira a la cara y se acerca tanto a mí que me llega el olor metálico de su aliento... como si hubiera chupado monedas. Su melancolía ha

dato paso a un fuego azul pálido.

—Otra cosa que quiero decirte. Es bastante evidente que te has hecho muy amigo de Jesmyn... más de lo que serías si a mi hijo no lo hubieran matado. Y no tengo ninguna autoridad para decirlo a ninguno de los dos lo que tenéis que hacer. Pero de verdad me encantaría no tener que ver o enterarme de que te has liado con la novia de mi hijo muerto. Porque al menos tú mereces no beneficiarte conscientemente de su muerte.

Su voz se tensa por una emoción que no identifico. Quizá no tiene nombre. No espera a que le conteste. Se da media vuelta y se marcha.

Y ese algo pesado resbala desde el estante. La sensación de que me han enterrado vivo y de atravesar una capa de hielo se apodera de mí como una enorme garra de acero. Me fallan las piernas, me tambaleo y me agarro al lavabo para no caerme.

«Aire.»

«Aire.»

«Aire.»

«Respira.»

«Respira.»

«Respira.»

Siento las piernas flojas. Mis huesos y mis músculos son gelatina. Me derrumbo en el suelo embarrado (espero de verdad que sea barro) y me apoyo en la puerta de un urinario. Rezo para que nadie entre y me vea en este estado.

A los pocos minutos oigo a alguien entreabriendo despacio la puerta del baño.

—¿Carver?

Es Jesmyn.

—¿Sí?

Mi tono es débil.

—¿Qué... estás haciendo ahí dentro? ¿Estás bien?

—Hum...

«Sí, estoy muy bien. Impregnándome del ambiente. Aquí hay un exquisito buqué. Un olor a tierra, a musgo, con notas de pastillas para WC y de detergente.» Oigo que Melissa le dice algo a Jesmyn.

—Por alguna razón —dice Jesmyn en voz deliberadamente alta— estos baños me han recordado al primer día de clase.

No me siento especialmente rápido, pero al menos entiendo lo que quiere decir.

—A mí también.

Oigo a Melissa diciéndole algo a Pierce. Quizá: «Estaba bien antes de que entrarais juntos. Entra a ver si pasa algo». Pierce le contesta, quizá: «Oh, vamos, Melissa. No le pasa nada. Necesita cierta intimidad para pensar... algunas cosas».

Intento levantarme, pero vuelvo a derrumbarme.

—¿Estás solo? —me pregunta Jesmyn.

—Sí.

—¿Estás... visible?

—Sí.

Se abre la puerta y entra Jesmyn. Me lanza una mirada que viene a decir «Oh, pobrecito» y corre hacia mí.

Consigo esbozar una débil sonrisa.

—Qué digno, ¿eh? Intento batir mi récord del primer día de clase.

—Bueno —murmura—, has cambiado el golpe en la cabeza contra la pared por el suelo sucio del cuarto de baño de un parque nacional.

Me alegro de que no me diga que respire. En mi cada vez mayor experiencia con los ataques de pánico, ese consejo raramente sirve de algo,

puesto que no te entusiasma la idea de no respirar.

Me ayuda a levantarme y me sujeta por el codo mientras me agarro al lavabo cabizbajo. Consigo respirar hondo un par de veces. De repente imagino a Hiro planeando sobre la Tierra en su coche con alas. Me resulta extrañamente reconfortante. Mis pulsaciones se normalizan y las manchas negras se disipan de mi campo de visión.

—Uf. Qué mierda.

—¿Te pasó el día de la despedida de Blake?

—No.

—¿Qué te ha dicho? ¿O no quieres hablar del tema?

—Prefiero que no.

—¿Quieres que intentemos salir?

—Espera un par de minutos.

Asiente.

—Cuéntame algo divertido —le pido.

—Le dije a mi madre que la vela aromática que compró el otro día huele a abuelo guapo. Pensé que era muy divertido.

Sonrío.

—Lo es.

Tras un par de minutos, puedo andar solo. Después de haber estado tanto rato en el baño, el aire fresco y húmedo huele como si empezara la vida. Vamos hacia el coche sin decir una palabra. Pierce no me mira. No es que tenga especial interés en que lo haga. Melissa parece hacerse una idea de lo que ha pasado, si no lo sabe directamente.

Volvemos casi en absoluto silencio.

Aunque Pierce y Melissa nos cuentan que se han separado y que van a

pedir el divorcio. No hay mucho que responder a eso, ni siquiera después de que Melissa me tranquilice, sin habérselo yo pedido, diciéndome que no ha tenido nada que ver con la muerte de Eli. Discutían desde hace mucho tiempo. Me cuesta creerlo. Oí en alguna parte que un enorme porcentaje de matrimonios se separa después de la muerte de un hijo.

No es que tuviera alguna posibilidad de redimirme a ojos de Adair, pero ahora no hay nada que hacer. Primero su hermano. Luego el matrimonio de sus padres. Para ella soy un ángel exterminador. Una plaga en su vida. Soy la proverbial mariposa que bate las alas, pero mis alas están cubiertas de ántrax.

En realidad me alegro de que mi ataque de pánico me haya dejado demasiado atontado y agotado para preocuparme por los círculos concéntricos extendiéndose desde la piedra que he tirado al estanque.

Demasiado atontado, la mayor parte del tiempo. De vez en cuando miro de reojo a Jesmyn, que —y quizá son imaginaciones mías— está sentada más cerca de mí que en el camino de ida. Pienso en la revelación y en lo mucho que complica las cosas.

Sustancias químicas. Ojalá hubiera algún modo de drenarlas de mi cabeza.

Mando un mensaje a Jesmyn nada más llegar a mi casa, tras haberla dejado en la suya. Le doy las gracias por haberme ayudado durante otro ataque de pánico. Le doy las gracias por haberme dejado prestarle mi anorak, porque no quería verla mojada y con frío. Le digo que echo mucho de menos a Eli. Le cuento la primera parte de lo que Pierce me ha dicho en el baño. Le digo que me alegro de haber visto Fall Creek Falls antes de que quizá me metan en la cárcel.

Le digo todo menos lo que más quiero decirle.

La sangre me ruge en los oídos cuando la directora entra en mi clase de biología e interrumpe una disertación sobre la fotosíntesis. Se lleva al profesor aparte y hablan en susurros, sigilosamente, como si se tratara de algo urgente, lanzándome miradas furtivas. La directora sale de la clase.

—¿Carver? —dice mi profesor.

No me sorprende lo más mínimo. Voy hacia él. La adrenalina me quema las costillas.

—Coge tus cosas, por favor.

Todos se dan la vuelta. Sus miradas se enganchan a mi piel como erizos. Oigo sus murmullos. Me arde la cara. Vuelvo a mi pupitre, recojo mis cosas y salgo de la clase cabizbajo.

La directora está esperándome en el pasillo.

—Carver, perdona que te saque de clase. Han venido dos policías a hablar contigo. Ven conmigo, por favor.

El corazón se me encoge hasta formar una bola de acero helada. Me da vueltas la cabeza. Deliro. «Han venido por fin a detenerme. Han encontrado alguna prueba. Se acabó.»

Asiento y sigo a la directora hasta su despacho. El teniente Farmer y el sargento Metcalf están esperándome. No digo nada. Ni siquiera hola. El teniente Farmer tiene dos sobres grandes en las manos. Me tiende uno.

Lo cojo como si estuviera lleno de arañas.

—Carver, es una orden judicial para incautar e inspeccionar los archivos electrónicos de tu móvil y de tu ordenador. Se la hemos enviado por fax a tu abogado. La ha visto. Puedes llamarlo o echar un vistazo.

No digo nada, pero abro el sobre y saco el documento, como si fuera a saber si es válido. Parece auténtico.

—¿Y? —pregunto.

El sargento Metcalf me tiende una bolsa.

—Mete aquí el móvil. Es una bolsa Faraday, y bloquea las transmisiones a y desde tu teléfono, así que no te molestes en intentar borrar nada desde otro dispositivo.

Saco del bolsillo el arma del delito y la meto en la bolsa.

—¿Qué se supone que voy a hacer sin teléfono?

«Ni siquiera voy a tener el móvil en el concierto de Dearly.»

El teniente Farmer suelta una risa sarcástica.

—Tendrás que arreglártelas sin él durante una semana o dos, lo que tarde la policía en recopilar todos los datos. Generaciones de chicos han sobrevivido sin móviles.

—El portátil también, por favor —me dice el sargento Metcalf.

Me tiende una bolsa más grande que la del móvil.

Saco el portátil de la mochila y se lo entrego.

—¿Qué pasa con los deberes que tengo en el portátil? Y tengo además un montón de relatos y de textos que he escrito.

La directora interviene:

—Carver, no te pediremos los deberes que tengas en el ordenador.

—Y no te preocupes por si te borran algo del ordenador —me dice el sargento Metcalf—. El trabajo del departamento de investigación es asegurarse de que no se borra nada.

—Bien. Algo es algo. ¿Puedo...? —empiezo a preguntar.

El teniente Farmer me tiende el otro sobre.

—Esto es una orden judicial de registro de tu habitación. Ahora iremos directamente a tu casa. Acabamos de hablar con tu madre, que nos estará esperando. También lo hemos hablado con tu abogado, pero puedes llamarlo.

—No puedo llamarlo si mi teléfono está en esa bolsa.

Soy consciente de que voy de listo, pero me da la impresión de que lo que pretenden presentándose de repente en mi escuela es intimidarme. Lo consiguen, y me fastidia.

—Puedes llamar desde aquí —me dice la directora.

Llamo al señor Krantz. Va de camino al juzgado. Me dice que vaya a casa y que grabe a los policías mientras registran mi habitación.

La directora me da el resto del día libre. Vuelvo a casa en mi coche. Cuando llego, mi madre ya está allí, y varios policías uniformados acaban de aparcar. Le digo a mi madre que grabe con su móvil, y ella empieza a grabar.

Registran mi habitación centímetro a centímetro. Levantan todos los libros y los hojean. Miran debajo del colchón. Rebuscan en todos los cajones. Se ponen guantes de látex para revolver el cesto de la ropa sucia. Descuelgan todos los cuadros y pósteres de la pared y miran detrás. Desenroscan la lámpara y miran dentro. Abren los conductos de ventilación y meten la mano en los tubos, supongo que por si acaso he escrito en un trozo de papel «Maté a mis tres mejores amigos a propósito» y lo he metido ahí dentro. Me preguntan si llevo un diario. No lo llevo, pero me limito a mirarlos, seguro de que es lo que el señor Krantz querría que hiciera. Encuentran un pendrive y mi iPod, y los meten en bolsas. Cogen varias libretas en las que escribo relatos.

Observándolos, me siento como si me abrieran las entrañas y me arrancaran la carne de los huesos. Buitres sobre un cadáver. Lo que desean:

dejarme la vida aún más arruinada de lo que lo está.

Estoy encogido frente al doctor Méndez. Temía esta visita porque sé lo primero que va a decirme.

—Cuéntame una historia.

—No.

Su expresión no cambia. Sería un jugador de póquer de la hostia. Inclina la cabeza y deja que el silencio se prolongue mientras espera a que me explique. Pero no lo hago.

—¿Por qué no? —me pregunta por fin.

—La gente cuenta historias para crear una donde no la había. Aquí ya hay una historia. Sabemos lo que pasó.

—¿Lo sabemos?

El doctor Méndez está inmóvil. No se trata solo de ausencia pasiva de movimiento. Es algo más profundo. Está activamente inmóvil.

No puedo seguir sentado. Me levanto y camino de un lado a otro.

—Sí. Mandé un mensaje a Mars, y sabía que me contestaría. Él intentó hacer exactamente lo que yo sabía que haría, y por eso mis amigos murieron.

—¿Y qué me dices de Billy? ¿De Hiro?

Alzo la voz. Es satisfactorio alimentar la rabia ante su quietud, prender fuego a esas tranquilas tierras de pastoreo.

—No existen. Son producto de mi imaginación. Son una mentira que le

cuento a usted y me cuento a mí mismo. Lo sé, y la policía también. Ahora mismo tienen mi móvil y mi portátil, por cierto, así que espero que no me haya llamado. Registraron mi habitación. Voy a ir a la cárcel.

—¿Eso te dijeron?

—Bueno, más o menos.

—Lo siento.

—Yo también.

—Si pudiera agitar una varita mágica y alejar todo esto de ti, lo haría.

—Mire a ver si consigue una varita mágica.

El doctor Méndez me mira sin pestañear a través de sus gafas rectangulares de montura transparente.

—Me dijiste que ibais a hacerle una despedida a Eli.

Me paro delante de mi silla y me dejo caer, lo que provoca que la silla resbale unos centímetros hacia atrás.

—Sí.

—¿La hicisteis?

—Sí.

—¿Qué tal fue?

—Oh. Fantástica.

Enfatizo el «fantástica» levantando bruscamente los dos pulgares.

La plácida sonrisa del doctor Méndez hace que lamente en el acto mi sarcasmo y mi rabia.

—Lo siento —murmuro.

—No tienes por qué sentirlo.

—Fue un desastre.

Pausa. El doctor Méndez espera.

Así que continúo:

—Los padres de Eli... tienen problemas. No se llevan bien desde hace

tiempo. Ahora van a divorciarse. Dijeron que no ha sido por esto, pero no es cierto. Y estar con ellos fue superincómodo. Además, el padre de Eli básicamente me dijo que me considera responsable. Ah, pero no quiere que vaya a la cárcel y no me odia tanto como la hermana de Eli, que sin duda quiere que me salte la cárcel y vaya directamente a la silla eléctrica. Y por supuesto la hermana de Eli no vino a la despedida, pero por alguna razón quería que sus padres vinieran. Fue una situación muy rara.

—Entiendo que drásticamente diferente de la experiencia con la abuela de Blake.

—Sí. Además me dio otro ataque de pánico. En un cuarto de baño asqueroso. El segundo que me da delante de Jesmyn.

—Lo siento.

Empiezan a temblarme las piernas.

—Estoy harto de los ataques de pánico. Estoy tomándome la sertralina que me recetó.

El doctor Méndez asiente y se levanta. Se dirige a su mesa, abre un cajón, coge un bloc, vuelve a su sitio y empieza a escribir.

—Voy a aumentarte la dosis de sertralina.

Arranca la receta del bloc y me la tiende.

Miro fijamente la receta. Pero no la cojo.

—¿Acabará con los ataques?

—Si no acaba con ellos, será un paso en la dirección correcta. Lo solucionaremos.

—Y mientras tanto me siento aquí y le cuento historias.

Cojo por fin la receta.

El doctor Méndez deja el bloc de recetas en la mesita, se reclina en la silla, cruza las piernas, junta las manos y apoya los codos en una rodilla.

—Te prometo que esta aparente locura puede tratarse. ¿Me crees?

—Supongo.

Apenas oigo mi voz.

—¿Me crees si te digo que lo que hacemos aquí —esos relatos— no es pedirte que te mientas a ti mismo o a otra persona?

—Lo parece, pero sí.

—Y no es dar a entender que no somos responsables de lo que hacemos.

—Vale.

—Si te digo que tengo buenas razones para pensar que podría ayudarte, ¿me crees?

—Sí.

—Si no funciona, probaremos con otra cosa. Te lo prometo.

«Es una de las pocas cosas en tu vida que no pretenden destruirte.» Se me llenan los ojos de lágrimas y bajo la mirada.

—De acuerdo —susurro mirando al suelo.

—Háblame de la despedida de Eli. Parece que fue una experiencia conflictiva. Personas. Emociones.

—Sí.

—¿Fuiste capaz de enfrentarte a algo a lo que no habías podido enfrentarte antes?

Es curioso que no tenga problemas para confesarle que soy un asesino, pero sí para confesarle que estoy enamorado.

—Hum. Sí. —Miro fijamente la alfombra. Levanto la mirada y está observándome, esperando—. Me di cuenta de que... quizá siento algo por Jesmyn.

—Supongo que eso te plantea serias complicaciones.

—¿Usted cree?

El doctor Méndez no reacciona a mi sarcasmo.

—En un momento dado, el padre de Eli me dice: «Ah, por cierto, veo

cómo la miras, y no quiero que te enrolles con la novia de mi hijo muerto».

—¿Qué me dices de tus propios problemas emocionales?

—Obviamente. Eso también.

Se frota la barbilla y se da golpecitos en los labios con el dedo índice.

—Me pregunto si buena parte de tu sentimiento de culpa tiene que ver con el hecho de que cada vez sientas más cariño por Jesmyn.

—Puede ser.

«Va más allá de un simple “puede ser”, pero no es necesario soltar hasta qué punto este tío me lee el pensamiento.»

—No todas las experiencias tienen que enseñarnos lo mismo. Está bien que la despedida de Eli te permitiera enfrentarte a una faceta distinta de tus emociones que la despedida de Blake.

—Supongo.

—Pues ¿me cuentas una historia?

—Quiero que me diga cómo manejar exactamente el tema de Jesmyn.

—Ojalá tuviera una respuesta sencilla. No es falsa modestia.

—Me conformo con una respuesta compleja —murmuro—. Con cualquier respuesta.

—Estoy seguro de que aparecerá a su debido tiempo. A veces las respuestas surgen mediante un proceso de eliminación.

Suelto una carcajada triste.

—Estoy esforzándome mucho por eliminar todas las respuestas que me permiten sentirme un ser humano normal y feliz. Pero ¿quiere oír algo gracioso?

Alza las cejas y asiente para que siga.

—Cuando el padre de Eli estaba diciéndome que me considera responsable, yo no quería aceptar mi responsabilidad, como hice cuando hablé con la abuela de Blake.

—¿Qué sentías?

—Quería hablarle de Billy y de Hiro. Aunque es una idiotez y no existen. Las lágrimas me nublan la garganta.

El doctor Méndez me da unos segundos para que me recomponga. Luego se reclina y se pone cómodo.

—¿Qué te parece contarme una historia?

Suspiro y me detengo unos segundos ante el frigorífico abierto de mi imaginación.

—Pues esto es un tío que se llama... Jiminy Turdsworth.

Ahora, por si todo lo demás fuera poco, no voy a dejar de pensar en Jesmyn.  
La despedida de Eli ha abierto una puerta que no puedo volver a cerrar.  
Tampoco es que me haya esforzado demasiado por cerrarla.

—No, lo siento. No vas a ir un concierto de Dearly con las entradas agotadas, y con una tía buena, vestido como un patético Ernest Hemingway —me dice Georgia.

Me encojo de hombros.

—Bueno.

—Ni bueno ni malo. Tienes suerte de que Maddie, Lana y yo hayamos llegado de Knoxville a tiempo para arreglarlo. El concierto empieza dentro de ocho horas. Vamos a llevarte al Opry Mills Mall.

Bajo la voz hasta que pasa a ser un susurro ronco. Las oigo hablando y riéndose en la habitación de Georgia.

—Maddie y Lana siempre me acosan sexualmente.

—Venga, por favor. Te encanta llamar la atención de universitarias.

—No, para nada. Parece que siempre estén burlándose de mí.

—Se burlan de ti.

—¿Lo ves?

—Aun así te encanta.

Me pruebo ropa mientras Maddie y Lana se ríen y me silban con la intención de que me ponga rojo. Cuando acabamos, llevo unos vaqueros grises que me

aprietan las pelotas, unas botas Chelsea marrones y una cazadora negra. Pero me veo bien. Tengo que admitir a regañadientes que me veo muy bien. Y me entusiasma ir al concierto y ver a Jesmyn. El hecho de que la vea cada día no reduce lo más mínimo mis ganas de verla.

Tampoco empaña mi estado de ánimo el hecho de que Maddie y Lana intenten darme palmadas en el culo en el aparcamiento, de camino al coche.

Me olvido del Accidente.

Me olvido de la fiscal del distrito y del señor Krantz.

Me olvido de que mi móvil y mi portátil están en el departamento de policía, esperando a que saquen de ellos algo que me incrimine.

Me olvido de las despedidas de Blake y de Eli.

Me olvido de la abuela Betsy, que vive en la ladera de una montaña del este de Tennessee.

Me olvido de Pierce y de Melissa, que viven cada uno en una casa.

Me olvido de Adair y del juez Edwards, que me miran como si les hubieran marcado mi nombre en la piel con un clavo oxidado.

Me olvido de los alumnos de la escuela, que murmuran sobre Jesmyn y sobre mí.

Me olvido de Billy y de Hiro.

Me olvido de los ataques de pánico.

Intento recordar la última vez que me sentí tan bien, y no puedo.

Jesmyn aparece en la escalera. Me he asegurado de llegar un cuarto de hora tarde. Lleva unos vaqueros negros de cintura alta agujereados por las rodillas, una camiseta negra que deja al descubierto una diminuta franja de barriga, botas negras hasta el tobillo y la cazadora gris que llevó el día de la despedida de Eli. Se ha cortado el flequillo, que le cae hasta los ojos. Se ha pintado los

ojos con un efecto ahumado.

Verla es como subir una cuesta demasiado deprisa, cuando todos tus órganos parecen ingrátidos.

—Te has cambiado el pelo.

—¡Te has dado cuenta!

—Claro. Antes no llevabas flequillo.

—¿Me queda bien?

«Mantén la cabeza fría.»

—Sí, muy bien —le contesto sin frialdad.

Me mira de arriba abajo.

—Qué cambio. Pareces una estrella del rock.

—Georgia me obligó a comprarme ropa para el concierto.

—Tiene un buen gusto increíble. Hacemos muy buena pareja.

Siento un repentino destello y me quedo aturdido.

—¡Oh! He olvidado algo.

Entra corriendo en su habitación y sale con el iPod en la mano.

Ha bajado ya la mitad de la escalera cuando la idea me golpea. Es la misma sensación que la de ir a la escuela por la mañana vestido de verano, y cuando acaban las clases, el aire huele a piedras mojadas y el viento frío del norte sopla con fuerza. «Eli. Vas al concierto de Eli con la novia de Eli mientras el espíritu de Eli se abre camino río abajo, o flota en una nube a la espera de caer en forma de lluvia. Mientras Eli está metido en una urna.»

Cuando Jesmyn llega al final de la escalera, su abrazo me sumerge en un olor a cítricos y a miel.

Saca el móvil y estira el brazo.

—Acércate.

Me acerco a ella e intento sonreír como si nada. Hace una foto, teclea algo y se mete el móvil en el bolsillo. Luego salta, da una palmada y pega un grito.

—¡Ay! ¡Qué ganas de ir al concierto!

Espero que siga con este ánimo. Si es así, podrá tirar de los dos. Lo necesitaré, estoy seguro.

Subimos a mi coche y se sienta con las piernas cruzadas. Coge el cable del radiocasete y se vuelve hacia mí. Detecto un nerviosismo en su voz que nunca antes había oído.

—Muy bien. Tengo una sorpresa. —Respira hondo y conecta su iPod mientras arranco—. No me creo que esté haciéndolo —murmura.

Empieza la música, un paisaje sonoro verde y sensual con percusiones de caja de ritmos. Luego entra la voz, potente y cálida. Los primeros días del verano. Es ella. Lo sé inmediatamente. Es la primera vez que la oigo cantar.

La médula ósea me palpita. Se me corta la respiración, pero no como cuando me da un ataque de pánico.

—¿Eres...?

Se ha cubierto la cara con las manos y me mira entreabriendo los dedos. Se ruboriza. Lleva las uñas pintadas de color negro mate.

—¿... tú?

Asiente.

«Tenía que ser brillante también en esto, claro. No puedo tomarme un respiro. Está intentando activamente destrozarme por dentro.»

—Vaya. Eres increíble.

—¡Cállate! Llevo un tiempo trabajando en esto.

—Entonces... ¿quieres ser pianista clásica o hacer estas cosas? —le pregunto señalando el radiocasete con la mirada.

—Las dos cosas. —Coge el iPod—. Vale, ya está bien.

La detengo con una mano.

—Quiero seguir escuchando.

—Uf. No.

—Sí. De hecho, quiero una copia.

«Porque también esto hace que me olvide de todo. Oh, sí, me olvido de todo.»

Aunque los rascacielos no tienen chimeneas, por alguna razón el centro de Nashville siempre huele a leña quemada hacia mediados de octubre. Y hace el tiempo perfecto para ir con cazadora. El aire nocturno huele a zumo de manzana especiado, y el cielo está salpicado de estrellas. Aparcamos y andamos unas manzanas hasta el Ryman. A medida que nos acercamos, la gente va acumulándose a la entrada. Se forman grupos que charlan animadamente.

Saco pecho cuando veo a un grupito de chicos mirando a Jesmyn. «Así son las cosas, chavales.» Aunque ojalá la llevara cogida de la mano.

Y de repente:

—¡Carver! ¡Jesmyn! ¡Hola!

Veo a Georgia, Maddie y Lana saludándonos con la mano.

—Oh, mierda —murmuro, y les devuelvo el saludo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Jesmyn volviéndose hacia ellas.

—Nada. Es solo que... Maddie y Lana pueden ser muy pesadas.

Georgia nos saluda a Jesmyn y a mí con un abrazo.

—¿Estáis tan nerviosos como yo por este concierto? Creo que voy a cagarme encima.

—Yo más —le contesta Jesmyn.

Evito mirar a Maddie y Lana.

—Bueno, hola, Carver —dice Lana en voz alta.

—Hola.

—Hola, Carver —dice Maddie en voz tan alta como Lana.

—Hola.

—¿Vas a presentarnos a tu amiga? —me pregunta Lana.

—Esta es Jesmyn. Jesmyn, Lana y Maddie, amigas de mi hermana.

—¿Y...? —me pregunta Maddie.

—Sí, Carver, ¿y? ¿No somos amigas tuyas? —me pregunta Lana taladrándome con los ojos.

Evito poner los ojos en blanco porque solo serviría para complicar las cosas.

—Y... amigas mías.

—Ayyy —dicen al unísono.

Saludan amablemente a Jesmyn, que me lanza una mirada que viene a decir: «¿Qué te pasa?».

Georgia mira el móvil.

—Bueno, vamos a sentarnos. ¿Vosotros dónde estáis?

—En el gallinero —le contesta Jesmyn.

—Genial —dice Georgia—. Quizá nos vemos cuando acabe.

—Adiós, Carver —dice Maddie, de nuevo en voz muy alta.

Mira a Jesmyn y se despide de ella moviendo la cabeza.

Les digo adiós con la mano. Nos dirigimos al gallinero.

—Parecían majas.

—Eso, lo «parecían». Desde que han llegado a mi casa con mi hermana no han dejado de fastidiarme ni un segundo. Les encanta y les parece muy gracioso.

Jesmyn frunce los labios y me coge por la barbilla.

—Oh, pobrecito, mira que eres tonto.

Sonrío y aparto la barbilla.

—No empieces.

Encontramos nuestros asientos en el gallinero.

—¿Has escuchado las canciones de Dearly que te grabé? —me pregunta Jesmyn.

—Pues claro.

—¿Y?

—Increíbles.

—Me han dicho que en directo es mucho mejor.

Nunca la había visto así. Está radiante. Siento su calor en la cara. Estira el cuello para intentar ver el escenario.

—Perdona —murmura, aún con el cuello estirado—. Estoy flipando con los teclados.

—No hay problema —le digo.

Y soy totalmente sincero, porque está en una postura que me ofrece una vista despejada de su geografía desde la oreja hasta la mandíbula. De repente tengo tantas ganas de besarla que me vuelvo loco.

Pero Pierce aparece por encima de mi hombro —un demonio de dibujos animados— susurrando: «No te lo mereces. Este momento no es tuyo. Ella no es tuya y nunca lo será. Y tú nunca serás suyo. Estás tomándolo prestado por unas horas. Los dos pertenecéis a mi hijo muerto».

Jesmyn vuelve la cabeza hacia mí, a punto de decir algo, pero su expresión cambia en cuanto me ve.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Estás bien? Tienes una cara...

—Sí... Solo estaba dando vueltas a... una idea para un relato. Sobre un músico.

Abre mucho los ojos.

—Quiero leerlo cuando lo acabes.

—Claro.

Empieza a decir algo más, pero se apagan las luces y salen al escenario los teloneros.

Mientras los músicos se colocan, se da la vuelta hacia mí y me dice algo. Lo leo en sus labios, pero finjo que no para que coloque la palma de la mano alrededor de mi oreja y acerque los labios.

—¡Estos tíos son geniales! —me grita.

Podría contestarle asintiendo, pero opto por colocar la palma de la mano alrededor de su oreja, acercar los labios y decirle:

—Totalmente. Son buenísimos.

Tocan unos tres cuartos de hora y salen del escenario. Jesmyn y yo charlamos de nada en concreto mientras cambian el equipo del escenario.

Mientras hablamos, se apodera de mí un deseo de confesarme que me resulta familiar, pero que también es nuevo. Quiero decirle lo que siento por ella. Pero en el momento en que este deseo empieza a asentarse en mí, veo la cara de Pierce. Veo la cara de Adair. Veo la cara del juez Edwards. Veo las caras de los policías y de la ayudante de la fiscal del distrito que me interrogaron. Veo a los policías registrando mi habitación. Veo la cara de Eli. «Aquí estás, tío, utilizando mi entrada para ir a un concierto con mi novia después de haber mandado el mensaje que me mató. ¿Por qué no le dices que te gusta? Quizá podáis estar juntos. Al fin y al cabo, mi padre no dijo que no podías. Lo único que dijo fue que no quería verlo.»

Jesmyn me mira.

—¿Estás pasándotelo bien?

No me había dado cuenta de que estaba mirándola. Tenía la cabeza en otra parte.

—Oh... sí. Claro que sí.

—Conseguiremos convertirte en un apasionado de la música.

—Lo que tú digas. Siempre te oigo mientras ensayas y me encanta la

música que tocas.

—Quiero decir que conseguiremos que te gusten algunos músicos aparte de mí.

—Vale, pero conseguiremos que a ti te gusten más los libros.

—Trato hecho.

Vuelven a apagarse las luces. Jesmyn da un bote y pega un grito. Me coge de la muñeca. Sus dedos cálidos y suaves como madera arrastrada por el mar y secada al sol, sus anillos fríos en mi piel.

Siento dolor físico cuando me suelta para unirse al estruendoso aplauso a Dearly.

Dearly sale al escenario dando zancadas. Es alto y elegante, lleva vaqueros negros, botas negras y una cazadora vaquera negra con una camisa a cuadros debajo. Los músicos de su banda, vestidos de punta en blanco, lo siguen de cerca y se colocan en sus puestos en el escenario, iluminados por focos de luz blanca, de modo que parece que están tocando en un cielo iluminado por las estrellas. Dearly se dirige al centro del escenario, se cuelga la guitarra y se acerca al micro. Su desgredado pelo negro le enmarca la cara sin afeitarse.

La banda arranca como un tsunami. Dearly empieza a cantar. Jesmyn se estremece a mi lado. Está cautivada. Entiendo por qué. La música remueve algo también dentro de mí.

A los dos minutos de haber empezado la segunda canción, Jesmyn apoya la mano en mi hombro y tira de mí.

—Este concierto habría transformado a Eli.

Aunque ya lo había pensado, es literalmente lo último que quería oírle decirme al oído.

Termina la tercera canción, coge una toalla, se seca la cara y da un trago de agua. «Hola, Nashville, me alegro de estar en casa, más o menos.» La gente se vuelve loca. Él mira a la multitud. «Muchas gracias a todos por haber

venido esta noche. Veo a amigos por aquí. Veo a personas que son como mi familia. Es un honor estar en este escenario.»

Jesmyn vuelve a hundirme.

—Es de Tennessee. De muy cerca de Fall Creek Falls.

El estómago me da vueltas y cruje. Intento deshacer los nudos. «Los celos son feos. Especialmente cuando sientes celos de...», y la verdad es que no sé de quién. ¿De Dearly? ¿De Eli? ¿De todas las personas a mi alrededor que se sienten normales, que disfrutan del concierto sin miedo de que sea el último al que asisten antes de ir a la cárcel? ¿De Jesmyn, por ser capaz de disfrutar de algo sin reservas?

Mientras Dearly grita, corre y se deja la piel en el escenario, Jesmyn tiene la misma expresión que tenía cuando observaba la tormenta. Cuando observaba la cascada. Como si una sinfonía de colores cayera sobre ella. Mira alternativamente a Dearly y al increíble rubio que toca los teclados.

«Por favor, límitate a divertirme. Por favor, deja que ella te contagie su entusiasmo, la belleza que está viendo.»

La quiero, pero aún quiero más no quererla.

Mis pensamientos descienden en espiral... sangre colándose por un desagüe. «¿Dónde está tu capacidad de crear algo tan potente? ¿Podrías cautivarla así? Lo que escribes solo consigue matar, no puede hacerle ver colores vibrantes.» La música es sublime. Me cabreo conmigo mismo por permitir que me provoque una emoción tan negativa. Es como enfadarse en una puesta de sol.

«¿No es lo que te mereces?», me pregunta Pierce con ojos vacíos, duros y oscuros como el plomo. «Disfruta de la entrada de mi hijo muerto. Disfruta del concierto de mi hijo muerto. Diviértete sentado al lado de la novia de mi hijo muerto, en el asiento de mi hijo muerto.»

La miro. Su cara, sus ojos brillantes que se vuelven vidriosos y distantes en

los momentos más tranquilos, sus labios articulando las letras en silencio, su movimiento al ritmo de la música. Es como si yo no existiera. Un fino velo nos separa.

Dearly termina una canción, y su banda sale del escenario. Se queda solo con su guitarra acústica. «La siguiente canción se la dedico a un amigo al que perdí en el instituto.»

—Oh —murmura Jesmyn.

Veo que se pone tensa y que se abraza a sí misma.

Las lágrimas le resbalan por la cara mientras Dearly canta. Le toco la espalda y se inclina ligeramente a mí. La canción me arranca del corazón largos hilos escarlatas que lo deshilachan en una penumbra azul. Logro perderme a mí mismo en ella hasta que acaba. Por unos minutos mi mente descansa.

Jesmyn se seca los ojos durante las dos siguientes canciones de Dearly, de nuevo con la banda. Cuando da las buenas noches al público y sale del escenario, Jesmyn se seca los ojos y aplaude alternativamente. La multitud corea que quiere otra. Dearly y la banda vuelven para hacer un bis.

Cuando empiezan a tocar, la multitud se vuelve loca. Jesmyn grita y tira de mí.

—Están haciendo una versión de «Love Will Tear Us Apart», de Joy Division.

Asiento, como si la conociera.

Aunque he pasado la última hora y media confundido, no estoy preparado para que acabe. Quiero seguir viéndola inmersa en los colores que ve en el sonido.

Y no sé qué decirle cuando el mundo vuelve a quedarse en silencio y tenemos que rellenar ese silencio con palabras.

Hay una cola de un kilómetro para pedirle un autógrafo, pero está claro que no vamos a marcharnos hasta que Jesmyn tenga un póster firmado.

Llegamos por fin al principio de la cola. Dearly está sentado a una mesa, firmando camisetas, pósteres, discos y de vez en cuando alguna parte del cuerpo.

Jesmyn compra un póster y se lo tiende con manos temblorosas. Él rezuma seguridad en sí mismo. Supongo que yo me sentiría igual si hubiera hecho lo que ha hecho él delante de una multitud de fans gritando mi nombre.

—Hola. Espero que os hayáis divertido esta noche —dice con un ligero matiz de timidez al mirarnos a los ojos.

Jesmyn se ríe y se pasa la mano por el pelo.

—Oh, sí, muchísimo. Ha sido increíble —dice tartamudeando.

La veo como un flan, sonriente y sin dejar de mirarlo. Mi estómago vuelve a girar.

—La semana pasada estuvimos cerca de tu pueblo —le dice Jesmyn mientras Dearly le firma el póster.

Él la mira con una sonrisa ligeramente triste.

—¿Ah, sí? No voy mucho por allí.

Jesmyn se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Yo también soy músico.

—Qué bien —le contesta Dearly—. ¿Qué tocas?

—El piano. Pero también escribo y grabo canciones.

—A tu edad, la música era mi refugio.

—Me encantaría tocar el teclado contigo cuando acabe la universidad —le dice Jesmyn.

Su tono adulator hace que me hierva la sangre.

Dearly se vuelve hacia un hombre que está detrás de él, charlando con dos

guapas mujeres que parecen vips.

—¿Will? Oye, Will. Dame una tarjeta.

El hombre le tiende una tarjeta.

Dearly se vuelve y le da la tarjeta a Jesmyn.

—Cuando acabes la universidad, llama a Will. Es mi mánager. Pero solo cuando hayas terminado la universidad, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le contesta Jesmyn sin aliento—. Otra cosa. La canción que has dedicado a tu amigo ha significado mucho para nosotros. Acabo de perder a mi novio, que era su mejor amigo —le dice señalándome.

Me muevo, incómodo. Intento que no se me note.

—Lo siento —dice Dearly en voz baja—. Sé lo que es. —Su timidez ha dado paso a otra cosa—. Espero que al final encontréis la paz.

—¿Tú la encontraste? —le pregunta Jesmyn.

La mirada de Dearly adquiere un matiz melancólico y distante.

—Aún no.

—¿Algún consejo?

Jesmyn pasa por alto la evidente impaciencia de la gente que está detrás de nosotros.

Dearly también la pasa por alto.

—Aférrate a la gente a la que quieres y que te quiere. Aférrate a la música.

—Parece un buen consejo —le dice Jesmyn—. En fin, el concierto ha sido increíble. Gracias.

Dearly nos da las gracias por haber ido y nos marchamos. Dejamos sitio a los siguientes devotos que hacen cola para recibir la comunión.

—Vale, ahora mismo estoy frenética. Seguramente me pasaré toda la noche tocando. Ha sido muy fuerte —me dice Jesmyn.

—Sí, ha sido genial —le contesto sin convicción, fingiendo estar muy concentrado en la carretera.

—Dime, ¿no te ha estallado la cabeza?

—Bang.

Muevo la cabeza como si me estallara.

—¿Cómo puede alguien ser tan brillante?

—Sí, pensaba que estabas a punto de pedirle a Dearly que se casara contigo.

Espero que se lo tome a broma y que no tenga consecuencias. Pero hasta yo me doy cuenta de que mi risa posterior es demasiado cáustica.

Si Jesmyn fuera un personaje de videojuego, su «barra de estado de la euforia» se habría quedado a cero tras este golpe.

—Hum. No.

—Era broma —murmuro.

—¿Qué pasa, que soy una groupie idiota que solo quiere liarse con una estrella del rock?

—No. Pero te has ofrecido para ser su teclista.

Debería callarme, pero no puedo. Es como cuando, de niño, te meabas en los pantalones... Sabías que estabas haciendo una guarrada y que no estaba bien, pero una vez habías empezado no podías parar.

Jesmyn respira hondo por la nariz.

—Querer tocar el teclado en la banda de alguien no es querer casarse con él. Además, es un tío mayor. Con novia.

—Oh, qué bien que lo hayas comprobado.

Pone los ojos en blanco.

—¿Por qué te pones borde precisamente ahora? Ha sido el mejor concierto de mi vida, y me vienes con gilipolleces.

—Solo estoy charlando.

—Eli no habría dicho estas cosas después de un concierto fantástico.

—Yo no soy Eli.

—Mira, ¿podemos dejarnos de cosas raras, por favor? No entiendo lo que pretendes ni por qué te comportas así, pero ¿puedes parar, por favor?

—Muy bien.

Seguimos en tenso silencio el resto del camino. En un momento dado, nos miramos e intercambiamos una breve sonrisa torcida.

Hay muchas cosas que quiero decirle, y muchas interferencias en mi cerebro. Mis pensamientos no siguen una dirección clara.

Paro delante de su casa, con el corazón aún en un torbellino.

—Vale. Bueno. Gracias —me dice Jesmyn alargando la mano hacia la manilla de la puerta—. Ya...

—Jesmyn.

Me mira expectante.

—Yo... —«No le digas que sientes algo por ella. Si vas a hacerlo, si vas a sucumbir, di cualquier frase menos esa»—. Siento algo por ti. Me gustas. Me gustas mucho. No solo como amiga.

Su expresión me dice inmediatamente que no es lo que esperaba oír. El aire se vuelve denso.

Jesmyn mueve la cabeza, se cubre los ojos con las manos, inclina la cabeza y gime en voz baja.

—Carver. Carver.

El pulso se me acelera.

—No ha sido decisión mía.

—Estoy segura, pero no puedo. Debes saberlo. No puedo.

Ni siquiera estoy seguro de que yo pueda. Pero aun así... Ya lo he dicho. La única salida está en la otra dirección.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? ¿En serio?

—Bueno, la razón obvia la sé.

—Vale, bien. La razón obvia es la razón.

Hunde la cabeza entre las manos, con lo que su voz queda amortiguada.

—¿No sientes nada por mí?

—Eres mi amigo. Me caes bien.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Levanta las manos, como si sujetara una caja invisible.

—Carver, no puedo. No puedo lidiar con esto ahora mismo. Tengo que preparar la audición para la Juilliard. Mi novio —tu mejor amigo— murió hace dos meses y medio. No estoy preparada para empezar otra relación.

—Pero con Eli estuviste preparada a los tres días.

—Madre mía... ¿De verdad no ves que era muy diferente? No me lié con Eli cuando mi anterior novio acababa de morir.

Me derrumbo, me rompo.

—¿Qué tengo de malo?

—No tienes nada de malo.

De repente me siento ridículo con mi ropa nueva. Como si Jesmyn me viera a través de ella.

—¿Es porque no soy tan brillante como Dearly? ¿O como Eli?

—El problema no es que no seas brillante. Para nada. He leído el relato que me pasaste.

—Y no me has dicho ni una palabra, claro.

—No voy por ahí diciéndole a la gente lo brillante que es. Se lo muestro. Te lo he mostrado a ti tratándote con respeto, un respeto que no parece que tengas conmigo.

—No has tenido ningún problema para decirle a Dearly lo brillante que es.

—Bueno, él y yo no comemos juntos cada día.

—No por falta de ganas.

—¿De verdad estás celoso de uno de mis músicos favoritos?

Me quedo con la boca abierta, intentando pensar cómo responderle que no cuando la respuesta es sí.

—No —le digo.

Esto está yendo fatal. Pero no puedo parar. Una voz malvada me dice que le prendo fuego a mi vida.

—Eli no era tan bueno.

Las palabras me queman los labios al salir. «¿Qué estás haciendo?»

Jesmyn me mira como si le hubiera pegado una bofetada.

—Escucha lo que estás diciendo. —Levanta el dedo índice—. Hace una semana estábamos despidiéndonos de él. Una semana.

Le tiembla la voz y se echa a llorar.

Miramos al frente sin decir nada. Jesmyn mueve la cabeza y se seca los ojos.

—Eli habría querido que saliéramos en el caso de que él ya no estuviera.

Me lo digo a mí mismo con la esperanza de que no me oiga y me pida que lo repita.

Se vuelve hacia mí con los ojos en llamas. Me señala con un dedo tembloroso.

—No soy una colección de sellos que se deja en el testamento, ¿entendido? No soy una propiedad que se deja en herencia.

«Mira cómo arde. Mira cómo arde.»

—No pretendía...

Pero ya ha abierto la puerta. Se da la vuelta hacia mí.

—¿Es necesario que te diga que no me mandes mensajes, ni me llames, ni hables conmigo?

Sale del coche y pega un portazo tan fuerte que me sorprende que la

ventanilla no salte en pedazos.

Da unos pasos hacia su casa y de repente se para y vuelve. Abre la puerta. Siento que me recorre una oleada de esperanza absurda e infundada. Va a decirme: «Mira, ahora mismo los dos estamos muy sensibles. Olvidemos lo que ha pasado y sigamos siendo amigos».

Abre la puerta y se inclina.

—Otra cosa. Podrías haber tenido una oportunidad. Podrías. Quizá. Pero ¿ahora?

Y se marcha pegando otro portazo que hace temblar la ventanilla.

Me quedo un momento catatónico. El mismo estupor que cuando me enteré de lo que le había pasado al Equipo Salsa. Y me pregunto si estoy imaginando lo que ha pasado, porque es demasiado horrible para ser real.

Mientras la puerta de la casa de Jesmyn sigue cerrada y oscura, el dolor empieza a anegarme, como los submarinos hundiéndose en las películas. Un chorro de agua. Luego otro, más grande. Y otro. Cada vez entra más agua. No hay manera de arreglarlo. Hasta que al final el mar entra en tromba, hambriento y negro, para reclamar a los vivos que quedan.

Odio a Eli, mi amigo muerto.

Y me odio a mí mismo, aún más que a él.

Llego a casa once minutos después de la hora a la que debo llegar, las doce, pero no me importa especialmente. ¿Qué van a hacer mis padres? ¿Castigarme sin salir con mis amigos?

Entro en su habitación, les doy un abrazo para que vean que no he bebido ni fumado porros y me dirijo a mi habitación. Pero oigo carcajadas detrás de la puerta de Georgia y lo reconsidero. Seguro que no voy a poder dormir.

Salgo, me siento en los escalones de delante de la puerta y apoyo los codos

en las rodillas. No sé cuánto tiempo me quedo ahí fuera porque no tengo reloj, y ahora tampoco móvil.

El ruido de la puerta me sobresalta. Miro por encima del hombro.

—Hola —me dice Georgia—. Estás aquí. ¿Cuándo has llegado a casa?

—Hace un rato. ¿Dónde están Maddie y Lana?

—Dentro. Borrachas y mandando mensajes a ex. Trajimos una botella de vodka escondida.

—Bien, porque te aseguro que ahora mismo no estoy como para aguantarlas.

—Espera —me dice Georgia.

Entra en casa y vuelve enseguida con una manta. Se sienta, nos envuelve a los dos con la manta y se acurruca contra mí tiritando.

—Muy bien. Cuéntamelo.

—No quiero hablar del tema.

—¿Jesmyn?

—Sí.

—Te gusta.

—Sí.

—Es obvio.

—Genial.

—Pero ella no quiere nada en este momento porque la situación es muy rara.

—Sí.

—¿Eso es todo?

—¿No te parece bastante?

—Sí. Pero ¿es todo?

Suspiro y cierro los ojos.

—La he cagado. Le he dicho lo que sentía. Le he dicho un montón de

chorradas. Se ha enfadado muchísimo.

Georgia me agarra del brazo y apoya la cabeza en mi hombro.

—Ay, Carver.

Me froto la cabeza como si quisiera limpiarme una mancha.

—Era todo lo que tenía. Mi única amiga aquí.

—Lo sé.

—Estoy muy solo.

—Seguro.

—Quiero volver a ser feliz antes de morir. Es lo único que quiero.

Nos quedamos mucho rato sin hablar, en el desesperado círculo de luz del porche, tiritando y escuchando el canto moribundo de los grillos en la fría oscuridad. Cuando por fin damos por concluida nuestra noche en vela, el aire está empapado de rocío.

Antes pensaba que tener el corazón roto era algo parecido a pillar un resfriado o a quedarte embarazada. Solo vienen de uno en uno. Cuando sucede, no puede volver a suceder hasta que has concluido la primera ronda.

Pero resulta que en realidad se parece más a cenar hasta que estás lleno. Pero en cuanto alguien dice «¡Hay tarta!», de repente tienes sitio en el estómago del postre, que no es el mismo que el estómago de la cena. Tenemos un corazón del amor, que es distinto del corazón del dolor, el corazón del sentimiento de culpa y el corazón del miedo. Y cada uno de ellos puede romperse por separado y a su manera.

Así que tengo toda clase de espacios para albergar un nuevo tipo de corazón roto.

Lo descubro el domingo después del concierto de Dearly, cuando tengo que pasarme el día sentado, angustiado, solo y encerrado en mi habitación por seguridad hasta que Maddie y Lana se han ido. Y es una mierda, porque la verdad es que necesito estar con Georgia.

Lo confirmo el lunes por la mañana, cuando me presento en la escuela solo. Jesmyn y yo no siempre íbamos juntos, pero siempre quedábamos para vernos unos minutos antes de las clases. Ya no.

En la comida es evidente. Siempre comíamos juntos. Me siento en la ruidosa cafetería con la esperanza de que me vea, con la esperanza de que mi

soledad la desarme. Pero no la veo por ningún sitio. Supongo que está comiendo en las salas de ensayo. Me dijo que su amiga Kerry y los demás músicos frikis comían allí.

Así que me siento solo y me permito hacerme ilusiones, imaginar que Jesmyn está allí sentada, tan perdida como yo. En el mejor de los casos, la veo desprendiendo cierto aire de melancolía, alguien le pregunta qué le pasa y ella contesta: «Nada».

Pero al menos alguien se preocupa por ella lo suficiente para preguntárselo. A mí todo el mundo me evita. Debe de haber un umbral de parecer solo que he traspasado. En el que la gente simpatiza contigo pero teme ser incapaz de cubrir el abismo que resuena dentro de ti, así que ¿para qué intentarlo?

La única persona que mira hacia donde estoy es Adair. Pasa por mi lado con cuatro amigos y me lanza una mirada viperina que viene a decir: «Tú te lo has buscado». Mi soledad es néctar para ella. «No te preocupes, Adair, el fantasma de Eli está vengándose de mí por intentar salir con su novia.»

Y así están las cosas. Empiezo a preguntarme si quizá en la cárcel no estaría tan mal. Martes. Miércoles. Jueves. Viernes. La única diferencia el sábado y el domingo es que nadie me ve solo. Y vuelta a empezar... Lunes. Martes. Miércoles. Apenas veo a Jesmyn, y cuando la veo, se las arregla para no mirarme ni por casualidad.

Mis padres notan que estoy aislado. Debo de ser radiactivo en este tema. Mi padre me lleva a una librería y me dice que elija lo que quiera. Pero no estoy de humor.

La policía me devuelve el móvil y el portátil el jueves. Los dejan en el despacho del señor Krantz. Enciendo el móvil a toda prisa. Quizá Jesmyn no sabía que aún no tenía el móvil y me ha mandado un mensaje.

Nada.

Pienso en mandarle un mensaje. En llamarla. En dejarle una nota. Algo. Pero entonces recuerdo su cara cuando me dijo que no lo hiciera.

Cuento las horas que faltan para mi visita con el doctor Méndez, el viernes. Es prácticamente lo único que me queda. Y si no le pagáramos, tampoco lo tendría.

A estas horas estaría escuchando a Jesmyn ensayar. En tiempos mejores. Es curioso (y por «curioso» quiero decir «tremendamente triste») aludir al período en el que «solo» tenías que lidiar con la muerte de tus tres mejores amigos, el odio de sus seres queridos y la perspectiva de ir a la cárcel como «tiempos mejores».

Oigo a mi madre contestando el teléfono desde mi habitación, donde intento leer *Matadero cinco* para la asignatura de literatura.

Algo en su tono formal me llama la atención e intento escuchar.

—Muy bien... ¿a las cinco? ¿En qué cadena? Muy bien. Y... muy bien. ¿Tenemos que llamarle después? Muy bien. Se lo diré. Muchas gracias.

Mi madre corre hasta el estudio de mi padre, que deja de tocar la guitarra acústica.

«No vengáis los dos, por favor. Por favor.»

Los oigo venir a los dos. Seguro que en algún momento mis glándulas suprarrenales, últimamente saturadas, harán bum y explotarán.

—¿Carver? —dice mi padre llamando al marco de la puerta.

Mi madre está a su lado. No sonríen.

Me vuelvo, pero no digo nada.

—Acaba de llamar el señor Krantz. Ha dicho que dentro de una hora la oficina de la fiscal del distrito va a dar una rueda de prensa para hablar de tu

caso. Cree que van a comunicar su decisión.

—Vale —digo por fin.

Mi sangre ruge y hace papilla cada uno de mis músculos.

—¿Vienes al salón dentro de una hora para verlo? —me pregunta mi madre.

—Vale.

Siento los intestinos como si una apisonadora los planchara lentamente.

Mis padres se van. Me acomodo para la que seguro será una de las horas más largas de mi vida. Me muero de ganas de mandarle un mensaje a Jesmyn. Y ni siquiera sé qué le diría. En primer lugar tendría que disculparme. Una vez despejada esa barrera, si quisiera seguir escuchándome, lo único que tendría que decirle sería: «En algún lugar, alguien tiene la respuesta a esta pregunta: ¿quedará destrozada la vida de Carver Briggs? (Corrección: más destrozada.) Y tengo que esperar una hora para saber la respuesta».

Pasa la hora. Me siento en el salón, en medio de mis padres.

—Muy bien, Kimberly —dice el presentador—. Creo que ahora vamos a conectar con el juzgado del condado de Davidson, donde la fiscal del distrito, Karen Walker, va a hacer un comunicado.

—Exacto, Peter. Van a comunicar qué tipo de acciones tienen previsto llevar a cabo respecto del accidente de coche que provocó la muerte de tres chicos el 1 de agosto. Nuestros espectadores recordarán que se relacionó el accidente con un mensaje de móvil.

Mi madre está temblando. Respiro con dificultad, como si tuviera los pulmones llenos de cemento mojado. El pulso me martillea en las sienes y siento un dolor de cabeza extendiéndose desde la nuca.

En la pantalla aparece un podio vacío con varios micrófonos. La fiscal del distrito sube al podio.

—Gracias a todos por venir. El accidente que provocó la muerte de Thurgood Edwards, Blake Lloyd y Elias Bauer el 1 de agosto fue una tragedia se mire desde donde se mire. No obstante, la pregunta que queda por responder es si fue además un crimen. En los últimos tres meses, nuestra oficina, junto con el Departamento de Policía Local de Nashville y el Departamento de Investigación de Tennessee, ha investigado el tema con diligencia. Hemos llegado a la conclusión de que...

Mi visión se reduce a un puntito de láser.

—... este trágico accidente...

Me pregunto qué haré cuando lo digan. Cuando me digan que estoy acabado. Me pregunto si lloraré. Si gritaré. Si me dará un ataque de pánico. Si sencillamente me desmayaré.

—... no fue consecuencia de una conducta criminal, y nuestra oficina no va a presentar cargos contra el cuarto menor involucrado...

Mi madre estalla en sollozos. Mi padre resopla y hunde la cara en las palmas de las manos llorando. Yo me quedo totalmente inmóvil y mudo. No estoy seguro de haber oído lo que creo que he oído, como cuando ves la tele medio dormido y tienes que considerar cada frase para asegurarte de que no la has imaginado.

—... Volvemos a dar el pésame a las familias Edwards, Bauer y Lloyd. Aprovechamos la ocasión para advertir a los jóvenes de los peligros de mandarse mensajes cuando están conduciendo. Aunque no llegue a ser una conducta criminal, tiene consecuencias terribles, como hemos visto. Nuestra oficina seguirá...

Mi madre me abraza por un lado.

—Gracias, Dios mío —murmura una y otra vez.

Se le nota que es de Mississippi sobre todo en momentos de gran tensión emocional.

Mi padre me abraza por el otro lado. Yo miro el televisor aturdido.

Suena el teléfono de mi madre.

—¿Sí? Oh, Dios mío, sí, ni se lo imagina. Sí. Sí, está aquí, se lo paso. Y gracias, muchas gracias. Muy bien. Muy bien, adiós.

Mi madre me pasa el teléfono.

—El señor Krantz —me susurra.

—¿Hola?

—¡Carver! Bueno, parece que te has librado, hijo.

—Hum, sí, es genial.

Intento imitar su entusiasmo.

—Sabía que era exagerado intentar imputarte. Han tomado la decisión correcta.

—Sí.

—Pero es posible que aún no estés del todo fuera de peligro. La fiscal del distrito podría reconsiderarlo, así que no hables del accidente. Además, Edwards podría presentar una demanda civil pidiendo una indemnización económica. Y para él sería más fácil ganarla sin exculpación criminal. En fin, tengo que dejarte. Tengo un cliente. Felicidades y cuídate, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Cuelgo y respiro hondo. Estoy agotado. Quiero estar solo.

—Necesito tumbarme —digo.

—Muy bien, cariño —me dice mi madre, y vuelve a abrazarme—. Voy a Hattie B's a comprar pollo rebozado para celebrarlo.

En otra vida, esta simple noticia me habría alegrado la noche.

Voy a mi habitación, me desplomo en la cama y miro al techo. Lloro hasta que las cálidas lágrimas me entran en los oídos y silencian el sonido como si estuviera bajo el agua.

No sé por qué estoy llorando. Creo que estoy contento, pero no estoy

seguro. Estaría contento si no estuviera pasando por todo esto. Supongo que me siento aliviado, pero una extraña decepción atempera todo posible alivio. Es como si hubiera pasado días atado a un poste, como si las cuerdas que me sujetaban las muñecas y los tobillos me hubieran dejado la piel en carne viva, y la sed me hubiera hinchado y agrietado la lengua. Y el tío con capucha negra que entra con una antorcha para encender la hoguera a mis pies deja la antorcha ardiendo en el suelo, se da media vuelta y se marcha. Y yo sigo atado al poste.

El móvil me vibra en el bolsillo.

«¡Jesmyn! Ha visto las noticias. Me llama para felicitarme y para decirme que si la fiscal del distrito considera que no es necesario castigarme, ella también.»

No reconozco el número. ¿Un periodista? ¿Ha dado la policía mi número mientras tenía mi teléfono?

—¿Hola?

—¿Carver Briggs? —pregunta una enérgica voz de mujer al otro lado de la línea.

Últimamente odio oír mi nombre y mi apellido al contestar el teléfono. Me levanto y empiezo a caminar de un lado a otro.

—Sí. Soy yo.

—Un momento, por favor, le paso al juez Frederick Edwards.

Y corta la línea antes de que haya podido decirle: «No, por favor, no. A cualquiera menos a él».

Me siento. Mis piernas se han convertido en tentáculos de pulpo.

Oigo que al otro lado cogen el teléfono y una larga respiración.

—¿Sabes cómo he conseguido tu número?

La voz del juez Edwards suena como tallada en granito.

—Hum. No, señor. Su señoría. No lo sé.

Mi voz es aguda y tensa, como una cuerda de guitarra demasiado tensada. Sé que parezco culpable.

—Adivínalo.

No es una invitación. Es una orden.

Siento como un hueso atascado en la garganta.

—¿Por la policía?

—Después de que mataran a Thurgood, la policía me devolvió sus efectos personales. Entre ellos estaba su teléfono. Para conseguir tu número bastaba con mirar el último número que había contactado con mi hijo antes de que muriera.

Hace una pausa, como suele hacer el doctor Méndez. Pero es una pausa diferente: alguien reuniendo fuerzas para atravesarme con una espada.

—Ah.

¿Qué otra cosa puedo decir? «Muy bien, buen trabajo.»

—Supongo que te has enterado de las noticias.

—Sí. Su señoría. Me he enterado.

—Supongo que crees que has tenido mucha suerte.

—Pues...

Entonces me corta, y es perfecto, porque no sabía qué contestarle.

—Pues no ha sido suerte. Si le dices a alguien lo que voy a decirte, me enfadaré mucho. ¿Me has entendido?

Tengo la boca seca.

—Sí, su señoría.

—Le pedí personalmente a la fiscal del distrito que no presentara cargos.

Me quedo perplejo.

—Gracias, señor —le contesto por fin—. Le prometo...

Se ríe amargamente.

—¿Gracias? No ha sido por hacerte un favor a ti. Aun así, estás en deuda

conmigo, y tengo la intención de cobrarla.

—Bien.

«Ahora me machaca.» Me abrazo a mí mismo.

—Me han dicho que has realizado una serie de despedidas en las que, si no he entendido mal, pasas un día con la familia de la víctima y la recordáis.

—Sí.

«De la víctima.»

—Sí ¿qué?

—Sí, su señoría.

—Y hasta ahora lo has hecho con la familia Lloyd y con la familia Bauer.

—Sí, su señoría. ¿Cómo se ha...?

—¿Enterado? Adair Bauer llamó a mi despacho, a la policía y a la oficina de la fiscal del distrito para decirlo. Pensó que debíamos investigar si habías dicho algo que pudiera incriminarte. Quería que habláramos con sus padres. La idea no fue mala.

«Por eso insistía tanto en que sus padres lo hicieran.»

—Ah. —Y rápidamente añadido—: su señoría.

—Ahora quiero mi despedida de Thurgood.

—Su señoría...

—Este domingo estarás en mi casa a las cinco y media de la mañana. Vístete para una intensa actividad física. Y trae también ropa adecuada para ir a la iglesia. La iglesia no es un Starbucks, no se puede ir en camiseta. Te vistes como te vestiste para el funeral de mi hijo. ¿Entendido?

—Sí, su señoría.

Y cuelga.

Me siento un desagradecido con los dioses del destino por no estar más contento ahora que la espada de la acusación ya no pende sobre mi cabeza. Había fantaseado con esta posibilidad. Pero dando por sentado que Jesmyn estaría en mi vida. También daba por sentado que unos días después no estaría pasando un día con la segunda persona que más me odia.

En la escuela, algunos me saludan con la cabeza cuando nos cruzamos por los pasillos. Sus expresiones vienen a decir: «No sé cómo felicitarte por no haber sido imputado, pero me siento más cómodo saludándote ahora que legalmente no eres un asesino».

Mi profesora de literatura me llama después de la clase y me dice que se alegra mucho de la noticia. Mi escuela se ha mantenido bastante al margen del tema, se limitó a avisarme de que había venido la policía a llevarse mi móvil y mi portátil. Supongo que tenían pedirme que fuera a hablar con el terapeuta de la escuela para que no lo involucrara en una investigación por asesinato.

De alguna manera todo esto me deprime aún más. Así que a la hora de comer sigo solo. Cuando acaba la hora de comer, me doy cuenta de que me he permitido un mínimo rescoldo de esperanza en que Jesmyn cambiaría de idea, vendría a buscarme y me diría por fin que se alegra de que no vaya a ir a la cárcel.

Pero quizá no se alegra. Quizá ahora me odia más que nunca.

Voy a mi taquilla a coger los libros para la siguiente clase. La abro y una nube de ceniza gris oscura me salta a la cara, como si la puerta al abrirse la hubiera succionado. Estornudo y parpadeo para quitarme la ceniza de los ojos llorosos.

Estoy seguro de que no es Eli. Huele a especias y a madera. A la leña que se quemaría en la chimenea de una casa elegante.

Los Bauer tienen chimenea.

La taquilla está llena de ceniza por dentro. Hay que ser hábil... alguien ha tenido que introducirla de algún modo por las rejillas de la puerta.

Veo una pequeña tarjeta de color crema en la taquilla. La cojo y cae la ceniza que había encima. No es una tarjeta cutre. Pesa bastante para ser una tarjeta. En un tipo de letra claro y elegante pone: ASESINO.

Siento los ojos de Adair y de otros abrasándome la espalda. Observo mi taquilla sucia como si encerrara la respuesta a una pregunta, sostengo en mis manos la tarjeta y fantaseo con la posibilidad de meterme dentro y cerrar la puerta. Esperar ahí hasta que pueda salir sin ver a Adair.

—Tío, ¿qué ha pasado? —me pregunta alguien.

No le hago caso, y con cuidado, deliberadamente, me meto la tarjeta en el bolsillo de la camisa. Por encima del corazón. Espero que me vea hacerlo.

Salgo del edificio mirando al suelo, entro en el aparcamiento, subo al coche y me marchó. Nunca antes había hecho novillos. Uno no se esfuerza por entrar en la NAA para luego saltarse las clases.

Llega un momento en el que entiendes que no puedes conseguir que alguien sea como tú, ni siquiera que deje de odiarte, y la única manera de defenderte que te queda es la definitiva: que no te importe una mierda. Pero eso exige que no te importe una mierda, y aún no estoy en ese punto. Así que no puedo defenderme.

Cuando llego a casa, voy al baño y me miro en el espejo.

Sigo teniendo ceniza en el pelo.

Sigo teniendo ceniza en la cara.

—Bueno, desde la última vez que hablamos, me he descubierto a mí mismo pensando en el desdichado Jiminy Turdsworth y en el restaurante de gatos que abrió con lo que ganó con el artilugio de seguridad que robó del tráiler de Billy Scruggs.

Los ojos del doctor Méndez tienen un brillo travieso detrás de sus gafas metálicas.

—Perdón por lo del otro día. Estaba cabreado —murmuro.

De repente estoy avergonzado por mi ataque de histeria de la última sesión. El doctor Méndez hace un gesto restándole importancia.

—Tuvo cierta, digamos, elegancia escatológica. ¿No creerás que ser un adulto con un título de psiquiatra significa que la caca ya no me parece divertida?

—No.

—¿Qué tal te ha ido?

—Muy mal.

Espera.

Suspiro.

—Hum... —Observo el suelo—. La he cagado con Jesmyn. Quizá para siempre.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

—No especialmente.

La mirada imperturbable del doctor Méndez.

—... Pero se va a quedar ahí sentado sin decir nada hasta que se lo cuente.

Se encoge de hombros. «Probablemente.»

—Bien. Fuimos juntos a un concierto. Se suponía que ella iba a ir con Eli. Todo iba bien. En el coche me puso una canción suya. Era increíble. Estaba guapísima. Yo llevaba ropa nueva que mi hermana me había ayudado a elegir. Y entonces... empecé a ponerme celoso, supongo. De que le gustaran mucho los músicos. De Eli. De... qué sé yo. Al final de la noche...

Me inclino hacia atrás, me froto la boca y miro por encima del hombro del doctor Méndez. Está tan inmóvil como el sonido de mi boca.

Sigo.

—Me da mucha vergüenza. Al final de la noche le digo que siento algo por ella, y ella me dice que no siente lo mismo, y todo se va a la mierda, le digo que Eli no era tan bueno y blablablá. No nos dirigimos la palabra desde hace casi dos semanas.

El doctor Méndez asiente y se da golpecitos en los labios, con mirada pensativa.

—¿Crees que mereces estar con Jesmyn?

Empiezo a decir «por supuesto», pero me interrumpo.

—Quizá no —le contesto tras haberlo pensado unos segundos.

El doctor Méndez se inclina hacia delante.

—¿Es posible que hayas introducido cierto caos en la relación, quizá para sabotearla, porque en cierto sentido crees que no mereces estar con ella?

En mi mente se abre una puerta y la cruzo.

—Sí. Es posible.

De alguna manera me reconforta. No soluciona nada. De hecho, solo queda más claro que fue culpa mía. Pero aun así...

—Parecía que erais muy amigos. Si me gustara apostar, apostaría a que vuestra relación acabará amistosamente.

—¿Alguna idea de lo que puedo hacer?

—Sinceridad. Humildad. Escuchar más y hablar menos.

—Bien.

Nos miramos fijamente un momento.

—Bueno —digo—. La fiscal del distrito decidió ayer no presentar cargos contra mí.

Al doctor Méndez se le ilumina la cara. Se ríe y aplaude.

—¡Fantástico! La verdad es que tengo que seguir más las noticias locales. ¡Es estupendo!

Parece tan aliviado como me gustaría estarlo a mí.

—Sí, lo es. Bueno, sí.

—¿Pero?

—Pero he acabado aceptando hacer una última despedida. Con el padre de Mars.

—El juez.

—El juez que me odia.

—Hmm.

—Este domingo. Estoy muy asustado.

—Me lo imagino.

—¿Alguna idea sobre cómo manejarlo? Por favor, dígame algo concreto solo por esta vez y no volveré a pedírselo.

Respira hondo y entrelaza los dedos alrededor de una rodilla.

—Sé sincero. Sé humilde. Escucha más y habla menos.

—No, pero es raro, ¿verdad? Que ahora tengamos bastantes apellidos y no necesitemos inventar más —dice Blake.

—Que antes se llamara a la gente en función de cómo se ganaban la vida. O sea, un herrero se apellidaba Herrero. Pero, es verdad, no tenemos a un John Programador ni a un John Repartidordepizzas —le digo yo.

Nos partimos de risa. Nuestras carcajadas resuenan en el pasillo.

—Bill... RecepcionistadelWalmart —dice Eli.

—Amber Estrelladelporno —dice Blake.

—Jim y Linda Basurero —digo yo.

—¡Doctor Manhattan! —dice Eli.

—Ese no... —empiezo a decir.

Pero Eli se ha parado y está mirando a un chico bajito, delgado, con el pelo afro, gafas de montura negra y zapatillas Converse bajas pintadas con rotulador indeleble. Está sentado, apoyado en una taquilla, dibujando en un bloc grande.

El chico mira hacia arriba, sorprendido.

—¿Te gusta *Vigilantes*?

—Muchísimo, tío —le contesta Eli—. ¿Puedo verlo?

El chico se encoge de hombros.

—Claro. Aún no está terminado.

Le tiende el bloc a Eli.

Eli lo observa fascinado.

—Tío, es increíble. Si me dijeras que fuiste ilustrador de *Vigilantes*, me lo creería.

El chico se sopla las uñas y se las frota en la camiseta con cuello de pico.

—Bueno, claro que fui ilustrador de *Vigilantes*.

Eli se ríe y le tiende la mano.

—Es un honor. Eli Bauer.

El chico le estrecha la mano.

—Mars Edwards.

Blake y yo nos presentamos.

—Oye, ahora vamos a mi casa a jugar a *Spec Ops: Ukrainian Gambit* —dice Eli—. Es más divertido con cuatro jugadores. ¿Quieres venir?

A Mars se le ilumina la cara.

—Gracias, tío. —Se le vuelve a oscurecer la cara—. Ojalá pudiera. Tengo que ir a la iglesia con mi padre dentro de una hora, y es un tío muy serio. Me diría: «Thurgood —es mi nombre real, por cierto—, nunca cancelamos compromisos ni cambiamos de planes, bajo ningún concepto».

Nos reímos de la imitación de Mars, aunque no conozcamos a su padre.

—¿Comes con alguien? —le pregunto.

—No, la verdad es que no. Aún no conozco a mucha gente —me contesta Mars.

—¿Quieres comer con nosotros? —le pregunto.

—Sí, sí, genial. Suelo dedicar la hora de la comida a dibujar.

—Perfecto, porque nuestras comidas siempre son un cuadro —le dice Blake.

Al día siguiente Mars come con nosotros. Y en adelante el Equipo Salsa está completo. Un día me hace un retrato.

Lo enmarco y lo cuelgo en mi habitación.

Ahora lo miro, me miro a mí mismo a los ojos tumbado en la cama, escuchando los crujidos de mi casa, escuchando el zumbido de mi sangre.

Ojalá pudiera hablar con Jesmyn. Me pregunto si alguna vez está en la cama despierta y piensa en mí. Me pregunto si alguna vez echa de menos que me tumbe debajo del piano. Otra extremidad fantasma que duele.

Contemplo el día que tengo ante mí como un amplio territorio desconocido envuelto en niebla. No tengo ni idea de lo que pasará ni de cómo irá.

No, táchalo. Sí me hago una idea.

Noviembre. Mars y yo deberíamos estar inmersos en el ajetreo de nuestro último año juntos. Pero esto es lo que hay.

Mortificación.

Relatos.

Despedidas.

No solo estoy a punto de cagarme encima mientras aparco junto a la casa impecablemente restaurada de los Edward, al este de Nashville, cuando aún no ha amanecido. Además me siento ridículo. Me he puesto de cualquier manera unos viejos pantalones cortos de deporte, unas zapatillas que me compré para salir a caminar, una camiseta y una sudadera. Tengo que salir a escondidas vestido así, porque mis padres creen que hoy voy a ver el campus de la Sewanee. No iba a decirles que he quedado con el tío que ha intentado meterme en la cárcel.

A las cinco y media en punto me dirijo a la puerta. El frío me golpea en las piernas, pero no sé si estoy temblando de frío o de nervios. Llamo con poca convicción. Oigo pasos fuertes y decididos.

El juez Edwards abre la puerta vestido con unos pantalones cortos negros

con las siglas del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, U. S. M. C., en blanco y una bonita chaqueta de running negra. En él, la ropa de deporte parece un traje de tres piezas. Echa un vistazo al reloj y me fulmina con la mirada.

—Llegas tarde.

Mis intestinos son gelatina.

—Lo siento, su señoría —tartamudeo—. En mi reloj son las cinco y media en punto.

Extiende el brazo para que pueda ver su reloj.

—Las cinco y treinta y dos.

«Empezamos bien.»

—Lo siento, su excelencia. Le pido disculpas.

—Enseñé a Thurgood a ser escrupulosamente puntual. Hacemos un flaco favor a su recuerdo si no lo somos.

—Sí, señor, Mars siempre...

—Perdona, ¿quién?

—Mars, señor, él siempre...

—No conozco a ningún Mars.

—Su hijo, señor.

—¿Mi hijo? ¿Te refieres a Thurgood Marshall Edwards?

—Sí, señor, perdón.

—En ese caso honremos su memoria llamándolo por su nombre.

—Sí, señor.

—Vamos. Conduciré yo.

Me había preguntado si vendría alguno de los hermanos mayores de Mars. El mayor forma parte del servicio jurídico del Cuerpo de Marines, su hermana está terminando el doctorado en Princeton, y el otro hermano está en el curso preparatorio de ingreso a medicina en la Howard University. No me

sorprende ver que no van a venir, y menos aún no ver a la madre de Mars. Siempre decía que sus padres discutían mucho.

Subimos al Mercedes, que brilla como un espejo negro. Siento la piel oscura del asiento firme y fría en la parte de atrás de los muslos. El juez Edwards, sin decir una palabra, enciende la calefacción de nuestros dos asientos y se pone en camino.

Por lo poco que hablamos, bien podríamos estar en medio del espacio. «Escucha más y habla menos», susurra el doctor Méndez en mi cabeza. «Por eso no hay problema, doctor», pienso.

Unos diez minutos después llegamos al Shelby Bottoms Greenway, un camino asfaltado de varios kilómetros junto al río Cumberland en el que se corre, se monta en bicicleta o se pasea al perro. Yo he ido varias veces.

El juez Edwards aparca y salimos del coche. Va al maletero, coge una botella de agua y me la lanza.

—Bebe.

Intento atraparla, se me cae y la recojo. Aunque no tengo sed, obedezco. Algo en su tono me dice que sería insensato no hacerlo.

El juez Edwards hace unos cuantos estiramientos. No me había dado cuenta porque siempre lo había visto trajeado, pero es puro cartílago. Hay en él una dureza en la que parece que toda trivialidad y toda frivolidad, por dentro y por fuera, hubieran sido arrasadas por el fuego, consumidas, debilitadas por la sequía.

Imito sus estiramientos. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Vamos —ladra de repente, como un entrenador.

Y echa a correr antes de que me haya puesto en pie.

Tengo que correr a toda velocidad para alcanzarlo. Y luego casi tengo que seguir a esa velocidad para seguirle el ritmo. No soy deportista. No estoy del todo en baja forma porque salgo a pasear, pero corriendo soy lo peor. Mis

zapatillas de senderismo —diseñadas para terrenos agrestes— se agarran al pavimento y me obligan a forzar las rodillas. Jadeo y me falta el aire. Al respirar, siento en la boca el salado sabor a cobre de la sangre. El pulso me retumba en los oídos. Empiezo a quedarme atrás.

El juez Edwards se da la vuelta. Aunque está oscuro, veo el brillo ardiente de sus ojos.

—Sigue mi ritmo. A Thurgood le encantaban las cosas bien hechas. Le encantaba ponerse a prueba. Le encantaba conseguir lo que se proponía. No se daba por vencido. Muévete.

Me muevo. Durante lo que me parecen horas. Como si unos perros de caza me pisaran los talones. Todas las células de mi cuerpo gimen y suplican oxígeno. Estoy empapado en sudor, y la humedad hace que coja frío. Me palpitan las rodillas. Me duelen los pies. Empiezo a toser y no puedo parar. Vuelvo a quedarme atrás.

El juez Edwards se detiene, se vuelve y me espera moviéndose como si siguiera corriendo. Apenas jadea.

Lo alcanzo y me inclino hacia delante, con las manos en las rodillas y echando el pulmón por la boca.

—Su señoría, ¿piensa correr mucho rato más? —Respiro con dificultad—. Creo que no voy a...

—Once kilómetros.

«¿Once kilómetros?» Estuve a punto de morir cuando tuve que correr un kilómetro y medio en la clase de educación física. Y pude hacerlo a mi ritmo, no al del juez Edwards.

—¿Cuántos llevamos, señor?

—Unos tres.

Jadeo.

—Lo siento, señor. No creo que pueda correr once kilómetros.

Se agacha para mirarme a los ojos en la tenue luz. Acerca la cara a mí y me habla en tono abiertamente amenazante.

—¿Te da la sensación de que no puedes respirar? ¿Como si una roca te oprimiera el pecho?

Asiento.

—¿Te duele el corazón como si se te partiera por la mitad?

Asiento.

—¿Te duele cada centímetro de ti? ¿Te duele tanto que querrías morirte?

Asiento.

—¿Sientes que estás totalmente mareado? ¿Como si fueras a sacar las tripas por la boca?

Asiento.

Se acerca aún más. Su aliento huele a hambre y a enjuague bucal, como si acabara de lavarse los dientes sin haber comido nada.

—Ahora sabes cómo me sentí cuando me llamaron para decirme que habían matado a mi hijo.

Le tiembla la voz.

«¡Ya lo sabía!», grita mi cerebro. «Porque yo sentí lo mismo cuando me enteré.»

Se incorpora, tieso como una viga de acero, yo espero a que se me pase un ataque de tos e intento conseguir un par de segundos contándole que una vez Mars trajo a comer con nosotros a un vagabundo y le hizo un dibujo para que lo vendiera o lo cambiara por comida cuando tuviera hambre.

—Una vez, Thurgood...

—No —me dice levantando un dedo para interrumpirme y en un tono que viene a decir: «Se me ocurre algo mejor»—. No, no. No se trata de que tú me digas quién era mi hijo. De lo que se trata es de que entiendas qué me quitaste con tu conducta temeraria, estúpida e impaciente. Así que recupera el aliento

y muévete.

Todas sus palabras son atroces. Un insulto tras otro. Un golpe en el dedo cuando tienes los pies congelados. Restregarse una ampolla con la piel en carne viva.

Consigo controlar la tos, y el juez Edwards echa a correr de nuevo. Lo sigo como puedo. Cada vez que cojo aire me arden los pulmones. Todas las corazas protectoras que me he puesto —todos los baluartes que he alzado— se desintegran, se desvanecen y me dejan desnudo. Las emociones que he intentado enterrar empiezan a desbordarse. «Él sabía que pasaría esto.»

Me cuesta levantar los pies del suelo. Piso una pequeña grieta del pavimento, caigo despatarrado al suelo y me raspo la piel de las rodillas y las palmas de las manos. Me quedo ahí tirado, aturdido por el repentino golpe, que me ha arrancado el poco aire que pudiera tener dentro. Se me saltan las lágrimas mientras hago un gran esfuerzo por levantarme.

Oigo los pasos del juez Edwards acercándose a mí.

—¿Te has hecho daño? —me pregunta en un tono que da a entender que lo que sobre todo le importa es que esté lo bastante bien para poder seguir destrozándose.

Niego con la cabeza, pero no digo nada porque los sollozos se acumulan en los extremos de mis cuerdas vocales esperando a desbordarse.

Me levanto tambaleándome. Siento el aire frío y afilado en las terminaciones nerviosas expuestas. De repente siento arcadas. Doy unos pasos hacia un lado del camino y vomito la cena de ayer. Como sale también por la nariz, todo el mundo huele a vómito.

«Bueno, doctor Méndez, lo de la humildad estoy haciéndolo fenomenal. Y no hay gesto más sincero que vomitar delante de alguien. Y sin duda estoy escuchando más que hablando.»

Me vuelvo hacia él y me tiende una botella de agua.

—Bebe —me dice.

Parece que se ha apiadado un poco. Doy un trago, muevo el agua en la boca y me la trago.

Le devuelvo la botella.

—Vale —le digo. Oigo la fatal resignación de mi voz—. Vamos.

Quizá pueda correr hasta morir. De hecho, observando los árboles enmarañados a ambos lados del camino, no me parece del todo improbable que me haya traído aquí para matarme. Ahora mismo, unirme al Equipo Salsa sería mejor que seguir viviendo.

—Creo que ya es suficiente.

Empieza a andar en la dirección en la que hemos venido. Creo que va a empezar a correr, pero sigue andando.

Yo avanzo con dificultad detrás de él, apisonando el dolor y las náuseas.

Está amaneciendo, veo una cenefa rosada y naranja por encima de las negras filas de árboles, pero en el camino, aún a oscuras, sigue haciendo frío, y los dos estamos tan mudos como el amigo e hijo al que hemos venido a recordar.

—Coge la toalla —me dice el juez Edwards—. Y la ropa para la iglesia.

Cojo la toalla que antes de sentarme me ha pedido que pusiera encima del asiento, voy a mi coche a coger la ropa y los zapatos, y entro en su casa detrás de él, aún jadeando.

De todas las casas del Equipo Salsa, a la que menos íbamos era a la de Mars. Mars y Eli solían dejarse caer por mi casa para comerse con los ojos a Georgia. A todos nos gustaba la de Blake por la abuela Betsy. Y Eli tenía la mejor consola. Además, siempre estaba la posibilidad de que apareciera Adair con sus ágiles amigas bailarinas. Algo en la casa de Mars nos mantenía

a distancia. Parecía aséptica, fría, brutal y eficiente. Blake no se tiraba pedos en esa casa. Ni siquiera cuando estábamos los cuatro solos. Esperaba a meterse en el coche para tirárselos. «No te tiras pedos en un sitio así», explicó una vez (a diferencia de los grandes almacenes y el vestíbulo de la escuela). Cuando íbamos a casa de Mars, no salíamos del desordenado oasis de su habitación.

Me quedo en el recibidor mientras el juez Edwards sube al piso de arriba. Me da miedo hacer nada sin que me lo haya ordenado explícitamente. Lo oigo rebuscando.

—Sube —me grita—. Cuarto de baño.

Subo lentamente la escalera. Incluso este esfuerzo me agota después de la carrera/caminata. Me dirijo al baño.

El juez Edwards señala las cosas que ha colocado en perfecta formación.

—Agua oxigenada. Apósitos. Toallas. Dúchate, cúrate las heridas y adecéntate para ir a la iglesia.

Asiento y se va. Cuelgo el traje en un colgador de la puerta y me quito la ropa. Estar desnudo en casa de Mars hace que me sienta vulnerable. Especialmente porque nunca se me habría ocurrido ducharme en esta casa. Una parte de mí se pregunta si el juez Edwards ha planeado colarse en el cuarto de baño mientras estoy duchándome, agarrarme y arrastrarme hasta la calle chorreando y desnudo. «Ahora entiendes lo desnudo que me sentí cuando mataste a mi hijo», me diría.

Y entonces, debajo del agua caliente, que calma mi cuerpo dolorido, arrastra el olor a vómito de mi nariz y me limpia la sangre de las rodillas y las palmas de las manos, me pregunto si lo que hará será cortar el agua caliente de repente y dejarme dando botes y convulsionando bajo el agua helada. «Ahora ya sabes cómo me sentí cuando me quitaste a mi hijo de repente», me diría. Pero termino de ducharme y me seco. Me echo agua oxigenada en las

heridas, que me escuecen, y las cubro con un apósito. Me pongo el traje, la corbata y los zapatos, y bajo sintiéndome un poco menos vulnerable. El juez Edwards está esperándome. Se ha duchado y se ha puesto un impecable traje de tres piezas gris oscuro, con una camisa blanca y una corbata rojo sangre.

Señala la mesa del comedor. Hay un tazón, una cuchara, una botella de leche y una caja de Special K.

—Come.

Aunque tengo el estómago totalmente vacío, no tengo hambre. Pero me siento, me sirvo un tazón de cereales y como.

Su estudio está pegado al comedor. Lo oigo entrar y sentarse, y luego el rasguído de una pluma sobre un papel. El aire está gravemente herido.

—Dile quién soy —me susurra Mars en este respiro sin palabras—. Yo nunca se lo dije.

—No puedo —le contesto—. Tengo miedo.

—¿De qué?

—De él. ¿A ti no te daba miedo?

—Sí. Pero yo lo haría por ti si estuvieras en mi lugar, y yo en el tuyo. ¿Qué más puede hacerte?

—No lo sé.

—¿Decirte que me mataste?

—Quizá.

—¿Y qué pasa con Billy, Hiro y Jiminy?

—Pareces el doctor Méndez.

—Parece inteligente.

—Es la hora —me dice el juez Edwards saliendo de su estudio con un fajo de hojas de papel en la mano.

Cojo el tazón y me dirijo a la cocina para dejarlo.

—Thurgood siempre dejaba el tazón en la mesa.

Me paro, me vuelvo y dejo el tazón en la mesa.

—Me ponía de los nervios.

Regreso a coger el tazón.

Levanta una mano, irritado.

—Déjalo. Vamos.

Mientras salimos veo de reojo al juez Edwards volviéndose para mirar el tazón, que está vacío e inmóvil en la mesa.

Me hierve el estómago cuando paramos junto a la iglesia episcopal metodista Nueva Betel, un gran edificio moderno de color marrón. Me recuerda al funeral de Mars, y ya solo eso habría funcionado, sin necesidad de haber echado la papa antes.

—La iglesia era una parte importante de la vida de Thurgood —me dice el juez Edwards rompiendo el silencio sepulcral de todo el camino—. Formaba parte del grupo de jóvenes. Cantaba en el coro.

—Sí, señor.

Me veo en el retrovisor lateral. Parezco un cuenco de exquisito yogur griego. Aunque en mi caso quizá con un pálido tono verdoso por los bordes. Con sabor... a lima.

Aparca y salimos. Sigo al juez Edwards, que se une a la animada multitud. La gente lo saluda amigablemente. No se vuelve para asegurarse de que lo sigo ni me presenta. A mí también me saludan efusivamente unas cuantas personas, pero obviamente como a un invitado cualquiera, no como al invitado del juez Edwards. Recibo miradas amables aunque curiosas.

Una vez en la capilla, se vuelve hacia mí con lo que le queda de sonrisa tras haber hablado con un conocido. Interrumpe la sonrisa en cuanto nuestras miradas se encuentran para asegurarse de que no me llega por accidente. Me señala y luego dirige el dedo hacia un banco del centro.

Me siento al lado del pasillo.

—En el medio —me ordena.

Me muevo al medio. Los bancos se llenan a mi alrededor a medida que los acomodadores sientan a la gente. Me doy cuenta de que estoy en el centro de la sala. A mi derecha se sienta una mujer mayor vestida de violeta y con un enorme y majestuoso sombrero del mismo color. A mi izquierda se sienta un hombre con un traje marfil brillante, acompañado por su mujer y sus hijos.

Pero el juez Edwards no viene a sentarse a mi lado. Se sienta en una butaca de piel roja detrás del púlpito, cruza las piernas, apoya las manos en el regazo y adopta una mirada que no estoy seguro de identificar.

El servicio empieza con una oración y una canción acompañada por una banda al completo. Me levanto con las piernas temblorosas e intento cantar. No soy Jesmyn, ni siquiera Mars, pero imagino que debo hacer un esfuerzo, porque el juez Edwards está vigilándome. Con todo, prefiero esto a la carrera mortal de antes del amanecer. Aún me preocupa por qué está ahí sentado, pero supongo que en algún sitio tiene que sentarse, y obviamente no va a colocarse a mi lado. Quizá siempre se sienta ahí porque es un vip o algo así.

El pastor, con sotana negra, se levanta y da un sermón de varios minutos, intercalado con amenes y aleluyas de los allí reunidos. Desconecto. Mi mente necesita un descanso. Pero entonces atrapa mi atención.

—Hermanos y hermanas, me escucháis cada semana. Pero hoy tenemos un honor especial. Uno de nuestros más queridos hermanos, el juez Edwards, ha pedido hablar con vosotros. Así que, si no os importa, interrumpiré mi sermón y le ofreceré el resto del tiempo.

Varios síes y murmullos entusiastas de los congregados.

Una subida de adrenalina me obliga a sentarme más recto. «Esto puede ser fatal. Aunque quizá va a perdonarme públicamente. Será como una escena cinematográfica en la que me absuelve, baja con lágrimas en los ojos y me abraza mientras todo el mundo aplaude. Y todo está bien. Podría pasar, ¿verdad?»

El juez Edwards se acerca despacio y solemnemente al púlpito. Tiene andares de alguien acostumbrado a las salas llenas de gente que se pone de pie cuando entra. Saca una hoja de papel del bolsillo interno de la americana y la coloca en el podio. Recorre brevemente con la mirada a los congregados y al final sus ojos se detienen en mí. Y ahí se quedan.

No veo perdón en ellos.

Cuando habla, apenas lo reconozco. Su cadencia y su discurso son de predicador... de un buen predicador.

—Hermanos y hermanas, se nos pide que nos comportemos con los demás como hizo Jesucristo.

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

—Con misericordia.

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

—Perdonando.

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

—Con su amor puro.

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

—Tenemos que sufrir mucho, como él. Pero ¿qué hay de...?

La multitud espera fervientemente. Alguien grita: «¡Díganoslo, juez!». Otro grita: «Amén, juez».

—¿... la justicia?

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

Alza la voz.

—¿Qué hay de la justicia?

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

—En Job vemos la pregunta: ¿acaso Dios tuerce la justicia? ¿Tuerce el Todopoderoso lo que es justo? —Hace una pausa. Deja que la multitud clame por la respuesta—. A veces puede parecer que sí.

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

—Podemos sentir que nos piden que demos más de lo que podemos dar. Que aguantemos más de lo que podemos aguantar. Que sangremos más de lo que podemos sangrar. Que lloremos más de lo que podemos llorar.

Amenes, aleluyas, síes y murmullos.

Me mira con ojos ardientes. Quiero apartar la mirada, pero no puedo. Esa sensación de que algo pesado resbala desde un estante. De atravesar una capa de hielo. Me recuerdo a mí mismo que tengo que respirar.

—Pero Dios es grande.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos y algunos aplausos.

—Dios es bueno.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos y más aplausos.

—Dios nos ama, y por eso...

Amenes, aleluyas, síes, murmullos y más aplausos.

—Dios no es injusto.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

El sudor me resbala desde la frente. Vuelvo a sentir náuseas. Creo que el tazón de Special K ha sido un error. Todos los ojos de la iglesia parecen seguir los del juez Edwards hacia mí.

—El salmo treinta y siete nos dice que el Señor ama la justicia y no abandona a quienes le son fieles. Los protegerá para siempre, pero acabará con la descendencia de los malvados.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Pero tú, espera en el Señor, y vive según su voluntad, que él te exaltará para que heredes la tierra. Cuando los malvados sean destruidos, tú lo verás con tus propios ojos.

La intensidad va en aumento. Pero en su frente no hay sudor.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Quizá no viváis para ver la justicia del hombre en todas las maldades que sufrís, hermanos y hermanas.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Quizá no probéis esa dulce leche y esa miel en vuestros días en esta tierra.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias a Dios.

—Pero Dios está observando con su ojo que todo lo ve.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Y él tendrá su justicia y vosotros tendréis la vuestra.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Yo me dedico a la justicia.

Risas y murmullos.

—Sin embargo, solo distribuyo la justicia de los hombres.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—La débil justicia de los hombres.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Pero sed pacientes, hermanos y hermanas. Todo aquel que sea malo con nosotros tendrá algún día que rendir cuentas en el banquillo de Dios todopoderoso.

Está casi gritando.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Y tendrá su justicia.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias al Señor.

—Y vosotros tendréis la vuestra. Alabado sea el Señor.

Amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos y glorias a Dios todopoderoso.

—¡Gloria a Dios todopoderoso, que vio a su propio hijo colgado en una cruz, pero se contuvo!

A estas alturas está inequívocamente gritando. Sus ojos son una ardiente espada roja que se introduce despacio en mi vientre para templarse.

Mi mente busca una manera de mantener a raya el ataque de pánico. Piensa en Billy Scruggs. Piensa en Hiro en su coche volador. Piensa en Jiminy. Piensa en el silencio comprensivo del doctor Méndez. Pero la ira justiciera del juez Edwards lo atraviesa todo. El mundo es la cubierta de un barco a la deriva. El sudor me gotea por la cara y resbala como lágrimas. Jadeo como si el aire estuviera aceitoso y no pudiera respirar. Veo de reojo que la mujer que está a mi lado me mira preocupada. No le hago caso y espero que no diga nada.

El juez Edwards acaba con alborotados amenes, aleluyas, síes, murmullos, aplausos, glorias al Señor y gracias, y se sienta. Agacho la cabeza y me muerdo las uñas. El hombre que está a mi lado se vuelve hacia mí y me dice:

—El juez Edwards sabe predicar, ¿verdad?

Asiento. «Es todo un éxito. ¿Y sabe qué? Todo eso iba dirigido a mí, así que supongo que soy la segunda celebridad del día. Toda historia necesita a un malo, y ese soy yo.»

Vuelve a empezar la música, y todo el mundo se levanta, da palmas y canta. Yo no puedo. Paso el resto del servicio sumido en el cansancio e intentando evitar el ataque de pánico. El juez Edwards no aparta los ojos de mí. Si quiere, que me grite por no participar. No puedo.

Ya es bastante estar en medio de cientos de buenas personas aclamando que irás al infierno, aunque no lo sepan.

Volvemos de la iglesia tan en silencio como llegamos. Siento que debería decir algo, pero «El sermón ha estado genial» no me parece lo más propio.

—No hay un solo día que no lo eche de menos, su señoría —le digo en voz

baja—. Lo quería.

El juez Edwards suelta una carcajada, cortante y mordaz, y frena en medio de la calle. El coche que va detrás de nosotros pega un bocinazo. Se vuelve y me mira como se miraría un zurullo húmedo de perro servido en una delicada fuente de porcelana. Una mirada interrogante e incrédula mezclada con desprecio y asco.

—Me importa un bledo lo que sintieras por mi hijo. Hoy no se trata de tus sentimientos.

Seguimos el resto del camino sin intercambiar una sola frase.

El juez Edwards entra en la cocina. Vuelve al momento con una caja de bolsas de basura blancas y otra de negras.

—Supongo que sabes dónde está la habitación de Thurgood.

Asiento.

—Las negras son para beneficencia. Todo lo que se pueda utilizar. La ropa, pero las zapatillas no. Las llenaba de dibujitos, como un crío.

Mars nos dijo que la única razón por la que su padre le dejaba llevar Converse era porque su abuelo siempre iba con zapatillas. Mars aseguraba que era un homenaje, y el juez Edwards se las compraba a regañadientes.

Me quedo paralizado, con las cajas en la mano.

—Las blancas son para tirar a la basura. Los dibujos son para tirar —me dice.

Sus palabras me perforan como astillas de acero debajo de las uñas.

—Si tienes dudas... a la basura. Cuando termines, estaré en mi estudio.

—¿Quiere quedarse con algo, señor?

—Blancas para basura. Negras para beneficencia. ¿Ves algún otro color?

Su tono es como si hablara con un crío tonto al que le cuesta entender.

—No, señor.

—¿Alguna pregunta más?

Niego con la cabeza y subo penosamente al piso de arriba. Ojalá pudiera mostrarle que me ha vencido, en todo. Físicamente. Mentalmente. Ahora intenta vencerme emocionalmente. Y sé que va a conseguirlo.

Me quedo un momento en la puerta de la habitación de Mars, reuniendo valor. Luego entro. La peste a ropa sucia y a comida rancia me golpea en la nariz, como si la puerta llevara meses sin abrirse. Quizá es así. Contrasta muchísimo con la limpieza y la esterilidad del resto de la casa. Suena fatal, pero no es nada malo. La habitación de Mars siempre olía así. Es él. Esta era su isla, ahora desierta. Siento una punzada de nostalgia.

El juez Edwards se ha asegurado de que incluso en el rato que no pasemos juntos seguiré sufriendo.

Me aflojo la corbata, me la quito, me quito también la americana y las dejo en la cama deshecha de Mars. Me remango la camisa y empiezo con la ropa del suelo.

Una de estas camisas podría ser la que llevaba el día que nos pusimos el nombre de Equipo Salsa.

Otra podría haberla llevado en un rodeo de ardillas.

En otra podría haber escupido trozos de sándwich mientras Blake nos mostraba el último vídeo que había grabado.

Antes de meterlas en una bolsa negra, me las acerco una a una a la cara y las huelo. Sudor limpio y alegre mezclado con desodorante Old Spice y detergente para la ropa Tide. Suplico a la parte olfativa de mi cerebro que recuerde este olor para poder evocarlos, porque no voy a tener otra posibilidad de encontrarlos.

Cada prenda tirada me recuerda a una marioneta de un cuento de hadas vaciada de vida. Enseguida he metido en bolsas toda la ropa del suelo. Luego

las de la cama.

Al sacar las cosas de debajo de la cama encuentro un tazón de mantequilla de cacahuete mohosa. Era lo que a Mars más le gustaba picotear. Mezclaba mantequilla de cacahuete con jarabe de arce y mojaba pan. Nos morimos de risa cuando lo descubrimos.

*—Tío, nunca había visto nada tan penoso —dijo Eli entre carcajada y carcajada.*

*—En serio —le dije yo—, ¿por qué no te comes directamente un bote de cobertura para pasteles?*

*—Al menos no como espaguetis con kétchup y mostaza como vosotros, asquerosos —dijo Mars.*

*Blake me miró y se encogió de hombros.*

*—Le he contado lo de la receta que nos inventamos. Era buena.*

*—Tío, no se lo cuentes a nadie más.*

Tiro el tazón en una bolsa blanca.

Retiro los cómics y las historietas de las estanterías y los meto en bolsas negras para beneficencia.

Voy dejando las bolsas en el pasillo para tener más sitio para moverme.

«Esto es lo que dejamos atrás.»

Y empiezo con los cajones. Más ropa. Más bolsas negras. En el penúltimo cajón hay material de dibujo usado. Bolsa blanca.

Abro el último cajón. Está lleno de dibujos de Mars. Sabía que los encontraría. Me sorprende no haberlos encontrado antes. Y aún no estoy preparado para verlos. La ropa de Mars era su cuerpo, pero ahora tengo ante mí su alma.

Me siento, apoyo la espalda en su cama, me cubro la cara con las manos y lloro. Vuelvo a decirle a Mars que lo siento. Paso los dibujos, página a página y bloc a bloc, llenos de bocetos. Dibujaba a todas horas. El juez Edwards

tenía razón: le gustaban las cosas bien hechas. No se daba por vencido.

Encuentro un dibujo de los hermanos de Mars.

Dibujos de un par de chicas de la escuela.

Un dibujo del Equipo Salsa.

Luego algo que no sé lo que es. Parecen dibujos que forman parte de un proyecto común, una especie de historieta. Se titula *El juez*. Los hojeo. Parece que tratan de un juez afroamericano que se enfrenta a la delincuencia de los bajos fondos como una especie de superhéroe en una ciudad corrupta tipo Gotham.

De repente pienso en Hiro. Pero no volando por los aires con alas de grulla mecánicas. Lo veo frente al presidente de la Nissan explicándole una idea que cree que salvará a gente. Lo veo defendiéndola con sus papeles en las manos.

Se acabó.

No voy a seguir hundido.

Hoy no van a morir más historias.

El miedo sale de mí como una hemorragia. Me levanto de golpe y espero a que se me pase el ligero mareo. Reúno *El juez* y varios dibujos más. Reúno mis historias sobre Mars Edwards. Y bajo con piernas temblorosas. La gravedad tira de mis intestinos hacia mis pies.

El juez Edwards está sentado entre sus volúmenes encuadernados en piel, tecleando furiosamente en un portátil. Ni siquiera se ha aflojado la corbata.

No aparta los ojos de la pantalla cuando me paro en la puerta.

—¿Has acabado?

—Creo que debería ver algo, su señoría.

Se vuelve hacia mí.

—Te he preguntado si has acabado.

Le tiendo los papeles, con *El juez* encima.

—Señor, esto lo hizo Mars, y creo que debería verlo antes de que lo tire. Si

no, se arrepentirá.

Se levanta y me mira desde arriba. Su cara es una máscara iracunda de rabia.

—Thurgood. Se llama Thurgood. Ese es el nombre escrito en su tumba. ¿Y cómo te atreves a hablarme de arrepentimiento?

Escupe las palabras como si fueran veneno succionado de una mordedura de serpiente.

Me quedo sin respiración. Tengo miedo y quiero darme media vuelta y salir corriendo. Pero no lo hago. «Ya no tienes nada que perder. Cuéntale una historia.»

—Él odiaba que lo llamaran Thurgood. Quería que lo llamaran Mars. Se llamaba a sí mismo Mars. Y dibujó esta historieta. Creo que está inspirada en usted. Por favor, señor, permítame que le diga...

—Cállate. Cierra tu temeraria boca asesina.

Su fría saliva me salpica en la cara. Respira abruptamente por la nariz.

—Señor, necesito decirle...

Señala la puerta de la calle con tanta fuerza que la manga emite un chasquido.

—Vete. Ahora, antes de que decida demandaros a ti y a tus padres y reclamaros hasta el último céntimo.

—No. —Alzo los ojos y desafío los suyos—. Todavía no puedo, su señoría.

—Lo que haces ahora mismo se llama allanamiento de morada. Vete o te echaré por la fuerza, y tengo derecho legal a hacerlo.

—No hasta que escuche lo que tengo que decirle.

Da un paso adelante y me agarra del brazo... del que sujeta los papeles, que salen volando. Me vuelve tan rápido que me mareo y casi tropiezo con mis propios pies. Pero me agarra tan fuerte que me mantiene en pie. Tira de mí

hacia arriba y a la vez me empuja hacia la puerta.

—Señor, por favor. Por favor. Permítame convertir esto en una verdadera despedida. Permítame hablarle del Mars al que usted no conocía.

—Fuera.

—Puedo contarle cosas de él. Puedo contarle las partes de él que usted no sabía. Él...

Mis palabras se funden en un grito de dolor. Me está destrozando el brazo.

El juez Edwards extiende la otra mano, abre la puerta de la calle y me empuja contra la puerta de cristal exterior. Me empotra con tanta precisión que consigue que abra el picaporte con un costado sin romper el cristal. Luego me lanza con la fuerza explosiva de un pistón.

Vuelo por encima de los dos escalones, caigo con el pie de lado y me arrastro por el cemento. Me araña la oreja izquierda. No sé cómo me las arreglo para no darme un golpe en ninguna de las zonas en las que me he hecho daño en la caída anterior. Me quedo tirado en el suelo lo bastante para ver al juez Edwards cerrar la puerta exterior, que tintinea, y luego la de la entrada de un portazo tan fuerte que hace que la puerta exterior vuelva a abrirse de golpe.

Me levanto dolorido. Me sale sangre por varios sitios más. Se me manchan de sangre los pantalones. He llevado este traje en tres funerales y en una de las peores experiencias físicas, mentales y emocionales de mi vida. Debería quemarlo. Suponiendo que algún día recupere la americana, claro.

Cojeo hasta mi coche sin mirar atrás, pisando las bonitas hojas muertas, algunas doradas como el sol de este mediodía de noviembre brillando entre los árboles.

Mis padres están en el cine cuando llego a casa. Es un alivio. Solo me faltaba

que me vieran entrar con los pantalones desgarrados y manchados de sangre, y una camisa de vestir remangada. No se me había ocurrido nada que explicara cómo me había podido pasar algo así en el campus de la universidad Sewanee. Me quito los pantalones manchados y los introduzco hasta el fondo del cubo de la basura para que no se vean. Me limpio y me pongo apósitos en los nuevos rasguños.

Luego me tumbo en la cama y duermo sin sueños durante casi tres horas. Cuando me despierto, mis padres están en casa. Me preguntan cómo me ha ido en la universidad cuando entro en la cocina a buscar algo de comer.

Muy bien, les contesto. Parece genial. No es que no quiera contarles lo que me ha pasado. Es que no sabría por dónde empezar.

Paso las dos siguientes horas sin hacer nada en concreto. Me siento como en una de esas noches de domingo deprimentes y angustiantes, solo que mil veces peor. Como si de ahora en adelante todos los días de mi vida fueran a ser lunes. Doy vueltas una y otra vez a lo que ha pasado hoy. Me gustaría haber dicho y hecho un millón de cosas de otra manera.

Quizá todo intento de volver a ser feliz está condenado al fracaso.

Estoy sentado a mi mesa intentando leer uno de los libros de mi interminable lista de libros que quiero leer cuando un par de luces de un coche negro brillante iluminan la calle. Aparca justo delante de mi casa. Mis padres no me han dicho que fuera a venir alguien.

Entonces me fijo en el coche. Una descarga de terror me recorre al reconocerlo. El juez Edwards sale con un bulto bajo el brazo.

«Oh, no. No. No. Esto no puede estar pasando. ¿Por qué lo hace? Ha venido a matarme. Por eso. Ya no le basta con destrozarme física, mental y emocionalmente. Ha venido a asesinarme literalmente. Y no le pasará nada porque es juez.»

Corro a la entrada y miro por la mirilla mientras se acerca. Su expresión es

impasible, indescifrable. Me tiemblan tanto las piernas que me cuesta mantenerme en pie. Mientras alarga la mano para llamar al timbre, abro la puerta. Observo su momentánea sorpresa, una expresión que no estoy acostumbrado a ver en él.

Nos quedamos un momento parados, mirándonos como si esperáramos que las palabras que estábamos buscando se materializaran mágicamente en la frente del otro.

Abro la boca para decir algo, pero me corta. Suavemente. Con amabilidad. Con la mano libre saca *El juez* del bolsillo interior del abrigo.

—Cuéntame cosas de Mars. Cuéntame cosas de mi hijo.

Lleva un abrigo beige de piel de camello. Un chaleco azul marino con una camisa a cuadros violetas con el cuello abierto. Pantalones anchos. Mocasines burdeos. Boina marrón. De repente se me ocurre que se ha puesto su ropa de sport para salir. Un intento calculado de parecer más suave.

—Toma —me dice tendiéndome mi americana, pulcramente doblada, y mi corbata. El bulto que llevaba bajo el brazo.

Las cojo, pero sigo sin palabras.

Mi madre se acerca.

—Cariño, ¿quién es? —Se queda paralizada al ver al juez Edwards—. ¿Qué hace usted aquí?

—Señora, he venido a...

Mi padre llega y se queda pálido.

—Su señoría, ¿podemos hacer algo por usted?

Cuando mi padre se altera, su acento irlandés se acentúa. Ahora mismo habla como si acabara de bajar del avión.

El juez Edwards lo mira fijamente a los ojos.

—Estaba a punto de preguntarle a su mujer si podría llevarme a Carver unas horas... si a él le parece bien. Para que me hable de mi hijo.

—Usted ha intentado quitarnos al nuestro.

Mi madre desprende una rabia feroz. Por suerte, la controla mejor que

Georgia. Aun así, mi padre le toca suavemente el brazo.

La cara del juez Edwards da a entender que él ve las cosas de otra manera. Sin embargo, contesta en tono tranquilo:

—Yo pedí justicia. Entiendo que tengamos diferentes puntos de vista respecto de lo que eso significa.

—También pidió a la fiscal del distrito que no presentara cargos, mamá — digo.

«¿Ahora lo defiendo?»

—Preferiría que no se enterara todo el mundo, como te dije.

En su tono quedan rastros del antiguo juez Edwards.

—Perdón.

Asiente, y el nuevo juez Edwards, el más amable, vuelve a su rostro.

—Si es verdad, entonces gracias —dice mi madre en voz baja.

El juez Edwards asiente.

—Sé que es usted juez, señor, pero si esto es una especie de...

Mi padre se interrumpe. Ha hablado con deferencia, con respeto, pero con cierta aspereza.

—¿Trampa? ¿Engaño? No lo es. —Recupera el tono del antiguo juez Edwards—. Significaría mucho para mí, y estos dos últimos meses han sido muy difíciles, como seguro que supondrán.

Mi madre lo mira con un repentino destello de compasión. Le lanzo una mirada que viene a decir: «Necesito aprovechar esta oportunidad».

—Si tú quieres, cariño —me dice.

—Tú decides, Carver —me dice mi padre—. No tienes por qué ir.

—Quiero contarle cosas de Mars —les contesto—. Sé cosas de él que el juez Edwards no sabe.

Mis padres intercambian miradas recelosas, pero no dicen nada.

—Es importante —les digo—. ¿Y si alguien quisiera contaros cosas sobre

mí?

Se rinden. El juez Edwards les estrecha la mano.

Salimos y nos quedamos un momento sentados en su coche. El subidón de adrenalina que me ha dado al verlo llegar a la puerta se va disipando poco a poco.

—Te tranquilizará saber que he agotado todas mis ideas para hoy, así que estoy abierto a lo que propongas —me dice.

Creo que no le sentaría nada mal algo dulce. A mí desde luego.

—¿Le gustan los batidos, su señoría?

—Dejemos lo de su señoría por esta noche. Y sí.

—¿Mantequilla de cacahuete y plátano? ¿Qué tiene de malo el de chocolate y vainilla?

—Podríamos haber pedido el de calabaza con especias —le digo.

El juez Edwards resopla.

—Aún peor.

—El de mantequilla de cacahuete y plátano era el preferido de Mars. Quizá le guste.

—Tienen que complicarlo todo —refunfuña, y da un trago—. No está mal.

—Da otro trago y levanta el vaso como si brindara—. Vale. Mejor que no tan mal. Entiendo que le gustara a Mars.

Cada vez que dice «Mars» titubea.

Recorro el parque con la mirada desde la mesa a la que estamos sentados, pero no veo ardillas. Le explico en qué consiste el rodeo de ardillas.

Se ríe y mueve la cabeza.

—Dios santo. El abuelo de Mars se manifestaba con Martin Luther King hijo para que su nieto pudiera perseguir ardillas en el Centennial Park con

total impunidad. Si eso no es un avance...

Sonríó por primera vez en todo el día.

—Es exactamente lo que él pensaba que usted diría.

El brillo se apaga rápidamente de su rostro. Da otro trago y lo saborea un momento, mirando a la oscuridad.

—Estoy seguro de que Mars pensaba que era duro con él.

—Sí, lo pensaba.

—Era duro con él. Es cierto. Pero entiende que en este país los jóvenes negros no tienen margen de error. Tenía que enseñárselo. Tenía que enseñarle que puede ser hijo de un juez, pero si actúa como los jóvenes blancos, como sus amigos, lo tratarán con más dureza. La gente, la policía... no verán al hijo de un juez. No verá a un chico que trabajaba duro y que básicamente iba por el buen camino. Verán a otro pandillero, que es como ven a todos los chicos negros en determinados ambientes. Buscarán y encontrarán todas sus fotos con ropa demasiado ancha, o haciendo una peineta a la cámara, o actuando como cualquier chico travieso, y no necesitarán más pruebas para darle su merecido.

»¿Quieres saber por qué le pedí a la fiscal del distrito que no presentara cargos contra ti? Te daré una pista. No fue porque quisiera convertirme en tu nuevo mejor amigo. Y sin duda no porque crea que no tienes ninguna culpa.

Tengo tantas ganas de saberlo como de no saberlo.

—Te diré por qué —sigue diciéndome sin haberme dejado tiempo para responder—. No quise llevar a juicio a mi hijo por su propia muerte. Y eso es lo que habría pasado.

—Yo no...

Se me quiebra la voz.

—¿Tú no qué? ¿No habrías intentado echarle la culpa a él? ¿Librarte de las consecuencias?

—No.

—Eso lo dices ahora. Pero curiosamente la nobleza desaparece cuando la responsabilidad asoma su feo rostro. Además no habría sido cosa tuya. La verdad es que no. Habría sido cosa de Krantz. Y conozco muy bien a Jimmy Krantz. No. Lo he hecho para proteger a mi hijo. Lo he hecho por él, no por ti.

Empiezo a desinflarme por dentro. «Quizá no ha sido buena idea.»

El juez Edwards remueve el batido con la pajita. Algo en su gesto vuelve a tranquilizarme.

—En fin. No estamos aquí para hablar de esto. El caso es que no podía olvidar que tenía que ser duro con Mars, o el mundo lo sería aún más. Lo veía en el juzgado cada día.

Mi adrenalina sube y baja. Me siento lo bastante valiente para seguir avanzando en un territorio que puede ser peligroso. Asumo mi papel de doctor Méndez de pacotilla.

—¿Por eso quería que tirara sus dibujos? ¿Para olvidar?

Se mueve incómodo y se mira los pies.

—Nunca entendí sus dibujos. No fui yo quien decidió mandarlo a la escuela de arte. Pero cuando su madre y yo nos divorciamos, llegamos al acuerdo de que yo me quedaría con su custodia, y ella decidiría dónde estudiaría. Pensaba que había elegido la escuela de arte por fastidiarme.

—No fue por eso. Era lo que le encantaba a Mars.

—Ahora me doy cuenta.

—Por eso estamos aquí.

—Sí.

—¿Le enseñó alguna vez sus dibujos?

—Nunca.

Damos sorbos a nuestros batidos.

—Estoy seguro de que habría reaccionado mal —me dice el juez Edwards—. Y supongo que quería complacerme.

—Venga, tío —digo—. Es más divertido con dos jugadores.

—Te lo he dicho —me contesta Mars—. Esta noche voy a dibujar. Tengo trabajo.

—Venga.

—No.

—Tío.

—Tío, ¿crees que voy a conseguir algo si no me mato a currar? ¿Crees que soy el único que quiere escribir y dibujar cómics? Además, los negros siempre tenemos que trabajar el doble.

—Seguro que tienes que trabajar el doble para ligarte a una tía.

—Ah, muy bien. Muy bien. Ya veo que estás gracioso.

—Mars. Solo una noche.

—Después de una viene otra. Y después otra. Y después...

—¿La cuarta?

—Cien.

—Ahora mismo pareces el estirado de tu padre.

—Él no tiene nada que ver. Es cosa mía.

—Estaría impresionado.

—Sinceramente, tío, ¿puedo decirte una cosa?

—Claro.

—Créeme, me importa una mierda impresionar a mi padre.

—¿En serio?

—Sí, tío. Nunca va a entender lo que hago. Así que ¿para qué voy a dejarme los cuernos intentando impresionarle?

—Sí, bueno, es lógico, supongo.

—Te diré lo que voy a hacer: voy a coger toda esa ética del trabajo de la que siempre habla y la aplicaré a lo que me gusta hacer, y algún día no tendrá más remedio que quedarse impresionado. Pero no busco su aprobación.

—Y por eso no vas a venir a jugar.

—Exacto.

—Pero es mucho más divertido con dos jugadores.

—¿De verdad, tío?

—La verdad es que a Mars no le importaba —le digo.

—¿El qué? ¿Que reaccionara mal a sus dibujos?

—Impresionarle.

El rostro del juez Edwards se nubla.

—¿En serio?

Trago saliva recordando la dura experiencia de hoy y sin ningún interés en revivir ninguno de sus episodios, en especial el ataque de ira. Pero sigo adelante.

—Estaba decidido a quedarse con todo lo que usted le enseñaba y ser él mismo. No... iba a vivir su vida buscando su aprobación. Quería vivirla por sí mismo.

—¿Son suposiciones tuyas?

—Él me lo dijo.

—¿Así como me lo cuentas?

—Así como se lo cuento.

El juez Edwards deja su batido en la mesa, apoya los codos en las rodillas, junta las manos y las observa con el ceño fruncido. Los músculos de la mandíbula se le tensan y se le destensan. Parpadea y se seca los ojos. Tose y carraspea antes de hablar. Las lágrimas hacen que su voz suene áspera.

—Me alegro de oírlo. Todos los padres quieren que sus hijos busquen su

aprobación. Pero me alegro de que fuera tan valiente.

—Sin duda le admiraba. Lo ha visto en *El juez*.

Se reincorpora.

—Es extraordinario, ¿verdad? Cuánto debió de trabajar. Hace que me sienta muy orgulloso. Estoy muy orgulloso de que sea mi hijo. Intenté ser un buen padre para él.

—Él lo sabía. Estoy seguro.

Nos cerramos el abrigo porque el viento sopla del norte y arrastra el olor a hojas húmedas y a lluvia.

—¿Es esto lo que hacíais? —me pregunta.

—Muchas veces, sí.

—Simplemente quedabais y charlabais de la vida y de vuestras cosas.

—Sí.

—Debemos de haber perdido la cabeza, aquí sentados por la noche, bebiendo un batido en noviembre —murmura.

—Podemos marcharnos si quiere.

El juez Edwards respira hondo y cierra los ojos.

—No. Es agradable. Frío. Limpio. Como echarle agua en la cara por la mañana. —Hace una pausa, empieza a decir algo y se detiene. Empieza. Se detiene. Y al final—: Te diré lo que deseo a veces.

Escucho.

—No me creo que esté diciéndolo en voz alta.

Escucho.

—Cuando Mars era un bebé, lo sentaba en mi regazo y tocaba sus manos asombrado. Recorría las líneas de sus manos. Medía sus dedos contra los míos. Me maravillaba que fueran tan diminutos y perfectos. Ojalá... —Se detiene, mira a la lejanía y parpadea. Oigo que intenta frenar las lágrimas. Se quita la boina, se frota la cabeza y se la vuelve a poner—. Ojalá lo hubiera

hecho una vez más. Ojalá hubiera podido sentar a mi hijo en mi regazo y recorrer las líneas de sus manos solo una vez más. Mi niño. Tenía unas manos con talento.

—Sí.

Nos quedamos un buen rato en silencio, interrumpido por carraspeos e intentos de secarse los ojos disimuladamente.

—Damos por sentado que es mejor sobrevivir a las cosas, pero los que no sobreviven no tienen que echar de menos a nadie. Así que a veces no sé qué es mejor —dice por fin el juez Edwards.

—Yo tampoco lo sé.

Se vuelve hacia mí y nos señala a los dos con el dedo índice.

—Esto que estamos haciendo ahora... ¿has hecho algo parecido con tus padres? ¿Les has contado quién eres?

—No.

—Deberías.

Intercambiamos historias de Mars. Algunas son divertidas, y otras no. Algunas son edificantes, y otras no. Algunas son importantes, y otras, cotidianas.

Le construimos un monumento de palabras que hemos escrito en las paredes de nuestros corazones. Hacemos vibrar el aire con su vida.

Hasta que nos terminamos los batidos.

Hasta que el juez Edwards empieza a bostezar y me dice que tiene que levantarse temprano para ir al juzgado, que ya no es tan joven como antes.

Hasta que llega la hora a la que tengo que estar en casa.

Hasta que el viento sopla con fuerza y trae una fría lluvia de otoño, que cae como flechas de plata.

No me pide perdón, ni yo a él. No me ofrece la absolución, ni yo se la pido. Me estrecha la mano, saca del bolsillo del abrigo el dibujo de Mars del Equipo Salsa y me lo da cuando me deja en casa, unos minutos antes de las doce de la noche.

Entro en la habitación de mis padres para darles el abrazo de buenas noches. Deben de notar algo. Me sujetan en medio de los dos, medio dormidos, y lloro como un niño en su oscura habitación. Mis lágrimas cargan con el peso de lo que están pasando por mí. Cuando dejo de llorar, me siento tranquilo por primera vez en meses. No feliz, no libre. Como aguas crecidas que no han retrocedido, pero que por fin se han quedado en calma, y todo lo que se ha perdido y se ha roto flota en la superficie bajo un cielo sin nubes.

Me siento en la cama. Aunque el día ha sido tan largo que me ha parecido un año y estoy agotado, no tengo sueño.

Hay algo en mi tranquilidad que susurra. Como cuando los pájaros no cantan en una noche de invierno y el aire helado cubre todo sonido.

Necesito solucionar otra cosa.

Observo mi reflejo en la pantalla negra y sin vida del móvil. «Si has sobrevivido a lo de hoy, puedes sobrevivir a cualquier cosa. ¿Y qué puedes

perder?»

Cojo el teléfono y le escribo un mensaje a Jesmyn pensando que seguramente no estará despierta. Lo siento. Una playa en noviembre.

Espero un minuto y no me contesta. «¿Por qué iba a contestarme?» Voy al baño, me cepillo los dientes y me pongo el pantalón corto de dormir. Apago la luz.

Con los ojos cerrados, veo un pálido destello blanco que ilumina mi habitación. Me siento y veo el móvil vibrando en la mesa.

Mi corazón bombea a las venas lo que deben de ser mis últimas reservas de adrenalina. El teléfono se apaga. Pienso en no chequearlo. Si es la respuesta que creo, no podré dormir en toda la noche, cada vez que me quede adormilado, el dolor me arrancará del sueño, como el primer mes después del Accidente.

Pero cojo el teléfono.

Ven a decírmelo en persona.

¿Ahora? Si la velocidad de respuesta a un mensaje da la medida de la dignidad, en estos momentos mi dignidad es más o menos cero.

Ahora.

Me visto como si intentara escapar de un incendio.

En la esquina de la casa de Jesmyn me siento y observo las gotas de lluvia golpeando el parabrisas y resbalando en riachuelos, como si contemplara el resplandor anaranjado de las farolas con los ojos llenos de lágrimas.

La veo corriendo con chanclas, con la cazadora por encima de la cabeza. Abro la puerta del asiento del copiloto, sube al coche de un salto y cierra la puerta. El coche se llena de un olor a madreselva. Me invade la nostalgia. Va vestida como para meterse en la cama, con una camiseta y unas mallas, y se

ha recogido el pelo en una coleta mal hecha.

Ninguno de los dos decimos nada. Arranco el coche para que funcione la calefacción, pero no enciendo las luces ni lo muevo. Ella mira hacia delante y se frota los brazos.

—Bueno.

Debe de ser obvio que estoy haciendo tiempo hasta que se me ocurra algo mejor que decir.

—Bueno.

Está tiritando.

—La verdad es que no sé cómo hacerlo.

Un largo (o al menos así me lo parece) silencio.

—Me alegro de que no vayas a ir a la cárcel.

—Yo también. —Agarro con fuerza el volante—. Mira. Lo siento. No estuvo bien. Lo que hice. Lo que dije. Cómo me comporté.

Respira hondo y suelta el aire.

—Carver, quiero que me lo digas ahora mismo. Si volvemos a ser amigos, ¿las cosas van a enrarecerse entre nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si vas a estar todo el tiempo comparándote con Eli o con cualquier otro. ¿Vas a comparar nuestra relación con la que tuve con Eli?

—No.

Es mentira. No voy a poder evitarlo. Pero me siento lo bastante fuerte para no permitir que se dé cuenta. Y para ella será como si no estuviera pasando. Prefiero el dolor de ocultar cosas que el de su ausencia.

Extiende el brazo y vuelve el conducto de la calefacción hacia ella.

—Todavía estoy poniendo en orden mis sentimientos.

—Lo sé.

—Y no sé si algún día llegaré a sentir por ti lo que tú sientes por mí. Si no

puedes vivir con eso, lo mejor es que me lo digas ahora.

Aunque sus palabras hacen que me sienta como si me metieran el corazón en un molde para plastilina, asiento y le digo que muy bien, porque está muy bien. Es mejor que perderla.

—Sin cosas raras.

Asiento.

—Sin dramas.

Asiento. Pasan unos segundos.

—Eli era genial —digo en voz baja.

—Sí. Lo era —murmura. Se inclina y nos damos un abrazo raro—. Qué mierda —dice—. Vamos fuera.

Nos encontramos delante del coche y nos abrazamos durante un rato excesivamente largo, bajo la lluvia, que nos empapa como una ablución. Ahora huele a madreselva mojada con rocío. Vuelve a brotar y a crecer la vegetación.

Nos soltamos y volvemos corriendo al coche. Pongo la calefacción a tope y nos frotamos las manos delante de los conductos. Jesmyn levanta los pies descalzos hasta el conducto de su lado. Estamos nerviosos y nos reímos. La cosa se tranquiliza a medida que vamos entrando en calor.

—Me sentía como una playa en noviembre cuando no hablábamos ni nos veíamos —le digo.

—Yo me sentía como una canción rota en pedazos.

Inclino la cabeza en un gesto interrogante.

—Estos días que no nos hablábamos, iba a correr al Harpeth River Greenway, porque siempre me ayuda a sacar mis malos rollos. Una noche, después de un ensayo especialmente malo, fui a correr y vi trocitos de papel esparcidos por el camino. Cogí uno y me pareció que era la letra de una canción. Los recogí todos y los junté como las piezas de un puzle. Era una

canción que alguien había roto en pedazos.

—Vaya, basura propia de Nashville.

—¿Verdad? Me deprimió pensar en una canción en la que alguien ha puesto su corazón rota en pedazos y tirada por el suelo. Por eso he dicho como una canción rota en pedazos.

—Quizá te lo robo.

—Adelante.

—¿La canción era buena?

Jesmyn empieza a reírse tanto que no puede hablar y se le saltan las lágrimas.

—No.

Me río con ella.

Cuando dejamos de reírnos, vuelve a ponerse seria y me dice:

—¿Recuerdas que todo era verde moco? Cuando dejamos de vernos todo se volvió azul oscuro. Seguía sin ser el color adecuado.

—Lo encontrarás. Lo encontraremos.

—¿Podemos seguir siendo el Equipo Sudor con este frío?

—Creo que sí.

—Yo también.

Escuchamos el repiqueteo de la lluvia en el techo del coche, con una suave calma instalada entre nosotros. Se acomoda en mi corazón como uno de esos días en que la temperatura es tan perfecta que no sientes tu piel cuando sales a la calle.

Al final, Jesmyn se vuelve hacia mí dispuesta a decirme algo, con la cara iluminada por un diáfano halo anaranjado de luz moteada. Parece que la luz salga de ella.

Ya sé que le contestaré que sí a lo que me pregunte, porque nada me gustaría más que contestarle siempre que sí.

—¿Quieres que pase mañana a buscarte para ir a clase? —me pregunta.  
«Sí.»

A veces, cuando estoy en el campo, me imagino lo tranquilo, lo idílico que debía de ser el mundo antes de que hubiera humanos. Una quietud tan honda necesita un testigo. Así me siento cuando me acomodo delante del doctor Méndez. Mi emoción se parece tanto a la felicidad que solo puedo expresarla mostrando una sonrisa.

El doctor Méndez me devuelve la sonrisa.

—Hoy parece que estás bien.

Me inclino hacia delante, cabizbajo, y luego lo miro.

—¿Puedo contarle una historia?

Apoya los codos en las rodillas y junta las manos, como si fuera a rezar.

—Adelante.

Se lo he preguntado sin saber exactamente lo que voy a decir, pero quería decir algo. Me froto las palmas de las manos. Luego me froto la boca y la nariz. Miro al suelo y me muerdo la mejilla por dentro.

—Perdón —susurro.

—Tómame el tiempo que necesites —me contesta.

—El... 1 de agosto, Carver Briggs estaba en la librería en la que trabajaba, colocando libros en los estantes. Sus tres amigos, Mars Edwards, Blake Lloyd y Eli Bauer habían ido al cine y tenían previsto reunirse después con él. Iban a ir a comprar batidos y luego al parque, que en ellos era una

tradición. —Trago saliva y respiro tembloroso—. Eran amigos desde octavo.

Se me empieza a contraer la garganta. Toso y espero a que se afloje.

—Sabía que pasarían pronto a recogerme... a recogerlo, pero estaba impaciente. Así que les mandó un mensaje: «Tíos, ¿dónde estáis? Contestadme».

Empiezo a temblar y las lágrimas me nublan la visión. El doctor Méndez está absolutamente inmóvil. Espero que un sollozo muera en mi pecho, respiro y sigo con voz temblorosa pero de algún modo fuerte.

—Al rato se enteró de que se habían... hum... matado en un accidente que se había producido más o menos cuando les había mandado el mensaje. De hecho, a Mars. Había mandado el mensaje a Mars, el que conducía, porque sabía que Mars le contestaría, como le había pedido. Aunque Mars estaba conduciendo. Y él sabía que Mars estaba conduciendo.

Ahogo otro sollozo. Me tiemblan muchísimo las manos. Aprieto los puños y avanzo.

—Y Carver está casi seguro de que la culpa del accidente ha sido suya por haber mandado un mensaje a Mars, pero no del todo. De lo que está seguro es de que no pretendía hacerles daño. Nunca. Nunca. Si hubiera sabido lo que pasaría, nunca lo habría hecho. Y lo siente mucho. —Dudo—. Lo siento mucho.

No puedo controlar el temblor y empiezo a llorar. Me inclino tanto hacia delante que seguramente el doctor Méndez solo puede verme la coronilla. Me tapo los ojos con una mano y lloro un par de minutos. Me siento bien. Como gritar en sueños. El doctor Méndez se adelanta y me tiende la caja de pañuelos de papel. Cojo uno, me seco los ojos y lo aprieto en la mano.

Al final me reincorporo y me desplomo en la silla, agotado. Suelto una risa mezclada con llanto.

—Perdone. Parezco un crío.

La cara del doctor Méndez es solemne. Niega con la cabeza.

—No.

Se reclina en su asiento y se da golpecitos en los labios con la mirada perdida. Empieza a decir algo, pero se interrumpe. Me mira fijamente. Nunca había visto una mirada tan atormentada en sus ojos.

—Ahora quiero contarte una historia yo —me dice en voz baja, casi pidiéndome permiso—. No suelo hacerlo, pero esta vez creo que lo necesito.

Le hago el gesto que suele hacerme él para indicarme que siga. Sonríe al reconocerlo. Veo que le tiemblan ligeramente los labios.

—Cuando estaba en el instituto, tenía un muy buen amigo que se llamaba Rubén Arteaga. Una noche habíamos quedado para salir, pero discutimos por algo. Ni siquiera recuerdo por qué. Por una tontería. Algo sin importancia. Nos vamos cada uno por nuestro lado. Yo me quedo en casa. Él se dirige al puente que va a Juárez, de fiesta.

El doctor Méndez mueve la cabeza. Se lleva un dedo a la boca como si pretendiera detener sus palabras. Pero carraspea y sigue en tono sombrío.

—Me despierto al día siguiente y... bueno, Rubén no está en el instituto. Espero a que aparezca. No aparece. Lo llamo después de clase. Nada. Me entero de que lo encontraron en un callejón, detrás de un bar. Le habían dado una paliza. Está vivo, pero muy grave. Aguanta un tiempo, conectado a máquinas. Pero...

Una sola lágrima resbala por su mejilla.

—Perdona. Sigue siendo duro para mí.

Se le rompe la voz. Se quita las gafas de montura azul marino y se pellizca la nariz.

Le tiendo la caja de pañuelos. Nos reímos.

—Gracias, doctor —me dice.

Suspira y vuelve a ponerse las gafas.

—Estaba convencido de que yo había matado a Rubén. Ojalá me hubiera tragado mi orgullo y no hubiera discutido con él. Ojalá le hubiera impedido marcharse. Ojalá. Ojalá. Miraba la luna y veía la cara de Rubén. Miraba las nubes y veía un dedo señalándome.

—Pareidolia.

—Pareidolia.

—De todos los terapeutas que hay en el mundo ha tenido que tocarme uno que me entiende mejor que nadie —murmuro.

—Te tocaba un poco de buena suerte.

—¿Por eso las historias?

—Solo interactuando con otras historias —historias que me dejaban fuera de la ecuación— fui capaz de cerrar esa herida y curarme. El universo —el destino— es cruel y arbitrario. Las cosas pasan por muchas razones. Las cosas pasan sin razón. Cargar con el peso de los caprichos del universo es demasiado para cualquiera. Y no es justo contigo.

—Entonces, aún me queda mucho camino por delante, ¿no?

—Esto no es el final de un viaje, sino el principio. Estás ahora donde empiezan casi todos los que han perdido a un ser querido, o a más de uno. Has hecho el trabajo de entender y contextualizar bien tu lugar en esta tragedia, pero quedan cosas por curar. Has acabado con la infección de la herida, y ahora puede cicatrizar.

—Espero volver a sentirme bien del todo algún día.

Al doctor Méndez le brillan los ojos, pese a que los tiene rojos y llorosos.

—No sucederá. Y sí. Yo recuerdo la sonrisa de Rubén, o me llega el olor de una colonia que me recuerda a él... como muchos adolescentes, siempre se echaba demasiada. Y cuando estos recuerdos me golpean, me duele. Lo mismo te pasará a ti. Pero tu vida será lo bastante rica y lo bastante grande para absorberlo, y seguirás adelante.

Pasa un momento.

—¿Puedo contarle algo? —le pregunto.

—Claro.

Le cuento que pronto voy a hacer una despedida con mis padres. O más bien una bienvenida. Para que puedan oír mi historia. Para ofrecerles toda esa parte de mí que guardo detrás de muros sin tener una buena razón para hacerlo.

Le cuento que creo que somos historias de respiración, sangre y recuerdos, y que algunas cosas nunca acaban.

Le cuento que espero que, cuando muramos, haya un día en que nuestras historias vuelvan a llenarse de vida y despierten de su sueño; y que yo escriba la mejor historia que pueda... una historia que resuene en el vacío de la eternidad al menos por un tiempo.

Le cuento que espero volver a ver a mis amigos algún día.

Le cuento que espero.

Aunque dos amigas bailarinas flanquean a Adair cuando pasamos por el aparcamiento lleno de hojas, me paro un momento y me abro a ella. Mejor dicho, me ofrezco a ella. No tengo nada que decirle. Solo quiero darle la oportunidad de decir lo que necesite decir. «No bastó con que acabaras con mi hermano; también acabaste con el matrimonio de mis padres. No basta con que él esté muerto; además tengo que verte con su novia. No basta con que no fueras a la cárcel; además tengo que verte cada día.»

Ahora estoy preparado para escucharlo, creo. No sé si será por la terapia, la medicación o ambas cosas, pero hace mucho que no me dan ataques de pánico. Puedo absorber lo que tenga que decirme y sobrevivir. Si va a sentirse mejor, por poco que sea, si va a proporcionarle cierta paz, quiero que lo haga. Intento decírselo con mi expresión.

Pero pasa de largo, de alguna manera mirándome fijamente sin mirar siquiera hacia donde estoy. Sus ojos grises son duros y ardientes como la fiebre. Una fiebre de la que nunca te recuperas del todo. Una fiebre que se lleva parte de ti y nunca te la devuelve. Una fiebre a la que no sobrevives del todo.

La entiendo. Poco más puedo hacer.

Jesmyn deja de tocar de repente, se levanta, grita y me sobresalta.

—¿Qué pasa?

Dejo en el suelo el portátil con mi trabajo de admisión para la universidad casi terminado, salgo de debajo del piano y la veo saltando y gritando.

Brilla. Me coge de las manos.

—¡Por fin he visto el azul! ¡El azul correcto!

Salto y grito con ella.

Cuando nos calmamos y recuperamos el aliento, le digo:

—Basta de ensayo por hoy. Ha llegado el momento de tomarse un batido de calabaza con especias.

Nos llevamos los batidos al Centennial Park y nos los bebemos sentados en la plataforma de la camioneta de Jesmyn, escuchando a Dearly a través de las ventanas abiertas de la cabina, charlando y riéndonos. Nos echamos por encima la manta de mirar las estrellas de Jesmyn para protegernos del frío del anochecer otoñal —violeta como un moratón que se está curando— y observamos las hojas que aún quedan en los árboles cayendo en espiral hasta el suelo, una a una.

Estoy en la cola del Target, comprando una Coca-Cola, cuando recuerdo una vez en que los del Equipo Salsa hablábamos de lo divertido que sería felicitar a la gente no por haber tenido un hijo, sino por haber echado un polvo. «¿Has tenido un niño? ¡Bien! ¡Has echado un polvo! ¡Felicidades por haber echado un buen polvo!» También lo dirían en la iglesia, en el trabajo y en todas partes.

Empiezo a reírme en la cola, como me reí entonces.

Como me reí tantas veces.

Algunos días —los buenos— es así como vienen a verme.

La voz de Georgia es alegre cuando abre la puerta.

—¡Hola!

La oigo hablando con alguien.

—¡Carver! —grita.

Es tarde y se supone que va a nevar, así que no espero a nadie. Dejo el libro y voy hacia la puerta.

—¿Cuánto duran las vacaciones de Navidad en tu universidad? —le pregunta Jesmyn a Georgia mientras doblo la esquina.

—No tengo clases hasta la primera semana de enero —le contesta Georgia.

A Jesmyn le brilla la cara cuando me ve.

—¡Hola!

—¡Hola! ¿Qué haces aquí?

—Sorpresa. Ponte el abrigo y los zapatos. Vamos al Percy Warner Park.

—¿Cómo?

Hace el gesto de marcharse.

—No preguntes y date prisa.

La obedezco.

Georgia insiste en abrazar a Jesmyn antes de que nos marchemos.

—Pasadlo bien, chicos. No hagáis nada que yo no haría.

—Vale —le contesto—, intentaremos no despertarnos antes de las once de

la mañana ni ducharnos en el Percy Warner.

—Ah, muy bien —me dice Georgia—. ¿Vas a obligarme a hacerlo, Carver? ¿Delante de Jesmyn? ¿Eh? —Se mete el meñique en la boca—. ¿Quieres que te dé una paliza?

—¡No!

Intento salir y bajar los escalones, pero Jesmyn, riéndose, me rodea con los brazos y mantiene los míos pegados al cuerpo para que no pueda taparme las orejas con las manos. Para ser sincero, me gusta tanto que me abrace que no hago grandes esfuerzos por soltarme.

Georgia se lanza sobre mí y me mete el dedo en el oído izquierdo pese a que muevo frenéticamente la cabeza y grito. Luego en el oído derecho.

—¿Has tenido bastante?

—Sí, pedazo de idiota.

Vuelve a meterme el dedo en el oído izquierdo.

—Muy bien. Ya está.

Jesmyn me suelta. Me seco los oídos con la manga.

—Qué asco, Georgia.

Jesmyn y Georgia chocan los cinco, y Jesmyn y yo nos marchamos.

El aire brilla como plata líquida, y el fuerte viento arrastra un intenso olor inmaculado a nieve lejana y a leña quemada. Mi respiración forma nubes en el resplandor anaranjado de las farolas.

—¿Vas a decirme a qué viene este misterioso paseo?

La expresión de Jesmyn es tan enigmática que no me da una pista.

—Ya lo verás.

—Me da pena que te marches todas las vacaciones de Navidad.

—A mí también, pero tenemos que ir a ver a mi abuela. Ya tendremos tiempo de vernos cuando vuelva.

Llegamos al parque, y Jesmyn deja atrás las farolas y se dirige a una zona

despejada y oscura. La hierba dormida cruje bajo nuestros pies. Nos detenemos en el centro.

—Esta es la sorpresa.

Jesmyn mira hacia arriba.

Hago lo mismo. Las nubes están bajas y se mueven deprisa, teñidas del etéreo tono naranja, plateado y rosado de las nubes que anuncian nieve. A lo lejos son negras. Estrellas dispersas brillan en pequeños claros que enseguida desaparecen.

—¿Y? —le pregunto.

—Es el color de tu voz —murmura Jesmyn—. Nubes de invierno por la noche.

—Me dijiste...

—Era broma. Te oigo de este color. Mejor mostrártelo que intentar describirlo.

Soy del color del cielo por dentro.

Alzamos la mirada y observamos pasar las diáfanas nubes. Una ráfaga de viento canturrea entre las ramas bajas de los árboles que nos rodean. Miro a Jesmyn. Veo en ella esa mirada de asombro ante un rito sagrado. Me pilla mirándola. Vuelvo a mirar hacia arriba.

Luego siento un ligero tirón en la mano. Bajo la mirada. Jesmyn ha enlazado mi meñique con el suyo. Mira fijamente el cielo, pero esboza una leve sonrisa. Coloca despacio los dedos sobre los míos, como si tocara el piano en mi mano, como si tocara música azul —música del azul correcto— hasta que nuestros dedos están totalmente entrelazados.

Mi corazón se mueve tan veloz e ingravidamente como las nubes, arrastradas por el viento. Por un momento tengo el don de Jesmyn, y mi cuerpo canta un himno de colores que no me es posible nombrar.

Pasamos mucho rato cogidos de la mano, mirando el cielo rojizo como si

estuviéramos leyendo una página, y dejamos que el mundo nos susurre al oído.

Es ese viernes de finales de septiembre en que por la mañana, húmeda y cálida, sopla el viento y llueve todo el día, pero los nubarrones dan paso a un tonificante anochecer despejado y sabes que el verano ha perdido por fin su fuerza. Ese viernes.

Ha sido uno de esos escasos días perfectos en que todas las piezas del universo encajan. Todas las bromas que haces son graciosas. Todo el mundo está un poco más gracioso de lo habitual. Todo el mundo está un poco más receptivo y ágil. Uno de esos días en que sientes que siempre vas a ser joven, que siempre vas a estar vivo. Uno de esos días en que sientes que estás en un columpio y llegas al punto más alto.

Mars conduce. Hemos pasado toda la tarde en casa de Eli viendo una película y atiborrándonos de pizza.

—¿Sabéis lo que es curioso? —pregunta Blake de repente, cuando casi hemos llegado a mi casa.

—¿Tu polla? —dice Eli.

Nos partimos de risa.

—No, mi polla es normal, no tiene nada de rara —le contesta Blake fingiendo hablar muy en serio—. Es una polla saludable.

—Ah, vale, perdona. Sigue —dice Eli.

—Lo curioso es que basta con añadir mayonesa a lo que sea para

convertirlo en una ensalada.

—¿Qué dices, tío? No es verdad —dice Mars gritando por encima de nuestras carcajadas—. Es como cuando pretendías convencernos de que nadie ha visto nunca a un gato cagando.

—No, verás, ¿echas mayonesa al pollo? Ensalada de pollo. ¿Al atún? Ensalada de atún.

Blake parece hablar totalmente en serio. Le ha dado vueltas.

—¿Y si echas mayonesa a los Cheerios? —le pregunto—. ¿Ensalada de Cheerios?

—Creo que sí —me contesta Blake.

—Mayonesa y M&M —dice Eli.

—Ensalada de M&M —dice Blake—. Las normas no las pongo yo, tío.

—Pero, en serio, tíos. Antes he comido ensalada de Snickers —dice Mars—. En un pícnic de la iglesia, os lo juro. Lo llamaban ensalada de Snickers, y era básicamente nata, cacahuetes y trocitos de Snickers.

—¿Lo ves, Mars? En realidad estás de acuerdo —dice Blake.

—Tío, solo he dicho que existía. Estoy seguro de que no he dicho que pensara que cumple con los criterios de una ensalada.

—Es increíble —dice Eli—. Porque es sano. Solo con llamar a algo ensalada se convierte en sano.

—¿Sabes lo que también es una locura? —digo yo—. Que la gelatina pueda ser ensalada cuando es casi lo más opuesto a hojas que hay en el mundo.

—Las ensaladas tienen algunas reglas arbitrarias —dice Mars.

Aún partiéndonos de risa, llegamos a mi casa justo cuando el sol se hunde en el horizonte y nos rodea de una luz menguante a medida que el día da paso a la noche. De repente me invade una euforia indescriptible, de esas que no manan de ninguna parte y que se desbordan antes incluso de que supieras que

estaba creciendo dentro de ti. Todo es tan bonito y tan bueno que sientes que ni siquiera necesitas seguir respirando.

—Os quiero, tíos —les digo sin saber del todo por qué.

Intento que mi repentina incursión en la sensiblería pase por una de nuestras bromas. A veces la mejor manera de esconder la verdad es dejarla a la vista.

Una breve pausa mientras piensan cómo machacarme.

—Ayyy, nosotros también te queremos, Blade —dice Eli volviéndose en el asiento delantero, alargando el brazo y pasándomelo alrededor del cuello.

—¡Abrazo de grupo! —grita Blake, y extiende los brazos para abrazarnos a los dos mientras yo intento soltarme de Eli.

Justo cuando lo consigo, Mars se vuelve en el asiento del conductor y al pasarme el brazo alrededor del cuello toca sin querer el claxon con el culo. Los siguientes minutos jugueteamos como si el coche de Mars fuera una caja de cartón llena de cachorros. Nos abrazamos, forcejeamos y nos reímos. Oímos los latidos del corazón de los demás. Respiramos el sudor y el aliento de los demás.

Abro la puerta y escapo alisándome el pelo revuelto y recuperando el aliento tras la pelea y la alegría. Blake asoma por la puerta con una goma elástica y me dispara directamente en los huevos.

Formo un escudo con las dos manos sobre la entrepierna para protegerme de otra posible humillación.

—Vale, tíos. Nos vemos.

Blake y Eli me lanzan besos. «Te queremos, Blade», gritan. Yo les lanzo besos con una mano y cubriéndome mis partes con la otra.

Sonríen y me dicen adiós con la mano. Les devuelvo el saludo.

Mars arranca.

Empiezo a andar hacia mi casa, pero por alguna razón me detengo, me

vuelvo y los veo alejarse.

Nunca lo había hecho. No sé por qué lo hago ahora.

Quizá no estaba preparado para decirles adiós.

Los miro hasta que desaparecen, hasta que se desvanecen como se desvanece el día, en la oscuridad.

## Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin mis extraordinarios agentes, Charlie Olsen, Lyndsey Blessing y Philippa Milnes-Smith, y sin mis brillantes editoras, Emily Easton y Tara Walker. Mi eterna gratitud a todos vosotros.

Gracias a Phoebe Yeh, Samantha Gentry y todo el personal de Crown Books for Young Readers. Gracias a Barbara Marcus, Judith Haut, John Adamo, Dominique Cimina, Alison Impey y Casey Ward, de Random House Children's Books.

Mi eterna gratitud a Kerry Kletter. Siempre tengo tu libro cerca cuando escribo para no olvidar cómo hay que hacerlo. No sé cómo habría podido escribir sin tu amistad, tu brillantez, tu sabiduría y tu ojo crítico.

Y hablando de ojos críticos, me habría hundido sin los tuyos, Adriana Mather. Sabes contar una historia. Es lo único que te sale mejor que hacer tazas de cerámica y criar cerdos. Y a menudo, cuando escribía el personaje de Georgia, me preguntaba: «¿Qué haría Adriana?».

Nic Stone. Mi compañera en Working On Excellence y hermana de Crown. Estoy impaciente por que el mundo sepa pronto lo brillante que eres. Estoy orgulloso de conocerte.

Natalie Lloyd, tú me inspiras con la magia de tus mundos y tus palabras, y me haces reír cada día.

Becky Albertalli, David Arnold y Adam Silvera: nunca me cansaré de

decir que soy amigo de tres de las mejores voces que han escrito nunca para los jóvenes. Habéis sido un enorme apoyo para mí. No puedo agradecerlos lo suficiente.

Amanda Nelson, tu tremendo ingenio y tu inteligencia son una inspiración para mí.

Doctor Daniel Crosby y Amy Saville, si algo bueno tiene el doctor Méndez es gracias a vosotros. Lo malo es responsabilidad mía. Estoy en deuda con vosotros.

Brooks Benjamin y Jackie Benjamin, gracias por ser tan majos en general y por ser dos de mis personas favoritas.

Gracias por ser tan divertida, Elizabeth Clifford.

Emily Henry, no podría pedir a una amiga con más talento, más divertida, más maja y que me apoyara más.

Matt Bauer, Matt Page, Rykarda Parasol, Corinne Hannan, Katie Clifford, Wesley Warren, Jonathan Payne, Dylan Haney, Sean Maloney, Ashlee Elfman, Olivia Scibelli, Chris and Elizabeth Fox, Maura Lee Albert-Adams, Shane Adams, Melissa Stringer y Becky Durham, sois amigos increíbles y brillantes.

Chloe Sackur, gracias por apostar por un libro sobre el hijo de un pastor que utiliza serpientes en sus ritos. No te di las gracias entonces, así que lo hago ahora.

Stephanie Appell y el equipo de Parnassus. Las personas y los comercios como vosotros sois la razón por la que las librerías independientes son tan importantes en el panorama literario. Ningún algoritmo ni ordenador podría hacer lo que hacéis vosotros. Gracias.

Gracias a mis compañeros de escritura de Nashville: Jason Miller, Daniel Carillo, Ed Tarkington, Ashley Blake, Kristin Tubb, Rae Ann Parker, Alisha Klapheke, Courtney Stevens y Corabel Shofner.

Gracias a mis hermanos mayores escritores (en fecha de publicación) por su gran apoyo: Nicola Yoon, Kelly Loy Gilbert, Sabaa Tahir, Kiersten White, Benjamin Alire Sáenz y Rainbow Rowell.

Gracias a mi profesora de escritura del instituto Clenece Hills por enseñarme a temer la voz pasiva.

Gracias de nuevo, Amy Tarkington y Rachel Willis.

Gracias siempre al personal y a los campistas del Tennessee Teen Rock Camp y del Southern Girls Rock Camp.

Gracias a todos mis compañeros de Sweet Sixteener, especialmente a Nicole Castroman, Marisa Reichardt, Laura Shovan, Amy Allgeyer, Jeff Garvin, Kurt Dinan, Bridget Hodder, Julie Buxbaum, Kathleen MacMillan, Victoria Coe, Laurie Flynn, Kathleen Glasgow, Melissa Gorzelanczyk, Shannon Parker, Sonya Mukherjee, Darcy Woods, Jenn Bishop, Jessica Cluess, Sarah Glenn Marsh, Catherine Lo, Kali Wallace, Lygia Day Peñafior, Lois Sepahban, Karen Fortunati, Randi Pink, Natalie Blitt, Kim Savage, Sarah Ahiers, Roshani Chokshi, Kathleen Burkinshaw, Meg Leder, Janet McNally, Brittany Cavallaro, Andrew Brumbach, Lee Gjertsen Malone, Julie Eshbaugh, Parker Peevyhouse, Natalie Blitt, Heidi Heilig y Ki-Wing Merlin.

Mi gratitud a los increíbles blogueros, libreros y bibliotecarios, especialmente a Hikari Loftus, Owlcrate, Dahlia Adler, Mimi Albert, Caitlin Luce Baker, Sarah Sawyers-Lovett, Eric Smith, Randy Ribay, Will Walton, Kari Meutsch, Shoshana Smith, Ryan Labay, Sara Grochowski, Danielle Borsch, Demi Marshall, Joshua Flores y Stefani Sloma.

Mamá, papá, abuela Z, Brooke, Adam y Steve. Os quiero a todos.

Mi amor y mejor amiga, Sara. Escribir escuchándote tocar es como estar en el cielo. No exagero si digo que no podría haber escrito este libro ni ningún otro sin tu amor, tu apoyo y la felicidad que me das.

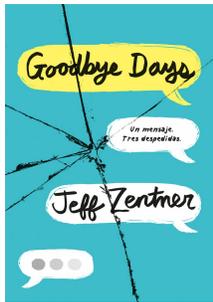
Mi precioso hijo, Tennessee. Eres el tesoro de mi vida. Nada me hace más

feliz que verte crecer y poder decir que soy tu padre. Gracias por ser mi hijo.

**¿Qué harías si perdieras a tus tres mejores amigos en un accidente?**

**¿Qué harías si pudieras volver a estar con ellos por última vez?**

**#GoodbyeDays**



Carver Briggs lo tenía todo: una familia guay, le iba bien en el instituto y sus tres amigos eran los mejores del mundo. Amigos de verdad con los que siempre te echas unas risas.

Pero la vida que hasta entonces había conocido se esfumó cuando decidió mandarles un mensaje al móvil. Al cabo de pocos minutos los tres murieron en un accidente.

Ahora Carver no puede dejar de culparse a sí mismo. Y no es el único. La hermana gemela de Eli lo mira como si fuera un asesino, y el padre de Mars, un conocido juez de renombre, presiona al abogado para que lo culpabilice.

Sin embargo, cuando la abuela de Blake decide despedirse de su nieto y celebrar «el día del adiós», las cosas empiezan a cambiar. Gracias al poder del recuerdo, Carver podrá disfrutar de sus mejores amigos una última vez.

**«Zentner toca la fibra sensible con esta dolorosa pero cautivadora novela. Es el tipo de historia inteligente, intensa y esperanzadora en la que muchos adolescentes podrán verse reflejados.»**

*School Library Journal*

**Jeff Zentner** es un escritor estadounidense que no solo se dedica a los libros: también es un guitarrista que escribe canciones, y ha grabado discos con Iggy Pop, Nick Cave y Debbie Harry. *Goodbye Days* es su carta de amor a la ciudad de Nashville.

Título original: *Goodbye Days*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2018, Jeff Zentner

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Noemí Sobregués, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación a partir de la portada original de © Jarrod Taylor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9043-963-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Goodbye Days

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jeff Zentner

Créditos